

MÉXICO 2010

Bicentenario Independencia
Centenario Revolución

GOBIERNO
FEDERAL

SEP



ADMINISTRACIÓN FEDERAL DE SERVICIOS EDUCATIVOS EN EL DISTRITO FEDERAL

DIRECCIÓN GENERAL DE OPERACIÓN DE SERVICIOS EDUCATIVOS

COORDINACIÓN SECTORIAL DE EDUCACIÓN PRIMARIA

Leemos mejor día a día

ANTOLOGÍA

Sexto grado



Vivir Mejor

La antología de lecturas *Leemos mejor día a día. Sexto grado*, fue elaborada en la Coordinación Sectorial de Educación Primaria.

Luis Ignacio Sánchez Gómez
Administrador Federal de Servicios Educativos en el DF

Antonio Ávila Díaz
Director General de Operación de Servicios Educativos

Germán Cervantes Ayala
Coordinación Sectorial de Educación Primaria

Coordinación del proyecto:

Felipe Garrido
Academia Mexicana de la Lengua

Laura Nakamura Aburto

Selección de textos:

Laura Nakamura Aburto
Claudia Regina Gómez Rodríguez
María del Refugio Camacho Orozco
María Basílidis Hernández Lugo
Sofía Valdez Martínez
Rocío Rodríguez Zamora
América Martínez Frausto
Luz María Tapia Sánchez
Javier Vargas Centeno
Jorge Pérez Sánchez
Fernando Alcocer Astudillo

La mayoría de los textos reunidos en esta antología proceden de los libros que se hallan en las bibliotecas escolares y de aula. La lectura que se hace al inicio de cada jornada escolar es una invitación para que los alumnos –y los maestros– busquen el libro y lo lean completo.



<http://ayudaparaelmaestro.blogspot.com/>

PRESENTACIÓN

“Leer de a de veras es una tarea que ocupa toda la vida; siempre es posible ser un **mejor lector.**”

Felipe Garrido

La lectura es el instrumento esencial para la mayor parte de los aprendizajes que ofrecen la escuela y la vida. La lectura es la entrada a la cultura escrita, y sobre la cultura escrita se ha levantado nuestro mundo. Leyendo podemos aprender cualquier disciplina y abrirnos múltiples oportunidades de desarrollo, lo mismo personal que comunitario. Una población lectora es una población con mayores recursos para organizarse y ser productiva.

La aspiración es que la escuela forme lectores que lean por voluntad propia; personas que descubran que la lectura es una parte importante de su vida y que, a través de la lectura, desarrollen el pensamiento abstracto, la actitud crítica y la capacidad de imaginar lo que no existe –tan útil en la política, el comercio y los negocios como en la medicina, las comunicaciones y la poesía. Personas capacitadas para ser mejores estudiantes, pues sabemos que, en general, el fracaso o el éxito escolares tienen una relación directa con las capacidades lectoras de cada alumno.

Por todo lo anterior, la Administración Federal de Servicios Educativos en el Distrito Federal ha puesto en marcha el programa “Leemos mejor día a día”. El propósito de este programa es impulsar el desarrollo de las competencias comunicativas de los alumnos, de manera enfática en la lectura y la escritura. Para ello se proponen seis acciones:

- I. Lectura de los maestros ante el grupo como la primera actividad del día. En voz alta, que sirva de modelo, que muestre al grupo cómo se lee, cómo se da sentido y significado a un texto.

2. Veinte minutos de lectura individual o coral tres días a la semana.
3. Veinte minutos de escritura libre dos días a la semana.
4. Publicación en cada salón, escuela y zona escolar de los avances mensuales en velocidad de lectura. Comunicación bimestral a padres de familia en los días de firma de boleta.
5. Veinte minutos de lectura en voz alta en casa. Los padres de familia “certifican” con su firma que sus hijos leyeron día a día 20 minutos en casa.
6. Consejos técnicos centrados en la mejora de la competencia lectora.

La primera acción es la lectura de los maestros ante el grupo como actividad con la que se inicia el día. Se propone que el maestro inicie la jornada escolar con una breve lectura. Es sabido que una de las más eficaces y sencillas maneras de acercar a los niños – y a los adultos– a la lectura es leyéndoles en voz alta, compartiendo con ellos toda clase de textos, lo mismo literatura que divulgación científica, historia, tradición; la lectura en voz alta, además, es el mejor modelo para que el alumno vaya descubriendo cómo se lee, cómo se le da sentido y significado a un texto.

Para que esta lectura diaria cumpla con su propósito debe ser variada; de temas, tonos, atmósferas y climas diferentes; provocar risa un día, y al siguiente nostalgia, o curiosidad, o reflexión, o asombro, de manera que despierte en los niños el deseo de seguir leyendo y la convicción de que en los libros puede encontrarse la sorprendente variedad del universo y la vida.

Con la publicación de esta antología se pretende que el maestro cuente con un texto para leer a sus alumnos cada día del ciclo escolar. Los textos reunidos se caracterizan por su variedad de temas y géneros, así como por su atención a los valores – la educación no se constriñe a la información que reciban los alumnos; requiere trabajar en la formación de su carácter y sus actitudes.

La mayoría de los textos seleccionados proceden de los libros que se hallan en las bibliotecas escolares y de aula. La intención es que sea más fácil que los alumnos –y los maestros– respondan a la invitación a la lectura que es cada uno de los textos que día tras día lea el maestro. Los fragmentos que se leen al comenzar el día deben propiciar que los

alumnos –y los maestros– busquen el libro, lo lean completo y luego... pasen a otro... o vuelvan a leer el primero.

La extensión de los textos está calculada para que su lectura, más los comentarios del maestro para iniciar y para concluir la actividad, no lleven más de tres o cuatro minutos, y que la lectura que se haga sea eso: una manera amable, interesante, intrigante, conmovedora de comenzar el día; una lectura en voz alta que abra la jornada escolar.

Algunos de los textos llevan, *en cursivas*, comentarios o informaciones para abrir y cerrar la lectura. La intención es que sirvan de modelo a los maestros, no que sean seguidos al pie de la letra. Lo importante es recordar que conviene decir unas cuantas palabras antes de comenzar a leer: para preparar el ambiente, decir lo que significa alguna palabra rara, informar dónde se encuentra una ciudad o quién es un personaje, o cualquier otra cosa que permita a los alumnos entender bien el texto –no entender lo que se lee es la razón más frecuente para aborrecerlo; la comprensión es la meta más importante de la lectura.

Igualmente, hace falta, al terminar la lectura, plantear alguna cuestión que guíe la curiosidad o la capacidad de reflexión de los alumnos, que les permita vincular lo que han escuchado con lo que viven dentro y fuera de la escuela.

La mayor parte de los textos han sido retocados: para aclimatar el léxico y la sintaxis a los usos del español de México y para ajustar su extensión al tiempo previsto para la actividad.

Algunas lecturas son breves, el propósito es que en ellas haya más tiempo para interactuar con los alumnos. Si se están leyendo adivinanzas o trabalenguas, hará falta que los alumnos intenten adivinar las respuestas o repetir los trabalenguas.

La aspiración es que todos los días, maestros y alumnos del Distrito Federal compartan y disfruten este momento de lectura, que favorezca la creación de un ambiente de lectura y de complicidad alrededor de los textos.

Un equipo de docentes de las diferentes direcciones operativas del Distrito Federal se formó para elegir los textos. Su experiencia como maestros, su conocimiento de los alumnos en las diversas etapas de su desarrollo, su sensibilidad como lectores se ha

aprovechado para integrar las lecturas. La coordinación de este trabajo estuvo a cargo del maestro Felipe Garrido, quien con su larga trayectoria y experiencia como formador de lectores ha brindado acompañamiento y asesoría a este equipo en la tarea de selección y en la preparación de los materiales.

Ahora que esta antología llega a manos de los maestros, tenemos la oportunidad de que todos los que quieran participen: pueden solicitar el cambio de una lectura por otra; pedir que alguna sea suprimida; resaltar las virtudes o las ventajas de algunas; solicitar la inclusión de ilustraciones y materiales que no están en el libro que se ha tomado, como mapas, cuadros, fotos... Entre todos, iremos haciendo de esta antología un acompañante irremplazable de cada uno de nuestros días de clases.

La intención de la antología es facilitar las lecturas. Pero los docentes pueden sustituir algunos de estos textos por otros que ellos prefieran.

Lo importante es entender y disfrutar cada lectura. Conviene leer, y hasta ensayar, cada día lo que se leerá al día siguiente. Conviene leer los libros de donde se han tomado los fragmentos. Conviene leer otros libros, por lo que aprendamos en ellos y por el interés, por el gusto de leerlos.

I. Nueces

¿A quién no le gustan las nueces? Pero, ¡qué lata pelarlas! Y, por supuesto, al Diablo le da flojera tener que pelarlas. Así que un día tuvo una idea. Veán ustedes lo que se le ocurrió.

Un día el Diablo estaba sentado en su trono comiendo las nueces de una enorme bolsa y, como de costumbre, se quejaba de lo fastidioso que era partir las cáscaras, cuando de repente se le ocurrió una idea.

–La mejor forma de comer nueces –pensó– es engañar a alguien para que las parta por ti.

Así que cogió una perla de su tesoro y con un cuchillo muy afilado abrió la siguiente nuez, teniendo mucho cuidado de no estropear la cáscara. Luego puso la perla adentro y cerró la cáscara de nuevo.

–Ahora todo lo que tengo que hacer –dijo– es dar esta nuez a alguna persona ambiciosa. Cuando encuentre la perla insistirá en abrir todas las nueces para buscar más y hará el trabajo por mí.

Así que, disfrazado de anciano, subió al mundo, con su cascanueces y la bolsa con la nuez falsa encima de las demás. Después se sentó a esperar a un lado del camino. Muy pronto acertó a pasar por allí una campesina.

–Oiga, señora –dijo el Diablo–, ¿quiere usted una nuez?

La campesina lo miró sagazmente, y al momento sospechó; pero sin demostrar sus sospechas, le contestó amablemente.

–Muy bien –dijo–, ¿por qué no?

La mujer partió la nuez, comió la fruta, tiró la cáscara sin decir ni una sola palabra y siguió su camino.

–¡Qué cosa más rara! –dijo el Diablo, frunciendo el ceño–. O se ha tragado la perla o le he dado la nuez equivocada.

Sacó otras tres nueces entre las que estaban arriba, las partió y se comió la fruta, pero no encontró ninguna perla. Abrió y comió cuatro más, pero la perla no apareció.

Así siguió toda la tarde, hasta que hubo abierto todas las nueces y hubo ensuciado el camino con las cáscaras. Pero no encontró la perla. Así que se dijo a sí mismo:



–Bien, se acabó. Se la ha tragado.

No quedaba nada que hacer sino volver al infierno.

Sentía un terrible dolor de estómago por haber comido tantas nueces y estaba de tan mal genio que el disgusto le duró una semana.

Mientras tanto la campesina fue al mercado, sacó la perla de debajo de la lengua, que era donde la había guardado, y la cambió por dos nabos y un frasco de mantequilla.

No todos somos ambiciosos, aunque el Diablo no lo sepa.

Muy listo el Diablo, ¿verdad? Pero más lista la campesina.

Natalie Babbitt, "Nueces" en *Cuentos del pobre diablo*. México, SEP-Macmillan, 2003.

2. ¡No hay un alma, mi general!

Hoy vamos a leer la historia de los uniformes que llevan los soldados. La palabra puntillas significa aquí encajes. Fíjense bien, porque esa palabra va a aparecer en seguida.

Hace mucho tiempo, los únicos soldados que tenían uniforme eran los guardias de los palacios y los que escoltaban a personas importantes. Tal vez viste en alguna película cómo eran: de colores brillantes, con adornos dorados o plateados, con puntillas. El resto de los soldados, que eran muchos más, se ponían cualquier cosa.

A medida que los ejércitos se fueron formando, los países comenzaron a fabricar la ropa para sus soldados. La idea de vestir a todos igual fue solo para simplificar las cosas: se compraban las telas, se las mandaban a cortar, coser y adornar y ¡listo el uniforme!



Aunque estaban todos iguales, los trajes que usaban los soldados no tenían nada que permitiera reconocer de qué país eran. Por eso, a medida que pasó el tiempo, cada país les agregó a sus uniformes adornos y detalles especiales: los italianos se ponían unos cascos con plumas, los polacos usaban zapatos muy puntiagudos, y los escoceses vestían faldas (¡sí faldas!).

Obviamente, este decorado era carísimo y, por supuesto, tremendamente incómodo. ¿Te imaginas a un soldado huyendo del enemigo tratando de que no se le caiga el casco con plumas? ¿Te das una idea de lo que debe ser trepar una montaña con botitas con punta? ¿Y andar con faldita por la nieve?

Hace unos cien años, los modistos militares empezaron a diseñar uniformes con una idea distinta: que fueran cómodos, prácticos, baratos y duraderos.

Un tiempo después, cuando se desató una guerra terrible en la que pelearon un montón de países, a los franceses se les ocurrió algo más: vestirse con los colores de la tierra y de las plantas, para que sus enemigos no pudieran descubrirlos fácilmente. Y ocultaron sus armas y sus campamentos con plantas y telas de los mismos colores, para que no los vieran desde el aire.

En poco tiempo, todos los países copiaron el camuflaje de los franceses, y abandonaron definitivamente los uniformes vistosos y decorados.

A propósito, ¿sabes por qué se llama camuflaje? Porque, en francés, *camoufler* significa disfrazar.

¿Qué les parece? ¿Han visto cómo son ahora los uniformes que llevan los soldados? ¿Y los policías? ¿Quién se ha fijado? ¿Qué llevan? Las armas han cambiado mucho, y los uniformes también.

Carla Baredes et al., “¡No hay un alma, mi general!” en *¿Por qué se rayó la cebra?* México, SEP-Cordillera, 2005.

3. Bajo un cielo extraño

¿Cómo se sentirían si un día, en un lugar que conocen bien, al pasar por una puerta entrarán a un sitio donde nunca han estado? Pues un día, eso fue lo que le pasó a Scott. Escuchen.

En el momento en que Scott abrió la puerta, sintió que no entraba a una sala de estudio sino a algo mucho más amplio. Sintió una brisa fresca. Esto era tan grato que avanzó sin pensar, y la puerta se cerró de golpe tras él. Sobresaltado, buscó a tientas el apagador. No había ninguno. De hecho, no había pared, ni puerta.

Parpadeando, Scott dio una vuelta completa. Estaba, según todas las apariencias, en una pradera, en la oscuridad. En el cielo colgaba una media luna. Por costumbre, trató de

encontrar a Orión entre las estrellas, pero no pudo. Tampoco había rastro de Casiopea, ni de las Osas. Desconcertado, incluso un poco alarmado, dio otra vuelta.

Sacudió la cabeza, aturdido. Tenía que haber alguna explicación. Tal vez había sufrido una laguna mental entre el instante en que entró a la sala y este momento. Pero eso no explicaba lo de las estrellas. El único modo de que fueran diferentes era si, de alguna forma, hubiera ido a parar al hemisferio sur. Algo muy improbable. Traía puesta la misma ropa, y seguía cargando su mochila.

Miró su reloj. Marcaba las 4:47; había llegado a la biblioteca cerca de las 4:30. Presionó el botón de la fecha: mayo 3. La misma fecha. Tenía que haber alguna explicación.

Entonces, vio la luz. Un resplandor, a cientos de metros, a la altura de un bosquecillo. Bueno, donde había una luz, por fuerza había gente, y ellos le podrían decir dónde estaba. Scott se dirigió hacia allá.

La fuente de luz resultó ser una cabaña construida con lo que parecía, en la oscuridad, adobe y ramas. Acercándose a la puerta, un tosco marco hecho de leños partidos a la mitad, tocó unas cuantas veces, raspándose los nudillos con la corteza todavía adherida a la madera.

No hubo respuesta ni movimiento alguno en el interior. Recogió un palo y golpeó con más fuerza. Siguió sin escuchar ningún ruido más que el de una corriente o caída de agua en algún lugar cercano. Scott palpó la puerta en busca de una manija y sólo encontró una cuerda. Cuando la jaló, la puerta se abrió. Lo que había del otro lado era casi tan inesperado como lo que encontró al traspasar la puerta de la sala de estudio.

Los que quieran saber dónde estaba Scott van a tener que buscar el libro para leerlo completo.

4. ¿Está bien enamorarse?

Mucha atención, porque hoy vamos a leer un montón de preguntas sobre un tema que a todos nos interesa: el amor.

Sí, porque eso nos hace sentir felices.

Sí, pero...

¿Podemos alcanzar una felicidad como ésta estando solos?

¿Acaso el amor trae consigo solamente felicidad?

¿La felicidad es la cosa más importante en la vida?

¿Eres feliz cuando amas sin ser correspondido?

¿Está bien enamorarse?

No, porque se van a burlar de mí.

Sí, pero...

¿Prefieres seguir la opinión de los demás o la tuya propia?

¿Puedes convencer a los demás de que están equivocados?

¿Nos burlamos de los demás porque nos dan celos?

¿Los demás se burlan de tus papás porque están enamorados?

¿Está bien enamorarse?

Sí, porque así nos ayudamos entre los dos.

Sí, pero...

¿Si tu pareja no te ayuda la sigues queriendo?

¿Nos enamoramos de la persona en sí o de lo que hace esa persona?

¿El amor debe servir de algo?

Cuando nos enamoramos, ¿preferimos ayudar o que nos ayuden?

¿Está bien enamorarse?

No, porque luego no dura nada.

Sí, pero...

¿Quién puede saber si un amor durará?

¿Se pueden hacer cosas para que el amor dure?

¿Debemos evitar enamorarnos para no arriesgarnos a sufrir?



¿Está bien enamorarse?

No, porque es algo que pasa sin que lo pidamos.

Sí, pero...

¿Podemos enamorarnos sin querer?

¿Hay en alguna parte alguien que está destinado para mí?

¿Basta con enamorarnos para seguir enamorados?

Todos hablamos del amor, soñamos con él y le tenemos miedo... Qué felicidad, pero también, qué preocupación, porque estar enamorado tiene sus riesgos. ¿Qué tal si no podemos estar sin nuestra pareja? ¿Y si nos enojamos, y si cortamos? ¿Y si la gente se burla de nosotros? Y además, uno no exactamente decide enamorarse de alguien: no elegimos ni el momento, ni la persona. Pero si es cierto que el amor es más fuerte que nosotros, también nos permite revelar lo que somos, lo que llevamos en lo más profundo del corazón...

Hacerte esta pregunta es entonces... comprender y aceptar que no controlamos todo.

...darte cuenta de lo que eres y de lo que quieres, para poder asumirlo libremente.

...permitir que lo maravilloso entre en tu vida diaria.

Ya dejen de suspirar. Y de preocuparse. Estoy segura(o) de que al rato, en la casa, todos ustedes van a escribir algo sobre sus enamoramientos.

Oscar Brenifier, "¿Está bien enamorarse?" en *¿Qué son los sentimientos?* México, SEP-Planeta, 2006.

5. Los Héctores

[Conviene que las palabras que tienen errores estén, o sean escritas en el pizarrón.] *Esta historia es de vivos y muertos, sucede en un panteón y tiene que ver con errores que se cometen al escribir. ¿Se lo pueden imaginar?*



La muerta de peor carácter en el cementerio era Ana Maidana de Quintana. Había sido maestra y directora de escuela. Al cementerio había llegado hacía un mes y los problemas comenzaron ese día.

Tras un paseo por las tumbas, Ana se puso a gritar. Su enojo se debía a una leyenda que vio en una placa de bronce:

¡José te fuistes, pero sigues vivo en nuestros corasones!

–“¿Fuistesss? –dijo Ana, exagerando la ese– “¿corasssones?”.

A pocos metros otra leyenda llamó su atención:

Cristina: te recuerdan tu esposo, higos y nietos.

–¿Higos? ¿Los higos recuerdan a Cristina? –dijo Ana, enojada.

Lo que terminó de ponerla frenética fue su propia tumba en la que una placa decía:

En memoria de Ana de Quintana, que nos encenió todo lo que savemos. Sus ex alumnos que tanto la lioran.

–¡Ahhhh! –fue el grito de Ana, que les puso los pelos de punta a los muertos y vivos de diez kilómetros a la redonda.

Eran las siete de la mañana. En ese momento el encargado del cementerio, Héctor Funes, tomaba té con el sepulturero, Héctor Pozos, y el vendedor de flores, Héctor Clavel.

–Un muerto ha entrado en cólera –anunció sombrío Héctor Funes quien, como encargado del cementerio, sabía todo lo que se puede saber sobre los muertos.

Héctor Pozos se puso pálido.

Héctor Clavel saltó a su bicicleta y no dejó de pedalear hasta llegar a su casa.



Mucho se habló sobre la desagradable sensación experimentada por todos en la ciudad, pero mucho más se dijo en los días siguientes, cuando comenzaron a registrarse extraños sucesos...

Un quinto grado fue perseguido por un libro de gramática. A una niña le pareció en la panza la leyenda: *Las palabras terminadas en aba se escriben con b*. Un señor en cuya casa había un cartel que decía: *Electricidad*, fue perseguido por una plancha que trató de quemarle las nalgas.

La ciudad estaba bajo los efectos del pánico. Nadie entendía a qué se debían los ataques paranormales.

Los únicos que tenían un plan eran los Héctores.

Héctor Funes, Héctor Pozos y Héctor Clavel estaban preocupados porque ya casi nadie visitaba el cementerio.

Un día los Héctores compraron pinceles, pinturas y una edición usada de *Dudas y errores frecuentes del idioma castellano*. Durante una jornada se dedicaron a corregir los errores en las lápidas y una noche, sin que nadie los viera, acarrearón baldes y una escalera por toda la ciudad hasta corregir todos los carteles con errores.

Al principio la gente observó con extrañeza las correcciones, pero reaccionó con más temor cuando una maestra dijo:

—¡Es el fantasma de Ana Maidana de Quintana! Sólo ella podría hacer algo así.

Los tres Héctores juraron que nunca contarían la verdad.

Ana volvió a la tumba y se quedó tranquila. Con el tiempo la gente volvió a visitar el cementerio.

Pero para los Héctores las cosas ya no volvieron a ser como antes: cada vez que veían un error no podían dejar de corregirlo.

¿Y si quisiéramos corregir lo que está mal escrito en la calle? Tengan un cuaderno a la mano y vayan anotando lo que encuentren.

Ricardo Mariño, “Los Héctores” en *El colectivo fantasma y otros cuentos del cementerio*. México, SEP-Atlántida, 2006.

6. Me alquilo para soñar



En realidad, era su único oficio. Había sido la tercera de los once hijos de un próspero tendero de Caldas, y desde que aprendió a hablar instauró en la casa la buena costumbre de contar los sueños en ayunas, que es la hora en que se conservan más puras sus virtudes premonitorias.

A los siete años soñó que uno de sus hermanos era arrastrado por un torrente. La madre, por pura superstición, le prohibió al niño lo que más le gustaba, que era bañarse en la quebrada. Pero Frau Frida tenía ya un sistema propio de vaticinios.

—Lo que ese sueño significa —dijo— no es que se vaya a ahogar, sino que no debe comer dulces.

La sola interpretación parecía una infamia, cuando era para un niño de cinco años que no podía vivir sin sus golosinas. La madre, ya convencida de las virtudes adivinatorias de la hija, hizo respetar la advertencia con mano dura. Pero al primer descuido suyo el niño se atragantó con una canica de caramelo que se estaba comiendo a escondidas, y no fue posible salvarlo.



Frau Frida no había pensado que aquella facultad pudiera ser un oficio, hasta que la vida la agarró por el cuello en los crueles inviernos de Viena. Entonces tocó para pedir empleo en la primera casa que le gustó para vivir, y cuando le preguntaron qué sabía hacer, ella dijo la verdad: “Sueño”. Le bastó con una breve explicación a la dueña de la casa para ser aceptada, con un sueldo apenas suficiente para los gastos menudos, pero con un buen cuarto y las tres comidas. Sobre todo el desayuno, que era el momento en que la familia se sentaba a conocer el destino inmediato de cada uno de sus miembros: el padre, que era un rentista; la madre, una mujer alegre y apasionada de la música de cámara, y dos niños de once y nueve años. Todos eran religiosos, y por lo mismo propensos a las supersticiones, y recibieron encantados a Frau Frida con el único compromiso de descifrar el destino diario de la familia a través de los sueños.

Lo hizo bien y por mucho tiempo, sobre todo en los años de la guerra, cuando la realidad fue más siniestra que las pesadillas. Sólo ella podía decidir a la hora del desayuno lo que cada quien debía hacer aquel día, y cómo debía hacerlo. Su dominio sobre la familia fue absoluto: aun el suspiro más tenue era por orden suya. Por los días en que estuve en Viena acababa de morir el dueño de la casa, y había tenido la elegancia de legarle a ella una parte de sus rentas, con la única condición de que siguiera soñando para la familia hasta el fin de sus sueños.

Gabriel García Márquez, “Me alquilo para soñar” en *Doce cuentos peregrinos*. México, SEP-Alfaguara, 1992.



7. Lucha libre

Cada generación tiene sus propios héroes, pero hay leyendas que superan el paso del tiempo. Entre los ídolos más reconocidos están Tarzán López, un maestro en el estilo clásico al ras de lona; el Murciélago Velásquez, un día escondió pequeños murciélagos bajo su capa y los soltó frente al público; Black Shadow, que a pesar de haber perdido su máscara tuvo siempre a la gente de su lado; Tonina Jackson hizo las delicias del público infantil en los años cincuenta; El Santo cambió de bando debido al cariño de los niños; Blue Demon siempre estuvo a la altura del plateado; el Cavernario Galindo ganó el nombre del rudo del milenio; Wolf Ruvinskis combinó el teatro con la lucha y produjo películas en las que interpretaba personajes complicados; Mil Máscaras, que además de triunfar en los Estados Unidos llevó su fama a América del Sur, al igual que el Huracán Ramírez; el Perro Aguayo cautivó también a las señoras y heredó sus botas y carisma a su hijo, Gori Guerrero, que junto a El Santo llevó el apodo de La Pareja Atómica; André el Gigante luchaba él solo contra tres contrincantes; El Solitario fue el orgullo de su natal Jalisco y se hizo llamar *de estilo universal* (ni rudo ni técnico); El Satánico, que encabezaba la escuela de Los Infernales; El electrizante Shocker, que de la máscara pasó al antifaz conservando su estilo; Brazo de Plata luego de perder su máscara ganó tantos kilos como para reinventar su personaje; Dr. Wagner Jr. lleva el nombre de su padre en lo alto y ha conquistado al público en Japón; Vampiro Canadiense muestra cómo se puede llegar a querer a un extranjero en nuestra tierra; el Hijo del Santo reafirma que una leyenda puede continuarse por méritos propios y Blue Demon Jr. demuestra que siempre estará para poner en su sitio al Heredero de Plata; L.A. Park por su vestuario y estilo alcanzó fama en los Estados Unidos, y aquí en México cada vez es más popular. La lucha es infinita y su historia se escribe cada vez que las luces se encienden sobre el ring.

8. Los nombres de los astros

Todos los pueblos de la antigüedad le dieron nombres a los astros más brillantes que son visibles a simple vista. Estos nombres provenían, por lo general, de sus leyendas o su religión. Pero la mayor parte de ellos ya se ha olvidado. En nuestros días, conservamos tan sólo nombres árabes y versiones latinizadas, que nos legaron los romanos, de los nombres griegos originales.

Así, por ejemplo, a un planeta que se caracterizaba por ser tan rojo como el color de la sangre, los griegos le pusieron el nombre del dios de la guerra: Ares, y al planeta más brillante de todos lo llamaron Afrodita, su diosa de la belleza y el amor. Pero para los romanos, el dios de la guerra era Marte y la diosa de la belleza y el amor era Venus, así que fueron estos nombres los que se conservaron.

Los nombres árabes se conservan sobre todo en las estrellas. Son muy famosas Algol en la constelación de Perseo y Deneb en la del Cisne. Algol quiere decir “demonio” en árabe, y le pusieron así porque su brillo cambia con el tiempo. Deneb significa “cola” también en árabe y se llamó así porque es la estrella que está en la punta de la cola del cisne.

Hoy día hay una comisión internacional que se encarga de ponerle nombre a cualquier objeto nuevo que se descubra, ya sea un cometa, un asteroide, un satélite o algún objeto desconocido. Cualquier persona puede sugerir un nombre. Por ejemplo cuando en 1977 se descubrió un satélite del planeta Plutón, a una niña inglesa se le ocurrió llamarlo Caronte porque, en la mitología griega, Plutón era el dios del reino de los muertos y Caronte era el barquero que transportaba a los muertos al reino de Plutón. La sugerencia se aceptó y el satélite de Plutón se llama Caronte.



Miguel Ángel Herrera, et al., “Los nombres de los astros” en *El Sistema Solar*. México, SEP-SITESA, 1991.

9. Amores del toma y dame

Hay muchísima poesía dedicada a expresar el amor. Y eso se ha hecho con una infinidad de imágenes, más o menos extrañas.

La sirena en el mar cantaba
luciendo su algodón pinto; [cotton = tela de algodón]
yo a ninguno le hago mal,
ni tampoco me les hinco;
traigo versos pa cantar
doscientos setenta y cinco.

Carita de requesón,
narices de mantequilla,
ahí te mando mi corazón,
envuelto en una tortilla.

Cuando comienza el amor
se siente el alma dichosa:
todo se ve de color,
todo está color de rosa:
el cielo, la tierra, el sol.

Cupido, pintando flores,
pintó un hermoso clavel;
como le faltó papel,
no lo pintó de colores,
pero lo pintó de amores,
que lo mismo viene a ser.

Ariles y más ariles,
y ariles del toma y ten;
mira, no le pagues mal,
a quién te ha querido bien.



10. Soy el cero

No soy nada.

Si me ves, ves cero. Sin embargo, si miraras a través del cero, verías el mundo, verías gran parte del desarrollo de las matemáticas. Para contar, calcular, estimar, aproximar y localizar es fundamental el cero: capítulo cero, cero manzanas, el resultado es cero, esto es casi cero, esto tiende a cero, o estás en la zona cero.

El cero es diferente de todos los otros números e indispensable para los sistemas posicionales. El cero es de cuidado pues no sabe si se sumó o no, si se restó o no; al multiplicar por cero se obtiene cero, y no sabemos dividir entre cero. Si tratamos de hacerlo, podemos incluso confundir a las calculadoras o computadoras, y lo más común es que en la pantalla obtengamos *error*. En ese sentido el cero es temido pues es el gemelo del infinito; son iguales en ciertos casos y opuestos en otros.

Sin lugar a dudas, las preguntas más importantes en ciencias y en religión son sobre la nada y la eternidad, el vacío y la infinidad, el cero y el infinito, lo verdadero y lo falso.

El cero se convirtió en una de las herramientas más importantes de las matemáticas.

Es difícil para el hombre moderno imaginar la vida sin cero, lo mismo que es difícil imaginársela sin el 3 o el 52. Sin embargo, muchas civilizaciones no únicamente vivieron sin él, sino que el cero era un intruso en su mundo. Era una idea que los asustaba.

El origen de las matemáticas se dio debido a la necesidad de contar, contar ovejas; de medir, medir los terrenos, y de registrar el paso del tiempo. Para ninguna de esas tareas era indispensable conocer el cero.

Muchas civilizaciones funcionaron perfectamente durante miles de años sin conocer el cero y otras, a pesar de tenerlo a la mano, lo aborrecían, y eligieron tener una vida sin él, sin el cero; ni siquiera tenía un nombre para este número ni esta idea.

Ese fue el caso de una civilización tan adelantada matemáticamente como la egipcia.

¿Qué es un sistema posicional? Por ejemplo el nuestro. Si ponemos 111, el primer 1 significa centenas, el segundo decenas y el tercero unidades. Si ponemos 101 decimos que hay una centena, no hay decenas y hay una unidad. Divertido, ¿no?

Carlos Bosch Giral, *El cero*. México, SEP-Nuevo México, 2006.

II. Refranes pareados [*compuestos por dos líneas*]

A la mejor cocinera,
se le va el tomate entero.

De golosos y tragones,
están llenos los panteones.

Al nopal lo van a ver,
sólo cuando tiene tunas.

El flojo y el mezquino,
andan dos veces el camino.

Al que nace pa' tamal,
del cielo le caen las hojas.

El que mucho se despide,
pocas ganas tiene de irse.

Apenas le dicen mi alma,
ya quiere casa aparte.

El que siembra su maíz,
que se coma su pinole.

Caras vemos,
corazones no sabemos.

Las noticias malas,
tienen alas.

Como el burro del aguador,
cargando el agua y muerto de sed.

Lo que uno no puede ver,
en casa lo ha de tener.

Como ni amor le tengo,
ni cuidado le pongo.

¿Para qué son tantos brincos
estando el suelo tan parejo?

Con amor y aguardiente,
nada se siente.

Pleitos con todos,
menos con la cocinera.

Con los curas y los gatos,
pocos tratos.

Si el tecolote canta,
el indio muere.

Mala yerba nunca muere,
y si muere ni hace falta.

Solo el que carga el cajón,
sabe lo que pesa el difunto.

12. Diario de Clara

Miércoles 1^o de junio de 1864

Hoy por la mañana, cuando terminábamos de almorzar, mi papá me dio un regalo. Venía perfectamente bien envuelto y tuvo que abrirlo con mucho cuidado. ¡Era este *diario*!

Mi mamá le preguntó molesta, para qué me lo daba y mi papá contestó que todas las señoritas en México tenían ya uno como éste: “Es para que apunte sus impresiones y recuerdos, lo que suceda en su vida.”

Mi mamá, enojada, repuso que yo era apenas una niña y que no tenía nada que escribir a escondidas. Esto me sorprendió y al ver mi cara de asombro, mi papá me explicó que los diarios son absolutamente privados, que nadie puede ni debe leerlos, pues se trata de una posesión íntima, exclusiva para los ojos de su dueña, que es la única que tiene derecho a abrirlo. Confieso que esto me encantó. Por primera vez en mi vida tendré algo que es solamente mío. Mi papá me prometió que nadie podría abrir y menos leer este *diario*, pues “es como si fuera tu más cercana amiga, la de más confianza, a la que puedes decirle todo lo que piensas y todo lo que sientes, con la gran ventaja de que es una persona muda, que no habla ni irá de chismosa sobre lo que escribas”.

Mi mamá, mientras tanto, hacía muecas y gestos; se notó claramente que no le gustó nada el regalo que me hizo mi papá.

Luego él se fue a la notaría a trabajar y yo subí corriendo a mi cuarto a examinar con detalle mi nuevo *diario*. Es muy bonito; tiene su cerradura y una llavecita para que yo sea la única que pueda abrirlo. Las tapas son duras y en ellas mi papá mandó grabar mi nombre, pues dice con letra muy elegante: Clara Eugenia Reza y Pliego. Las hojas son de papel muy fino pero al verlas sentí un poco de miedo. Las hojas en blanco me aterrorizan. ¿Seré capaz de escribir algo? A lo mejor nunca sucede nada digno de ser recordado, pues ¿qué le puede pasar de emocionante a una niña como yo que apenas voy a cumplir los quince años? El *diario* está impreso en Austria. Parece que en México está de moda todo lo austríaco; se venden sillas y mesas austríacas, bueno, hasta un emperador austríaco tenemos ya, como el que acaba de desembarcar en Veracruz.

¿Quién era ese emperador austríaco? ¡Muy bien!, Maximiliano.

José Manuel Villalpando, *Diario de Clara Eugenia*. México, SEP-Planeta, 2002.

13. Los inventos

Un invento puede cambiar nuestro mundo y hacer que nuestra vida sea más fácil, más segura, más rápida, más interesante o más divertida. Durante miles de años, el ser humano ha inventado cosas. Cada vez que prendemos la computadora, andamos en bicicleta, leemos un libro o le subimos el cierre a la chamarra, estamos aprovechando el trabajo de los inventores.



Los inventores crean nuevas ideas y las ideas nos llevan a nuevos inventos.

Alfred Nobel (1833-1896) fue un científico sueco que inventó la dinamita. El propósito de su invento era que se usara en las minas, para que se pudieran hacer explosiones en las rocas con menos peligro. Sin embargo, la dinamita se usó en las guerras para matar y destruir. Alfred Nobel se molestó mucho por eso, por lo que el dinero que ganó por este invento lo utilizó para dar premios a las personas que hicieran algo importante o duradero en la ciencia, la literatura, la paz y los negocios. A estos premios, que se otorgan cada año, se les llama premios Nobel

Un invento puede ser muy sencillo, como un botón, pero también puede estar compuesto por muchas piezas, como una televisión. De cualquier manera, todos los inventos se basan en *principios científicos*. Los inventores utilizan estos principios para crear nuevos objetos y mejorar los objetos que ya tenemos. Si entendemos algunos de estos principios, será más fácil saber cómo funcionan las máquinas y los aparatos.

Aerodinámica

La aerodinámica usa los principios científicos de las fuerzas que produce el aire al pasar alrededor de los objetos y empujarlos. Los diseños que se han hecho de las bicicletas se basan en estos principios. Las bicicletas de la actualidad son rápidas y fuertes.

En 1889, el francés Gadget vendió copias en miniatura de la Estatua de la Libertad a los turistas que llegaban a Nueva York, en los Estados Unidos. La gente que compró estas figuritas, las llamó *gadgets*. La palabra *gadget*, en inglés, se usa desde entonces para referirse a aparatos sencillos, pero ingeniosos, o herramientas. A veces, la gente inventa palabras como *chunche* para referirse a los objetos, cuando no se acuerda de su nombre.

14. Emiliano Zapata, un soñador con bigotes

Cuando Emiliano Zapata tenía 11 años y era nada más un niño, no un héroe que sale en los libros, tampoco tenía respiro.

Desde antes de que empezara la Revolución no paraba. Se me hace que ni siquiera dormía. Entre levantar en armas a la gente, fusilar federales, pelearse con los presidentes de la república, recortarse el bigote, consolar a los pobres y, finalmente, caer en emboscadas, no creo que le haya dado tiempo de tomar ni una siesta.

Ser héroe de tiempo completo debe de ser muy complicado. A lo mejor por eso mueren tan jóvenes. A don Emiliano no le dio tiempo de celebrar su cumpleaños cuarenta cuando ya había fallecido, pero le habían sucedido muchas más cosas que a mi abuelo, quien tiene 72 y ya se le acabaron las historias que contar.

Pero vayamos entrando en materia:

Lo que quería platicarles es medio complicado, porque los tiempos cambian y en eso hay que darle la razón a los grandes. Los niños de hoy no tenemos tantas responsabilidades como las que tuvieron nuestros padres y abuelos. Nos da tiempo de platicar, pensar en cómo hacer para que el niño más guapo del salón nos saque a bailar en la fiesta, hablar por teléfono, hacer la tarea cuando no hay nada mejor en que ocuparnos y tantísimas cosas.



Pero cuando Emiliano era niño la vida era diferente. Todo se hacía a mano: nada de abrir la llave y que salga un chorro de agua; había que traerla del río o del pozo. Ni imaginarse siquiera oprimir un botoncito y que se prendiera la lámpara; había que conseguir petróleo para el quinqué o cerillos para las velas. ¿Gas? No había: fogón para la comida y encomendarse al dios anticatarro al bañarse. Había tanto por hacer que los adultos no se daban abasto. Así que los niños tenían muchas obligaciones, empezando por la de mantenerse vivos, lo que, entre la mala alimentación y la falta de medicinas y médicos, no era cosa sencilla.

El padre de Emiliano se llamó Gabriel; la madre Cleofás, y también tuvieron su historia, pero ésa no se las cuento; sólo les digo que se conocieron, se enamoraron, se

casaron, tuvieron hijos y una mañana de agosto, allá en 1879, abrió los ojos por primera vez el pequeño Emiliano.

–¿Ya viste el lunar que tiene encimita del párpado?– preguntó la amorosa y todavía adolorida doña Cleofás.

–¡Cómo no voy a verlo, mujer! Si se le mira casi tan bonito como a ti –contestó el orgullosísimo Gabriel Zapata, quien se sentía como pavorreal porque su hijo le hubiera salido tan guapo.

Y no es que fuera tan agraciado, sino que ya se sabe que los padres en cuanto ven a sus retoños se llenan de orgullo.

Guillermo Samperio, *Emiliano Zapata, un soñador con bigotes*. México, SEP-Santillana, 2005.

15. Mi tía Chabela

Mi tía Chabela es una sonrisa, unas manos suavécitas; un *mi niño, mi amor, mijito*; un abrir los ojos durante las noches que estaba enfermo y encontrarla sentada en la orilla de mi cama; un *pásate con nosotros*, cuando yo no podía dormir. Una sopa riquísima, una cucharada de emulsión que me tenía que tomar, *para que crezcas mi cielo*. Mi tío siempre agregaba: *para que no te quedes chaparro como tu tío Rubén*; unos tamales para desayunar, un pastel recién hecho para merendar, y un baño en la tina antes de empiyamarme. También es un perfume, un chal tejido cuando atardecía, un cabello plateado, una canción tarareada mientras regaba sus plantas, y otra cantada a dúo con su perico. Era una piel blanquísima y unos ojos azules que tan pronto eran lilas como verdes.

A mí siempre me intrigaba ese cambio de color.



–Tía, ¿por qué tiene los ojos de tantos colores?

–Porque son color del tiempo, mi amor.

–¿Son azules cuando hay cielo azul?

–Sí, mi cielo.

–¿Y verdes cuando está nublado?

–Algo así, mi amor.

–¡Y lilas cuando florece la jacaranda?

–Sí, niño –se adelantó mi tío Tacho a contestar–, son como los de usted: café común cuando hace frío, café corriente cuando llueve y café común y corriente cuando hace calor.

Miré sus ojos.

–Como los suyos, ¿verdad, tío?

Mi tía sonrió burlona y él me dijo muy serio:

–Mire Panchito, ya estuvo bueno de estar analizando ojos, váyase a hacer la tarea.

Y se puso sus lentes oscuros.

Claudia Celis, “Mi tía Chabela” en *Donde habitan los ángeles*. México, SEP-SM, 2002.

16. Intercambios

¿Habías oído que... el mundo le debe a México las llantas de los coches, los chupones de bebé y todo lo fabricado con hule? Los aztecas ya empleaban este material, que proviene de un árbol tropical, en la elaboración de pelotas para el famoso juego prehispánico ritual llamado *tlachtli*.

Se dice que las canicas con que juegas son de origen prehispánico. Los niños aztecas jugaban con bolitas de barro o de piedra iguales a las canicas de cristal que se hicieron después. Ellos enseñaron a los hijos de los españoles este juego.

De España vinieron las cometas que los niños del antiguo México vieron en forma de mariposa. De ahí su nombre *papalotl*, ahora papalote, que significa mariposa.

La china poblana, según una versión, era una princesa que unos piratas capturaron cerca de Manila y trajeron a Acapulco en la Nao de China. De allí pasó a Puebla, vivió con unas monjas que la bautizaron como Catarina de San Juan. Se le conoció por su bondad y por la originalidad de sus vestidos que, al paso del tiempo, inspiraron el traje nacional.

¿Habías oído que... para preparar el oro con que se decoraban las iglesias de la Nueva España se empleaban las claras de huevo? Con las yemas sobrantes, que eran



muchas, las monjas idearon preparar ricos dulces, rompopo, huevos reales para servirlos en almíbar con canela, y huevitos de faltriquera, preparados con azúcar y almendras para regalarse envueltos en papel de china con las puntas recortadas en tiras, como flecos.

El chicle que masticas, y que otros países imitan con sustancias químicas, proviene del árbol del chicle o *tzíctli*, el chicozapote de nuestras selvas tropicales del sur.

CUICA, "Intercambios" en *Juegos y Diversiones Mexicanos*. México, SEP-SITESA, 1998.

17. Mi primer amor

Una canción de Sacha Guitry:

Tenía yo trece años.

Ella era encantadora.

¡Qué digo encantadora!

Era una de las mujeres más bonitas de París.

Pero de eso yo no me daba cuenta.

Yo la encontraba bonita –ocurría que lo era extremadamente–. Esto no era más que una coincidencia...

Tenía una sonrisa adorable y ojos acariciadores.

Yo voy a preguntarme, ¿por qué la he amado?

Soñaba con ella.

¿Decírselo? Antes la muerte.

¿Entonces? Probárselo.

Hacer economías durante toda la semana y cometer una locura el domingo siguiente. Hice estas economías y cometí esta locura. Ocho francos: un enorme ramo de violetas. ¡Era magnífico! Era el más bello ramo de violetas que se haya visto nunca. Me hacían falta las dos manos para llevarlo.

Mi plan: llegar a su casa a las dos y solicitar verla.

La cosa no fue fácil. Estaba ocupada. Insistí. La camarera me condujo al gabinete.

Se estaba peinando para salir. Entré con el corazón en un brinco.

–¡Hola, pequeño! ¿Para qué quieres verme?



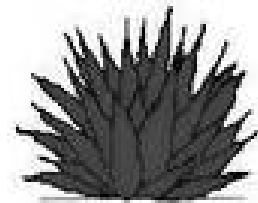
No se había vuelto aún. No había visto todavía el ramo: no podía comprender.
 –Para esto señora.
 Y le tendí mis ocho francos de violetas.
 –¡Oh, qué bonitas!
 Me pareció que la partida estaba ganada. Me había aproximado a ella, temblando.
 Cogió entre sus manos mi ramo como se coge la cabeza de un niño y lo llevó a su bello rostro como para besarlo.
 –¡Y huele bien!
 Luego, añadió despidiéndome:
 –Dale las gracias de mi parte a tu papá.

Sacha Guitry, “Mi primer amor” en Edmundo Valadés (comp.), *El libro de la imaginación*, México, SEP-FCE, 1987.

18. México, tierra de agaves

México es tierra de agaves. Todas sus regiones están cubiertas por estas plantas milenarias, como maguey, henequén, zapupe, guapilla o lechuguilla, pero no hay otra más llamativa que el *agave azul*, el tequilero, cuyos plantíos engalanan los campos de Jalisco.

El agave es nativo del continente americano. Existen 186 variedades; 139 crecen en territorio nacional y de éstas, 71 son endémicas (que solamente allí existen). Es tan generoso, que desde tiempos inmemoriales ha servido para elaborar bebidas rituales, alcohólicas y vigorizantes, así como dulces, conservas y otros productos artesanales, aparte de sus usos industriales. Hoy en día, los paisajes agaveros son una maravilla natural y humana de México, y desde el 13 de julio de 2006 la UNESCO los declaró Patrimonio de la Humanidad, una distinción que no cualquier lugar del mundo obtiene.



Existen paisajes agaveros en varios estados de la República Mexicana, pero no pueden compararse con la belleza de los que vemos en Jalisco, donde el color de la tierra armoniza y contrasta a la vez con el color del agave azul, el agave tequilero.

Dentro del estado de Jalisco hay regiones tapizadas de agave azul, y la más distintiva de todas es la llamada "ruta del tequila", que tiene a la población de Tequila como epicentro. Es una ruta donde no sólo se pueden observar los paisajes agaveros desde la distancia, sino que es posible caminar entre ellos, ya sea para conocer de cerca el proceso del cultivo, para llegar a sitios arqueológicos de la extinta cultura de los guachimontones o para hacer un turismo de aventura o ecoturismo.

<http://www.maravillasdemexico.com/cgi-bin/MaravillasDeMexico/Maravilla?M=8>

19. La paz se construye

Ni la paz ni la guerra están en nuestra naturaleza humana. La primera es producto de nuestra voluntad y la segunda, producto de nuestra incapacidad para resolver conflictos; también es una expresión de nuestra barbarie, cualquiera que sea el motivo que encontremos para justificarla.



El hecho de que la paz no esté en nuestra naturaleza y que compromete nuestra voluntad implica que debemos esforzarnos para encontrar caminos no violentos que nos conduzcan al entendimiento mutuo.

Debemos oponer la paz a la guerra. Recuerden que la guerra es la situación en la que se pisotean con mayor brutalidad los derechos humanos, donde se pierde el derecho supremo y básico, que es el de la vida; donde se ven seriamente amenazadas la integridad y la dignidad humanas, así como la libertad en todas sus expresiones.

Para alcanzar la paz no es necesario que todos pensemos igual, que debamos ser sumisos o carecer de voluntad propia. En realidad, ni siquiera es necesario que apreciemos al otro.

La paz implica un esfuerzo, una energía vital que nos lleva a contener las respuestas violentas y a evitar que surjan; nos obliga a ser creativos en la búsqueda conjunta de soluciones; nos exige sacar lo mejor de cada uno para ponernos en el lugar del otro,

tratar de sentir lo que el otro siente para hacerle saber lo que nosotros queremos y sentimos.

Algunas de las herramientas más efectivas para construir la paz son la tolerancia, la escucha viva, el rechazo sistemático a la violencia y sobre todas las cosas, nuestro sentido ético.

Elizabeth Carbajal, “La paz se construye” en *Naturaleza humana*. México, SEP-Santillana, 2002.

20. Hipopótamo

En la siguiente lectura hay cosas que son ciertas y cosas que son falsas. A veces pasa eso en los libros: alguien puede equivocarse, o puede no saber... Pongan atención.

Submarino por vocación, se pasa la vida sumergido en aguas tranquilas, lejos del calor, lejos de las disputas territoriales, del barullo y de las distracciones. El tiempo transcurre para él como el agua lenta de un baño de tina.

El hipopótamo no sabe qué es tener prisa, nunca ha sentido una urgencia. Su cuerpo rotundo no está diseñado para apresurarse, sino para flotar, y flotando resuelve la vida como lo hacen las boyas y las islas desiertas.



Lo que en otros se reconoce como holgazanería, en él es parsimonia.

Hace mucho tiempo, antes de que las cosas fueran como son, los animales decidieron repartirse las tareas: algunos debían tener la hierba siempre podada, otros evitarían que la población de herbívoros creciera sin control, los de más allá mantendrían a raya a los carnívoros, y así. Todos fueron escogiendo un trabajo, pero el hipopótamo no elegía: ¿de qué podría ocuparse un animal redondo como cantante de ópera, pero tímido como un grillo, nada ágil y de piel tan sensible que no resiste dos horas de sol?

“¿Qué quieres hacer?”, le preguntaron. Luego de pensarlo un rato, con amplia sonrisa contestó: “Burbuja”. “Perfecto –dijeron–, que se encargue de eso.” Y no se habló más del asunto.

“Eso” es lo que hace el hipopótamo debajo del agua; no canta, no medita, no come golosinas a escondidas: fabrica burbujas, las más perfectas, las más hermosas y delicadas que se producen en el globo terráqueo. Su propio nombre, grande y circular, habla de su ocupación. Los griegos lo llamaron caballo de río, aunque las ramas de su árbol familiar lo acercan más a los cerdos que a los equinos. Ni raíces ni ramas sostienen al redondo hipopótamo que de esfera tiene el nombre, pero no lo etéreo.

Submarino por vocación, de cuándo en cuándo el hipopótamo saca la cabeza del agua y bosteza para orear un poco la maquinaria herrumbrosa de hacer burbujas. Luego, muy despacio, vuelve a sumergirse en el agua lenta para continuar su labor.

Hay textos que nos dicen cómo es el mundo, y textos que inventan loqueras divertidas. Cómo saber si lo que dice este texto es verdad o es algo imaginado? Muy fácil. Hay que consultar otros libros sobre el mismo tema y ver qué dicen. ¿De veras es el hipopótamo como aquí se dice? ¿A qué velocidad corre un hipopótamo? A ver quién lo averigua.

Roxanna Erdman, “Hipopótamo” en *Zorrillo el último*. México, SEP-Santillana, 2005.

21. Un poeta con muchos dientes

Había una vez un poeta que decidió ser cocodrilo. Cada vez que se asomaba a los espejos, en lugar de mirar su cara de hombre que quería peinarse o rasurarse o averiguar si le quedaba bien una corbata, descubría su cara de saurio —eso son los caimanes, lagartos y



cocodrilos—. Y antes de retirarse, lo último que hacía era alzar un poquito los labios, ladeando la boca, no para ver si se la había lavado, como algunos creían, sino para admirar su terrible, brillante y erizada dentadura.

Aquel poeta se llamaba Efraín Huerta. Era taimado y tenaz como dicen que son los cocodrilos. Algunas cosas lo ponían furioso; por ejemplo, la injusticia, la pobreza en que tanta gente vive, la violencia contra los débiles. Otras, como los niños, la lluvia, las canciones, las flores y el mar

lo ponían tierno y alegre.

Como todos los poetas, a Efraín Huerta le gustaba jugar con las palabras, muestra de ello son estos poemínimos. Escúchalos con atención y diviértete con ellos.

<u>Mocambo</u>	<u>La amo...</u>	<u>Ecología</u>
Hasta ayer comprendí por qué el mar siempre está muerto de brisa.	La amo hasta la poesía de enfrente.	De la Ilusión A la Erosión No hay Más que Medio Siglo.
<u>Así es</u>	<u>D.D.F</u>	
Todas las cosas se parecen a su sueño	Dispense Usted Las molestias Que le ocasiona Esta Obra Poética	

¿Se fijaron cómo juega el poeta cocodrilo con las palabras? Dice brisa en lugar de risa; sueño en lugar ¿de? ¿Cómo es el dicho? “Todas las cosas se parecen a su...” ¡Muy bien!, a su dueño.

Felipe Garrido, “Prólogo” a Verónica Murguía (selección). *Alma mía de cocodrilo. Efraín Huerta para niños*. México, CONACULTA, 2000.

22. ¿Por qué somos tan feos por dentro?

El espejo nos muestra cómo somos por fuera, y no estamos mal. Pero mira ahora tu radiografía. ¿Qué ves? Un esqueleto, un saco de huesos. El esqueleto es tu percha.

Estás hecho un esqueleto

No es un insulto, que conste. Piensa que sin el esqueleto vivirías derramado sobre el suelo, como la plastilina.

Además, el esqueleto protege nuestros órganos de los golpes. Figúrate si será fuerte que cada centímetro cuadrado de hueso puede soportar 1,700 kilos: ¡el peso de tres toros! Y en total tenemos 206 huesos. El más largo está en el muslo: es el *fémur*. Y el

más pequeño está dentro del oído, y se llama *estribo*, porque parece el estribo de una silla de montar.

Si el esqueleto fuera de una pieza, no podríamos movernos. Para que podamos movernos los huesos están unidos entre sí por

Articulaciones

Las de los dedos las movemos unos 25 millones de veces durante toda nuestra vida.

Tampoco el cráneo está hecho de una sola pieza, aunque lo parezca. Tiene 22 huesos, de los cuales 14 están en la cara.

Huesos vivos

Seguro que creías que los huesos eran como trozos de piedra. Pues no: los huesos están vivos. Si se agrietan o se rompen, pueden repararse a sí mismos. La cubierta exterior es dura, pero por dentro son como esponja.

Algunos tienen dentro una sustancia gelatinosa llamada *médula*: es muy importante, porque es la que produce los glóbulos rojos de la sangre.

¿Cómo andan los esqueletos?

El esqueleto de un adulto pesa 17 kilos. Moverlo no resulta nada fácil: menos mal que tenemos los músculos.

Sólo para andar utilizas 200 músculos; y cada vez que sonríes, mueves 60. En total, tenemos más de 640 músculos. En el hombre, si los desarrolla, constituyen casi la mitad de su peso. ¡Vaya musculitos!

Gracias a los músculos puedes andar, tomar objetos, abrir y cerrar los ojos, respirar... Los músculos son muy elásticos porque están formados por una trama de fibras. Los músculos encargados de mover los huesos van unidos a ellos por los *tendones*, que son una especie de tiras de hule que, cuando se estiran, jalan de los huesos. Algunos músculos trabajan sin cesar noche y día, como el corazón o el estómago. Otros descansan cuando no se utilizan.

Los músculos más activos del cuerpo son los de los ojos. ¡Se mueven más de un millón de veces cada día! El músculo más voluminoso es el *glúteo*, más conocido como nalga. Es una estupenda protección para la parte final del aparato digestivo. Además, el repliegue que forman las dos nalgas es como la tapadera del retrete, impide que se escapen los olores. ¿Y sabes cuál es el músculo más fuerte? No es el *bíceps* (la bola del

brazo), como seguro que habrás pensado, sino el *masetero*, el músculo que mueve las mandíbulas al masticar.

Sorprendente, ¿no es cierto? Ya tienen un tema para platicar en casa.

María Menéndez, “¿Por qué somos tan feos por dentro?” en *¡Qué mágico es mi cuerpo!* México, SEP-SM, 2006.

23. El portero

También lo llaman arquero, guardameta, cancerbero o guardavallas, pero bien podría ser llamado mártir, penitente o payaso de las bofetadas. Dicen que donde él pisa, nunca más crece el césped. Es uno solo. Está condenado a mirar el partido de lejos. Sin moverse de la meta aguarda a solas, entre los tres palos, su fusilamiento. Antes vestía de negro, como el árbitro. Ahora el árbitro ya no está disfrazado de cuervo y el portero consuela su soledad con fantasías de colores.

Él no hace goles. Está allí para impedir que se hagan. El gol, fiesta del fútbol: el goleador hace alegrías y el guardameta, el aguafiestas, las deshace. Lleva a la espalda el número uno. ¿Primero en cobrar? Primero en pagar. El portero siempre tiene la culpa. Y si no la tiene, paga lo mismo. Cuando un jugador cualquiera comete un penal, el castigado es el portero: allí lo dejan, abandonado ante su verdugo, en la inmensidad de la valla vacía. Y cuando el equipo tiene una mala tarde, es él quien paga el pato, bajo una lluvia de pelotazos, expiando los pecados ajenos.

Los demás jugadores pueden equivocarse feo una vez o muchas veces, pero se redimen mediante una finta espectacular, un pase magistral, un disparo certero: él no. La multitud no perdona al arquero. ¿Salió en falso? ¿Hizo el sapo? ¿Se le resbaló la pelota? ¿Fueron de seda los dedos de acero? Con una sola pifia, el guardameta arruina un partido o pierde un campeonato, y entonces el público olvida súbitamente todas sus hazañas y lo condena a la desgracia eterna. Hasta el fin de sus días lo perseguirá la maldición.

El gol

El gol es cada vez menos frecuente en la vida moderna. Hace medio siglo, era raro que un partido terminara sin goles: 0 a 0, dos bocas abiertas, dos bostezos. Ahora, los once jugadores se pasan todo el partido colgados del travesaño, dedicados a evitar los goles y sin tiempo para hacerlos. El entusiasmo que se desata cada vez que la pelota sacude la red puede parecer una locura, pero hay que tener en cuenta que el milagro se da poco. El gol, aunque sea un golecito, resulta siempre gooooooooooooooooooooooooooooool en la garganta de los relatores de radio, un do de pecho capaz de dejar a Caruso mudo para siempre, y la multitud delira y el estadio se olvida de que es de cemento y se desprende de la tierra y se va al cielo.

El ídolo

Desde que aprende a caminar, sabe jugar. En sus años tempranos alegra los llanos, juega que te juega en los andurriales de los suburbios hasta que cae la noche y ya no se ve la pelota, y en sus años mozos vuela y hace volar en los estadios. Sus artes malabares convocan multitudes, domingo tras domingo, de victoria en victoria, de ovación en ovación.

La pelota lo busca, lo reconoce, lo necesita. En el pecho de su pie, ella descansa y se hamaca. Él le saca lustre y la hace hablar, y en esa charla de dos conversan millones de mudos. Los nadies, los condenados a ser por siempre nadies, pueden sentirse alguienes por un rato, por obra y gracia de esos pases devueltos al toque, esas gambetas que dibujan zetas en el césped, esos golazos de taquito o de chilena: cuando juega él, el cuadro tiene doce jugadores.

—¿Doce? ¡Quince tiene! ¡Veinte!

Eduardo Galeano, "El portero" en *El fútbol a Sol y a sombra y otros escritos*. México, SEP-Siglo XXI, 1995.



24. El hombre que no quería trabajar

Había una vez, en un rancho, un hombre llamado Chanito. Era flojo, flojísimo, y no quería trabajar. Los señores lo mantenían de gorra porque no hacía absolutamente nada. Un día de tantos, de plano se fastidiaron de mantenerlo y le dijeron:

–Chanito, ya no podemos seguir dándote tortilla. ¡Ponte a trabajar!

–No, trabajar no –contestó Chanito–. Mejor entiérrenme vivo.

Le tomaron la palabra. Lo metieron en un cajón y se lo llevaron para el panteón. En el camino se encontraron a un señor que venía de la labor y traía un burro con dos colotes [canasta cilíndrica] de mazorcas.

–¿Pa ónde van? –les preguntó.

–Pos vamos pal pantión, a enterrar a Chanito.

–¿Qué ya se murió? –dijo el hombre sorprendido.

–No, hombre. Lo vamos a enterrar vivo porque no quiere trabajar y es muy flojo.

–¡Chanito! –gritó el hombre que venía de la labor.

–¡Qué, hombre! ¡Aquí voy! –contestó Chanito.

–Pero, Chanito, ¿cómo que te van a enterrar vivo? Mira, hombre, aquí llevó un maíz. Tú dirás, te lo regalo pa que te alivianes unos cuantos días y puedas comer, pero que no te entierren vivo.

–¿Y ta desgranao? –preguntó Chanito.

–¡No! Pos ta en la mazorca.

–¡Ah, no! Entonces que siga mi entierro.



“El hombre que no quería trabajar” en Mireya Cueto (comp.), *Cuéntanos lo que se cuenta*. México, SEP-CONAFE, 2006.

25. Tiburones

¿Qué tienen los tiburones que nos asustan tanto? ¿La boca enorme, los dientes afilados, los ojillos asesinos? Cuando pensamos en un tiburón, imaginamos un gigantesco monstruo submarino que ataca a la gente. Pero lo cierto es que la mayoría son inofensivos para el hombre.

Los tiburones son peces y, como todos los peces, tienen un esqueleto resistente. Pero a diferencia de otros peces, su esqueleto no es de hueso, sino de un material ligero y flexible llamado cartílago.

Todos son carnívoros. Algunos devoran presas del tamaño de focas o delfines. La mayoría come tiburones más pequeños y otros peces. Y unos pocos –los de mayor tamaño– se alimentan de diminutas criaturas marinas como plancton, camarones y pequeños peces.

Todos los tiburones son cazadores. Pero para cazar, lo primero es encontrar la presa. La visibilidad bajo el agua es escasa, por lo que los tiburones han aguzado los demás sentidos.

Los tiburones no pueden oír los sonidos que nosotros consideramos normales, pero tampoco les hace falta. Su sentido del oído está especializado en las frecuencias bajas que transmite el agua. Por ejemplo, un tiburón distingue el ruido de una barca fondeando en un arrecife a dos kilómetros de distancia. Cuando un pez muerde el anzuelo del pescador que va en la barca, unas diminutas gotitas de sangre se diluyen en el agua y basta unas cuantas moléculas de sangre para que el tiburón sienta el olor.

También percibe el reflejo de las ondas que él mismo forma al nadar. Así elude los obstáculos y nada rápidamente y con precisión.



Al aproximarse a la barca, el tiburón ve los destellos del cuerpo plateado del pez mientras éste se debate por librarse del sedal. Pero cuando se acerca, ¡el pez desaparece! Los ojos del tiburón están demasiado separados para ver lo que tiene justo delante. Sin embargo, los poros sensibles a la electricidad que

tiene en la punta de la nariz le permiten detectar los impulsos eléctricos emitidos por el pez. Entonces el tiburón se abalanza sobre su víctima y la devora.

Puede que los tiburones sean los mayores predadores del océano, pero no son ni la mitad de peligrosos que los bípedos terrestres llamados seres humanos.

La gente mata tiburones por diferentes motivos. Algunas personas se sienten amenazadas por esos grandes predadores, otras sólo buscan satisfacer la enorme demanda de aletas de tiburón de los restaurantes asiáticos. Y muchos tiburones mueren al quedar atrapados en las redes de arrastre.

Leighton Taylor, *Tiburones*. México, SEP-Océano, 2002.

26. Paloma blanca

Paloma blanca,
blanca paloma,
¡quién tuviera tus alas!,
¡tus alas quién tuviera!

Para volar,
y volar para,
donde están mis amores,
mis amores donde están.

Tómale y llévale,
llévale y tómale,
este ramo de flores,
de flores este ramo,
para que se acuerde de este pobre
corazón.



Tuve un amor,
un amor tuve,
lo quiero y lo quise,
lo quise y lo quiero,

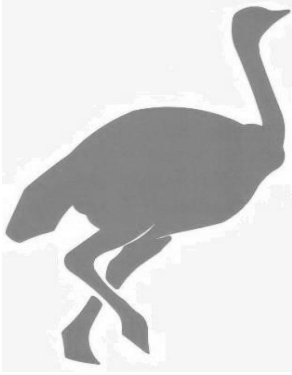
Porque era fino,
porque fino era,
más fino que un diamante,
más que un diamante fino.

Tómale y llévale,
llévale y tómale,
esta copa de vino,
de vino esta copa,
para que se acuerde de este pobre
corazón.

Canción popular

27. El avestruz enamorado

El domingo, el avestruz vio a una señorita que paseaba por el parque. Se enamoró de ella a primera vista. La siguió a cierta distancia, posando las patas allí donde ella había pisado.



El lunes, el avestruz cogió violetas para ofrecérselas a su amada. Era demasiado tímido para dárselas personalmente, así que se las dejó en la puerta de casa y se marchó corriendo. Pero el corazón le daba brincos de felicidad.

El martes, el avestruz compuso una canción para su amada. La cantó una y otra vez. La encontraba la música más hermosa que jamás hubiese oído.

El miércoles, el avestruz miró comer a su amada en un restaurante. Se le olvidó pedir su propia cena. Era tan feliz que había perdido el apetito.

El jueves, el avestruz escribió un poema para su amada. Era el primer poema que escribía, así que no tuvo valor para leérselo.

El viernes, el avestruz se compró un par de zapatos nuevos. Se los puso y se sintió elegante y guapo. Esperaba que su amada lo notara.

El sábado, el avestruz soñó que bailaba un vals con su amada en un salón de baile enorme. La sostenía firmemente mientras daban vueltas y más vueltas al ritmo de la música. Se sentía dichoso de estar vivo.

El domingo, el avestruz regresó al parque. Cuando vio a la señorita que paseaba, el corazón le dio un vuelco, pero se dijo: “Bueno, me parece que soy demasiado tímido para cortejarla. Otra vez será. Aunque, no me cabe duda, esta semana no he perdido el tiempo”.

El amor por sí mismo es una recompensa.

28. La Legión de la Tarántula

La Legión de la Tarántula es una banda de niños que siempre andan resolviendo misterios. Vamos a ver cómo comienza una de sus aventuras. Apunten en un cuaderno el mensaje en clave que yo voy a anotar en el pizarrón [puede estar ya anotado] para ver si pueden resolverlo en sus casas. Se vale que pidan ayuda.

Al atardecer, Oso Verde y Andrés se sentaron bajo un árbol en un parque de Guadalajara a leer una carta que Maripecas les escribió desde Mérida, donde estaba de vacaciones. Oso Verde era instructor en la Legión de la Tarántula; lo llamaban así porque era un niño corpulento que siempre se vestía de verde, incluyendo tenis y calcetines. Hasta su cama, su mochila y los libros eran de ese color.

A Maripecas le decían así porque era pecosa y se llamaba María. Junto con Oso Verde había resuelto muchos misterios.

Andrés, que observaba a su alrededor, interrumpió a Oso Verde.

—Allí está un tipo sospechoso —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Oso Verde mirando a la gente que paseaba por el parque.

Andrés señaló a un tipo de pantalón de cuadritos que se acercaba, mirando a todas partes, a una fuente cercana.

Los niños fingieron leer pero vigilaron atentamente los movimientos del sujeto, que nerviosamente se detuvo junto a la fuente y tras ver que nadie lo miraba sacó de una hendidura un sobre blanco, y se alejó a gran velocidad.

—¡Se nos escapa! —exclamó Andrés al verlo perderse entre el gentío.

Pero Oso Verde, que era un experto en encontrar gente en una muchedumbre, pronto localizó al sospechoso.

—Está detrás del hombre de los globos —dijo Oso Verde acelerando el paso.

El sospechoso atravesó todo el parque y cruzó la calle. En una tiendita se detuvo, pidió un refresco y abrió el sobre. Sacó una hojita de papel y la leyó con gran atención durante un buen rato.

—¡Rectángulos! —exclamó Andrés—. Se me hace que ese tipo no sabe leer, ve lo que se tarda con esa hojita...

—Ya se va.

El hombre arrugó el papel y lo tiró a la calle.

–Deberían enseñarlo a poner la basura en su lugar –dijo Andrés enojado.

Los niños esperaron a que el hombre desapareciera y fueron en busca del papel. Al desdoblarlo encontraron lo siguiente:

AGERTNE ES

EUQRAP LE NE AICNACREM

ANAÑAM REGOCER

–¡Con razón ni podía leerlo rápido, está en clave! –exclamó Andrés.

Los niños regresaron a su banca y, tras un rato de examinar el mensaje, Oso Verde exclamó: –Ya sé qué dice aquí, mañana tendremos trabajo.

¿Seremos tan listos como Oso Verde? Vamos a ver quién puede encontrar la clave, quién puede acomodar las letras y las palabras para leer el mensaje.

Pedro Bayona, *La Legión de la Tarántula*. México, SEP-Solar, 1995.

29. Hormigas al ataque

Un pequeño grupo de las llamadas hormigas cabezonas está tranquilamente buscando comida cuando, sin aviso alguno, varias hormigas incendiarias, más pequeñas, se lanzan al ataque.

Las pequeñas hormigas incendiarias, al parecer, no temen a su presa mucho más grande, pero las cabezonas reaccionan rápidamente. Con velocidad, una de ellas corre hacia una incendiaria que está a punto de enviar una señal química a su nido para pedir a sus ocupantes que manden refuerzos. Cerrando sus mandíbulas en torno a la cintura de la hormiga incendiaria, la cabeza detiene la señal mordiéndola con fuerza y partiéndola en dos. En ocasiones, los insectos pueden ser asesinos terribles.

Algunas hormigas son inocuas, o sea, no implican riesgos para la salud, pero otras son terribles. Las hormigas incendiarias pican y muerden. Todo ser humano que sea su víctima sentirá una terrible sensación de quemadura. Las hormigas negras carpinteras no pican,

pero cuando son provocadas muerden fuertemente, así que nunca las molestes si las encuentras en el bosque o si entran en tu casa.



Las hormigas de cintura de espina tienen clavos o pedículos, para proteger sus cinturas contra cualquier criatura que trate de atacarlas. Además, en ocasiones, varias hormigas atacan juntas, apoyándose unas a otras contra el enemigo.

Las hormigas de fuego no sólo atacan a las personas provocando en algunas víctimas vómito, una reacción asmática y, en casos raros, hasta la muerte, sino que, además, tienen la costumbre de destruir los cables de electricidad y las líneas telefónicas.

Curiosamente, parece que se sienten atraídas por los campos electromagnéticos. Tanto la variedad roja como la negra fueron introducidas en Estados Unidos, por accidente, desde América del Sur y ambas se propagaron muy rápidamente.

Esta especie es particular en que se han encontrado más de dos mil reinas en una sola colonia. Son una plaga para la agricultura y muchas veces construyen montículos que interfieren con la recolección de las cosechas. Cuando estas especies de agresivas hormigas salen en formación de combate, otros insectos e incluso algunos vertebrados se apartan de su camino.

Las hormigas incendiarias nunca sienten miedo y con frecuencia tratan de atacar a especies mucho más grandes.

Tamara Green, "Hormigas al ataque" en *La conducta. Los insectos bajo el Microscopio*. México, SEP-Correo del Maestro, 2002.

30. Cuento otomí

Hacía mucho frío. Se encontraron en el campo un otomí y un gringo. El otomí tenía la ropa de manta agujerada y estaba como si nada; el gringo iba muy abrigado y aún así, tenía frío.

—¿No tiene frío con esa ropa? —preguntó el gringo.

—No. ¿Tú sí?

—Claro, por eso me abrigo.

—Sientes frío porque no sabes defenderte de él, como nosotros.

–Claro que sé, por eso me abrigo.

–No. Como tú te vistes tanto, te encierras el frío encima, no tiene por donde salir. Mírame a mí, en cambio: no siento frío porque se escapa por los agujeros de mi ropa.

Otro día, el gringo invitó a comer al otomí. Llegó a su casa y veía todo con gran interés.

El gringo puso cubiertos, pero el otomí ni los conocía. Sirvieron sopa. El otomí había llevado su itacate de tortillas por si acaso. Las sacó y las empezó a usar para cucharear su sopa.

–No seas sucio –le dijo el gringo–; usa la cuchara como yo.

–No, el sucio eres tú: le untas saliva a tu cuchara y la vuelves a meter al caldo. Nosotros tenemos cuchara para cada bocado.

–Pues los cubiertos son mejores.

–A ver, ¡cómuelos como yo!

“Cuento otomí” en Elisa Ramírez, (comp.), *Tres enamorados miedosos. Cuentos y narraciones indígenas*. México, SEP, 1990.

31. Los valientes no asesinan

–¡Traición, traición! –gritaban muchos.

–Vienen a fusilarnos –dijo uno de cara pecosa, barbas rubias y ojos azules que apareció en la puerta.

No tardó la estancia en ser invadida por la soldadesca. Eran como veinte ganapanes uniformados, lo más desgraciado de nuestras clases rurales; toda la miseria y toda la sujeción estaban pintados en aquellas fisonomías de reclutas vencidos y tristes.

Juárez, impávido, estaba cogido del pestillo de la puerta; junto a él Ocampo; detrás Prieto, Ruiz y Guzmán.

En aquel momento recordé, no sé por qué misteriosa asociación de ideas, las labores de madera amarilla que tenía la mesa del Presidente, un sarape rojo y verde que traía uno de los presos de la cárcel, la celda recién blanqueada de mi maestro Luna, un bastión del fuerte de Acapulco, y el dibujo de un traje que había tenido cuando empecé a estudiar.

Luego me vinieron a la memoria multitud de axiomas lapidarios, de sentencias de filósofos estoicos, de ascetas cristianos, de moralistas escépticos acerca de la muerte; cerré los ojos y apreté los dientes. Cuando oí los movimientos de la *carretilla de once voces* y las de “¡Al hombro! ¡Presenten! ¡Preparen! ¡Apunten!” una inmensa amargura me invadió la boca.

Cuando esperaba oír que mandara *¡Fuego!*, una voz estentórea, tonante, como salida de un instrumento que vibrara y no de un pecho humano, gritó con todas sus fuerzas:

–¡Levanten esas armas! Los valientes no asesinan. Los valientes no matan a mansalva. El quinto batallón ha defendido siempre a la patria, ha atacado a los enemigos de México, no se ha cebado en hombres indefensos, en hombres que esperan la muerte cruzados de brazos... ¡Levanten esas armas!...

Y siguió hablando, hablando hasta transformarse, hasta perderse de vista. Ya no era el alegre compañero, el poeta festivo, el cantor de los regocijos populares; era un ser desconocido, un hombre extraordinario, que a todos nos electrizaba, a todos nos hacía derramar lágrimas como si ventilara una causa ajena y no nuestra propia causa, la causa de nuestra vida.

Los soldados primero quedaron atónitos, con las armas preparadas y listos los gatillos. Después se conmovieron hasta el enternecimiento... Prieto seguía hablando; ya no era el orador que increpaba; era el huracán que bramaba, el león que rugía, el profeta que amenazaba con castigos y daños.

Al fin los ejecutores alzaron las armas, Prieto vitoreó a Jalisco y un grupo tierno, pero heterogéneo, se formó entonces: los soldados que nos abrazaban, jurando que no nos matarían; Bravo, el jefe de la escolta, que se adhería a nosotros y tomaba nuestro partido; y todos, principalmente Juárez y Ocampo, que felicitábamos a Prieto llamándole el salvador de la Reforma, el salvador de vidas preciosísimas.



Victoriano Salado Álvarez, “Los valientes no asesinan” en *Antología de Historia de México. Documentos, narraciones y lecturas*. México, SEP, 1993.

32. Los asteroides

Se les llama asteroides a varios miles de rocas que giran alrededor del Sol, casi todos entre las órbitas de Marte y Júpiter. Nadie sospechaba su existencia cuando, en 1801, el primero de ellos fue descubierto accidentalmente por el astrónomo Piazzi.



El mayor de todos, Ceres, que fue también el primero en descubrirse, mide casi 1,000 kilómetros de diámetro. Los más pequeños son simplemente partículas de polvo. Uno de los más grandes, descubierto en 1972, se llama Quirón, y es muy especial porque es esférico, como si fuera un pequeño planeta. En general, los asteroides tienen formas muy irregulares.

Los primeros asteroides que se descubrieron recibieron nombres de diosas de la antigüedad, como Ceres, Vesta y Palas. Otros llevan los nombres de algunos personajes de la guerra de Troya, como Héctor y Aquiles. También hay algunos nombres de héroes históricos, como Hidalgo.

Algunas veces los asteroides pasan tan cerca de un planeta que son atraídos por él y se convierten en sus satélites. Marte tiene dos, Júpiter diez y Saturno nueve.

En ocasiones, los asteroides chocan entre sí formando cráteres y fragmentándose. Cuando un fragmento de asteroide cae a la Tierra se le llama meteorito.

Miguel Ángel Herrera et al., *El Sistema Solar*. México, SEP-SITESA, 1991.

33. El baile de las brujas

La villa de Güémez es un pequeño pueblo del estado de Tamaulipas. En ese lugar, como en muchos otros pueblos, a los habitantes les gusta mucho hablar de cuentos de aparecidos y, aunque algunos parezcan cosa de fantasía exagerada, la gente no se cansa de escucharlos. Siempre van surgiendo nuevos cuentos, cada vez más interesantes. En Güémez de lo que más se habla, sin duda, es sobre las “bolas de lumbre”.

Cuentan los campesinos que, cuando iban por las noches a los potreros, de repente salían unas bolas de lumbre en el camino. Otras veces, mientras estaban regando, las bolas

salían en montón por arriba de los maizales y, después de dar varias vueltas en el aire, se marchaban.



Las personas más ancianas decían que las bolas eran brujas que salían por las noches a pasearse juntas. Algunas aseguraban que rezando las doce verdades, al mismo tiempo que se hacía un nudo en una cuerda por cada rezo, las brujas bajaban. Cuando se conseguía lo anterior, las brujas se convertían en diferentes animales para ahuyentar a la persona que las bajaron. Si al cabo de cierto tiempo la persona no se marchaba, se perdía el hechizo y la bruja tomaba su aspecto humano, quedando entonces a merced de quien la hubiera bajado.

Mi hermano Miguel me contó que cuando él era niño vio por primera vez a las brujas. Dijo que él y un amigo suyo habían ido de noche al potrero.

De regreso venían platicando montados en un burro cuando vieron que una bola se acercaba a ellos moviéndose de una manera muy especial, como si llevara suavemente el ritmo de algún baile. Mientras mi hermano la observaba fascinado, su amigo le preguntó si quería ver más brujas. Mi hermano, aunque con miedo, le dijo que sí. El muchacho entonces empezó a chiflar fuerte, muy fuerte, y fueron apareciendo más bolas. Entre más chiflaba su amigo, más bolas salían y más se les acercaban. De pronto, el muchacho guardó silencio y le dijo a Miguel que era malo chiflarles mucho, que por eso se callaba. Las bolas se fueron marchando poco a poco, tal como habían llegado. Mi hermano y su amigo continuaron su camino, uno con la tranquilidad que da la costumbre, el otro temblando de miedo por su primera experiencia.

Yo leí en una revista que existe un pájaro con cierta fosforescencia en las plumas. Me lo imaginé volando y lo comparé con una luciérnaga gigante. Tal vez ese pájaro es lo que han visto las personas de Güémez. Como ignoran de qué se trata, se imaginan lo que podría ser.

Yo nunca he visto a las famosas brujas y, aunque creo que son los pájaros fosforescentes, nunca he querido ir de cacería por la noche a los potreros. Las personas que no hemos visto aún las bolas esperamos tener el suficiente valor, y aire también, para poder chiflarles fuerte... muy fuerte.

“El baile de las brujas” en Mireya Cueto (comp.), *Cuéntanos lo que se cuenta*. México, SEP-CONAFE, 2006.

34. Entrevista a Juana, niña hñä-hñu

Juana vive en Orizabita, en el Valle del Mezquital, en el estado de Hidalgo. Tiene nueve años y va en primero de primaria. La conocí en el albergue donde ella vive de lunes a viernes con otros niños que estudian la primaria, y cuyas casas quedan muy lejos de la escuela. Ahí desayunan, comen, hacen la tarea, duermen, y sólo los fines de semana ven a sus papás.

–¿Te gusta vivir en el albergue?–le pregunté.

–Sí, porque aquí puedo ir a la escuela, aprender la lección y jugar con mis amigos.

–¿Qué has aprendido?



–A leer y a escribir en dos lenguas –español y hñä-hñu–, y también a sumar.

–¿Y cuándo vas a casa de tus papás qué haces?

–Le ayudo a mi mamá a pastorear los chivitos y a limpiar la cocina.

–¿Cómo le haces con los chivitos?

–Les aviento piedras para que se regresen.

Juana es bilingüe y tiene unos ojos muy bonitos como almendras y me sonrío.

–Oye, ¿cómo se dice “que bonitos ojos tienes” en hñä-hñu?

Juana se tapa la boca y se ríe.

–¿De qué te ríes?–, le pregunto, y ella se vuelve a tapar la boca y sus ojos brillan.

Decidí cambiar la conversación y le pregunté:

–¿Quién es tu mejor amiga?

–Zenaida, con ella juego a que es mi hija o a peinarnos.

Juana trae un vestido azul que hace resaltar su piel tostada. Estamos sentadas en el patio del albergue y nos quedamos en silencio un largo rato mirando los magueyes, los nopales, las montañas. Se me ocurre preguntarle:

–¿Qué te gusta más, el campo o la ciudad?

–El campo, porque aquí puedo jugar a brincar, a correr, al beisbol y al coyote.



–Corres a la base para que no te alcance.

–Ah, yo lo jugaba cuando era chiquita, pero le decíamos al lobo.

Juana se pone la mano en la boca y se ríe. Sus ojos vuelven a brillar y le pregunto:

–¿Cómo le hiciste para aprender a hablar hñä–hñu?

–Así nació, luego aprendí español en la escuela.

El calor se pone fuerte y Juana va a donde está una llave de agua y se moja la cara y el pelo con otra de sus amigas que se llama Isabel.

–¿No te gusta el agua fría? –me pregunta desde donde está–. A mi sí.

Y por primera vez vi su sonrisa completa. Su boca brillaba tanto como sus ojos. No me dio tiempo de responderle porque salió el maestro y llamó a todos los niños a comer. Me invitó y después nos despedimos con un abrazo, como si fuéramos amigas desde hace muchos años.

Antes de irme, averigüé cómo se dice: “qué bonitos ojos tienes” en hñä–hñu, bueno, más bien cómo suena en español: *shi ma joto ri da*.

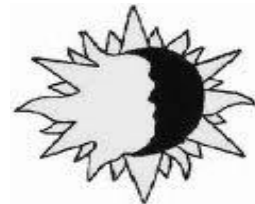
Beatriz Aguilar, “Entrevista a Juana, niña hñä–hñu” en Revista Chachalaca, *México desconocido*, No. 1, abril 1994.

35. El Sol y la Luna

Una noche, cuando salieron a pasear por la playa, el Señor Iguano y la Señora Iguana, encontraron dos huevecillos y los enterraron en la arena.

Al cabo de un tiempo, los huevos se rompieron. De uno salió un niño que dormía en un árbol; del otro, una niña que dormía en un pequeño cenote.

Desde el árbol, el niño veía cómo el Señor Iguano y la Señora Iguana rehacían las montañas y los valles y los ríos para los mayas. Pero como no había Sol, la tierra estaba muy mojada por los diluvios que habían acabado con los hombres antes de que los dioses les dieran la sustancia del maíz.



El Señor Iguano y la Señora Iguana llamaron al niño:

–Ven, baja del árbol –le dijeron.

Y el niño bajó y caminó hasta ellos.

–¿Te gustaría ser el nuevo Sol que alumbré la Tierra? –le preguntaron.

–Sí me gustaría –contestó el niño–. Pero si viene mi hermana, la niña que duerme en el cenote; si no, me sentiré solo allá arriba.

Entonces el Señor Iguano y la Señora Iguana llamaron a la niña:

–Ven, sal del cenote –le dijeron.

Y la niña salió y caminó hacia ellos.

–¿Te gustaría ser la Luna que alumbré la Tierra? –le preguntaron.

Y la niña contestó que sí, que acompañaría con mucho gusto a su hermano pues tampoco deseaba estar sola.

Y así el niño y la niña se convirtieron en el Sol y la Luna. Alumbraron la Tierra cuarenta días y cuarenta noches, hasta que se secó y crecieron las plantas comestibles otra vez y los hombres pudieron comer otra cosa que no fuera sólo peces.

Pero juntos daban demasiada luz y demasiado calor a la Tierra. Entonces, los dioses le pidieron al Sol que sólo saliera de día; y a la Luna, de noche.

Todavía hoy, cuando la Luna no se ve, dicen que es porque la niña se queda dormida en el cenote.

Una vez restablecidos el Sol y la Luna en el cielo, el hombre creado con la sustancia del maíz pudo vivir.

Entonces el Gran Padre, Señor Iguano, y la Gran Madre, Señora Iguana, ordenaron a los hombres que los adoraran, y los hombres repitieron con respeto el nombre de los dioses.

Al fin, los dioses dijeron:

–Podemos descansar. Hemos cumplido nuestras creaciones.

“El sol y la luna” en Silvia Molina (comp.), *Las dos iguanas. Leyendas Mayas de Creación*. México, SEP-Corunda, 2003.

36. Virus y besos

Existe una enfermedad escondida entre los labios que en términos médicos se conoce como mononucleosis infecciosa, pero comúnmente se le llama la enfermedad del beso. Actualmente sabemos que es causada por el virus de Epstein–Barr (nombre que es la suma de los apellidos de los investigadores que descubrieron el virus en 1964). El virus que produce la mononucleosis invade únicamente a los seres humanos. 😘

La enfermedad del beso puede presentarse en cualquier etapa de la vida de una persona. A veces, se adquiere durante la infancia, cuando nuestros padres, tíos y abuelos nos dan de comer con su cuchara o cuando nos llenan de besos cariñosos. Si alguno de ellos tenía el virus, habremos contraído la enfermedad. 😘

Si acaso escapamos de padecerla durante la infancia, es casi seguro que la adquiramos durante la adolescencia, ya que, justamente en esa etapa de la vida, los romances y noviazgos aumentan las posibilidades de que el virus contagie a los individuos que le faltaban. Y es que la enfermedad del beso es bastante contagiosa y, como el amor, incurable. 😘

El virus de Epstein–Barr pertenece a una familia de microorganismos causantes de enfermedades como la varicela y el herpes que comparten una característica: una vez que te contagias, el virus permanece en el organismo para siempre. Y se contagia con facilidad porque los que tienen el virus pueden sentirse perfectamente, pero de todos modos lo llevan consigo y pueden transmitirlo a quienes no lo tienen.

Las cifras indican que la enfermedad del beso se adquiere principalmente entre los 10 y los 25 años.

Antes de cumplir 35 años, 95% de la población ya ha tenido contacto con el virus.

Como ocurre con la varicela y otras enfermedades virales de la misma familia que la mononucleosis, los síntomas son más llevaderos si contraemos la enfermedad cuando somos niños o adolescentes.



Las molestias serán mucho mayores si la enfermedad se adquiere en etapas posteriores de la vida. La enfermedad del beso ocasiona síntomas muy molestos, pero por lo común es una enfermedad benigna (esto quiere decir que, afortunadamente, no es grave). Sin embargo, su diagnóstico adecuado es muy importante porque mientras se padecen los síntomas se requiere de cuidados especiales y mucho descanso.

María Emilia Beber Ruiz, "Virus y besos" en *La enfermedad del beso*. México, SEP-Castillo, 2005.

37. Konrad o el niño que salió de una lata de conservas

La señora Berti Bartolotti se sentó en la mecedora y empezó a desayunar. Se tomó cuatro tazas de café, tres panecillos con mantequilla y miel, dos huevos pasados por agua y una rebanada de pan negro con jamón y queso, y una rebanada de pan blanco con foie-gras de ganso. Como la señora Bartolotti se mecía mientras comía y bebía –al fin y al cabo las mecedoras son para mecerse–, su bata azul celeste acabó llena de manchas marrones, de café, y amarillas, de huevo. Además, gran cantidad de migas de pan le cayeron por el cuello de la bata.

La señora Bartolotti se levantó y empezó a saltar sobre un pie por el cuarto de estar hasta que todas las miguitas hubieron caído de la bata. Después se chupó los dedos pegajosos de miel. Entonces se dijo a sí misma:

–Criatura, ahora vas a lavarte y a vestirte como es debido y a ponerte a trabajar, ¡pero rápido!

Cuando la señora Bartolotti hablaba consigo misma, siempre se decía "criatura".

En la época en que la señora Bartolotti era realmente una criatura, su madre le decía constantemente:

–Criatura, que ya hagas la tarea. Criatura, que seques la vajilla. Criatura, cállate.

Y más tarde, cuando la señora Bartolotti ya no era una niña, su marido, el señor Bartolotti, siempre le decía:

–Criatura, que prepares pronto la comida. Criatura, que me cosas un botón de los pantalones. Criatura, que friegues el suelo.

La señora Bartolotti se había acostumbrado a cumplir las órdenes y los encargos sólo cuando la llamaban "criatura". Su madre hacía tiempo que había muerto y el señor Bartolotti hacía tiempo que se había ido a vivir a otra parte; a nadie le interesaba por qué, era un asunto privado. En todo caso, la señora Bartolotti no tenía a nadie más que a sí misma que le llamara "criatura".

Christine Nöstlinger, *Konrad o el niño que salió de una lata de conservas*. México, SEP-Alfaguara Infantil, 2003.

38. El bistec de la esquina

Cuando Tuca salía de la escuela, iba a ayudar a un amigo a lavar carros. Es decir, era más bien un patrón. O mejor, más bien un socio. Es decir, no realmente un socio... El tipo era el aseo de un edificio. Ganaba salario mínimo. Y para que el dinero no se quedara así de mínimo, lavaba los carros de los que vivían en el edificio.

Un día Tuca pasó por ahí; no conseguía empleo. El aseo le preguntó si quería ser su socio en el negocio de lavar carros:

–Tú lavas unos y yo te doy el 10 por ciento de todo lo que gane.

A Tuca le pareció excelente. Y aquel mismo día comenzó.

Pero apenas llegaba, el aseo se iba al bar de la esquina a tomarse unos tragos; luego se tiraba en algún rinconcito del garaje, y roncaba. Tuca seguía lavando todos los carros.

Un día a Tuca le pareció que estaba trabajando demasiado y que eso del 10 por ciento no estaba claro. Reclamó. Al aseo no le gustó:

–Mira, hermano, hay cien muchachos que viven en la calle, locos por este empleo. Mira: te estoy haciendo un favor. No necesito que me lo agradezcas de por vida, pero no quiero reclamos. Si no te gusta, te puedes ir.



Las monedas que Tuca recibía le ayudaban a llevar comida a la casa.
Tuca siguió lavando carros.

A veces el portero del edificio llamaba al aseador. Tuca respondía como éste le había enseñado:

–Está lavando un carro allá afuera: lo voy a llamar –y corría hasta el bar a avisarle.

El aseador se tomaba el trago de un golpe y salía corriendo. Tuca lo seguía, sin prisa, para pasar despacio por el restaurante de la esquina. ¡Qué belleza! Se llamaba El Paraíso de los Bistecs. Desde la calle se veía todo lo de adentro, a través de la pared de vidrio. ¡Qué gente la que comía!

Había una mesa cerca del vidrio. Y siempre, ¡siempre!, los clientes comían bistec.

El acompañamiento del bistec cambiaba mucho: arroz, ensalada, espárragos, huevo.

El color del bistec cambiaba un poco: en su punto, poco asado, muy asado.

Pero lo que nunca cambiaba era cómo el tenedor y el cuchillo se hundían en el bistec. Entre Tuca más miraba, más se impresionaba con aquella manera de hundirse. ¡Qué carne tan blanda, Dios mío! Era tan impresionante que un día se acercó más, un poco más, y acabó por apretar la nariz en el vidrio. Un mesero salió a decirle que los clientes estaban perdiendo el apetito de tanto que Tuca miraba los bistecs.

Desde entonces, Tuca pasaba despacio y miraba de reojo. Y sólo después de haber pasado muchas veces se fijó en una pequeña placa que había a un lado de la puerta: era la lista de los bistecs de la casa; nombre, acompañamiento, precio. Tuca era realmente malo en matemáticas, por eso tardó un buen rato calculando cuántos carros tendría que lavar para poderse comerse uno de aquellos bistecs.

39. Tu risa

Quítame el pan, si quieres,
quítame el aire, pero
no me quites tu risa.

 Mi lucha es dura y vuelvo
con los ojos cansados a veces
de haber visto
la tierra que no cambia,
pero al entrar tu risa
sube al cielo buscándome
y abre para mí todas
las puertas de la vida.

 Junto al mar en otoño,
tu risa debe alzar
su cascada de espuma,
y en primavera, amor,
quiero tu risa como
la flor que yo esperaba,

la flor azul, la rosa
de mi patria sonora.

 Ríete de la noche,
del día, de la Luna,
ríete de las calles
torcidas de la isla,
ríete de ese torpe
muchacho que te quiere,
pero cuando yo abro
los ojos y los cierro,
cuando mis pasos van,
cuando vuelven mis pasos,
niégame el pan, el aire,
la luz, la primavera,
pero tu risa nunca
porque me moriría.

Pablo Neruda

Pablo Neruda para niños. México, SEP-Susaeta, 2004.

40. Un pozo: la historia del agua en la tierra

Imagina por un momento que toda el agua de la Tierra llegara de un solo pozo.

Esto no es tan raro como suena. Toda el agua de la Tierra está conectada, así que en realidad existe una sola fuente, un pozo global, del que todos obtenemos agua. Cada ola de mar, cada lago, arroyo o río subterráneo, cada gota de lluvia y copo de nieve, y cada pedacito de hielo en los glaciares y en



las capas polares, es parte de este pozo global.

Así que, ya sea que abras una llave en Norteamérica, saques agua de un pozo en Kenia o te bañes en un río en la India, toda es la misma agua. Y como todo está conectado, la forma en que tratemos el agua en este pozo afectará a todas las especies del planeta, incluyendo a nosotros, ahora y en los años por venir.

Vivimos en un planeta acuoso. Casi 70 por ciento de la superficie de la Tierra está cubierto de agua. Esta agua superficial se encuentra en océanos, lagos, ríos, arroyos, pantanos, e incluso charcos y el rocío de la mañana. Hay tanta agua que si vieras a la Tierra desde el espacio, la verías azul.

Pero también existe agua que no podemos ver, bajo la superficie de la Tierra. Esta "agua subterránea" se puede encontrar casi en cualquier parte, llena las grietas entre las rocas y los espacios entre piedras, granos de arena y tierra. La mayoría del agua subterránea esta cerca de la superficie de la Tierra, pero parte de ella está profundamente enterrada. El agua también está congelada en glaciares y en los casquetes polares. Y existe agua en la atmósfera.

Todas estas fuentes de agua alimentan el Pozo Único de la Tierra.

Rochelle Strauss, *Un pozo: la historia del agua en la tierra*. México, SEP-Planeta, 2007.

41. Duendecillos traviesos

Es como un niño: muy chaparrito y con muchas ganas de jugar y, sobre todo, de hacer travesuras si no le cumplen sus caprichos. A estos seres legendarios de la cultura maya se les llama aluxes (alushes).



En las ruinas mayas de Chichén Itzá, los arqueólogos encontraron unos pequeños ídolos de barro que, en un principio, pensaron que eran representaciones de niños. Más adelante los mismos pobladores de la zona les dijeron lo que esos pequeñitos de barro significaban.

Los campesinos y sus tierras están expuestos a diferentes peligros, desde los problemas del clima hasta cuestiones de plagas. Cuenta la leyenda que los aluxes son los encargados de cuidar el

campo y las pertenencias de sus bienhechores. El campesino vuelve a la vida a un aluxe a través de una ceremonia en la que pone al ídolo de barro en un tipo de altar y por nueve días y nueve noches en vigilia le prende copal y le hace una oración personal para pedir lo que necesita. El duendecillo despierta y está tan agradecido con su benefactor que dedica toda su vida a cuidar sus campos, familia y al mismo agricultor.

Pero si en la península de Yucatán a los niños les dicen aluxes no es porque cuiden el campo o sean agradecidos, sino porque los aluxes son tan traviosos como los niños.

De las once de la noche a las dos de la mañana, que es la hora en que andan más activos, los aluxes salen a cuidar el campo, normalmente en grupo, y es cuando más se divierten. Trepan a los árboles, bajan por las colinas, bailan alrededor de las fogatas que les dejan prendidas los campesinos. Si por el ruido que hacen algún ser humano sale a ver qué pasa, los aluxes se van corriendo y se esconden. Pero en cuanto el intruso se va, ellos vuelven a donde estaban a seguir echando relajo.

Eso sí, nunca descuidan su trabajo. Si atrapan a alguien robando fruta, lo sacan a pedradas o lo persiguen hasta que huyen asustados y, como son seres mágicos, los aluxes pueden pegar al árbol los frutos que el ladrón quería llevarse. También, con su magia protegen las plantaciones de plagas y enfermedades.

Entre sus peores travesuras, cuando se enojan, sacuden las hamacas de los que duermen para despertarlos, y molestar a los perros. Tienen mal carácter, son berrinchudos y les gusta que los traten bien. Si se les dan esas atenciones, los aluxes son los mejores cuidadores del campo.

En el principio, cuentan los mayas, los aluxes eran los cuidadores naturales de las plantas. Por eso siempre las cuidan. A los campesinos los cuidan sólo por gratitud, cuando los traen de vuelta a esta vida, donde se divierten haciendo travesuras como despertar a la gente con sus risas y bailes a mitad de la noche.

“Duendecillos traviosos” en Alejandro Casona (comp.), *El libro de las leyendas mexicanas*. México, SEP-Ediciones B, 2006.

42. Grandes niños. Tutankamón

En noviembre de 1922, entre las arenas del Valle de los Reyes, en pleno desierto de Egipto, los británicos Lord Carnarvon y Howard Carter hallaron una copa con el nombre de Tutankamón junto a algunas piezas de oro. El indicio de que estaban cerca de la tumba del faraón (como llamaban en el antiguo Egipto a los reyes) se confirmó pocos días después, cuando lograron abrir la puerta que conducía a un recinto subterráneo donde encontraron una caja fúnebre de más de cinco metros de largo y casi tres de altura, tan grande como una habitación. Dentro de la caja había un sarcófago de oro sólido donde descansaba la que sería desde entonces la momia más famosa de la historia: la del rey Tutankamón.



Probablemente, el faraón más problemático de todos fue Akenatón (1379 a.C.–1362 a.C.), quien le impuso a su pueblo un dios único, Atón; se nombró a sí mismo sumo sacerdote de la nueva religión, persiguió sin tregua a los antiguos sacerdotes y cambió la capital, de Tebas a una nueva ciudad, llamada Aken–Atón y consagrada a la adoración del nuevo dios.

Cuando Akenatón murió, el poder quedó en manos de su yerno Tutankamón. Fue coronado a los 10 años de edad y reinó hasta su prematura muerte a los 20 años. Restableció el culto a Amón–Ra (rey de los antiguos dioses egipcios) y regresó la capital a Tebas.

La muerte del joven es un enigma, así como el origen del tesoro dentro de su tumba, que incluía una pesadísima máscara de oro y muchas joyas. Se cree que los sacerdotes pagaron al joven rey para restablecer el culto a Amón y recuperar su antiguo poder. Pero más allá de la historia real, este niño rey ha vivido para siempre en la imaginación de generaciones enteras que lo asocian con misterios y leyendas de aventuras.

43. El toro que ganó una apuesta

Hace muchos años, cuando Brahmadata era rey de Benarés, en la India, había un campesino que tenía un toro muy fuerte. El dueño estaba muy orgulloso del animal y presumía a todos los que se encontraba la fuerza del toro.

Un día fue a una aldea y gritó en la plaza:

–Apuesto mil monedas de plata a que mi toro puede jalar cien carretas.

Todos se rieron y dijeron:

–Muy bien. Trae tu toro y le amarraremos cien carretas a ver si las puede mover.

Así, el campesino trajo su toro a la aldea y enfrente de una gran multitud lo amarraron a las carretas. Entonces el dueño lo golpeó con un palo y le dijo:

–¡Muévete, flojo! ¡jala con fuerza, bruto!

Pero al toro nunca le habían gritado así y no se movió.

Ni los golpes ni los insultos lo hicieron jalar las carretas.

Finalmente, el dueño tuvo que pagar la apuesta y se regresó con tristeza a su casa. Allí se sentó y se quejó en voz alta:

–¿Por qué mi toro tan fuerte hizo eso? Muchas veces ha llevado cargas más pesadas con facilidad. ¿Por qué me avergonzó delante de toda la gente?

Esa noche, cuando fue a darle de comer al toro, éste le dijo:

–¿Por qué me golpeaste hoy? Nunca me habías dado de palos antes. ¿Por qué me insultaste y me llamaste flojo y bruto? Jamás me habías maltratado.

El campesino le contestó:

–Nunca más te volveré a maltratar. Siento mucho haberte apaleado e insultado. Jamás lo volveré a hacer. Perdóname.

–Muy bien –dijo el toro–. Mañana llévame a la aldea y jalaré las cien carretas para ti. Siempre has sido un buen amo... hasta hoy. Mañana recobrarás lo que perdiste.

Al siguiente día el campesino alimentó muy bien al toro y le colgó una guirnalda de flores en el pescuezo. Cuando llegaron a la aldea todos se rieron al tiempo que le decían:

–¿Vienes otra vez a perder tu dinero?



–Hoy les apuesto dos mil monedas de plata a que mi toro puede jalar cien carretas
–dijo el dueño...

Así trajeron las cien carretas amarradas y ataron al toro a la primera. Una gran multitud llegó para ver al toro. El campesino le dijo:

–Torito, muéstrales lo fuerte que eres, toro bonito. Y le acarició el cuello. El toro jaló con todas sus fuerzas y movió las cien carretas. Todos gritaron asombrados:

–¡Tu toro es el más fuerte de todos! Te pagaremos la apuesta.

Y el toro y su dueño regresaron muy felices a su casa.

“El toro que ganó una apuesta” en Benjamín Preciado Solís, *Cuando Brahmadata era Rey de Benarés*. México, SEP-Magenta, 2007.

44. Comunicación animal

Ladadores, zumbadores, cantadores e inquietos, los animales están lejos de ser mudos. Aunque no sepan hablar con palabras, nunca dejan de platicar. Dependen de olores, sonidos, luces, colores y movimientos para emitir señales, con las que avisan del peligro, dirigen a sus amigos hacia la comida, o coquetean con su pareja. La comunicación en el mundo animal es tan rica y variada que parecería que los callados somos los humanos.

Para comunicarnos dependemos principalmente de nuestros oídos y ojos, mientras que los animales, que también poseen poderosos sentidos del oído y la vista, pueden usar además el olfato y el tacto para enviar señales.

Llamados y exclamaciones

Los animales se sirven de sonidos para emitir señales porque el sonido recorre largas distancias y funciona de día y de noche. Se apaga pronto, por lo que no ayuda a predadores a rastrear y comer animales gritones. El sonido también es una manera adaptable de emitir señales. Cambiando el volumen, la velocidad y el tono es posible producir una gran variedad de exclamaciones.

Cuando un ave canora ve un gato al acecho, entona un gorjeo especial de “¡cuidado!” que incita a las demás aves a ponerse a salvo. Esos cantos son tan característicos que incluso los seres humanos podemos oírlos y reconocerlos. Pero muchos otros sonidos de animales adoptan formas que no podemos entender u oír. Los cachalotes, por ejemplo,

envían mensajes con un sonido tan grave que nuestros oídos no lo detectan. En el otro extremo de la escala musical, los chillidos de los murciélagos son demasiado agudos para que los percibamos.

Olores y sabores

La comunicación química –olores y sabores– cumple una función muy especial para los animales. A diferencia de los sonidos, los olores permanecen, así que son útiles para indicar: “¡Fuera de aquí! Ésta es mi casa”. Los insectos que viven en grupos, como las hormigas, poseen un rico “lenguaje” de olores. Producen aromas para señalar riesgos, dejar huellas y convencer a otras de que las cuiden o las lleven a un lugar seguro cuando hay peligro.

Muecas y sonrojos

Cuando están juntos, muchos animales emplean señales visuales para enviarse mensajes. Los monos usan su rostro para comunicarse. Sus expresiones son parecidas a las nuestras, pero sus muecas suelen tener significados muy distintos.

Hay algunos animales que van más allá del movimiento y cambian de color para enviar mensajes. Por ejemplo, la garganta del pez espinoso macho se vuelve más roja cuando está enfadado o desea atraer a una hembra. Las minúsculas luciérnagas se comunican de manera similar: llamean como faros para indicar que buscan pareja.

Richard Platt, “Comunicación animal” en *Comunicación. De los jeroglíficos a los Hipervínculos*. México, SEP-Altea, 2005.

45. Voy en el metro

Hoy vamos a leer una canción. Las canciones son poesías a las que se les pone música. Ustedes ya lo sabían, estoy seguro(a).

Adiós mi linda Tacuba,
bella tierra tan risueña.
Ya me voy de tu Legaria,
tu Marina y tu Pensil.



Ya me voy, me lleva el metro
por un peso hasta Taxqueña;
si en dos horas no regreso
guárdame una tumba aquí.

Al bajar a los andenes
escucha esta cantaleta:

Al mirar llegar los trenes
no se aviente para entrar,
si en diecisiete segundos
no ha podido ni se meta,
ni baje de la banqueta
que se puede rostizar.

Voy en el metro. Ah, ¡qué grandote,
rapidote, qué limpiote!
Ah, ¡qué deferencia del camión
de mi compadre Jilemón
que va al panteón!

Aquí no admiten guajolotes,

ni tamarindos, zopilotes,
ni huacales con elotes,
ni costales con carbón.

–Ah, ¡que se quite de la puerta!

Y luego luego me quito.

Y siguió la señorita:
¡Que se arrime más pa allá!
Ah, ¡qué no fume!

Si ni fumo,
ya me trae de su puerquito;
yo por más que me la busco
no la jallo donde está!

Adiós mi linda Tacuba,
ya pasamos por Cuitlahuac,
ya pasamos por Popotla
y el colegio “melitar”;
ya me estoy arrepintiendo
no haber hecho de las aguas;
si me sigue esta nostalgia
yo me bajo en la Normal.

¡Voy en el metro!

*Esta canción fue compuesta hace algunos años, ¿se dieron cuenta? ¿Cuánto cuesta el metro actualmente?
¿Y en la canción?*

46. Traspaso de sueños

De pronto dejó de tener pesadillas y se sintió aliviado, pues habían llegado ya a ser una proyección obsedante [*que provoca una obsesión*] en las paredes de su alcoba.

Descansado y tranquilo en su sillón de lectura, el criado le anunció que quería verlo el señor de arriba. Como para la visita de un vecino no debe haber dilaciones que valgan, lo hizo pasar y escuchó su incumbencia:

–Vengo porque me ha traspasado usted sus sueños.

–¿Y en qué lo ha podido notar?

–Como vecinos antiguos que somos, sé sus costumbres, sus manías y sobre todo sé su nombre, el nombre titular de los sueños que me agobian a mí, que no solía soñar... Aparecen paisajes, señoras, niños con los que nunca tuve que ver...

–¿Pero cómo ha podido pasar eso?

–Indudablemente, como los sueños suben hacia arriba como el humo, han ascendido a mi alcoba, que está encima de la suya...

–¿Y qué cree usted que podemos hacer?

–Pues cambiar de piso durante unos días y ver si se vuelven a usted sus sueños.

Le pareció justo, cambiaron, y a los pocos días los sueños habían vuelto a su legítimo dueño.

Ramón Gómez de la Serna, "Traspaso de sueños" en Edmundo Valadés (comp.), *El libro de la imaginación*. México, FCE, 1999.

47. Perfumes

¿Qué tiene que ver el perfume con el humo? *Perfumar* procede de *perfumare*, que a su vez se deriva del vocablo latino *fumare*, que significa *ahumar*. Los perfumes primitivos se hacían quemando maderas y corteza. El humo aromatizado que flota en el aire se consideraba una forma de llegar hasta los dioses.



A lo largo de la historia, la gente ha utilizado perfume en ceremonias religiosas, para disimular olores y para atraer a los demás. Napoleón sólo iba a la batalla si llevaba sus fragancias

favoritas. La reina egipcia Cleopatra hacía perfumar las velas de su barco en el río Nilo para que su aroma llegara hasta lugares remotos (entre los perfumes favoritos del antiguo Egipto figuraba el lirio blanco), y es posible que los romanos inventaran la loción para después del afeitado.

Los perfumes actuales se elaboran con aceites naturales de plantas, sustancias químicas sintéticas o ambas cosas. Un típico perfume puede contener jazmín, violeta, rosa, flores de azahar, madera de sándalo, pachulí, canela, musgo de roble y otras fragancias, además de alcohol.

Las plantas y flores contienen aceites esenciales de una extraordinaria fragancia. Los aceites se pueden extraer mediante vapor (un método inventado en la antigua Arabia) o disolventes químicos; por prensado o dejando que empapen una capa de grasa. Los perfumistas actuales utilizan análisis químicos y computadoras e incluso moléculas aromáticas de una pieza de tela para añadir el olor de un traje de caballero a su colonia, o el ozono del aire marino para una fragancia náutica.

Tradicionalmente, los perfumes también podían contener esencias animales: ámbar gris del cachalote, almizcle del almizclero..., pero hoy en día estos aromas casi siempre se elaboran en laboratorios.

Los perfumistas dicen que crear una nueva fragancia es como componer una partitura musical. La mayoría de los perfumes liberan sus fragancias de inmediato y éstas se disipan enseguida. Luego vienen las notas medias, y por último las notas graves y duraderas: los restos de fragancia que quedan en la piel después de horas.

Los fabricantes de perfumes inventan nombres cuya imagen representa cómo desearía verse el cliente. Veamos, por ejemplo, algunos nombres de fragancias masculinas: Iron (hierro), Stetson (un sombrero vaquero).

Los nombres de las fragancias femeninas suelen evocar imágenes etéreas de fascinación: Poème (poema), Allure (encanto), Beautiful (hermosa), Blonde (rubia).

Algunas fragancias llevan el nombre de su creador, que a menudo es un modisto de prestigio: Chanel, Lauren, Dior, Armani, mientras que otras se refieren a su fragancia: Vanilla Fields (campos de vainilla), Old Spice (Especias de Antaño). El perfume White Diamonds (diamantes blancos), de la actriz Elizabeth Taylor, refleja su fascinación por las gemas. Lasting (duradero), tal vez sea el nombre de perfume más práctico de todos; simplemente significa que el aroma seguirá percibiéndose a las diez horas de su aplicación.



48. Gran Baile de Calaveras

Calaveras editadas por Antonio Vanegas Arroyo (1906)

Realizar calaveras es una actividad muy frecuente en la sociedad mexicana, consiste en escribir algunos versos picarescos con ritmo y rima que describen la relación de un hombre o mujer con la muerte destacando con ironía las cualidades, defectos, actitudes y costumbres de la persona a la que hace alusión.

Los primeros dibujos aparecieron en 1872 por el litógrafo Santiago Hernández, luego por Manuel Manilla y se popularizaron con José Guadalupe Posada.

Llegó la gran ocasión
de divertirse de veras.
Van a hacer las calaveras
su fiesta en el Panteón.

Las flautas son de canillas.
De huesos son los violines.
De cráneos los cornetines.
Los fagós de rabadillas.

Las viuditas relamidas
que se precian de virtuosas
asistirán ruborosas
todas de blanco vestidas.

Un militar esforzado
que en todas partes corría
la gran cruz de valentía
lucirá muy esforzado.

Los sudarios se reforman,
se remiendan las mortajas
y con las fúnebres cajas
estrado y gradas se forman.

Bailarán los comerciantes,
los sastres y los cocheros,
los soldados, los pulqueros,
albañiles y estudiantes.

Ingenieros y cantores,
dependientes y modistas,
carretoneros y artistas,
lavanderas y pintores.

Será una gran igualdad
que nivele grande y chico.
no habrá ni pobre ni rico
en aquella sociedad.

El que quiera la función
mirar de las calaveras
que se muera de deveras
y que se vaya al Panteón

http://www.lacatrinamexicana.mex.tl/68402_Las-calaveras-literarias.html

49. Adiós a las trampas



La mula no era arisca... pero la hicieron a palos. La falta de respeto por las reglas que existe entre nosotros es, en buena medida, consecuencia de que el encargado de hacerlas cumplir no las respeta ni él mismo. Tampoco las hace respetar, a pesar de ser esa su misión fundamental. Las trampas más dolorosas para la sociedad, sobre las cuales se montan muchas de sus propias trampas, provienen del gobierno, primer responsable (aunque ni de lejos el único) de un círculo vicioso que no es fácil de romper, pero del cuál es indispensable salir para construir una democracia efectiva, un país más productivo y más próspero.

Voy a poner un ejemplo. Enseñamos a los niños y a las niñas que deben respetar las señales de tránsito y todas las demás reglas que los automovilistas y los peatones deben cumplir para que las calles sean seguras.

En muchas escuelas se enseñan las reglas de tránsito muy bien, con conocimiento, paciencia y dedicación. Acuden a la escuela los propios funcionarios de tránsito, hacen una larga demostración, juegan a ser ciudadanos y autoridades, respetan las señales, actúan como debe ser.

Pero muy pronto el futuro ciudadano se enfrenta a la realidad. Se da cuenta de que, muchas veces, es muy fácil no obedecer la regla; de que el rigor con el que está escrito el reglamento no corresponde, ni por asomo, a la discrecionalidad de su cumplimiento; de que el castigo no es seguro y de que, además, es sencillo evitarlo. La autoridad o no hace nada o acepta un arreglo al margen de la regla, una "mordida".

Ese futuro ciudadano se encuentra con que en muchas ocasiones ni siquiera existe una reprobación social, una sanción moral o una condena por parte de sus conciudadanos por haber roto las reglas. Frecuentemente, incluso, ocurre lo contrario: la trampa es vista como una muestra de habilidad, de destreza, como una manera de salirse con la suya.

El texto habla de la discrecionalidad con que se cumple una regla; es decir, que en lugar de apearse a lo que dice la ley, una persona decida por su cuenta, a su discreción, lo que hay que hacer.

50. El zoológico decimal. Poesía popular huasteca

Acamaya

Escondida y temerosa,
 alerta de la tarraya,
 nada la pobre acamaya,
 como huésped de una poza.
 Por si alguna red la acosa,
 no hace más que recular,
 para poder escapar
 de los tantos pescadores,
 que saben que sus sabores
 son excelente manjar.



Armadillo

Con tan afiladas uñas
 –no necesita de lijas–
 y con cuerpo de vasija,
 aunque no es gato, rasguña
 con sus patitas de cuña.
 Es de complexión muy choncha,
 tan dura que no se poncha,
 ni se rompe con martillo.
 Mas, con esto, el armadillo
 se la pasa haciendo concha.



Caimancito

Disfrazado en un estero,
 un caimancito lloraba.
 Lagrimones derramaba
 por no hallarse un compañero
 con el cual jugar primero,
 pues se quedó sin hermanos,
 por culpa de los humanos,
 que por hacer más zapatos
 hoy los cazan cada rato,
 pa dejar solo el pantano.

¿Por qué esto se llama el zoológico decimal?

Eduardo Bustos, *El zoológico decimal. Poesía popular de la Huasteca*. México, SEP-Artes de México, 2006.

51. ¿Cómo sabes que existe el Universo?

¿Cómo sabes que existe el Universo?

En verano lo veo en el cielo estrellado.

Sí, pero... ¿Tus ojos pueden ver todo lo que existe? ¿No se pueden equivocar tus ojos? ¿No es mejor tocar las cosas para saber que existen? ¿Basta con ver algo para saber qué es?

¿Cómo sabes que existe el Universo?

Porque me lo dijeron mis papás.

Sí, pero... ¿Y ellos, cómo lo saben? ¿Acaso a veces, tus padres no te cuentan disparates? ¿Nunca se equivocan? Si fueran los únicos en decirte que el Universo existe, ¿les creerías?

¿Cómo sabes que existe el Universo?

Yo solito comprendí que existía.

Sí, pero... ¿Puede uno comprender sin los demás? ¿También comprendes qué es el Universo y de dónde viene? ¿Puedes aportar pruebas de su existencia? ¿No es el Universo demasiado misterioso y vasto para que puedas comprenderlo?

¿Cómo sabes que existe el Universo?

Porque un día lo descubrieron los científicos.

Sí, pero... ¿Existía el Universo antes de que lo descubrieran? ¿Por qué los hombres se preocuparon por descubrirlo? ¿Se hace un descubrimiento en un día? ¿No fue necesario que alguien se imaginara el Universo antes de que se descubriera?

¿Cómo sabes que existe el Universo?

No estoy seguro de que exista.

Sí, pero... ¿Puede uno siempre estar seguro de lo que sabe? ¿Debes estar seguro de la existencia del Universo para creer que existe? ¿Conoces algún método para estar seguro de algo? ¿De qué puedes estar absolutamente seguro?

¿Cómo sabes que existe el Universo?

Porque la Tierra tiene que estar en alguna parte.

Sí, pero... ¿Y donde se encuentra el Universo? ¿Puede haber algo que no sea el Universo? ¿La Tierra puede hallarse afuera del Universo? ¿El Universo sería el mismo sin la Tierra?

Para ti, el Universo existe por lo que ves, por lo que te dicen tus padres, por lo que te explican los científicos. Muchas chispas iluminan parcialmente ese gran misterio que sientes en el fondo de ti mismo cuando te preguntas qué es el Universo. Pero a veces tu mente te rebasa: las palabras son demasiado complicadas, los ojos no son suficientemente grandes para tomar plena conciencia de esta inmensidad que nos rodea, y a la que todos pertenecemos. ¿Cómo es el infinito? ¿Dónde terminan todas esas estrellas? ¿Podremos algún día saber verdaderamente cómo es el Universo?

Oscar Brenifier, “¿Cómo sabes que existe el Universo?” en *¿Qué es saber?* México, SEP-Planeta, 2006.

52. Familias familiares

Yo no puedo afirmar que seamos una familia de tantas. De que somos raros, lo somos. Claro que de lejitos y sin platicar mucho parecemos una familia normal.

Les voy a contar para que vean que no exagero.

Empecemos por mi papá. Mi papá tiene que tener todo bajo control. Es previsor hasta el límite de lo posible: paga sus impuestos el primer día que abren las oficinas. Compra artículos repetidos por si se rompen o extravían. Por eso tenemos un cuarto lleno de cajas de clips, de decenas de cámaras fotográficas, varios medidores de pulso y unos doce tinacos nuevecitos, sin desempacar.

Por supuesto, ya tiene pagado el funeral de toda la familia, hasta de mi sobrinito que acaba de nacer. Y cuando tenemos que ir a algún lugar nuevo, como por ejemplo a una boda, hacemos simulacros: nos vemos nos arreglamos, compramos el regalo y buscamos la dirección. Practicamos lo que vamos a decir y en dónde vamos a estacionar el coche.

Bueno, pues un día mi papá decidió que para ser el más precavido, iba a operarse. “¿A operarse qué?”, todos preguntamos, pues mi papá tenía una salud de hierro.

–Lo que haga falta –afirmó categórico.

–¿Cómo qué?

–Pues de una vez que me saquen el apéndice, que me operen del corazón y me quiten las anginas. Así yo me organizo para faltar algunos días a la oficina y no pierdo el control de la situación con molestos contratiempos.

–Oye, ¿pero tienes algunas molestias?

–Ninguna –respondió muy campante.

¿Y qué creen? ¡Se operó!

Ahora vamos con mi mamá. Mi mamá es un poco despistada: te puede ofrecer jugos de naranja y huevos revueltos por la noche, y un bistec con un Martini a las siete de la mañana. Es tan distraída que se pierde en su propia casa. Hay que hacerles mapas para que vaya de una recámara a otra. Llama a sus amigas ¡para preguntarles sus números telefónicos!

Toca el turno de presentarle a mi hermana. Mi hermana, aunque es muy guapa, siempre está de mal humor. Ustedes me dirán: bueno, todos tenemos malos ratos. Eso yo lo entiendo, pero imagínense a alguien que siempre, a toda hora, todos los días, está de malas. Cuando mis amigos hablan por teléfono ella les gruñe y, claro, ellos cuelgan.

Por último, está mi abuela. Mi abuela es la ancianita más tierna y dulce... siempre y cuando al platicar con ella no uses palabras que tengan la vocal e. Como supondrán, es muy difícil no decir palabras que tengan e, y si uno se equivoca ella se tira al piso y hace una pataleta tremenda, rompe cosas y echa baba por la boca. Después, se cubre con un sudario –es como una sábana con la que cubren a los muertos, que tienen siempre guardada y planchada en un cajón– y se hace la muerta durante dos días.

Imagínense si yo, con esa familia, me iba a atrever a llevar amigos a casa, organizar fiestas o asistir a lugares públicos en su compañía Pero sucedió algo que me obligó a cambiar esta situación...

Por favor, ¿cómo nos dejan al llegar aquí? ¿Qué pasó? ¿Por qué tuvo que invitar amigos?

53. El caracol púrpura

Los colores han sido siempre relacionados con virtudes y actitudes humanas. El verde ha simbolizado esperanza y renovación; el blanco, belleza y pureza; el amarillo, longevidad.

En otro tiempo, teñirse el cuerpo de rojo significaba grandeza y poder. Y el color púrpura, que es un rojo más intenso, estaba reservado a los elegidos.

Entre los mixtecos, en Oaxaca, existe una tradición milenaria que consiste en obtener el preciado tinte color púrpura de un caracol marino llamado púrpura pansa. Con el tinte, que es difícil de obtener y, por lo mismo, muy caro, tiñen hilo de algodón y tejen prendas de vestir muy apreciadas, que se usan solamente en ocasiones especiales.

El caracol púrpura es un molusco que vive entre las grietas de la costa rocosa de la zona donde rompen las olas, desde Baja California hasta Perú.

Tiene una glándula con la que produce un líquido lechoso con un fuerte olor a ajo; cuando este líquido se pone en contacto con los rayos del Sol y el oxígeno del aire, cambia su color de amarillo, verde y azul hasta un púrpura intenso o violeta, que es el más puro en la gama de color.

El caracol utiliza este líquido o tinte para defenderse de sus enemigos o para narcotizar a sus presas.

Los mixtecos conocen bien la vida del caracol púrpura: cuándo nace, qué come, cuándo y cómo produce el tinte. Sobre todo, saben cuáles son los cuidados necesarios para no dañarlo mientras le extraen el tinte o lo “ordeñan”.

El tinte simboliza para ellos la vida, la muerte y la fertilidad al mismo tiempo, por lo que tienen mucho cuidado en su uso, y respetan con cuidado el tiempo de reproducción, crecimiento del caracol y producción de tinte.

Entre los mixtecos, teñir el hilo con la tintura del caracol púrpura es una actividad de integración social, en la que intervienen niños, mujeres, hombres... la comunidad entera. Lo mismo cuando se hila y se forman las madejas.

Los hombres caminan cientos de kilómetros para llegar a la costa y encontrar el caracol. Seleccionan los más grandes, ordeñarlos sobre las madejas de hilo y volverlos a dejar en su lugar.

Otra forma de obtener el tinte comenzó a ser introducida por una compañía japonesa en los años ochenta. Pero la nueva técnica, que extrae el colorante en forma masiva e indiscriminada, nada tiene que ver con el respeto a la naturaleza del método tradicional indígena.

La situación mantenida hasta antes de que llegaran los japoneses lograba conservar en equilibrio la población del caracol. Los mixtecos lo explotaban de octubre a marzo, cuando no estaba en tiempo de reproducción. La comercialización masiva, en cambio, ha provocado que las poblaciones estén severamente dañadas debido a la sobreexplotación y la extracción del tinte con técnicas inadecuadas.

Luci Cruz Wilson, "El caracol púrpura" en *México envuelto en mares*. México, SEP-Santillana, 2002.

54. El asno y el buey



Un ranchero muy rico tenía en su rancho, en una misma cuadra, a un buey y a un asno. Cierta día, el buey le dijo al asno:

–Me da mucha envidia ver lo mucho que descansas y lo poco que trabajas. Un mozo te cuida, te dan de comer cebada y bebes agua pura y cristalina. Lo único que haces es llevar al amo a esos viajecitos que hace. En cambio a mí me tratan muy diferente. Al salir el sol me atan a una carreta o a una yunta y trabajo todo el santo día, hasta que las fuerzas se me acaban. Y por las noches me dan hojas secas como pastura. ¿Ya ves por qué te envidio, amigo?

–Con mucha razón tienen fama de tontos tú y todos los de tu especie –le contestó el asno–. Se matan por sus amos, y no sacan ningún provecho de sus facultades. Cuando los hombres te quieran amarrar al arado, ¿por qué no les das unas cuantas cornadas y unos mugidos que los asusten? ¿Por qué no te echas al suelo y te niegas a caminar? Si sigues mis consejos verás qué bonito te va a ir.

Al día siguiente, un campesino fue por el buey para empezar a trabajar. Pero el buey siguió los consejos del asno: dio tremendos mugidos, se echó al suelo y lanzó unas

cuantas cornadas. El campesino creyó que el animal estaba enfermo y fue a contarle al rancharo.

El rancharo le dijo que entonces pusiera al asno a trabajar todo el día, y así lo hizo el campesino. El asno jaló del arado y la carreta todo el día, y recibió tantos palos que cuando volvió a la cuadra por la noche no podía caminar. En cuanto llegó, el buey se acercó.

–Gracias por tus consejos –le dijo.

El asno se quedó callado, pero pensó: “Yo tengo la culpa de lo que pasó. Por andar de hablador, ahora el buey es el que goza de la vida. Si no se me ocurre algo, acabaré perdiendo el pellejo”. Y medio muerto de cansancio, se dejó caer en la paja.

–De aquí en adelante –siguió hablando el buey– siempre voy a hacer lo que me aconsejaste, amigo asno.

–Está bien –dijo el asno– pero te voy a decir lo que oí decir al amo. Como cree que estás enfermo y ya no puedes trabajar, te va a vender para que te hagan filetes y bisteces.

Al escuchar eso, el buey dio tremendo mugido, y el asno supo que lo que había inventado iba a resultar en su favor.

Al día siguiente, ¿quién creen ustedes que se quedó descansando todo el día?

“El asno y el buey” en Mireya Cueto (comp.), *Cuéntanos lo que se cuenta*. México, SEP-CONAFE, 2006.

55. Píntame toreros gordos

¿Recuerdas aquella canción que dice: “píntame angelitos negros”?

Seguro que el colombiano Fernando Botero prefiere que le canten: píntame toreros gordos. Ahora verás por qué.

Fernando es aficionado a los toros desde que era adolescente; en su natal Medellín se inscribió a la escuela de tauromaquia; pero cuando tuvo frente a él a un novillo, ¡huy!, decidió que servía más para pintar acuarelas, óleos o



carbones... y se dedicó a las bellas artes.

Todas sus obras representan figuras de personas, animales u objetos, cuya característica principal es la desproporción de las formas. Por ejemplo, pinta hombres y mujeres exageradamente gordos, pero siempre, alguna parte de su cuerpo contrasta con su obesidad: pies pequeñísimos, boquitas, naricitas, manitas o un torero gordo y gigante junto a un picador enano.

En la obra total de Botero puedes ver redondeces muy redondas, pero eso sí, llenas de mucho color sin sombras. Una colección famosa del pintor y que ha dado la vuelta al mundo es *La corrida* y, por supuesto, se trata de la fiesta brava.

Botero también crea esculturas gordas y enormes. En 1992, en París, montó una exposición de esculturas monumentales a todo lo largo de la avenida Campos Elíseos, y tanto los parisienses como los turistas hicieron alguna caricia a tan tentadoras formas. Fernando Botero ha armado la gorda en el arte contemporáneo y es uno de los pintores hispanoamericanos mejor cotizados en el mundo.

Cristina Carbó et al., "Píntame toreros gordos" en *501 Maravillas del vejo Nuevo Mundo*. México, SEP-Hachette Latinoamérica, 1994.

56. Sobre piratas

El solo nombre de "pirata" trae a la memoria imágenes de osados hombres de mar, de pie en la proa de un nave con las velas hinchadas por el viento, navegando en un mar azul zafiro –sus ojos escudriñan el horizonte, buscando a la presa–; y también la de un destartado barco con el velamen roto y personajes desagradablemente sucios, alguno con un parche en el ojo, otro con una pata de palo, y otro más con un sable entre los dientes y una botella de ron en la mano. Ambas son reales. No en vano estos personajes han inspirado lo mismo magníficos poemas que novelas inolvidables.



En todo caso, las muchas veces lamentables hazañas de los piratas están minuciosamente registradas en archivos, bibliotecas, cartas, relatos, quejas a soberanos, descripciones de ataques, procesos judiciales, rutas, cartas de navegación, y proyectos de defensa de muchos puertos amenazados por estos asaltantes marítimos. Adentrarse en la

enorme información que hay sobre ellos es en sí una maravillosa aventura. Curiosamente, los personajes parecen deslizarse entre líneas, como si quisiesen huir de la historia, de la cual formaron parte importante, casi siempre en páginas mojadas en sangre y agua salada.

Uno de los atributos más conocidos de los piratas era la bandera roja conocida en inglés como *Jolly Roger* (rojo hermoso). El origen de este nombre es incierto, pero su aparición en el diccionario puede fecharse en 1724. Los corsarios y bucaneros generalmente navegaban bajo el pabellón de su país, pero también izaban una bandera roja para informar a sus víctimas de que no debían oponer resistencia. Supuestamente, esta enseña estaba teñida con sangre, pero a decir verdad era pintura.

Posteriormente esta bandera roja se convirtió en negra, pero conservó el nombre de *Jolly Roger* o *Joli Rouge*, en francés. Sobre campo negro, algunas tenían pintadas dos tibias cruzadas y una calavera sobre estos huesos; otras, un esqueleto con un sable en una mano y a veces con una botella de ron en la otra. Los bucaneros solían agregar un jabalí. Por ser este animal un símbolo de libertad para ellos.

Había otras banderas, como lo demuestra la de Cromwell, “el coromuel” [*un viento que sopla en el Mar de Cortés, en Baja California*], cuyos atributos remiten a alguien que quería pasar por respetable: sobre campo verde, emblemas de justicia, paz y unión, y en el reverso un templo griego y un jinete con el lema *Nolle me tangere* (“No me toques”). Como dato curioso hay que decir que a pesar de haber dejado huellas tan claras de su paso –sobre todo en los mares bajacalifornianos–, poco se sabe de él, como si hubiera decidido voluntariamente no pasar a la historia.

En nuestros días el *Jolly Roger* aparece a veces en yates de pesca o de lujo, cuyos dueños muchas veces no tienen idea del terror que la vista y el nombre de este pabellón en otros tiempos despertaban entre quienes surcaban los mares.

Marita Martínez del Río de Redo, “Sobre piratas” en *La fuerza y el viento: la piratería en los mares de la Nueva España*. México desconocido, 2006.

57. Ven conmigo

El abuelo está sentado frente a la casa, en medio del jardín. Muy derecho en la silla de palo; con la pierna cruzada, las manos entrelazadas en la rodilla, el cigarro asomado entre los dedos. Lleva un traje oscuro, corbata a rayas, pañuelo en el bolsillo, botines y bastón, A sus pies duerme un perro blanco, pero no sé cómo se llama.

–Ven conmigo –vuelve a decirme y me mira burlón, con los ojos brillantes. El abuelo es calvo, tiene las cejas muy grandes, y las orejas, y la nariz.

–Hey, ven acá –insiste sin mover los labios, con un susurro que me llega de su mirada.

–¿No me oyes? –pregunta como si fuera a enojarse, pero él sabe bien que lo escucho. Que sus palabras se me quedan en las orejas. No quiero oírlo. No quiero hacerle caso. Me quedo quieto, de pie, casi sin respirar. Camino hacia atrás, paso a pasito, buscando la puerta del cuarto, sin quitar la vista de la foto que cuelga en la pared.

Felipe Garrido, “Ven conmigo” en *La musa y el garabato*. México, FCE, 1995.

58. La doncella guerrera

En Sevilla a un sevillano
siete hijos le dio Dios
y tuvo la mala suerte
que ninguno fue varón.

La más chiquita de ellas
la llevó la inclinación
de ir a servir al rey
vestidita de varón.

–No vayas, hija, no vayas,
que te van a conocer;
que tienes el pelo muy largo
y dirán que eres mujer.

–Si tengo el pelito largo,
madre, córtemelo usted,
y con el pelo cortado
un varón pareceré.

Y al subir al caballo
la espada se le cayó;
por decir “¡maldita sea!”
dijo “maldita sea yo”.

Siete años estuvo en guerra
y nadie la conoció,
solamente el hijo del rey
que de ella se enamoró.

“La doncella guerrera” en Teresa de Santos (comp.), *Romancero para niños*. México, SEP-La Torre, 2005.

59. Eolo

Los vientos son los hijos del Cielo y de la Tierra. Habitan en las grutas profundas donde está prisioneros día y noche.

Zeus desconfía hasta tal punto de ellos que ha colocado por encima de su prisión enormes montañas. ¿Por qué? Porque los vientos son terribles, y rugen sin cesar en su prisión. Sólo tienen una idea: escapar para devastarlo todo (la tierra, el mar e incluso el mismo cielo, morada de los dioses inmortales).

Para calmar los Vientos, terriblemente poderosos para este pueblo de marinos, los griegos les ofrecían sacrificios.

En la antigüedad grecolatina los vientos principales eran cuatro:

El Bóreas. Es el viento del norte frío y violento, que los latinos llaman Aquilón. Se le representaba bajo la forma de un viejo de cabellos blancos y en desorden.

El Euro. Es el viento del este, que viene de Oriente. Se le representaba con la tez cobriza de los asiáticos.

EL Noto. Es el viento del sur que los latinos llaman Austro. Es un viento caliente que trae tormentas. No es raro verlo representado bajo el aspecto de un viejo, con los carrillos inflados, la frente aureola de nubes y los ropajes calados por la lluvia o llevando una regadera.



El Céfito. Es el viento del oeste. Los griegos lo apreciaban mucho, ya que traía algo de frescor durante el verano ardiente que castigaba su tierra. Da nueva vida a la naturaleza reseca. Se le representaba con alas de mariposa. Ligerero, vuela manteniendo en la mano una canasta de flores.

Ann Catherine Vivet-Rémmy, "Eolo" en *Los Viajes de Ulises*. México, SEP, 2002.

60. Vivir en sociedad. La vida en grupo

A medida que vamos creciendo, también crece nuestra curiosidad por el mundo que nos rodea. En la escuela, en un club deportivo o en el trabajo, vivimos en comunidad con otras personas.

Adaptarse los unos a los otros

Las relaciones con los extraños no se parecen mucho a las que tenemos en nuestra familia. Hay lazos de amor que nos unen a nuestra propia familia. Estamos acostumbrados los unos a los otros, aunque de vez en cuando haya discusiones. Pero la sociedad también está compuesta de personas que no son nuestros hermanos ni nuestros amigos. No siempre tienen las mismas costumbres que las nuestras. Hace falta tiempo y paciencia para conocerlos. Vivir en sociedad es aprender a relacionarse con toda clase de personas y en toda clase de situaciones.

La vida con los demás

Compartimos con los demás muchas de nuestras actividades. A menudo jugamos y trabajamos con otras personas. Desde que empezamos a ir al jardín de niños, descubrimos una sociedad de la que vamos a formar parte durante mucho tiempo: ¡la escuela! Los clubes deportivos también son sociedades. Podemos llamarlas “sociedades” porque son grupos de personas organizados de tal modo que existen actividades comunes. El lugar donde trabajan los padres constituye otra sociedad, muy pequeña si administran un restaurante, pero muy grande si laboran en un hospital o en una fábrica.



Sophie Bolo, “Vivir en sociedad. La vida en grupo” en *Vivir con los demás: la familia, la sociedad, las leyes la justicia*. México, SEP-Larousse, 2005.

61. El aburrimiento ¿padre de la civilización?

Le propongo el siguiente experimento: espere a que se haga de noche y apague todas las luces. Desconecte la televisión. No conteste el teléfono. No se acerque al refrigerador. Siéntese en el piso y deje pasar cinco horas. ¿Se aburrió? Trate de imaginarse qué haría todo el día si de pronto se viera privado de las comodidades de la vida moderna.

Si fuera usted un nómada primitivo luchando por mantener a raya el espectro del hambre probablemente estaría demasiado ocupado cazando, pescando y recolectando para hacer nada más, salvo tener pequeños nómadas y obligarlos a acabarse un mamut.

Pero una vez que usted ha descubierto la agricultura y que ha encontrado un bonito lugar para establecerse –por ejemplo, un lago con una isla donde un águila devora a una serpiente, un acogedor valle oaxaqueño, o las inmediaciones de un cenote en la planicie yucateca–, el paisaje deja de cambiar todos los días y el tiempo empieza a pesarle en las manos. El espectro del hambre se ha alejado para dar paso al espectro del aburrimiento.

Entonces mira al cielo y advierte, quizá por primera vez en su vida, que los puntitos de luz que se ven de noche realizan una curiosa danza. Parece que le dan vueltas al mundo como si estuvieran fijos en una inmensa esfera transparente. Con el tiempo usted descubre que cinco de esos puntitos no se mueven con los demás, sino que van de un lado a otro entre las estrellas. ¿Qué son estas estrellas errantes? Usted se dice que deben ser importantes y les pone nombres. Para entonces también ha observado ya que el sol naciente no aparece siempre en el mismo punto respecto a algún rasgo notable de su horizonte local, sino que se va moviendo día con día. ¿Adónde va? Espere pacientemente, por muchos amaneceres, hasta que un día su paciencia se ve recompensada: el sol reduce la marcha hasta que aparece casi en el mismo sitio durante varios días...y luego empieza a retroceder. Al cabo de varias lunas vuelve a detenerse y a dar media vuelta. Es evidente que el sol no se va a ir ningún lado, pero usted sigue escudriñando el horizonte al alba por pura curiosidad. ¿Se detendrá siempre el sol en los mismos puntos del horizonte? Una vez que compruebe que sí, se aprende de memoria las posiciones donde el sol se detiene o –luego de observar varios ciclos solares– se ha



dado cuenta de que la posición del sol al salir tiene una extraña relación con el estado del tiempo. La temporada de lluvias empieza siempre cuando el sol sale cerca de aquella colina lejana. El tiempo se torna caluroso cuando el sol se acerca a una de las paradas y frío cuando se acerca a la otra. Otro punto especial marca el día en que el sol pasa justo por la mitad del cielo al mediodía.

¿Qué hacen las personas cuando, luego de miles y miles de años de ir de un lado a otro viviendo de la caza, la pesca y la recolección, por fin descubren la agricultura y se establecen? Primero se aburren. Luego miran al cielo e inventan la civilización.

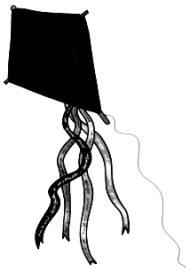
Sergio de Régules, "El aburrimiento ¿padre de la civilización?" en *El sol muerto de risa*. México, SEP-Pangea, 2002.

62. Papalotes, planeadores y globos

El papalote es el antepasado del aeroplano. Hace más de dos milenios los chinos ya empleaban papalotes y, con el paso del tiempo, han sido utilizados para elevar a los hombres por encima de los campos de batalla a fin de realizar observaciones militares, para recabar información meteorológica y para lanzar suministros.

Los papalotes sirvieron de inspiración al inventor inglés George Cayley cuando diseñó el primer modelo de planeador del mundo. Pioneros de la aviación como el inglés Percy Pilcher y el alemán Otto Lilienthal emplearon diseños de papalotes para desarrollar las alas de sus planeadores.

Lilienthal estaba convencido de que los aviadores tenían que aprender a planear para comprender cómo se puede aprovechar el aire. Los hermanos Wright construyeron el primer planeador en 1901, basándose en un papalote biplano [con dos superficies paralelas] que habían hecho anteriormente.



Los primeros planeadores se lanzaban desde lo alto de una colina y los modernos son acarreados hasta el aire por aviones ligeros. En cuanto se los suelta, los planeadores ascienden y se encumbran gracias a las corrientes de aire caliente.

En su deseo de ver el mundo desde el cielo, la humanidad creó muchas y complicadas máquinas voladoras. Los franceses Joseph y Étienne Montgolfier construyeron un globo de papel y tela que se elevó gracias al aire caliente producido por una hoguera. El siguiente globo que hicieron llevaba pasajeros: una oveja, un pato y un gallo. En 1783, ante la boquiabierta multitud parisina, el globo Montgolfier elevó por los aires a dos nobles franceses y se convirtió en el primer aparato volador con éxito.

Los globos de aire caliente y de gas no tardaron en popularizarse. En 1870, cuando el ejército prusiano asedió París, los franceses utilizaron globos para sacar personas y cartas de la ciudad. En 1897, tres exploradores desaparecieron mientras intentaban llegar al Polo Norte en globo.

Medio siglo después los científicos utilizaron globos para estudiar la atmósfera superior. En la actualidad, varios grupos de amantes de los globos se proponen dar la vuelta al mundo sin escalas.

Los vuelos en globos de aire caliente son muy populares y muchos aficionados organizan vuelos de aventura para cualquier tipo de gente en estos aparatos.



Habitualmente, los globos de aire caliente tienen 18 metros de diámetro y cargan 2,830 metros cúbicos de aire que se calienta mediante dos quemadores de gas propano, cada uno de los cuales es lo bastante potente como para calentar 120 casas.

s/a, "Cometas y planeadores" en *Volar*. México, SEP-Mcgraw-Hill, 2003.

63. ¿Por qué el topo vive bajo la tierra?

Hace mucho tiempo, según se dice, el Sol se iba aproximando a la Tierra, de modo que cada día quemaba con más fuerza y las plantas se secaban. Sucedió entonces que unos campesinos quisieron detener al Sol porque les había destruido sus siembras. Pero no pudieron hacer nada pues el Sol los quemó.

Se cuenta que después se reunieron los animales más astutos y fuertes de los bosques y las selvas. Eligieron al león, por ser el más fuerte, para que detuviera al Sol, y dijo el león:

–Yo detendré al Sol, así me juegue la vida.

Pero no pudo hacer nada porque se quedó inmóvil. Siguió el coyote y tampoco logró nada. Así fueron pasando todos los animales. Al fin sólo quedaba el más pequeño de todos, el que actualmente conocemos con el nombre de topo, y dijo:

–Yo, el más pequeño de todos y el más débil, haré un esfuerzo por detener al Sol; aunque no estoy seguro de lograrlo, demostraré que también tengo valor.

El topo se dispuso a detener al Sol. Amontonó ramas, espinas, palos y toda clase de objetos que encontraba a su paso. El Sol seguía quemando, pero el topo no se daba por vencido. Siguió adelante en su tarea hasta que logró detener al Sol. Nada más que nadie quedaba para felicitarlo por su triunfo, que para él había sido el más grande de su vida.

Fue tanta su sorpresa que cuando levantó la vista y vio al Sol, se quedó ciego. Pero no le importó. En eso oyó una voz que decía:



–Has quedado ciego, has perdido la vista por salvar a tu pueblo, pero no te preocupes porque ya no vas a necesitar ver. Te voy a premiar; he escogido para ti otro camino y tú ya jamás vivirás sobre la

tierra, sino que te irás por ese otro camino.

Se dice que aquella voz fue la de Dios, Nuestro Señor, y que el camino que le designó al topo iba a dar debajo de la tierra a unas cuevas oscuras que él mismo hace y donde actualmente vive.

“¿Por qué el topo vive bajo la tierra?” en Mireya Cueto (comp.), *Cuéntanos lo que se cuenta*. México, SEP-CONAFE, 2006.

64. El cascabel (canción popular)

Cada rincón de la naturaleza está lleno de sonidos. Si abrimos, bien abiertos, ojos, oídos y corazón, puede ser que en el hueco de un árbol escuchemos a una serpiente cantarina.

Las víboras son peligrosas y de cuidado, hay que saberlas tratar. Una entre ellas es, aparte de venenosa, muy bullanguera: la serpiente de cascabel.

Ella canta cuando se mueve, su paso es música. Nosotros los seres humanos tratamos de imitarla con sonajas de juguete. O bien, en el fandango, con panderos, rasgueos y taconazos. Algunos fandangueros viejos acostumbran poner un cascabel de víbora adentro de su jarana, para la buena suerte, y porque, dicen, con ese cascabel la música suena mejor.

¡Ay, cómo rezumba y suena,
rezumba y va rezumbando,
rezumba y va rezumbando,
mi cascabel en la arena.

En el hueco de un laurel,
una víbora cantaba,
ella me daba a entender
y yo cuenta no me daba,
de un hermoso cascabel
que en su cola le sonaba.

Yo tenía mi cascabel,
con cinco cascabelitos,
y como era de oropel
se lo di a mis hermanitos
para que jueguen con él
y se diviertan solitos.

Yo tenía mi cascabel,
y como sonaba tanto,
se lo di a mis hermanitos,
la víspera de su santo.

–Bonito tu cascabel,
vida mía quién te lo dio.
–A mí no me lo dio nadie,
mi dinero me costó,
y el que quiera cascabel
que lo compre como yo.

Yo tenía mi cascabel,
y se lo puse a un pandero,
¡ay!, qué bonito sonaba
cuando le rascaba el cuero.

La víbora trae en la piel
muchos colores bonitos,
y en su cola de oropel
suenan los cascabelitos,
música de cascabel.

“El cascabel” en Caterina Camastra (comp.), *Ariles y más ariles: los animales en el son jarocho*. México, SEP-El Naranjo, 2007.



65. La Cenicienta

[Esta es una lectura larga, hay que tomarlo en cuenta. Pero es muy divertida y hay que aprovecharla.]

“¡Si ya nos la sabemos de memoria!”
dirán.

Y, sin embargo, de esta historia tendrán
una versión falsificada, rosada,
tonta, cursi, azucarada,
que alguien con la mollera un poco rancia
consideró mejor para la infancia...

El lío se organiza en el momento
en que las Hermanastras de este cuento
se marchan a Palacio y la pequeña
se queda en la bodega a partir leña.

Allí, entre los ratones llora y grita:
“¡Quiero salir de aquí! ¡Malditas brujas!
¡¡Les arrancaré el chongo por granujas!!”

Y así hasta que por fin asoma el
Hada
.“¿Qué puedo hacer por ti, Ceni querida?”

“¡Frita estoy porque las brujas
van al baile y yo no voy!
¡Pues yo también iré a esa fiesta inmunda!
¡Quiero un traje de noche, un paje, un
coche,
zapatos de charol, sortija, broche,
pendientes de coral, pantis de seda
y aromas de París para que pueda
enamorar al Príncipe enseguida
con mi belleza fina y distinguida!”

Y dicho y hecho, al punto
Cenicienta,
en menos tiempo del que aquí se cuenta,

se personó en Palacio, en plena disco,
dejando a sus rivales hechas cisco.
Con Ceni bailó el Príncipe rocks miles
tomándola en sus brazos varoniles
y ella se le abrazó con tal vigor
que allí perdió su Alteza su valor.

Al dar las doce Ceni pensó:
“Nena, como no corras la hemos hecho
buena”,
y el Príncipe gritó: “¡No me abandones!”
mientras se le agarraba a los riñones.

Perdió un zapato la pobre, con la
prisa.
El Príncipe embobado, lo tomó
y ante la Corte entera declaró:
“¡Será mi esposa la hermosa dueña
del pie que entre en el zapato!”

Después, como era un poco
despistado,
dejó en una bandeja el chanclo amado.

Una Hermanastra dijo: “¡Ésta es la
mía!”;
pescó el zapato y lo tiró al retrete.
En su lugar, disimuladamente,
dejó su zapatilla maloliente.

En cuanto apuntó el Sol,
salió su Alteza con toda ligereza,
en busca de la dueña de la prenda.
De casa en casa fue, de tienda en tienda,
e hicieron cola muchas damiselas

sin resultado. Aquella vil chinela,
no le sentaba bien a dama alguna.

Así hasta que fue el turno
de la casa de Cenicienta...

“¡Pasa, Alteza, pasa!”,
dijeron las perversas Hermanastras
y, tras guiñar un ojo a la Madrastra,
se puso la de más cara de cerdo
su propia zapatilla en el pie izquierdo.
El Príncipe dio un grito horrorizado,
pero ella gritó más: “¡Ha entrado!
¡Seré tu dulce esposa!”
“¡Un cuerno frito!”
“¡Has dado tu palabra, principito.”
“¿Sí?” –rugió su Alteza–
¡Ordeno que le corten la cabeza!”

Se la cortaron de un único tajo
y el Príncipe se dijo: “Buen trabajo.
Así no está tan fea”.

De inmediato gritó la otra
Hermanastra:
“¡Mi zapato! ¡Dejad que me lo pruebe!”
“¡Prueba esto!”, bramó su Alteza Real
y, echando mano de su real espada,
la descorchó de una estocada.
Cayó la cabezota en la banqueta,
dio un par de botes y se quedó quieta...
En la cocina cenicienta estaba
quitándoles la vainas a unas habas

cuando escuchó los botes –pam, pam,
pam–

del coco de su hermana en el zaguán,
así que se asomó desde la puerta y
preguntó:

“¿Tan pronto y ya despierta?”

El Príncipe dio un salto: “¡Otro melón!”,
y a Ceni le dio un vuelco el corazón.

“¡Caray! –pensó– ¡Qué bárbara es su
alteza!

¡Pero si está completamente loco!”

Y cuando gritó el Príncipe: “¡Ese coco!

¡Cortádselo ahora mismo!”,

en la cocina brilló la vara del Hada
Madrina.

“¡Pídeme lo que quieras, Cenicienta,
que tus deseos corren de mi cuenta!”

“¡Hada Madrina –suplicó la ahijada–,
no quiero ya príncipes!

Ahora te pido algo más difícil e
infrecuente:

un compañero honrado y buena gente.”

Y en menos tiempo del que aquí se cuenta

se descubrió de pronto Cenicienta

a salvo de su Príncipe y casada

con un señor que hacía mermelada.

Y, como fueron ambos muy felices,

nos dieron con la puerta en las narices.

¿Qué les pareció? A ver si algún, o alguna valiente se la aprende.



Roald Dahl, “La Cenicienta” en *Cuentos en verso para niños perversos*. México, SEP-Altea, 2002.

66. Vida y fortuna de un muchacho inquieto

Carlos de Sigüenza y Góngora nació en México en 1645. En ese tiempo, a las personas que les gustaba mucho estudiar, pero no pertenecían a familias ricas, sólo les quedaba un camino: integrarse a alguna orden religiosa. Así que Carlos inició sus estudios con la orden de los Jesuitas a los 15 años de edad; a los 17 años hizo votos, como se le llama a los compromisos que adquieren durante toda la vida quienes se ordenan sacerdotes.

Aunque no se ha encontrado la causa exacta, al poco tiempo, Carlos de Sigüenza y Góngora tuvo que dejar la orden de los Jesuitas, pero continuó siendo sacerdote, por lo que nunca se casó.

Tomó cursos en la Real y Pontificia Universidad de México y por su gran dedicación pronto se destacó en matemáticas, astronomía y literatura.

En aquel entonces la astronomía se mezclaba con la astrología, un arte adivinatorio que la gente empleaba para predecir la suerte y el futuro mediante la observación de los astros. Todavía hoy muchas personas piensan que el porvenir se puede leer en el cielo nocturno, si nos fijamos en la posición de las estrellas.

Como se relacionaba a los astros con la suerte, los cometas eran unos de los fenómenos astronómicos que más asustaban a las personas. Se creía que la aparición de un cometa anunciaba problemas, enfermedades, pobreza, y mil calamidades más.

En 1608 Carlos de Sigüenza y Góngora se dedicó a estudiar un cometa que se veía en el cielo de México. Realizó mediciones muy precisas sobre su trayectoria y escribió en 1681 un documento, no muy extenso, pero sí con un largo título: *Manifiesto filosófico contra los cometas despojados del imperio que tenían sobre los tímidos*. Algo que podríamos traducir por algo más o menos así: *Estudio sobre los cometas, quitándoles la mala fama que tienen entre la gente miedosa*.

Este manifiesto no fue muy largo porque la intención de Sigüenza y Góngora era explicarle a la gente que los cometas no tenían ninguna influencia sobre la vida de las personas, ni buena ni mala; por lo tanto, no debían ser considerados como anunciadores de mala suerte.

Pero, aunque parezca increíble, otros estudiosos de la época continuaban creyendo en la malignidad de los cometas, y escribieron a su vez otros tratados y manifiestos en

contra de lo dicho por Carlos Sigüenza y Góngora. Y no sólo eso, sino que le advertían a todos que se prepararan para lo peor después del paso del cometa.

Por supuesto, quien tenía razón era don Carlos.

Libia E. Barajas Mariscal, *Vida y Fortuna de un muchacho inquieto que se convirtió en científico*. México, SEP-Castillo, 2005.

67. Tres historias de circo

Señoras y señores, niñas y niños, bienvenidos al maravilloso mundo del circo; el circo de ayer, el circo de hoy, el circo de siempre.

Elizabeth Barrero González (equilibrista): Me caí una vez, en mi número del cable y se me salió la rodilla de lugar. Duré un año sin caminar. Fue muy duro porque pensé que mi carrera en el circo había terminado.

Pero me operaron y le puse mucho empeño a la recuperación. Ahora el cable donde hago mi número está todavía más alto.

El artista nunca debe sentirse realizado. A pesar de tantos años de estar trabajando en tu número debes de seguirte superando y anhelando conseguir más.

Estudí cuatro años en una escuela de circo. En el primer año me dieron todas las especialidades: acrobacia, malabarismo, gimnasia.

En segundo, según las cualidades que te ven, te ubican en tu especialidad. Yo me dediqué a hacer equilibrio. Bailo ballet en un cable y me paro en puntas. Lo puedo hacer porque primero estudié ballet siete años. Pienso que para un artista es muy importante una escuela. Hay muchos artistas que empiezan sin escuela e igualmente son muy buenos, pero la escuela es fundamental para un artista circense porque te da una preparación muy profesional.



Jim Garner (domador): Mi hijo Josafat, que tiene doce años, trabaja con camellos, llamas, guanacos y un poni. Desde que estaba en la carreola anda detrás de mí con los animales. Le gustan; por eso no le ha sido muy difícil aprender. Verme trabajar ha sido la mejor manera de aprender.

La primera vez que salió a la pista con su número si sentí un poquito de nervio: era un niño y me daba pendiente que los camellos le fueran a pasar por encima. Pero tiene temple y ha ido aprendiendo. Cuando yo veo que tiene fallas le explico qué es lo que no está haciendo bien y así sigue aprendiendo.

A mí siempre me gustaron los animales. He trabajado con osos, papiones, tigres, cebras, camellos, llamas, caballos, jirafas. Con hipopótamos no, ni con rinocerontes.

Yo entreno a mis animales premiándolos, con piloncillo o con zanahorias. Hay que ver qué es lo que más les gusta. Cada vez que hacen algo bien tú los premias... hasta que llega el momento en que ellos asocian una cosa con la otra y van y hacen las cosas bien.

A los camellos los recibí cuando tenían un año. Estaban chiquitos. Empezarles a enseñar jóvenes y premiándolos es más práctico y más fácil.

Pastelito (payaso): Tú en la pista tienes, ¿cuánto? Cinco, diez minutos como mucho. En esos minutos tienes que demostrar todo lo que eres, tienes que gustarle al público lo más que puedas y entregarte por completo.

El trabajo de nosotros es diferente al del común de la gente. El señor en la oficina está todo el día, al igual que en el negocio o en la empresa.

Aquí no. Uno tiene cinco minutos para demostrar todo lo que sabe. Tienes que dejarlo todo en la pista.

Ricardo Ramírez Arreola, *Vivir en el circo*. México, SEP-Castillo, 2005.

68. El diario de un gato asesino

Lunes



Está bien, está bien. Cuélguenme. Maté al pájaro. Por todos los cielos, soy un gato. Mi trabajo es andar por el jardín tras los dulces pajaritos que apenas pueden volar. Entonces ¿qué debo hacer cuando una de esas pelotitas emplumadas revoloteantes casi se arroja a mi boca?

Está bien, está bien. Le di un zarpazo. ¿Es ésa una razón para que Eli llorara tanto sobre mi pelambre que casi me ahoga?

–¡Ay, Tufy!– dijo ella, con los ojos enrojecidos y montones de pañuelos mojados–. ¡Ay, Tufy!, ¿cómo pudiste hacer eso?

¿Cómo pude hacer eso? Soy un gato. Cómo iba a saber que se haría tanto lío: la madre de Eli corriendo por periódicos viejos y el padre de Eli llenando una cubeta con agua jabonosa.

Bueno, bueno. Tal vez no debí dejarlo en la alfombra. Es probable que las manchas no se quiten nunca. Así que: cuélguenme.

Anne Fine, *Diario de un gato asesino*. México, SEP-FCE, 1998.

69. Las constelaciones

Las estrellas parecen girar alrededor de la Tierra junto con toda la bóveda celeste; pero durante este movimiento las posiciones que tienen unas respecto de otras no cambian. Por ejemplo, si cuatro estrellas forman un cuadrado, las mismas cuatro estrellas formarán siempre el mismo cuadrado. Para convencerte de que esto es cierto, basta con que observes el cielo varias noches seguidas.

En general, si varias estrellas forman cierta figura, esta figura no cambia con el tiempo. Por eso en la antigüedad se pensaba que las estrellas estaban fijadas en la bóveda celeste.

Las figuras que forman se llaman constelaciones. Las constelaciones que ves en el cielo son las mismas que vieron tus padres y tus abuelos, y son también las mismas que vieron los egipcios y los griegos, hace 3000 años.

Los pueblos de la antigüedad creyeron ver en las constelaciones imágenes de sus héroes, de animales o de objetos conocidos. Les dieron el nombre del héroe, animal u objeto que representaban. Así, tenemos las constelaciones Perseo y Orión, que eran héroes griegos; la Ballena y el Delfín, que son animales; y la Balanza y la Lira, que son objetos.

Estas constelaciones son algunas de las 88 que aceptamos en la actualidad. Las heredamos de los griegos. Sin embargo, es evidente que los diferentes pueblos agruparon a las estrellas de diferentes maneras. Los chinos y los egipcios, por ejemplo, tenían sus

propias constelaciones, diferentes de las de los griegos, y lo mismo ocurrió con los pueblos prehispánicos.

Por ejemplo, al grupo de estrellas que los griegos llamaron Las Pléyades (y que nosotros seguimos llamando así) los mexicas lo llamaron Tianquiztli de la palabra tianguis que quiere decir “mercado”.

Miguel Ángel Herrera et al., *El Sistema Solar*. México, SEP-SITESA, 1991.

70. La rana y el príncipe

Hoy vamos a leer otra vez una canción. La que leímos hace unos días era de un compositor mexicano, Chava Flores. La de hoy es de un compositor catalán, Joan Manuel Serrat. Sissi le decían a una princesa bávara, Isabel de Baviera, que en 1854 se casó con el emperador de Austria, Francisco José I.

Él era un auténtico príncipe azul
más estirado y puesto que un maniquí
que habitaba un palacio como el de Sissi
y salía en las revistas del corazón;
que cuando tomaba dos copas de más
la emprendía a romper maleficios a besos.

Ella era una auténtica rana común
que vivía ignorante de tal redentor,
cazando al vuelo insectos de su alrededor
sin importarle un rábano el porvenir.

Escuchaba absorta a un macho
croar
con la sangre alterada por la primavera,



cuando a traición aquel
monstruo animal
en un descuido la hizo prisionera.

A la luz de las estrellas
le acarició tiernamente la papada
y la besó.

Pero salió rana la rana
y su alteza en rana se convirtió.

Es difícil su reinserción social.

No se adapta a la vida de los batracios
y la servidumbre, como es natural,
no le permite la entrada en palacio.

Y en el jardín frondoso de sus papás,
hoy hay un príncipe menos y una rana
más.



Joan Manuel Serrat, “La rana y el príncipe” en Paula Labeur (selección), *Y usted, ¿de qué se ríe?* Antología de textos con humor. México, SEP-Colihue, 2004.

71. La mosca

Tal vez hayas observado a una mosca volar de aquí para allá probando todo lo que hay sobre la mesa de la cocina. Generalmente, se detienen en los lugares donde hay restos de azúcar, porque sus pelos degustadores son muy sensibles al azúcar (podrías decir que las moscas tienen pies muy dulces...). Los pelitos también cargan cosas desagradables, como bacterias y otros gérmenes. Sin embargo, los pies pegajosos y las patas peludas no son lo más asqueroso de toda esta cuestión de las moscas... Lo realmente asqueroso es que una mosca puede llegar a viajar más de 20 kilómetros a lo largo de varios días, probando todo lo que está a su alcance. Y todo es *todo*.

Bzzz bzzz bzzz... Un plátano... Mmmmmm, paffff, chup–chup. Bzzz bzzz bzzz... ¡Bosta de vaca! Prrrrpppp, lam–lam. Bzzz bzzz bzzz... Una rata muerta pudriéndose, vomititos, chomp–chomp. Bzzz bzzz bzzz... ¡Pastel de cumpleaños! ¡Mi favorito!

“¡Fuera, mosca! Sal de mi pastel de cumpleaños. ¡Alguien quiere otro pedazo?”

Un estudio que se realizó sobre 414 moscas reportó un promedio de 1,250,000 bacterias por insecto. Definitivamente, cuando una mosca aterriza en tu sopa, no puedes estar seguro de dónde ha estado o qué ha comido. Sus almohadillas y patas pegajosas pueden estar cubiertas de numerosas criaturas. Además, cuando la mosca vomita, deja algo de su última comida... ¡que puede haber sido de caca de perro!

Puaaaaajjjjj.

La mayoría de los que viajan colados en las patas de las moscas son seres inofensivos... pero hay excepciones. Para no enfermarte con las porquerías de las moscas:

- Cubre la comida o no la dejes afuera cuando hay moscas.
- Limpia cualquier suciedad que pueda atraer moscas.
- Coloca mosquiteros en puertas y ventanas.
- Limpia la basura de tu casa y de tu jardín.



- Si una mosca aterriza en tu comida, descarta el pedacito que haya estado en contacto con el insecto.

Sylvia Branzei, “La mosca” en *Asquerosología animal*. México, SEP-Cordillera de los Andes, 2005.

72. La visita del médico

En esta lectura vamos a ver a un médico más interesado en qué le pueden dar en una casa que en la salud del paciente que va a ver. Fíjense bien, para que lo vean.

–Por acá está el enfermo, doctor.

–Déjame primero ver tu corral. Ya me han dicho que lo tienes muy bonito, con tantos animales y matas...

–Pásele doctor.

–Estos puercos chinos que parecen borregos, ¿cómo te hiciste de la cría?

–Con las Contreras, doctor, ellas tienen un puerco entero. Sabe, aquel Sebastián pasó muy mala noche, quéjese y quéjese.

–De esta rosa de Alejandría me tienes que dar un codito, a ver si prende. Mi mujer tenía una y se le secó. Todo lo que planta se le seca, y a mí me gusta que haya flores en mi casa.

–Con mucho gusto, doctor. Le di tres veces sus gotas a Sebastián y no se durmió...

–¿De dónde sacaste este guajolote? Hacía mucho tiempo que no veía yo un guajolote canelo así de grande y de gordo... Ya los guajolotes se están acabando por aquí.

–Es que da mucho trabajo criarlos, doctor. De diez a doce que nacen sólo me viven dos o tres. Es una lata enseñarlos a comer, porque las guajolotas ni siquiera eso les enseñan. Andan allí nomás con el pescuezo estirado, grito y grito sin ver la comida en el suelo, y los guajolotitos se mueren de hambre y de frío porque ni los cobijan. Y esto si no les ponen la pata encima y los apachurran.

–Me lo tienes que guardar para la Navidad, porque a este coruco yo me lo como.

–Como usted quiera, doctor, Este Sebastián...

–No le hagas tanto caso a Sebastián, que se está chiqueando como todos los enfermos. Desde que los sacamos del hospital, su herida está cicatrizando que da gusto mirarla...

Así es siempre el doctor. Le gusta hacer un inventario lo más



completo posible de los bienes terrenales de sus clientes, para formarse una idea clara de las condiciones y de la duración del tratamiento, sin cometer injusticias. Porque...según el sapo es la pedrada...

¿Qué quiere decir eso de que según el sapo es la pedrada? ¿Les gustaría que los tratara un doctor así?

Juan José Arreola, *La feria*. México, Joaquín Mortiz, 1983.

73. Historia de vampiros

Era un vampiro que sorbía agua por las noches y por las madrugadas, al mediodía y en la cena.

Era abstemio de sangre y por eso el bochorno de los otros vampiros y de las vampiresas.

Contra viento y marea se propuso fundar una bandada de vampiros anónimos, hizo campaña bajo la luna menguante, bajo la llena y la creciente— Sus modestas pancartas proclamaban: Vampiros, beban agua; la sangre trae cáncer.

Los quirópteros reunidos en su ágora de sombras opinaron que eso era inaudito. Aquel loco, aquel alucinado podía convencer a los vampiros flojos, esos que liban [*beben*] boldo [*una planta con la que se hace té*] tras la sangre.

De modo que una noche con nubes de tormenta, cinco vampiros fuertes sedientos de hematíes, plaquetas, leucocitos, rodearon al chiflado, al insurrecto, y acabaron con él y su imprudencia.

Cuando por fin la luna pudo asomarse vio allá abajo el pobre cuerpo del vampiro anónimo, con cinco heridas que manaban, formando un gran charco de agua. Lo que no pudo ver la luna fue que los cinco ejecutores se refugiaban en un árbol y a su pesar reconocían que aquello no sabía mal.

Desde esa noche, que fue histórica, ni los vampiros, ni las vampiresas, chupan más sangre: resolvieron por unanimidad pasarse al agua.

Como suele ocurrir en estos casos el singular vampiro anónimo es venerado como un mártir.

Selección de poemas de Mario Benedetti. <http://www.sololiteratura.com/ben/obraenverso.html>

74. Máquinas pensantes

Mucha gente cree que para mediados del siglo XXI el mundo estará poblado de robots “inteligentes” que podrán hacer sus propios juicios y tomar decisiones. Estos robots serán inteligentes, independientes y capaces de comunicarse entre sí. Se especializarán en funciones específicas, de modo que un robot que viaje a grandes velocidades no podrá jugar ajedrez. Sin embargo, sus habilidades, nivel general de conocimientos y capacidad de intercomunicaciones le darán un enorme poder. El autor de ciencia ficción Isaac Asimov (1920–1992) una vez escribió que “un robot puede lastimar a un ser humano o, por no actuar, dejar que un ser humano se lastime”.

Algunos científicos vaticinan que los robots llegarán a ser tan avanzados que podrán decidir. Tal vez los robots nos ofrezcan algún día una vida libre de aburrimiento, pero dicho futuro no está exento de riesgos.

¿Robots sirvientes?

Una máquina amigable que se ocupe de los quehaceres domésticos es una visión popular, pero improbable, de los robots en el futuro. Distamos mucho de tener la tecnología para crear un robot multifuncional con la capacidad de realizar labores en el hogar. Aun la tarea sencilla de preparar una taza de té y llevarla a la cama está fuera del alcance de la robótica actual.

Michael Tambini, “Máquinas pensantes” en *Futuro*. México, SEP-Cordillera de los Andes, 2005.

75. El fantasma tras la pared

Se llamaba David y era un muchacho más bien duro, difícil. Medía poco más de un metro y tenía doce años. Entre otros apodosos se destacaban Trasero–en–tierra, Medio–metro y Enano. Por lo general era tranquilo, pero de vez en cuando montaba en cólera y casi podía llegar a matar a alguien.

Vivía con su padre en un alto y ancho edificio de ladrillo rojo llamado Mahogany. El edificio tenía diez pisos y se subía y se bajaba en un ruidoso elevador de puertas metálicas. Los largos corredores, de paredes crema y café, estaban cubiertos con gastadas y

deslucidas losas verdes de vinilo. Oía a colilla y acera y era el último lugar del mundo en el que uno esperaría encontrar un fantasma.

David descubrió que era posible meterse tras las paredes, un martes después del colegio, día en que su padre trabajaba hasta tarde.



Estaba sentado en una silla en la sala mirando televisión cuando algo cayó en medio de la habitación. No era más que un trozo de papel. Voló desde atrás y cayó sobre la alfombra; David lo vio con el rabo del ojo. Se asustó porque ¿cómo diablos entró? Observó todo alrededor y no había nada ni nadie. Lo único que pudo ver fue la rejilla de la ventilación atornillada contra la pared.

Observó la rejilla con atención. Nunca antes había pensado en ella; era una cosa que simplemente siempre había estado ahí. Pero ahora sí se lo preguntaba: ¿A dónde conducía? ¿Qué había dentro?

Corrió el sofá hasta la pared y se trepó para echar un vistazo. El hueco era oscuro como boca de lobo, y comprendió de inmediato que era lo suficientemente grande como para meterse en él si así se lo proponía. Pero claro que no quería hacerlo. ¿Para qué querría alguien arrastrarse como un rata por entre las entrañas del viejo edificio? Con todo, se alegró de que la rejilla estuviera bien atornillada contra la pared, con seguridad que lo estaba, porque eso significaba que no podría meterse por el hueco incluso en el caso de que le diera por querer hacerlo. Entonces, para su horror, empujó la rejilla; ésta se corrió de un golpe y ahí estaba David, contemplando el oscuro corazón del edificio Mahogany. El corazón le dio un salto y acto seguido el alma se le fue a los pies porque supo que no tendría más remedio que entrar allí.

De pie, sobre el respaldo del sofá, contemplando la grasosa y polvorienta oscuridad, David casi alcanzaba a escuchar una fría y susurrante voz que se abría paso serpeando entre los tubos hacia él. Una voz hecha de telarañas, oscuridad, polvo y miedo... y le hablaba a él.

—Ven entra —decía la voz—. Esto es horrible, entra. No estarás asustado, ¿verdad? Bueno, pronto lo estarás...

Melvin Burgess, *El fantasma tras la pared*. México, SEP-Norma, 2005.

76. Las piedritas de Chicomexóchitl

Hoy vamos a leer un poquito de teatro. Acuérdense que vamos a leer lo que dice cada personaje. Así es como se cuenta una historia en el teatro.

Una explosión y aparece Doña Calaca.

Doña Calaca: ¿Dónde están? *(al público)* ¿Alguno de ustedes ha visto a dos chiquillos latosos? Tengo que pasar por aquí? *(respuesta)* ¿A dónde se habrán ido esos chiquillos latosos? Tengo que encontrarlos y llevarlos de regreso al Cincalco; es una orden de Tonacatecuhtli. Si no lo hago, el Señor de Nuestra Carne se va a enojar mucho conmigo. ¡Y bien enojón que es ese señor! Si hasta se me paran los huesos de punta. Miren, se me pone la piel huesuda, huesuda. ¡Huy...! *(sale llamándolos)* Escuinclitos..., par de chamacos latositos..., vengan con su títa la Flaquita.

Tía Domitila: Sí, pos sí, bien latosos que eran esos chamacos. Apenas levantaban una cuarta del piso y ya formaban tremendo revuelo par dondequiera.

Los niños pasan corriendo; la Vecina los persigue.

Vecina: Eh..., agárrenlos...

Tía Domitila: ¿Qué sucede, dona Ifigenia?

Vecina: Ah, doña Domitila, esos chamacos se han comido toditos los tamalitos dulces de los muertitos míos.

Los niños pasan corriendo en sentido contrario; los persigue el Vecino.

Vecino: Atrápenlos... Mire, doña Domitila, mire nomás cómo me han dejado el Pan de Muerto, casi se lo comen completito. ¡Ah, qué hambrientos se van a quedar mis difuntitos!

Vecina: Fueron esos chiquillos. Quién sabe de dónde salieron los muy condenadotes.

Vecino: Escuincles maldosos, si parecen los mil demonios rejuntaos.

Tía Domitila: No diga eso, don Toñito, lo que ocurre es que tienen la panza vacía y se comen todito lo que encuentran.

Vecino: Pos que se vayan a comer pa otra parte, y no de la ofrenda de los fieles difuntos. ¡Qué falta de respeto!

Vecina: A mí tampoco me parece bien que se coman los tamalitos de mis tres santitos.

Doña Domitila: Yo les preparé un atolito de chocolate bien calentito. Había que verlos como se lo tragaban, ¡con qué regusto!

Doña Calaca (*aparece de repente*): Buen día tengan los vivos.

Vecinos: ¡Ay, qué gusto!

Vecina: ¡Híjole, es la Pelona!

Vecino: A mí las calaveras me pelan los dientes. ¡La Parca nos quiere llevar!

Vecina: ¿Por qué a mí, doña? Yo tengo cinco chamacos que alimentar.

Vecino: yo estoy sanito, ni los dientes se me han partido, y todavía no me he casado con mi novia Esmeregilda.

Tía Domitila: Ah, doña Catrina, lléveme a mí y deje vivos a estos buenos vecinitos míos. Total, ya estoy grandota, qué más me da irme completita pal Mictlan.

Doña Calaca: No son a ustedes a quien busco, sino a un par de chamacos que se han escapado del Cinalco. ¿Los han visto?

William Fuentes García, “Las Piedritas de Chicomexóchitl” en *Chicomexochitl itetzin*. México, SEP, 2007.

77. Las entrañas de la Tierra

Las cuevas

Una cueva es una cavidad subterránea natural, un hueco debajo de la tierra que se forma, principalmente, en zonas ricas en roca caliza. La roca caliza es un tipo de roca absorbente, resultado de un proceso de sedimentación y fosilización iniciado hace 50 millones de años en el fondo del mar.

La materia que dio origen a la roca caliza fueron los restos de moluscos, corales y otros seres de los arrecifes marinos. Por movimientos telúricos –plegamientos de la corteza terrestre–, estos restos ya petrificados quedaron finalmente a la intemperie en las montañas. El 20 por ciento del territorio nacional está formado por esta clase de roca. ¿Pueden imaginarse, entonces, cuántas cuevas hay en México?

La formación de cuevas

Una vez que la roca caliza alcanzó la superficie, empezó a disolverse lentamente al contacto con la lluvia. Durante millones de años el agua, al filtrarse, fue haciendo

pequeñas grietas que, poco a poco, dieron lugar a espacios más grandes hasta llegar a formar rutas subterráneas por las cuales se puede caminar.

¿Qué favorece la formación de cuevas?

El clima influye de manera muy significativa. Existen lugares cuyo suelo contiene materiales solubles en agua, como la piedra caliza o el yeso, pero debido a que la lluvia es escasa – como en los desiertos del estado de Coahuila– no se desgastan lo suficiente y, por tanto, las cuevas no son muy grandes.

El agua de lluvia se filtra y baja hasta chocar con el manto freático. Imagina un pastel con varias capas de pan; cuando el cuchillo se desliza hasta abajo para cortarlo, lo que lo detiene es la base de madera donde se asienta el pastel. En la naturaleza, el agua es el cuchillo que parte la roca caliza y el manto freático es la base de roca que detiene el paso del agua. La combinación perfecta para que se formen las cuevas es: cuanto más abundante y frecuente es la lluvia, y más suave y soluble es la caliza, más profunda y más larga puede ser la cueva.

Gustavo Vela Turcott, “Las entrañas de la tierra” en *Un viaje al México profundo*. México, SEP-Santillana, 2006.

78. Cosa de ángeles

Era un día sin gloria. Todo estaba como siempre. Las cosas en su sitio, la rutina en su apogeo. Matilde suspiró y llamó a su perro Rubens como una señal de que estaba dispuesta a emprender el día. Un día que prometía ser tan largo y aburrido como los otros quince días del mes. El teléfono sólo hablaba de trivialidades. La radio se prendió automáticamente en la estación deseada: “radio 13”.

Matilde se estiró con flojera y entró al baño. Con el chorro de la regadera regresaron otros tiempos, otras compañías. Abrazos y besos de agua tibia cubriendo deliciosamente la piel, que se sabe y se supo amada en su multiplicidad. Una piel ahora marcada por las cuchilladas de esa extraña e insistente premonición: sé que aunque todo parezca igual, hoy se me moverá el mundo. Salió del baño para darse cuenta de que Rubens se había comido su desayuno y parte del periódico. En la sección mordida,



anunciaban un curso de “Encuentre a su ángel y platique con él”. Ay, ¿será cierto? ¿Podré al menos hablar con mi ángel? Matilde dejó bien instalado a su perro frente a la tele y salió sin las llaves del coche.

A pie llegó a la casa amarilla de la colonia Roma. Había mucha agitación en las ventanas de arriba. Hasta un pedazo de ala le cayó encima. Aún así, Matilde entró a pedir informes... ¿A qué curso viene?, le preguntó una de las máscaras que poseía cuerpo y voz. Quiero conocer a los ángeles. Ah, eso es en la planta alta, aquí sólo estamos los seres del infierno. Matilde subió desesperada. De infiernos ya tenía bastantes con su vida falta de ilusiones y llena de hijos distantes.

Arriba había un zafarrancho; los ángeles se estaban peleando por las hamacas más cómodas. Su falta de orden y caridad asustó a Matilde... ¿qué hace usted aquí?, le gritaron unas voces poco angelicales... Tímidamente contestó que quería hablar con los ángeles y conocer el suyo. Los ángeles se miraron y soltaron las carcajadas:

–¡Ah que vieja tan Lorenza! –se burlaron de ella–. Aquí los únicos ángeles somos nosotros, los de la onda gruperera...

–Pero es que el periódico decía...

–Oiga... ¿leyó usted completo el anuncio?...

A Matilde se le llenó la cabeza de recuerdos hasta tornar a ver a *Rubens* con medio periódico en el hocico. Se puso colorada y se dispuso a salir corriendo. Los ángeles gruperos se lo impedían.

–Si quieres, nosotros somos tu ángel, mi reina y aquí verás cómo te enseñamos el Edén...

Matilde permitió que su conciencia se extraviara.

Matilde regresó triunfante a casa, montada en una de las motos de “Los Ángeles del Norte”, sintiéndose tan irreverente como el más macho de los hombres y tan renovada que hasta pensaba redecorar su casa, tirar las cremas de noche y ponerle a *Rubens* un trofeo al lado del calendario que le había regalado Juan Valente.



Rosalía Martín del Campo, “Cosa de Ángeles” en *Cuentos destrampados*. México, SEP-Resistencia, 2005.

79. Discurso sobre los cangrejos

En la costa se afirma que los cangrejos
son animales hechizados
y seres incapaces de volverse
a contemplar sus pasos.

De las tercas mareas aprendieron
la virtud del repliegue, el ocultarse
entre rocas y limo.

Caminantes oblicuos, [*porque caminan de
lado*]

en la tenacidad de sus dos pinzas
sujetan el vacío que penetran
sus ojillos feroces como cuernos.

Nómadas en el fango y habitantes
en dos exilios:

extranjeros

ante los pobladores de las aguas
y ante los animales de la tierra.

Trepadores nocturnos,

armaduras errantes,

hoscos, eternamente fugitivos,

siempre rehúyen la inmortalidad
en imposibles círculos cuadrados.

Su frágil caparazón

incita al quebrantamiento,
al pisoteo.

(Hércules vengó así la mordedura,
y Juno que lo envió contra el más fuerte,

para retribuirle situó a Cáncer
entre los doce signos del Zodiaco,

a fin de que sus patas y tenazas
encaminen al sol por el verano

—el tiempo en que germinan las semillas.)

Se ignora en qué momento dio su nombre
a ese mal que es sinónimo de muerte.

Aún cuando termina el siglo veinte,

permanece invencible

—y basta su mención para que el miedo
cruce el rostro de todos los presentes.



80. Energía renovable



Casi toda la energía que usamos hoy proviene de los combustibles fósiles o de la energía nuclear. Pero en el futuro dependeremos cada vez más de los recursos renovables como la luz solar, el viento y las olas. La energía renovable no es gratuita y a veces no es tan "ambiental" como parece. Mas, a diferencia de otras fuentes de energía, se puede remplazar de modo que siempre se cuente con ella.

Energía solar

La luz solar es, con mucho, la mayor fuente de energía renovable. Es segura, no contamina, y en teoría podría satisfacer todas nuestras necesidades de energía. Por desgracia, no se puede recolectar en gran escala, por lo que hay pocas estaciones de energía solar. Su uso es mucho más práctico a nivel local. Se puede obtener por paneles solares que calientan el agua, y por celdas que la convierten en electricidad. Éstas son muy útiles porque se pueden instalar casi en cualquier parte, desde techos hasta torres de instalaciones. En unas décadas más, el uso de energía solar se podría expandir si se abaten costos de materiales y eleva su eficiencia.

Energía hidroeléctrica

Comparada con otras fuentes de energía renovable, la hidroeléctrica ya tiene un gran efecto. Gigantescas presas retienen las aguas de los mayores ríos del mundo, generando electricidad para millones de industrias y casas. Una presa genera energía limpia durante décadas, provee agua potable y puede evitar inundaciones y sequías. Las grandes presas son costosas en su construcción y sus vasos suelen anegar hábitat naturales, sembradíos y casas. Esta energía seguirá siendo importante en el futuro, pero las presas del mañana podrían ser más pequeñas que las actuales.

Viento y olas

Hace siglos, los molinos de viento eran comunes en varios países. Hoy los suplen turbinas eólicas de esbeltas hélices que generan electricidad. La energía eólica no es barata, pero

tiene una ventaja clave: el viento suele ser más fuerte en invierno, cuando se requiere más energía eléctrica. Pero el viento no es de fiar y a veces no sopla.

Muchos ingenieros piensan que la energía de las olas tiene un brillante futuro por su gran fuerza. Sin embargo, las turbinas marinas aún están en fase experimental.

David Burnie, "Energía Renovable" en *Planeta en Peligro*. México, SEP-Altea, 2006.

81. País de la fantasía

País de la Fantasía

donde todo es ilusión,
donde los caballos vuelan
como nubes de algodón.

Personajes de mil cuentos
viven en su capital,
no hay fronteras y en su entrada
un letrero pone:
"¡Sólo hace falta soñar!"

El Gato con Botas
cantaba feliz,
y Caperucita
quiere ser actriz.

La Bella Durmiente
sueña con bailar.

Pinocho ya dice
siempre la verdad.

El Patito Feo

un cisne será,
y la Cenicienta
ya no barre más.

Alicia siguiendo
al conejo está,
y un mundo de estrellas
sueña Peter Pan.

País de la Fantasía,
donde todo es ilusión,
donde los caballos vuelan
como nubes de algodón.

Personajes de mil cuentos
viven en su capital,
no hay fronteras
y en su entrada pone:
"¡Sólo hace falta soñar!"

Carmen Martín Anguita, "País de la fantasía" en *Poemas de lunas y colores*. México, SEP-Pearson, 2003.

82. Las dudas de Xíhuitl

Jiutepec es una pequeña ciudad asentada en lo más ardoroso de la Tierra Caliente. En ella a veces un suceso común se convierte en una historia maravillosa, como la que vivió Xíhuitl el día en que las hierbas empezaron a ponerse verdes como presagio de la primavera.

Todo empezó porque los ardientes calores de marzo querían fastidiar a los alumnos para que no estudiaran. En el salón de quinto, los niños se paraban, corrían y peleaban; las niñas se abanicaban con sus cuadernos, discutían, se subían a las bancas y volvían a sentarse. Nadie ponía atención. ¡Había un desorden del demonio!

La maestra, pensando que todo se debía al calor, ordenó que abrieran las ventanas, pero en lugar de aire fresco entraron rachas de 35 grados y todo se puso peor. La profe gritaba pidiendo silencio, pero con tanto ruido nadie la oía. La pobre ya no sabía qué hacer.

En medio de aquel barullo, solamente Xíhuitl permanecía sentada en su banca, pensativa y en silencio. Parecía estar en otro mundo, pero en realidad su pensamiento no andaba tan lejos; daba vueltas y vueltas a lo sucedido durante la hora del recreo.

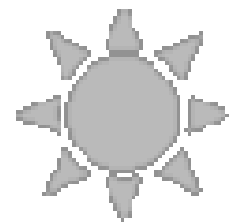
Esa mañana, Xóchitl, Eréndira y Xíhuitl comían su torta bajo la sombra del único árbol del patio, cuando Petra, una niña de sexto, empezó a buscarles pleito.

—Los nombres de ustedes son bien feos —les dijo, así a bocajarro y con desprecio—. ¡Son de india! ¡Por eso no tienen día de su santo y no les hacen fiesta ni les regalan pastel! El ataque por sorpresa dejó pasmadas a las tres amigas, que no supieron cómo defenderse.

Además, no era cierto. Petra había dicho una mentira malévola, porque sí les hacían fiesta el día de su cumpleaños y con pastel. Para picar más el pleito, Petra añadió:

—¡Ni siquiera saben lo que sus nombres quieren decir!

Todo se agravó cuando los niños que jugaban cerca oyeron a Petra y también empezaron a burlarse. Eso prendió la mecha: Eréndira y Xóchitl explotaron como chinampas y se levantaron a repartir golpes. Petra huyó asustada y las dos niñas la corretearon por el patio.



Solo Xíhuítl no se movió. Sí estaba ofendida, pero se quedó sentada, dudando. ¿Tendrá razón Petra? Era cierto que su nombre no estaba en los calendarios. Dos niñas de su salón se llamaban Paola, porque era moda entre las mamás ponerles a sus hijas el nombre de las güeras de las telenovelas.

Pero Xíhuítl sabía que a su madre no le gustaban esas modas y no le puso un nombre tan chistoso por la sencilla razón de que casi nunca veía la tele.

¿Qué significan Xóchitl, Xíhuítl y Eréndira? A ver quiénes lo investigan.

Susana Mendoza, *Xíhuítl*. México, SEP-Susana Mendoza Gutiérrez, 2007.

83. Mente en blanco

El físico y matemático inglés Isaac Newton (1642–1727) fue uno de los científicos más brillantes de todos los tiempos. Pero era olvidadizo. Newton pasaba tanto tiempo pensando en sus cosas que tenía problemas para recordar asuntos cotidianos. A menudo perdía la noción del tiempo y con frecuencia olvidaba dormir o comer. Su gato engordo con la comida que Newton —y su memoria— dejaban sobre la mesa.

No tienes que ser un gran científico para tener muchas cosas en mente. Todos hemos experimentado una “sobrecarga de información” y olvidado algunas cosas de vez en cuando. Eso es normal. También lo es olvidar una palabra. “Iglú”, por ejemplo: es posible que no te venga a la mente cuando estás pensando en esa casa redonda hecha de hielo. Es esa sensación que describimos como tener algo “en la punta de la lengua”. También es posible que sólo recuerdes la primera letra o el número de sílabas de la palabra. Usualmente terminas por recordarla luego de uno o dos minutos. Tu edad, tu estilo de vida, tus emociones y la forma en que utilizas tu mente —o no lo haces— afectan también el trabajo que realiza tu memoria. En promedio, la gente olvida alrededor de 99 de cada 100 unidades de información que recibe.



Los niños pequeños observan y recuerdan más detalles que la mayoría de los adultos. Olvidar lo que no nos resulta útil es algo que las personas aprenden.

Regularmente ignoras un montón de información: el tipo de árboles que hay en el patio de tu escuela o el número de pecas que tiene tu nariz. Como

la mayoría de las personas, bloqueas lo que consideras poco importante o poco interesante. Los científicos llaman a esto “filtración perceptiva”.

Diane Swanson, “Mente en blanco” en *¿Mmm? El libro más interesante que hayas leído sobre la memoria*. México, SEP-Planeta Junior, 2006.

84. La vida en los palacios novohispanos

La ciudad de México es conocida como la “Ciudad de los Palacios”. Este sobrenombre está bien justificado, basta con un breve paseo por el Centro Histórico, o por los centros de otras ciudades coloniales, para encontrarnos frente a edificios de gran tamaño, con aspecto novohispano que, en efecto, son palacios.

Los palacios o casas señoriales, como también se les llama, son edificios grandes y lujosos construidos para ser habitados por personajes nobles o de estrato social alto; una parte de los palacios de la ciudad ahora son museos, oficinas gubernamentales o bancarias, pero aún pueden visitarse.

Tras un breve recorrido por el interior de estas construcciones surgen algunas interrogantes: ¿qué uso tenían las numerosas habitaciones? ¿Cómo una sola familia podía llenar todos esos espacios? Y, más aún, ¿cómo era la vida cotidiana de sus habitantes?

¿Cómo eran las casas señoriales?

Las casas señoriales se construyeron durante la Colonia. Estaban basadas en una misma idea; aunque había variantes en la edificación, resultado de los deseos de sus dueños o de los arquitectos. Las casas del siglo XVI sólo tenían dos plantas por recelo a los temblores y a la fragilidad del suelo. No hay que olvidar que la ciudad se encuentra sobre el lecho de un lago.

El número de personas que las habitaba era grande, porque no solo incluía a la familia del dueño, sino también a los ahijados, entenanados (hijastros, o dependientes económicos del dueño), y sirvientes. Estos últimos eran indígenas y negros, entre ellos estaba la cocinera, la recamarera, la nodriza, la lavandera, así como lacayos, mozos, cocheros, recaderos y pajes.

Todas estas construcciones contaban en su planta baja con un zaguán, dos patios y diversos cuartos, mientras que la planta alta estaba destinada a los aposentos de la familia.

El zaguán era un espacio entre la puerta principal de la casa y el primer piso. Generalmente, se podía transitar de un área a otra sin obstáculo alguno; pero algunas veces se colocaba una puerta entre ambos espacios, con la finalidad de impedir la entrada al patio a personas no deseadas.



Algunas casas señoriales

Un ejemplo de casa señorial del siglo XVI, que aún podemos admirar en el número 4 de la calle Moneda, es el antiguo Palacio del Arzobispado –hoy Museo de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, SHCP–, el cual data de 1530. Antes de ser la majestuosa vivienda de fray Juan de Zumárraga, el primer arzobispo de México, era no una, sino dos viviendas que pertenecían a los conquistadores don Andrés Núñez y Martín López, quienes a su vez, habían edificado sus construcciones sobre el templo de Tezcatlipoca, deidad azteca conocida como “Espejo humeante”, señor y protector de los guerreros.

Otra joya histórica es el Museo de la Ciudad de México –ubicado en el número 30 de la avenida Pino Suárez–, construido en 1536, en un lote originalmente Hernán Cortés le regaló a su primo Juan Gutiérrez Altamirano.

Otra residencia, considerada obra maestra de la arquitectura novohispana, pero que data del siglo XVIII, es el Palacio de Iturbide que hoy se encuentra en la avenida Madero. Al consumarse la independencia fue ocupada por Agustín de Iturbide –de allí el nombre del edificio–, quien estaba a la cabeza del victorioso Ejército Trigarante. El 18 de mayo de 1822, Iturbide salió al balcón para escuchar cómo el pueblo lo proclamaba emperador, aunque poco le duró el gusto, ya que tuvo que abdicar en 1823 y exiliarse en Europa.

Araceli Cortez Ocampo, “La vida en los palacios novohispanos” en *El libro de todo como en botica I*. México, Lectorum, 2009 [col. Algarabía]

85. Aquí no se sientan los indios

El Hospital de Terceros de San Francisco que fue derribado hace tiempo, levantándose en su lugar el hermoso edificio de Correos, era amplio y sólido, y allí estuvo por muchos años la Escuela Nacional de Comercio y Administración.

En uno de sus ángulos se hallaba la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. En el salón principal y en derredor de una mesa de caoba, se sentaba el maestro Ignacio Manuel Altamirano con alguno de sus discípulos, y entre ellos Justo Sierra y yo, a redactar el periódico *La Tribuna*.

Altamirano era indio puro; y con el orgullo de su raza, refería las amargas de su infancia, cuando en su pueblo asistía descalzo a la escuela, en que se sentaban de un lado los niños de razón, blancos e hijos de hacendados, y del otro los indígenas, muy pobres.

Cierta noche, después de que Altamirano nos había encantado con su conversación, entró un caballero, indio también, elegantemente vestido, llevando en una mano el sombrero de copa y en la otra un bastón con puño de oro.

–¿No ha venido el señor Payno? –preguntó.

–No, señor –le respondí–. Puede usted esperarlo.

–Muy bien –contestó el caballero, e iba a sentarse en uno de los sillones, cuando Altamirano le dijo:

–Vaya usted a esperarlo en el corredor, porque en estos sillones no se sientan los indios.

El caballero, muy cortado, se salió sin decir palabra.

–¡Maestro! –exclamó Justo Sierra–. ¿Qué ha hecho usted?

–Voy a explicarlo: Era yo un niño pobre, descalzo, que hablaba el mexicano mejor que el español, y cuando en la escuela de mi pueblo me aprendí cuanto aquel maestro me enseñaba, éste me tomó de la mano, me llevó con mi padre y le dijo: “Ya no tengo nada que enseñar a este muchacho; llévelo usted con esta carta al director del Instituto de Literatura de Toluca, para que allí lo ponga en condiciones de hacer carrera”.

“A la mañana siguiente, mi padre se echó un huacal a la espalda, con tortillas y queso, me tomó de la mano y salió conmigo de Tixtla, para caminar hasta Toluca. Dormíamos a campo raso y bebíamos agua en los arroyos que encontrábamos. Excuso decir que llegamos rendidos.”

“Para no perder tiempo, mi padre se fue conmigo al Instituto y buscamos al rector, o al vicerrector. Ni uno ni otro estaban, y mi padre, llevándome de la mano, se encontró con este caballero que acaba de entrar y que estaba empleado en la secretaría.”



“–No están –le dijo con tono agrio–; pero puedes esperarlos.”

“Mi padre, en el colmo de la fatiga, se sentó en una silla, y yo, a sus pies, en la alfombra”. Cuando este caballero nos vio, miró con profundo desprecio a mi padre y le dijo:

“–Vete al corredor, porque aquí no se sientan los indios.

“Hoy, no hago más que pagar con la misma moneda, al que duramente trató al autor de mis días.”

Juan de Dios Peza, “Aquí no se sientan los indios” en Felipe Sánchez Murguía (comp.), *Cuentos Antología*. México, Porrúa, 1972.

86. Un beso de despedida

Te acomodas en el sillón y tomas el control remoto. ¡Si, la tele! Te detienes en una película romántica: una pareja descansa plácidamente en el parque, después de un suculento picnic. El cielo es azul, los pájaros cantan y no hay ninguna hormiga a la vista. Ella rueda por el pasto hacia él, él se le acerca aún más. Ella lo mira a los ojos, sonrío y abre sus labios levemente. Él está a punto de besarla cuando, como por un hechizo, la visión de él se magnifica y sus ojos se transforman en lupas que pueden ver en detalle el interior de la boca de su enamorada.

¡Puajjj! ¡Hay vida allí dentro! Su dentadura, su lengua y sus mejillas están cubiertas de criaturas diminutas que retozan por ahí.

No te preocupes... Besarse es algo agradable. Si fuera tan asqueroso, nadie lo haría. Aunque quizá no todos saben qué pasa cuando intercambian su saliva con la de otro. Pero el galán de tu película sí lo sabe, porque puede ver las pequeñísimas criaturas en la boca de su novia.

Aterrorizado, el galán observa a las bestezuelas que se divierten entre los dientes, en la lengua y en las mejillas de su amada: algunas son esféricas y otras tienen forma de vara o incluso de espiral, como si fueran pequeñísimas papas fritas enroscadas. Se arrastran y nadan hacia los restos de comida que hay allí. El blanco esmalte de los dientes está cubierto por algo de queso y de pan de centeno. La lengua tiene rastros de plátano y, ¡qué desagradable!, hasta se pueden ver pedazos del cereal del desayuno. Las criaturas

mascan las sobras y luego liberan un desecho ácido. El ácido corrosivo carcome los dientes y así se producen las caries.

¡Guauuuuu! También hay una guerra allí dentro. Los glóbulos blancos, los soldados del organismo, se mueven sigilosamente capturando y engullendo bacterias. Es como una película bélica. ¡Qué bueno! ¡Mis favoritas!

Y esto no termina allí. En la boca de la muchacha, como en la de todas las personas, hay hongos y virus. Los virus pueden causar resfriados y gripe. ¡Qué clases de enfermedades esconde esa boquita?

Al observar más de cerca, se ve una costra amarilla alrededor y en la base de sus no tan perlados dientes. Tiene sarro, esa capa amarilla y áspera que los dentistas adoran raspar.

–¡Qué esperas? –pregunta ella.

Él cierra los ojos y desconecta su visión microscópica. Luego, suavemente, posa su boca sucia, plagada de bacterias y de restos de comida, sobre la de ella, que está atiborrada de sarro y de gérmenes. ¡Las personas hacen cualquier cosa por amor!

Sylvia Branzei, “Un beso de despedida” en *Asquerosología del baño a la cocina*. México, SEP-Cordillera de los Andes, 2007.

87. La varita mágica

Hoy toca teatro. Recuerden, los personajes cuentan la historia con lo que van diciendo y haciendo. Son tres: un Mago, una Hada y un narrador.

El escenario está oscuro. El Mago está allí pero no se distingue.

Narrador: Había una vez un sombrero de copa. *(La luz ilumina el sombrero.)*



Narrador: Había una vez una capa de terciopelo negro. *(La luz ilumina la capa del Mago.)*

Narrador: Había una vez un traje de mago con un hombre dentro. *(La luz ilumina al Mago completo. Está llorando. Se quita el sombrero.)*

Mago: Nada. Nada. Ni siquiera la oreja de un conejo. En mi sombrero no aparece nada. No sé hacer magia. ¡Soy tan desdichado! Si pudiera me haría desaparecer... pero ni eso puedo. *(El Mago llora cada vez más fuerte; se escucha desde el otro costado el llanto del Hada. El escucharlo, el Mago llora más fuerte. El Hada también. La luz se apaga sobre el Mago y se enciende sobre el Hada.)*

Hada: No sirve, mi varita no sirve para nada. No funciona. *(El Mago se acerca al Hada.)*

Mago: ¿Tú tampoco?

Hada: No puedo. Mi varita hace de todo menos una cosa...

Mago: ¿Qué?

Hada: Hacerme reír.

Mago: ¿Reír? ¿Quieres reír? ¿Qué necesitas para reír? *(El Mago hace una mueca; el Hada permanece seria. El Mago se para de cabeza. El Hada permanece seria. Luego se pone a llorar.)*

Hada: Nadie me quiere. No tengo un solo amigo... nadie quiere hacerse amigo de las hadas porque las hadas no existen.

(El Mago la contempla con tristeza, no sabe qué hacer. Mete las manos en sus bolsillos pero no encuentra nada. Extiende su mano y el Hada se seca las lágrimas con la manga del mago. Pero sigue llorando. El Mago mira en una y otro dirección como buscando algo. Al fin, va hasta su sombrero, saca rápidamente de adentro un pañuelo y se lo da al Hada que sigue llorando y se seca la cara con el pañuelo.)

Mago: No llores, yo sí creo en las hadas. *(El Hada mira al mago.)*

Hada: ¿De verdad?

Mago: Sí. *(El Hada llora más y el pañuelo se empapa. Se llena el piso de agua. El Mago saca del sombrero un pañuelo gigante.)*

Hada: ¿De verdad crees en las hadas?

Mago: Sí. *(El Hada oculta la cara en el enorme pañuelo y suelta una carcajada)*

Hada: Yo no. Yo no. *(Ambos empiezan a reír. El Mago la abraza y ríen envueltos en el gran pañuelo. Salen juntos. Antes de salir el Mago mira su sombrero unos instantes.)*

Mago: Creo que ha pasado algo.

Hada: ¿Qué?

Mago: Algo que nunca me había pasado. *(El Mago se acerca al sombrero y lo observa por dentro.)*

Mago: Algo nuevo... quién sabe. (*Sobre el escenario quedan la capa, el sombrero y la varita mágica. La luz se cierra sobre el sombrero.*)

Narrador (susurra): Y fue así como el sombrero se quedó sin mago. Pero eso no es importante, porque dicen que la verdadera magia ocurre sin que nadie se dé cuenta y solamente cuando hace falta.

Larry Silberman, "La varita mágica" en *Cómo hacer teatro (sin ser descubierto)*. México, SEP, 1994.

88. Entre periódicos y zapatos

Ya hace más de un año que ando metido en esto de vender periódicos en las calles. Apenas cumplí los diez años mis papás me dijeron "adiós a la escuela" y me llevaron derecho hasta una bodega muy grande, atestada de periódicos y revistas. Me pusieron entre las manos un montón de periódicos que apenas podía sostener, me enseñaron una tonadita y me dijeron:

—Ahora vas a leer lo que dicen las letras y lo vas a gritar, como te enseñamos, por las calles del Centro. La gente te los va a ir comprando: cada periódico cuesta cinco centavos. Sólo cuando hayas acabado de venderlos todos puedes volver a casa.

—En esta bolsa de tela —añadió mi mamá— mete las monedas. Ten mucho cuidado con ellas, no las vayas a perder ni dejes que te las roben.

Al principio me daba mucha vergüenza andar pegando de gritos por las banquetas. Sentía que todos se volvían a mirarme y decían: "Luego luego se nota que este niño es un principiante." Pero en cuanto vendí mi primer periódico me dio tanto gusto que se me acabó la vergüenza. Poco a poco me fui acostumbrando a gritar las noticias y a ir cobrando de cinco en cinco centavos.

Aunque mis papás me dijeron que no me alejara mucho de la esquina de avenida Madero e Isabel la Católica, muy pronto me dio por callejear más allá. Al poco tiempo ya conocía todas las esquinas y callejones del rumbo. También empecé a tener amigos: Chucho, que iba y venía con su cajón para bolear zapatos; don Justo, que vendía cachitos de lotería; Samuel, que tenía un puesto de tacos y que a veces, cuando estaba de buen

humor, me regalaba uno; Aniceto, el organillero, y muchos más, todos los mendigos de Catedral y todos los vendedores del Centro.

Según que tal ande de suerte o qué tan buena sea la noticia, a veces vendo los periódicos muy pronto, como la semana antepasada, cuando fue la final de futbol, o como hace algunos meses, cuando le dieron un balazo a don Pascual justo el día en que empezaba a ser presidente de México. La gente, en vez de ir a la Cruz Roja a esperar noticias sobre su salud, compraba el periódico y así se enteraba de todo lo que pasaba.

El dinero que saco de las ventas se lo paso toditito a mi mamá, y de ese dinero ella me da quince centavos cada domingo. Antes me lo gastaba en paletas heladas de limón y en chicles de marqueta, pero desde hace un mes lo he estado ahorrando para...

Francisco Hinojosa, "Entre periódicos y zapatos" en *A golpe de calcetín*. México, SEP, 1992.

89. Sobre la escritura y los libros

Dime donde vives y te diré sobre qué escribes

Hace unos 5,000 años no existían los periódicos, ni la tele, ni el correo, ni los trenes, ni casi ninguna de las cosas que hoy sirven para comunicarnos... Los pueblos vivían aislados unos de otros y cada uno se las arreglaba con lo que había a mano.

Los sumerios y los babilonios tenían arcilla por todos lados y con ella construían palacios, casas y un montón de cosas más. También usaron arcilla para fabricar tablillas donde escribir. El método era bastante simple: mientras la arcilla estaba blanda, escribían con una caña muy finita terminada en punta o con pequeños y afilados huesos de animales. Después, secaban las tablas al sol o en unos hornos especiales. ¡Listo! Sólo era cuestión de leerlas donde cada uno tuviera ganas.

A los egipcios les sobraba papiro, una planta que crecía en las orillas del río Nilo. Con papiro hicieron velas para sus barcos y algunos vestidos. Y también lo usaron para fabricar una especie de papel sobre el que podían escribir.

Cada papiro medía unos 30 centímetros de ancho por varios metros de largo y se enrollaba alrededor de un palo. Era ideal para escribir, porque era bien liso, pero se

rompía con facilidad porque era muy frágil. Y además, era muy incómodo: había que sostenerlo todo el tiempo con una mano y usar la otra para desenrollarlo.

Hace unos 2,000 años, los persas y los hebreos, que no tenían ni arcilla ni papiro, escribían sobre pieles de corderos, cabras y terneros. Aunque la piel de esos animales es bien resistente, prepararla les resultaba bastante trabajoso. Primero, les quitaban la piel a los animales que mataban para comer; después, le quitaban los pelos, la lavaban, la blanqueaban, la secaban y, finalmente, la dejaban bien lisita, lista para escribir.

Los campeones en preparación de pieles para escribir fueron los habitantes de la ciudad de Pérgamo, en Italia, en la Edad Media. Y aunque no fueron los primeros en fabricarlas, son los que les dieron el nombre: pergaminos.

Gabriel Glasman, "Sobre la escritura y los libros" en *Los libros no fueron siempre así*. México, SEP-Cordillera de los Andes, 2007.

90. ¿Por qué te peleas con la gente que quieres?

¿Por qué te peleas con la gente que quieres?

Porque si me molestan yo me defiendo.

Sí, pero...

¿No tienen a veces los demás razones para molestarte?

¿Es obligatorio que te defiendas cuando te molestan?

¿Los que te quieren pueden quererte y molestarte al mismo tiempo?

¿Por qué molestas a los demás si no te gusta que te molesten a ti?

¿Por qué te peleas con la gente que quieres?

Porque estoy enojado.

Sí, pero...

¿Quién te hace enojar, los demás o tú mismo?

¿Pelearse hace que se te pase el enojo?

¿No es mejor quedarnos solos cuando estamos enojados?

¿Por qué te peleas con la gente que quieres?

Porque soy malo.

Sí, pero...

¿Somos malos porque nos peleamos o nos peleamos porque somos malos?

Si fueras malo, ¿cómo podrías querer a alguien?

¿Podemos ser completamente malos?

¿Por qué te peleas con la gente que quieres?

Porque me gusta.

¿Y si eso hace sentir mal a las personas que amas?

¿Siempre te sientes mejor después de una pelea?

¿Pelearse puede ser un juego?

¿Por qué te peleas con la gente que quieres?

Para arreglar problemas.

Sí, pero...

¿No es mejor discutir los problemas tranquilamente?

¿Los problemas pueden arreglarse siempre?

¿No crean las peleas nuevos problemas?

Las cosas que decimos cuando nos peleamos ¿las pensamos muy bien y son siempre justas?

¿Por qué te peleas con la gente que quieres?

Las peleas más violentas suelen ser las que te enfrentan a las personas que más quieres. Tal vez porque los sentimientos te vuelven frágil y exigente hacia ellas. Quizá también porque vives con ellas y las ves todo el tiempo: si bien te duele su ausencia, su presencia te puede resultar insoportable. Las causas para un conflicto nunca faltan: el enojo, un desacuerdo, el placer de molestar a los demás o la impresión de que alguien te ataca. Las peleas no anulan el amor: más bien nos hablan de la dificultad de aceptar las diferencias, la oposición o la frialdad... de los que amamos. Hacerte esta pregunta es

...comprender las razones de las peleas para aprender a no dejarse llevar por la violencia.

...tomar conciencia de que ciertas frases o actitudes pueden herir a la gente que queremos.

...darnos cuenta de que hay que aprender a vivir con los demás, incluso cuando se trata de la gente que más queremos.

91. Érase una niña

A Juana Inés le gustaba mucho el estudio. A los tres años ya había aprendido a leer y a los siete, cuando supo que sólo los niños podían continuar educándose, suplicó a su madre que la vistiese de varón para asistir a la escuela.

Estudió por su cuenta con gran empeño y si no cumplía con todas las tareas que se había propuesto, se castigaba... ¡cortándose el pelo! que, según la moda de esa época, las mujeres usaban muy largo. Defendió con ahínco el derecho de las mujeres a recibir educación.

Sor Juana Inés de la Cruz, nombre que adoptó al tomar los hábitos religiosos, fue una apasionada de las ciencias y las artes y llegó a ser una gran poetisa; por eso la llaman la Décima Musa. Ella escribió:

Érase una niña
como digo a usted,
cuyos años eran
ocho sobre diez.

Esperen, aguarden,
que yo les diré.

Ésta (qué se yo
cómo pudo ser)
dizque supo mucho
aunque era mujer.

Esperen, aguarden,
que yo les diré.

Porque como dizque
dice no sé quién,
ellas sólo saben hilar y coser...

Esperen, aguarden,
que yo les diré.

Pues ésta,
a hombres grandes
pudo convencer;
que a un chico
cualquiera
lo sabe envolver.

Esperen, aguarden,
que yo les diré.
y aun una santita
dizque era también
sin que le estorbase
para ello saber...

¿Te lo aprendiste? En este villancico, sor Juana se refiere a Santa Catarina, patrona de las mujeres sabias y que, por cierto se parece mucho a ella. Todo esto sucedió en México hace más de 300 años.

Juana Inés de la Cruz, "Érase una niña" en Cristina Carbó (comp.), *501 maravillas del Viejo Nuevo Mundo II*. México, SEP, 1994.

92. El nacional

Apenas crucé la puerta lo presentí. Ella tomaba un café en el otro extremo de la barra. Estábamos solos. Me miró, nos miramos, y un hilo invisible quedó tendido entre nosotros. Salimos casi juntos, y casi a la vez reanudamos el viaje. Seguí su estela durante mucho tiempo. Luego comenzó el coqueteo: si yo aminoraba la marcha, ella hacía lo propio, como pidiendo que no la dejara; si me ponía delante y aceleraba, ella aceleraba también. Así recorrimos trescientos apasionados kilómetros. Entrábamos en Madrid. Alentado por la conquista, decidí seguirla hasta su casa... Pero de pronto, en un semáforo, me vi rodeado por una legión de policías y reducido a punta de pistola.

Todavía hoy no sé qué fue más doloroso; si que me confundiera con aquel indeseable, de rostro tan repugnante como su historial delictivo, o descubrir que ella era agente de la Brigada de Homicidios.

Juan Ignacio Iglesias, "El nacional" en *Quince líneas. Relatos hiperbreves*. Barcelona, 1996

93. La rosa parlante

La suave corriente las llevó a lo largo del recto túnel subterráneo, hacia el tenue círculo de luz de la salida, que se iba haciendo cada vez mayor.

Y cuando, al cabo de unos minutos, salieron del túnel, creyeron que estaban soñando. La luna llena brillaba alta en el cielo, y la corriente que las había llevado hasta allí se remansaba en un gran estanque circular, a cuyo alrededor crecía una abundante vegetación.

–No es posible! –Exclamó Bice–. ¡Se supone que estamos a cincuenta metros bajo tierra!

–Y la luna está llena! –señaló Lucía.

–¡Es verdad! ¡Y debería estar en cuarto menguante!

–A lo mejor hemos viajado en el tiempo.

–O a un universo paralelo...

Por su propio impulso, el bote llegó a la orilla y las niñas bajaron a tierra.



–Parece un jardín de otro mundo –susurró Lucía.

Los árboles y los arbustos, las flores y las bayas que crecían por todas partes, aunque vagamente familiares, eran diferentes a cuanto las niñas habían visto hasta entonces.

Avanzaron en silencio por el maravilloso jardín, y al cabo de unos minutos Bice dijo:

–¿No hueles a rosas?

–Sí, es verdad.

Siguieron el rastro del delicioso aroma, y poco después estaban ante un enorme rosal... Las niñas se quedaron extasiadas ante el gigantesco arbusto, que parecía en sí mismo un pequeño bosque florido, embriagadas por la exquisita fragancia que emanaba. De pronto Lucía apretó con fuerza el brazo de Bice y le dijo al oído:

–¡Aquella rosa nos está mirando!

Bice giró disimuladamente la cabeza, y lo que vio le cortó la respiración...

Carlo Frabetti, “La rosa parlante” en *El mundo inferior*. México, SEP-SM, 2006.

94. Los primeros pasos

A ver sin saben, desde un principio, quién está hablando

Yo nací en la nuca de un gigante ser humano que era maquinista.

Los primeros once días de mi vida, que es lo mismo que decir mi infancia entera, los pasé montado en la cabeza del gigante. El gigante, a su vez, iba montado en un tren de mercancías y de vez en cuando atravesábamos alguna ciudad.

Aquel gigante se llamaba Matías. Como yo no tenía nombre, me pareció bien tomar el suyo. De esta manera, cuando alguien lo saludaba: “Hola, Matías”, yo sentía que también me hablaban a mí.

Y cuando él respondía: “Pues aquí estoy, rascándome la cabeza”, a mí me daba por pensar que era yo el que pronunciaba aquellas palabras.

Fuera de unos pocos remansos de tranquilidad, no he tenido una vida fácil. He viajado bastante, eso sí, y he visto lo que he visto.

La gente cree que los piojos sólo sabemos picar y tumbarnos a la bartola entre una y otra picadura, pero no es verdad. ¡Como si no tuviéramos sentimientos!

Una espina he llevado siempre clavada en el corazón. Me refiero a la pena de no haber conocido padre ni madre.

A mí, al nacer, nadie me acunó en sus brazos, ni me hizo caricias, ni me cuidó. Desde un comienzo tuve que enfrentarme solo a los peligros, trabajar duro, aprenderlo todo por mi cuenta y estar alerta mañana y tarde para no perder la vida en un descuido. Ya que, por regla general, la duración de nuestra vida depende de que los gigantes en cuyos bosques vivimos no nos descubran.

En cuanto nos echan el ojo se desviven por matarnos. Nunca he entendido la manía que nos tienen. Verdad es que con frecuencia les chupamos un poco de sangre. ¡Pero es que ellos se comen pollos, cerdos y peces enteros! ¡Hasta caracoles cocidos en salsa de tomate he visto yo comer a Matías, el maquinista!

Pero a lo que iba. Al huevo nuestro la gente lo llama liendre. Mi liendre estaba pegada a la base del pelo, cerca de la piel de la cabeza. Y es que mi madre, quienquiera que fuese aquella bendita, hizo las cosas como hay que hacerlas. Tuvo la prudencia de enganchar la liendre al pelo, al que estaba tan pegada que ni frotando con los dedos al lavarse ni pasando el peine habría podido el maquinista arrancarla de su sitio...

Dentro de la liendre uno se encuentra a gusto y como dormido. Lo que es por mí, yo me habría quedado dentro para siempre. Pero no pudo ser. A medida que aumentaba el tamaño de mi cuerpo iba quedando cada vez menos espacio para moverme... Entonces hice lo que cualquiera con dos dedos de frente habría hecho. Estiré mis seis patas y alargué la cabeza tratando de encontrar una postura más cómoda. ¡Cielo santo, la que armé! Rompí la cáscara que me envolvía... Acababa, como quien dice de nacer...

95. Los fascinantes habitantes de las cuevas

Los biólogos son los científicos especializados en estudiar la vida en el planeta. Algunos de ellos se han interesado en investigar la vida en el interior de las cuevas, por lo que decidieron meterse en ellas. A estos especialistas se les conoce como bioespeleólogos.

¿Y que encuentran los bioespeleólogos en las cuevas?

Existen muchos mitos acerca de los animales que viven en las cuevas... las fantasías que se dicen al respecto son sólo eso, pero hay una variedad de seres sorprendentes dentro de las cavidades subterráneas.

Han sido diversos los animales que se han encontrado dentro de las cuevas y, para estudiarlos, los bioespeleólogos los clasifican en tres grupos:

- Los que viven toda su vida dentro de una cueva, como algunas arañas, peces o insectos.
- Los que viven una parte de su vida dentro de una cueva, como los murciélagos y algunos roedores.
- Los que ocasionalmente viven o visitan una cueva para dormir, como las zorras, osos, aves y ranas, o que entran accidentalmente.

Los animales que más frecuentemente han sido encontrados en las pozas y ríos subterráneos son crustáceos, arácnidos, insectos y miriápodos, que son invertebrados pertenecientes al grupo de los artrópodos.

El rey de las cavernas: el murciélago

Existen más de 927 especies de murciélagos en el mundo, de las cuales más de 140 viven en México, lo que hace de nuestro país uno de los más ricos en este tipo de fauna. La mayoría de estos animales cuyos sentidos son muy agudos, son inofensivos, pero su aspecto, para casi toda la gente repulsivo –semejante al de una rata con alas–, el que vivan dentro de una cueva colgados del techo y salgan de noche a alimentarse –no necesariamente de sangre– les ha dado la inmerecida fama de animales malévolos y nocivos para la gente.

Gustavo Vela Turcott, “Los fascinantes habitantes de las cuevas” en *Un viaje al México profundo*. México, SEP-Santillana, 2006.

96. De cómo le crecieron las orejas al conejo

El conejo era pequeño, y cuando se paraba delante del sol, su sombra era muy chica. Pensó ir a donde vivía el Gran Dios y pedirle que lo hiciera más grande. Comenzó a ir, ir, ir, hasta que llegó a donde era su casa. Tocó. El ayudante del Gran Dios le abrió.

–¿Qué quieres, Juan Conejo?

–Quiero hablar con el Gran Dios; voy a pedirle que me haga más grande, no me gusta estar así de chico.

–Espérate, voy a avisarle.

Y le contó.

–Ayudante –dijo el Gran Dios–, si lo hacemos más grande, quién sabe qué fin tendrá. Si así de chiquito es tan travieso y llegó hasta acá, imagínatelo grande. Pero vamos a darle gusto: le pondremos una condición difícil. Si la cumple, lo agrandaremos; si no la cumple, así lo dejamos. Pasaron a Juan y le dijeron la condición:

–Tienes que traer noventa pieles de mono para mañana. Si las traes, te agrandamos; si no, pues no se va a poder.

–Bueno, voy por ellas.

Juan cogió su camino. No sabía todavía qué hacer. Llegó a una casa vieja y vio tirado un costal.

–Eso me va a servir –pensó.

Lo cogió y siguió caminando. Al rato se encontró una lata vieja. También la metió a su costal y siguió caminando. Al rato llegó a un platanar, había plátanos maduros. Comenzó a cortarlos y a meterlos en el costal.



Siguió caminando y llegó al monte. Comenzó a tocar en su lata: traca, traca, traca, ta.

Como los monos son muy curiosos, comenzaron a asomarse, a ver qué cosa era lo que sonaba.

Juan Conejo seguía con su lata: traca, traca, traca, traca, ta.

Y los monos se acercaron más.

–Vengan, miren, miren, les traje unos plátanos para que coman.

Los changos se acercaron a comer.

–Traje bastantes, no se los van a terminar ustedes solitos, vayan a invitar a otros compañeros para que coman todos.

Los monos se fueron a traer más monos. Regresaron haciendo mucho ruido. Cuando ya se estaban terminando de comer los plátanos, el conejo gritó:

–Ahí vienen otros changos; métanse en el costal, escóndanse para que les toquen más plátanos.

Los monitos se metieron al costal y ya dentro los apaleó y les quitó la piel. Y siguió hasta juntar las noventa pieles que le habían pedido para hacerlo más grande. No bien las tuvo listas, se fue a la casa del Gran Dios.

–Aquí está lo que me pidieron.

–Está bien. Ayudante, agárrale las orejas y yo le agarraré la cola.

Y lo jalaron. La cola se le trozó y las orejas se le alargaron. Al soltarlo, el conejo se paró delante del sol y vio que su sombra era más larga.

–Así estoy bien Gran Dios, ya no estoy tan chiquito como estaba antes.

Y así fue como le crecieron las orejas al conejo.

“De cómo le crecieron las orejas al conejo” en Elisa Ramírez (comp.), *Tres enamorados miedosos. Cuentos y narraciones indígenas*. México, SEP, 1990.

97. El brazo de oro (cuento tradicional inglés)

Había una vez un hombre que recorrió todo el mundo en busca de una esposa. Vio a mujeres jóvenes y viejas, ricas y pobres, hermosas y feas, y no pudo dar con una que lo satisficiera. Finalmente, se encontró con una mujer joven, bella y rica, cuyo brazo derecho era de oro macizo. Se casó con ella, y pensó que no había hombre más afortunado que él. Vivieron felices pero, aunque quería que la gente pensara de otro modo, estaba más orgulloso del brazo dorado de su mujer que del resto de bondades de su esposa.

Con el tiempo, ella murió. El marido se vistió de riguroso luto y exhibió su gesto más compungido durante el funeral; pero, a pesar de todo, se despertó en plena noche,

exhumó el cadáver y cortó el brazo dorado. Se apresuró a volver a casa para ocultar el tesoro y pensó que nadie se daría cuenta.

La noche siguiente guardó el brazo de oro bajo la almohada y, justo cuando estaba a punto de dormirse, el fantasma de su mujer se le apareció en la habitación. De pie junto a la cama, corrió el dosel y lo miró con gesto de reproche. Fingiendo que no estaba aterrado, se dirigió al fantasma y le dijo:

–¿Qué les ha pasado a tus mejillas sonrosadas?

–Se han marchitado –respondió el fantasma con una voz lúgubre.

–¿Qué les ha pasado a tus rosados labios?

–Se han marchitado.

–¿Qué le ha pasado a tu dorada melena?

–Se ha marchitado.

–¿Qué le ha pasado a tu dorado brazo?

–¡Tú lo tienes!

Bram Stoker, “El brazo de oro” en *Cuentos de miedo*. México, SEP-Juventud, 2003.

98. Fósiles y cuentos de hadas



Los fósiles son huellas o restos de seres vivos conservados en rocas y mineralizados.

El hombre ha estado encontrando fósiles al menos durante 30,000 años. Los cazadores de la Época Glacial los convertían en collares y la idea de que los fósiles tenían propiedades mágicas pudo haber comenzado entonces.

Las creencias mágicas sobre los fósiles llegaron a ser comunes en todo el mundo. Los chinos guardaban diminutos peces fosilizados entre sus provisiones para mantener alejadas a las plagas de los insectos llamados pecillos de plata.

El erudito romano Plinio el Viejo escribió que los erizos de mar fosilizados podían curar las mordeduras de serpiente y asegurar el éxito en la batalla. También recopiló algunos “cuentos increíbles” para explicar los orígenes de los fósiles: por ejemplo, se

decía que los fósiles de erizos de mar se formaron a partir de bolas de espuma producidas por montones de serpientes entrelazadas.

Otros desarrollaron teorías para explicar los fósiles en general. Una de ellas decía que la lluvia recogía del mar semillas y huevos de seres vivos. Cuando la lluvia caía y se filtraba por las rocas, las semillas y los huevos se convertían en réplicas pétreas de su verdadera naturaleza. Esto fue un intento de explicar por qué tantos fósiles son claramente criaturas marinas.

Una teoría aún más fantástica, popular desde la Edad Media hasta el siglo XVII, decía que la Tierra tenía su propia “fuerza creadora” o *vis plastica*, y esta fuerza estaba intentando hacer copias de los seres vivos.

Linda Gamlin, “Fósiles y cuentos de hadas” en *Evolución. Biblioteca de la ciencia ilustrada*. México, SEP-Fernández, 2002.



99. Mi ciudad

Vamos a leer otra canción. Éste es de un compositor mexicano, Guadalupe Trigo

Mi ciudad es chinampa
en un lago escondido;
es cenizote que busca
en dónde hacer nido;
rehilete que engaña
la vista al girar.

Baila al son
del tequila y de su valentía;
es jinete que arriesga la vida
en un lienzo de fiesta y color.

Mi ciudad es la cuna
de un niño dormido;
es un bosque de espejos
que cuida un castillo;

Monumentos de gloria
que velan su andar.

Es un sol
con penacho y sarape vetado
que en las noches
se viste de charro
y se pone a cantarle al amor.

Por las tardes con la lluvia
se baña su piel morena
y al desatarse las trenzas
sus ojos tristes se cierran.

Mi ciudad es la cuna
de un niño dormido,
es un bosque de espejos
que cuida un castillo.

Monumentos de gloria
que velan su andar.

Baila al son
del tequila y de su valentía;
es jinete que arriesga la vida
en un lienzo de fiesta y color.

Es un sol
con penacho y sarape vetado
que en las noches
se viste de charro
y se pone a cantarle al amor.

www.cancionesdelay.com



100. Miau, dijo el gato

Estos refranes resumen en buena medida las opiniones y sentires populares acerca de los gatos y de los ratones. Estos dichos que han ido rodando al través del tiempo, sintetizan siglos de observación y de trato. Queda en pie la pregunta –y que cada quien la conteste según su experiencia–: entre el gato y el hombre, ¿quién es el domesticado? (Los ratones no.)

No te fíes de cielo estrellado...
ni de animal que haga miau.

Ser la misma gata,
Sólo que revolcada.

Gato que no caza,
¿para que lo queremos en casa?

Tener cara de beato
y uñas de gato.

La curiosidad mató al gato.

De noche todos los gatos son pardos.

Ponerle el cascabel al gato.

Dar gato por liebre.

Entre la mano y el plato
se mete el gato.

No hay que buscarle tres pies al gato,
sabiendo que tiene cuatro.

Estar con un ojo al gato
y otro al garabato. [*Aparato que sirve para colgar en las cocinas chorizos, jamones, etcétera.*]

No creas en el perdón
del gato para el ratón.

Tan fácil como quitarle un pelo a un gato.

Acogí al ratón en mi agujero
y tornóse heredero.

Cuando el gato está fuera
los ratones se divierten.



Rafael López Castro y Felipe Garrido (compiladores), *Miau, dijo el gato*, México, SEP-Solar, 1992.

101. El hipo de Inés

Antiguamente se creía que las sangrías, sacar sangre del cuerpo cortando una vena o aplicándole unas sanguijuelas –un animalito que parece una babosa–, eran un remedio espléndido para muchas enfermedades. En esos tiempos los barberos, los peluqueros, practicaban esta cura.

–No está enferma –dijo resuelto el médico, que a Inés le pareció el ser más despreciable del mundo–, pero las sangrías siempre aprovechan para la enfermedad venidera, igual que se come para no tener hambre; y más hoy que es Luna llena. Los astros nos favorecen.

Inés fue amarrada a su cama. El barbero le descubrió el brazo y lo metió en agua caliente. Después lo refregó hasta que las venas se hicieron visibles. Cuatro dedos arriba de donde la iba a sangrar, le amarró una correa de piel. Luego pidió que le trajeran de la cocina un poco de sangre de alguna gallina que acabaran de matar y se la untó en el brazo para que las sanguijuelas se pegaran con facilidad, atraídas por el olor. Por medio de un carrizo fue metiendo una a una las que traía en un frasco; entonces comenzaron a chupar la sangre de Inés, quien se cansó de gritar inútilmente porque las sanguijuelas no se desprendieron hasta que, hinchadas, cayeron al suelo.

La escena fue observada por la india vendedora de comales. Acaso fuera la primera vez que veía una sangría porque, intrigada, le preguntó a Pascuala qué estaba sucediendo.

–La niña Inés inventó que tenía hipo porque no le gusta coser por las tardes con sus hermanas –explicó Pascuala–. El médico descubrió el engaño y decidió sangrarla.

–¿No le gusta coser? –interrogó sorprendida la india–, ¿Pues qué no enterraron su ombligo cerca del fogón?

–¿El ombligo? ¿Para qué? –preguntó Pascuala, llena de curiosidad.

–Si el niño nace varón, el ombligo se entrega a los soldados para que lo entierren en el lugar donde se dan las batallas – contestó la india–; así, cuando crezca será aficionado a la guerra. El de la niña se entierra cerca del fogón para que le guste estar en casa y hacer de comer.

I02. Incansables viajeras

Las aves migratorias realizan cada año un viaje de ida y vuelta, entre el lugar donde nacieron y aquél donde pasan el invierno. Otras aves permanecen todo el año en el mismo lugar, son sedentarias. Algunas especies que pueden ser migratorias o sedentarias, según la zona donde habiten.

Antes de emprender el largo viaje, las aves migratorias, además de mudar las plumas, se dedican a comer mucho, acumulando gran cantidad de grasa, que utilizan como reserva de alimento. Hay especies, como el gavián, que no volverán a comer hasta llegar a su destino, mientras que otras hacen pequeñas paradas.

Hay aves que migran de día, orientándose por la posición del sol, como los vencejos. Otras prefieren hacerlo de noche y se orientan por las estrellas, como los cucos. Las hay que migran tanto de día como de noche, como los patos. Los relieves del terreno, como montañas o ríos, y el campo magnético terrestre también les ayudan a *orientarse*.

Volar supone un gran gasto de energía, por eso muchas aves viajan en bandadas. Es una forma de ahorrar energía ya que de esta forma rompen más fácilmente la resistencia al viento. Pero también las hay, como la oropéndola, que viajan en solitario.



La mayoría de aves migratorias inician la travesía hacia climas más cálidos a finales de verano o en otoño, y regresan a los lugares de cría o nidificación en primavera e incluso antes. A menudo siguen las mismas rutas en sus viajes de ida y vuelta. Las rutas migratorias suelen seguir los cursos de los ríos, las montañas y las líneas de la costa.

El charrán ártico pasa el verano en Groenlandia y Alaska y, en junio emprende el larguísimo viaje que lo llevará hasta Chile e incluso a la Antártida. En total viaja más de 17,000 kilómetros sólo en el viaje de ida.

Las rutas migratorias más habituales van del Hemisferio Norte al Hemisferio Sur, pero también las hay que van de Este a Oeste.

María Angels Julivert et al., "Incansables viajeras" en *Las aves*. México, SEP-Parramón, 2006.

103. ¿Cómo se puede comprar el cielo?

En 1854, el presidente de los Estados Unidos quiso comprarle las tierras al jefe piel roja de Seattle. Éste le respondió en una histórica carta:

¿Cómo se puede comprar el cielo o el calor de la tierra? Si nadie puede poseer la frescura del viento ni el fulgor del agua...

Mi pueblo considera que cada elemento de este territorio es sagrado. Cada pino brillante que está naciendo, cada grano de arena en las playas de los ríos y los arroyos, cada gota de rocío entre las sombras de los bosques, cada colina, y hasta el sonido de los insectos son cosas sagradas para la mentalidad y la tradiciones de mi pueblo.

Nosotros somos parte de la tierra. Y la tierra es parte de nosotros. Las flores que aroman el aire son nuestras hermanas. El venado, el caballo y el águila también son nuestros hermanos.

Los caras pálidas no entienden nuestro modo de vida. Los caras pálidas no conocen la diferencia que hay entre dos terrones. Ustedes son extranjeros que llegan por la noche a usurpar de la tierra lo que necesitan. No tratan a la tierra como hermana sino como enemiga. Para los pieles rojas el aire tiene un valor incalculable, ya que todos los seres compartimos el mismo aliento. Todos: los árboles, los animales, los hombres.

Para nosotros es un misterio que ustedes estén aquí, pues aún no entendemos por qué exterminan a los búfalos, ni por qué doman a los caballos, quienes por naturaleza son salvajes, ni por qué destruyen los paisajes con tantos cables parlantes.

¿Qué ha sucedido con las plantas? Están destruidas. ¿Qué ha sucedido con el águila? Ha desaparecido. De hoy en adelante la vida ha terminado. Ahora empieza la supervivencia.



104. La carta de la señora González

La señora González casi no había dormido; había pasado media noche pensando en lo que tenía que decir al señor Lairla. Luego, cuando por fin consiguió dormir, pasó la otra mitad de la noche soñando con el señor Lairla y el olor a cerezas que dejaba el tabaco de su pipa.

Nada más levantarse, antes de ponerse a desayunar, comenzó a escribir una carta para el señor Lairla. Lo cierto es que comenzó muchas cartas que acabaron en la papelera hasta que, por fin, consiguió terminar una que le pareció perfecta. “Hay que poner mucho cuidado en los detalles”, se decía mientras pasaba la lengua por la goma del sobre.

La señora González habría podido dar la carta a su vecina, que trabajaba justo al lado de la oficina de correos, para que se la mandara; pero nunca se sabe cuándo pueden torcerse las cosas, así que ella misma se acercó hasta el buzón mientras decía “Cuando se pone cuidado en hacer las cosas bien, nada puede salir mal”.

El saco del correo tragaba todas las cartas con gran apetito, pues nunca lo dejaban saciarse: antes de que pudiera estar lleno, acudían puntualmente a vaciarle la panza. Aquella mañana, cuando llegó para llevarse su carga, el cartero sintió un olor diferente al del papel y la goma de los sellos. Movidado por la curiosidad comenzó a pasar la nariz por todas las cartas, hasta que encontró una que parecía oler... como a cerezas.

Aquel aroma se metió en su nariz y comenzó a llenar de canciones su imaginación; así que, en lugar de colocar las cartas por orden como hacía todos los días, decidió entregarla la primera y tomó su bicicleta dispuesto a gozar de aquel paseo.

El camino era de bajada y el cartero, tan contento como estaba, comenzó a pedalear cada vez más rápido. Tan rápido bajaba que, con una mano en el manillar y la otra sujetándose la gorra, no le dio tiempo de frenar y chocó contra un cartel que decía: “Peligro: camino cortado”.

El cartero, con la carta dentro de su maleta de cuero, salió disparado y cayó dentro de una zanja. Aquella zanja era tan profunda y oscura como el bostezo de un enorme pez. *Pobre señora González; parece que su carta no va a llegar. ¿Qué se imaginan ustedes que sucederá? Hay que buscar el libro para averiguarlo.*

Sergio Lairla, *La carta de la Señora González*. México, SEP-FCE, 2006.

105. Ajolote

Ajolote significa monstruo acuático, porque se deriva de dos palabras náhuatl: *atl*, agua y *xólotl*, monstruo.

Según una antigua leyenda mexicana, los dioses crearon en Teotihuacan el Quinto Sol, el mismo que conocemos. Cumplida su misión, decidieron abandonar la Tierra para regresar a su mundo.

Xólotl estaba muy a gusto en la Tierra y fue el único que se negó a acompañarlos. Era el dios gemelo de Quetzalcóatl, y padrino de todos los gemelos y monstruos que nacían.

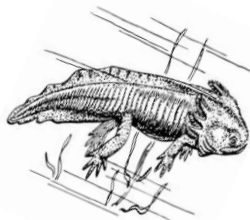
Para disfrazarse, intentó varias transformaciones, pero siempre adoptaba la forma de seres gemelos o monstruosos.

Cierta vez tomó la forma del tejolote, gemelo de piedra del molcajete; otra vez, la del maíz gemelo, otra la del maguey gemelo; una vez, la de guajolote, ave monstruosa, y finalmente la de ajolote o monstruo acuático. Fue reconocido por sus branquias y sus patitas, con las que no podía desplazarse fuera del agua. Entonces fue capturado y obligado a regresar al mundo de los dioses.

El ajolote es un animal extraño. Como la rana, los sapos y salamandras, es anfibio. Los anfibios pasan la primera parte de su vida en el agua, y de adultos viven en la tierra.

El ajolote es diferente: nunca alcanza su estado adulto perfecto. Conserva sus órganos respiratorios acuáticos, tres branquias a cada lado y detrás de ellas una abertura como la de los peces. Vive en el lago, siempre dentro del agua.

Es pequeño, no mayor de 15 centímetros de largo. Su piel, suave y negra, está recubierta de mucosidad. Ya casi no hay ajolotes. El hombre los caza porque su carne es muy sabrosa y se le atribuyen propiedades medicinales. Unos pocos sobreviven en los canales de Xochimilco y otros en las profundidades del lago de Pátzcuaro.



“Ajolotes” en *Animales fantásticos y más leyendas*. México, SEP, 1995.

106. La luna

La Luna se puede tomar a cucharadas
o como una cápsula cada dos horas.

Es buena como hipnótico y sedante
y también alivia
a los que se han intoxicado de filosofía.

Un pedazo de luna en el bolsillo
es mejor amuleto que la pata de un conejo:
sirve para encontrar a quien se ama,
para ser rico sin que nadie lo sepa, nadie,
y para alejar a los médicos y a las clínicas.

Se puede dar de postre a los niños
cuando no se han dormido.

Unas gotas de Luna en medio de los ojos de los ancianos
ayudan a bien morir.

Pon una hoja de Luna tierna
debajo de tu almohada
y mirarás lo que quieras ver.

Lleva siempre un frasquito del aire de la Luna
para cuando te ahogues,
y dale la llave de la Luna
a los presos y a los desencantados.

Para los condenados a muerte
y para los condenados a vida
no hay mejor estimulante que la Luna
en dosis precisas y controladas.



Jaime Sabines, "La luna" en *Recuento de poemas 1950/1993*. México, SEP-Planeta, 2003.

107. El cuervo y sus hijos

Un cuervo y una cuerva hicieron su nido en una isla, y cuando el cuervo quedó viudo, quiso transportar el producto de su matrimonio al continente.

Primero tomó a uno de sus hijos para atravesar con él el mar, pero llegado a la mitad del camino, se sintió fatigado, acortó su vuelo y dijo:

—Ahora que soy fuerte y él es débil, puedo llevarlo; pero cuando la vejez me debilite, ¿se acordará de mis cuidados y me llevará de un lugar a otro?

Preguntó a su hijo:

—Cuando seas fuerte y yo débil, ¿me llevarás así? ¡Responde con franqueza!

El pequeño, temiendo que lo dejase caer al mar, le contestó:

—¡Sí, te llevaré!

Pero el cuervo no creyó a su hijo y abrió las garras.

Como una bala, el hijo cayó en el agua y se ahogó.

El viejo volvió a la isla, tomó a otro pequeño y atravesó por segunda vez el mar. De nuevo fatigado, preguntó a su hijo:

—¿Me llevarás de un lugar a otro, como yo a ti, cuando sea viejo?

Con el mismo temor de su hermano, el cuervo hijo respondió:

—Sí.

El padre no quiso creerle tampoco y lo soltó.

Cuando regresó a la isla, en el nido sólo había un pequeño.

Tomó a su último hijo y dirigió su vuelo hacia el mar. Otra vez fatigado, preguntó al pequeño:

—¿Me mantendrás en mi vejez y me transportarás así cuando esté débil?

Y el joven cuervo respondió.

—¡No!

—¿Por qué? —le preguntó el padre.

—Cuando seas viejo, yo seré fuerte, tendré un nido mío y acaso mis hijos, a los que habré de transportar como hoy lo haces tú conmigo.

Entonces pensó el viejo:

—Ha dicho la verdad. En recompensa quiero llevarlo hasta la orilla.

Y así lo hizo, dejando en tierra al joven pájaro.



I 08. Cántico esdrújulo



En las esdrújulas
truenan las máquinas,
ríen los párvulos
en cada círculo,
crecen los cítricos
de dulzor ácido,
flotan las tónicas
de los filósofos,



nadan las náyades
muy mitológicas,
se dan atléticos
juegos olímpicos,
trabajan físicos



junto a mecánicos
y otros científicos
en energéticos
centros atómicos.

La tierra esférica
gira en su órbita:
mágica síntesis
de lo fantásticos.



Tiemblan los tímidos,
no los intrépidos,
y los anímicos
bailan eufóricos.
Circula el tránsito
de los vehículos,
cruzan océanos
los trasatlánticos,
se alzan mayúsculas
sobre minúsculas,
pasan los miércoles
hacia los sábados.
En su pacífico
rítmico trópico
se agrada el ámbito
de mi archipiélago,
todo es dinámico
vértigo cíclico.
Y en el estrépito
de tanta música
¡es tan simpático
ser un esdrújulo!

David Chericán, *Urí urí urí. Palabras para jugar*. México, SEP, 1994.

I 09. Poema 20

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Escribir, por ejemplo: "La noche está estrellada,
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos".

El viento de la noche gira en el cielo y canta.



Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.
En las noches como ésta la tuve en mis brazos.
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.
Ella me quiso, a veces yo también la quería.
Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.
Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.
Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.
Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.
La noche está estrellada y ella no está conmigo.
Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.
Mi alma no se contenta con haberla perdido.
Como para acercarla mi mirada la busca.
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.
La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.
Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.
Mi voz la buscaba el viento para tocar su oído.
De otro. Será de otro. Sus ojos infinitos.
Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.
Porque en las noches como ésta la tuve en mis brazos,
mi alma no se contenta con haberla perdido.
Aunque éste sea el último dolor que ella me causa,
y éstos sean los últimos versos que yo le escribo.



110. ¿Por qué los rechinos son tan desagradables?

La respuesta *loca* del Doctor Quenó:

En otro tiempo las ratas de las cavernas molestaban sin cesar a los hombres prehistóricos.

Las ratas se comían las reservas de galletas que había en las cavernas lanzando grititos agudos.

Hoy ya no hay ratas de las cavernas, pero nos sentimos molestos cuando oímos un ruido que se parece a los gritos de esos sucios animales. Y justos sus gritos se parecían a los rechinos.

—¡Vamos, doctor Quenó! ¡Las ratas de las cavernas no existieron!

La respuesta *exacta* del Doctor Quesí:

1. No todos los rechinos son desagradables: no nos tapamos los oídos si la duela rechina. Es molesto escucharlos cuando son agudos. Pero un sonido agudo no es necesariamente desagradable: los violines producen sonidos muy agudos y muy armoniosos.

2. Por tanto, para que el sonido sea desagradable hacen falta dos cosas: no sólo que el sonido sea agudo, sino también que sea irregular.

Los + del Doctor Quesí... (No hay quien lo pare.)

Romper el gis

Un profesor escribe en el pizarrón. El gis rechina. El maestro rompe el gis en dos y deja de rechinar. ¿Por qué ocurre esto? Porque el ruido que produce el gis no sólo depende de la forma en la que se toma y de la posición respecto al pizarrón por donde se desliza, sino también de su longitud.

Percepción

Por un lado está lo que se oye y por otro lo que se percibe. Cada cerebro interpreta los sonidos a su manera. Por ejemplo, un gis que rechina sobre un pizarrón es un sonido que resulta desagradable a algunas personas, pero no a todas.

Silbato

En un silbato hay una bola pequeña. Sin esa bola, el sonido sería puro. Pero cuando se oye un sonido puro, no siempre es fácil saber de dónde viene. Con la bola, el sonido se vuelve irregular y se descubre fácilmente de dónde viene.

Paul Martin, “¿Por qué los rechinidos son tan desagradables?” en *Los porqués de la salud*. México, SEP-SM, 2007.

III. Una mirada desde las alturas

Hoy cumpla 12 años.

Para celebrar mi cumpleaños y el centenario de la independencia, que será dentro de pocos días, mi abuelo me ha invitado a hacer un vuelo en globo por la ciudad.

Desde hace días hemos estado haciendo los preparativos; nos ha ayudado el aeronauta más importante del país, don Joaquín de la Cantolla y Rico, quien me platicó que el primer vuelo sobre la ciudad se realizó en 1836 y que durante varios años, los vuelos en globo fueron parte del espectáculo de los circos. Me contó que un día de 1870, en la plaza de toros de Bucareli, don Adolfo Buislay se cayó de un globo. Don Joaquín es un apasionado de los vuelos, fue él quien enseñó a mi abuelo el arte de la navegación.

Volar en globo es un acontecimiento todavía para mucha gente. Desde que iniciamos los preparativos han venido a visitarnos grupos de mirones de Tlalpan. Hoy temprano, al llegar al sitio de despegue, nos hemos encontrado con un ambiente de fiesta. Había bandas de música, vendedores de todo tipo, policías y muchos curiosos que se arremolinaban en torno al globo.

Mi abuelo va y viene dando instrucciones. El globo comienza a inflarse lentamente. Sus chillantes colores, rojo y azul, contrastan con el gris de la mañana y el verde de los árboles que nos rodean.

El abuelo revisa las cuerdas, las válvulas, las bolsas de lastre y la canastilla. Me asomo a la canastilla y veo una bolsa de lona y dos chalecos salvavidas, y en el borde de la canasta un medidor de presión, un altímetro y una brújula. Mi abuelo me mira complacido.

–Bueno hijo, ya es hora. Sube con cuidado. ¡Miguel! –le grita a un ayudante–, cuando yo dé la señal, suelte la cuerda.

Me da una libreta y dice:

–Felipe, éste será nuestra bitácora de viaje. Aquí apuntarás todo: la altura, los vientos, el tiempo y tus observaciones y emociones, para que un día platiques esta experiencia a tus hijos y a tus nietos.

Yo miro al abuelo, cuyos ojos brillan intensamente y presto atención a cada una de sus palabras; quiero grabarlas una a una en mi mente para recordar siempre este día.



Regina Hernández Franyuti, “Una mirada desde las alturas” en *Un vuelo por la ciudad*. México, SEP-INSTITUTO MORA, 1997.

112. La yerba mate

La Luna se moría de ganas de pisar la Tierra. Quería probar las frutas y bañarse en algún río.

Gracias a las nubes, pudo bajar. Desde la puesta del sol hasta el alba, las nubes cubrieron el cielo para que nadie advirtiera que la Luna faltaba.

Fue una maravilla la noche en la Tierra. La Luna paseó por la selva del alto Paraná, conoció misteriosos aromas y sabores y nadó largamente en el río. Un viejo labrador la salvó dos veces. Cuando el jaguar iba a clavar sus dientes en el cuello de la Luna, el viejo degolló a la fiera con su cuchillo; y cuando la Luna tuvo hambre, la llevó a su casa. “Te ofrecemos nuestra pobreza”, dijo la mujer del labrador, y le dio unas tortillas de maíz.

A la noche siguiente, desde el cielo, la Luna se asomó a la casa de sus amigos. El viejo labrador había construido su choza en un claro de la selva, muy lejos de las aldeas. Allí vivía, como en un exilio, con su mujer y su hija.

La Luna descubrió que en aquella casa no quedaba nada que comer. Para ella habían sido las últimas tortillas de maíz. Entonces iluminó el lugar con la mejor de sus luces y pidió a las nubes que dejaran caer, alrededor de la choza, una llovizna muy especial.

Al amanecer, en esa tierra habían brotado unos árboles desconocidos. Entre el verde oscuro de las hojas, asomaban las flores blancas.

Jamás murió la hija del viejo labrador. Ella es la dueña de la yerba mate y anda por el mundo ofreciéndola a los demás. La yerba mate despierta a los dormidos, corrige a los haraganes y hace hermanas a las gentes que no se conocen.

Eduardo Galeano, "La yerba mate" en *Mitos de memoria y fuego*. México, SEP-Anaya, 2003.

113. Madona

Seguramente me conoces como la reina del pop. ¿Pero sabes cuál es mi nombre, dónde nací y lo difícil que fue llegar adonde estoy ahora?

Yo, Madona Louise Verónica Ciccone, nací el 16 de agosto de 1958 en Rochester, Michigan, en los Estados Unidos, la tercera hija de una pareja de inmigrantes italianos muy católicos. Mi mamá murió cuando yo tenía cinco años y mi papá se volvió a casar poco después con su ama de llaves. Creo que mi rebeldía de adolescente (que mantuve aún siendo adulta) surgió como respuesta a la educación conservadora de mis padres y la estricta disciplina de mi madrastra.



De niña soñaba con ser bailarina, así que tomé clases de ballet y más tarde recibí una beca para estudiar danza en la Universidad de Michigan. Después de tres semestres me fui a Nueva York a probar suerte. Ahí viví muy austeramente y me di cuenta de que no podría sobrevivir como bailarina, así que busqué otros caminos para lograr lo que quería: volverme famosa.

Aprendí a tocar la guitarra y la batería y fundé el grupo Breakfast Club. Fui la baterista y después la cantante hasta que en 1980 me separé en busca de una carrera como solista.

Pasé las noches en las discotecas, buscando relacionarme con la gente del espectáculo, hasta que logré entregarle una cinta con mis canciones al DJ Mark Kamins, quien la puso y se entusiasmó con la reacción de la gente. Con su ayuda conseguí un

contrato con la disquera Sire Records y en 1982 grabé la canción “Every body”, que se volvió un éxito. Poco después saqué a la venta mi primer álbum, *Madonna*.

Algunas de las canciones del disco llegaron a los primeros lugares de las listas de popularidad, pero fue mi segundo álbum, *Like Virgin*, el que me llevó a la fama. Me volví una estrella de la música pop y los adolescentes de todo el mundo empezaron a imitar mi forma de vestir y de actuar.

A pesar de que fui la primera cantante en vender más de cinco millones de ejemplares de un álbum, tuve críticos que aseguraron que mi carrera no duraría. Pero les demostré lo contrario, ya que desde 1984 hasta hoy me he mantenido en los primeros lugares de popularidad a nivel mundial.

Soy extremadamente perfeccionista; trabajo cada canción hasta quedar satisfecha. Puedo presumir de haber ligado la presentación de cada disco con una total modificación de mi imagen, según el estilo de música presentada.

Una buena parte de mi fama se la debo a mi forma desenfadada, picaresca y a veces escandalosa de presentarme. La gente conservadora me criticó: decía que yo estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de conservar la fama.

Pero ahora soy madre de Lourdes María y Rocco, soy esposa y he dejado atrás la etapa del escándalo. Trato de pasar más tiempo con mi familia y en mi trabajo hago sólo lo que me gusta, fijándome más en la calidad que en la fama.

Daniela Wolf, “Madona” en *Mujeres que cambiaron el mundo*. México, SEP-R. Mireles Gavito, 2005.

114. Las señas del esposo

Estando yo en mi balcón
marcando y bordando seda,
vi venir un caballero
por alta Sierra Morena.

Me atreví y le pregunté
si venía de la guerra:

–Sí, señora, de allí vengo,
¿tiene usted allí quien le duela?”.

–Allí tengo a mi marido,
siete años lleva en ella.

–Me de usted las señas dél,
si acaso lo conociera.

–Tenía un caballito blanco,
con silla bordada en seda.

–Por las señas que usted da,
muerto quedó ya en la guerra,
y en el testamento deja
y le dice a su mujer

que me case yo con ella.

–Eso sí que no lo haría,
eso sí que no lo haré:
siete años lo he esperado
y siete lo esperaré;
si a los catorce no viniere,
de monja me meteré.

–Y esos hijos que tienes,
dime qué les vas a hacer.

–Uno lo meto a cura,
otro lo pongo a leer,
otro lo dejo a mis padres
para que sirvan dél.

–Vuelve los ojos, morena,
si me quieres conocer;
¡tienes aquí a tu marido
y no te casas con él!

“Las señas del esposo” en Teresa de Santos (selección), *Romancero para niños*. México, SEP-Colofón, 2005.

115. Carta a un amigo

No puedo darte soluciones
para todos los problemas de la vida,
ni tengo respuestas para tus dudas o temores,
pero puedo escucharte y buscarlas junto a ti.

No puedo trazarte límites
dentro de los cuales debas actuar,
pero sí te ofrezco el espacio necesario para crecer.



No puedo evitar tus sufrimientos
cuando alguna pena te parte el corazón,
pero puedo llorar contigo
y recoger los pedazos para armar todo de nuevo.

No puedo decirte quién eres ni quién deberías ser.
Solamente puedo quererte como eres y ser tu amigo.

No puedo cambiar tu pasado ni tu futuro.
Pero cuando me necesites, estaré allí.

No puedo evitar que tropieces.
Solamente puedo ofrecerte mi mano
para que te sujetes y no caigas.
Tus alegrías, tu triunfo y tus éxitos no son míos.
Pero disfruto sinceramente cuando te veo feliz.

No juzgo las decisiones que tomas en la vida.
Me limito a apoyarte,
a estimularte y ayudarte si me lo pides.

No puedo impedir que te alejes de mí.
Pero si puedo desearte lo mejor
y esperar a que vuelvas.

Jorge Luis Borges. <http://www.poemas-de-amor.es/poemas-amistad/carta-a-un-amigo.php>

116. Copo de nieve

Hace muchos años, en una aldea eslava, vivía una pareja sin hijos llamada María e Iván. Se amaban mucho, pero su felicidad era incompleta porque no tenían hijos. Cuando se hicieron mayores, se dieron cuenta que el placer que siempre habían sentido al ver jugar a los niños de otras personas se había convertido en tristeza. “Ojala tuviéramos nuestros propios hijos”, se decían. Pero, con el transcurso de los años, abandonaron la esperanza de ver cumplido su deseo.

Un frío invierno –el más frío que nadie podía recordar– estuvo nevando durante días y se acumularon enormes montañas de nieve alrededor de las casas. Una mañana María e Iván estaban sentados ante su ventana mirando a los niños hacer un muñeco de nieve y escuchando sus gritos alegres, cuando una gran resolución emergió del corazón de Iván y exclamó: “¡María, salgamos a construir nuestra propia muñeca de nieve!”

A su esposa le gustó la idea. “Sí, así pasaremos una mañana agradable –dijo–. Pero en vez de hacer una muñeca de nieve, vamos a hacer una niña de nieve. Así podremos cuidar de ella como si fuera real. No podemos tener niños ¡pero nadie puede impedir que hagamos nuestra propia hija de nieve!” Y, bien abrigados y calzando botas gruesas, sombrero y bufanda, salieron al jardín.

María e Iván estaban tan emocionados con su plan que pronto se olvidaron del frío. Trabajaron con toda la fuerza de sus viejos huesos hasta que reunieron nieve suficiente para formar el cuerpo, los pies y los brazos de la criatura. Finalmente, pusieron la cabeza de nieve en lo alto. Sus vecinos estaban bastante sorprendidos al ver a la pareja de ancianos ajetreada y riendo con la nieve. “¿Qué están haciendo?”, se preguntaban unos a otros.

María e Iván se sentían cada vez más felices a medida que moldeaban con cuidado los ojos, las orejas, la nariz y la boca. Finalmente, la niña de nieve quedó terminada. Dejando sus huellas sobre el suelo helado, la pareja se alejó unos pasos para admirar el resultado de su mañana de trabajo. María no pudo resistir acercarse más a la criatura de nieve. Con suavidad colocó su mano en la mejilla de la niña de nieve y empezó a llorar. Sintió una brisa fresca en su rostro. Con asombro se dio cuenta que era aliento humano, procedente de la boca de la niña. Al acercarse se encontró a sí misma mirándose en un par de profundos ojos azules. Lentamente, los labios se volvieron de color rojo y empezó a sonreír.

Iván se asustó. “¿Qué hemos hecho?”, gritó, atemorizado, y se santiguó.

Pero María sentía una profunda paz en su corazón cuando miraba a la niña que empezaba a mover los brazos y las piernas. “Dios nos ha enviado este regalo –dijo abriendo los brazos para abrazar a la niña de nieve–. Es nuestra hija y su nombre es Copo de Nieve.

117. ¿Por qué dan comezón los piquetes de mosquito?

La respuesta *loca* del Doctor Quenó:

Justo debajo de la piel viven unos animalitos, los dermatícos. En general, están tranquilos y no los sentimos.

Cuando nos pica un mosquito, despierta a los dermatícos, que se agitan en todas direcciones.

¡Vamos, Doctor Quenó! ¡Los dermatícos no existen!

La respuesta *exacta* del Doctor Quesí:

- 1) Cuando te pica un mosquito, hunde su trompa en la piel y succiona un poco de tu sangre. Esta picadura es tan pequeña que ni la sientes.
- 2) Antes de succionar la sangre, el mosquito envía a tu piel un producto, llamado anticoagulante, que hace que la sangre esté más líquida: así le resulta más fácil extraerla.
- 3) Cuando el mosquito se va, el anticoagulante se queda bajo la piel. Se forma un bulto que te irrita. La piel dice: “¡Cuidado! ¡Hay un producto extraño!”. No hace mucho daño, sólo molesta. En unas cuantas horas, el cuerpo destruye el producto y desaparece la comezón.

¡Gracias, Doctor Quesí! Ahora lo entiendo.

Los + del Doctor Quesí... (No hay quien lo pare.)

Pica menos

Cuando nos pica menos, el cerebro recibe la información de que “da comezón”. Al rascarse, el cerebro recibe la información “me rasco” y olvida un poco la otra (“da comezón”). Por eso, al rascarse da menos comezón. Pero si dejamos de rascarnos, da más.

Da más comezón

Las picaduras producen comezón porque el cuerpo se defiende del producto que ha inyectado el mosquito. Al rascarse, la piel se daña. Poco después, la piel quiere defenderse un poco más. Si nos rascamos una picadura, después da más comezón.

A gusto de los mosquitos

A algunos de nosotros, los mosquitos nos pican con más frecuencia. Otros tienen muchas menos picaduras. Se dice que hay pieles que atraen a los mosquitos. En realidad, no se sabe a qué se debe. Algunos creen que es una cuestión de olor.

Paul Martin, “¿Por qué dan comezón los piquetes de mosquito?” en *Los porqués de la salud*. México, SEP-SM, 2007.

118. Episodio del enemigo

Tantos años huyendo y esperando y ahora el enemigo estaba en mi casa. Desde la ventana lo vi subir penosamente por el áspero camino del cerro. Se ayudaba con un bastón, con el torpe bastón que en sus viejas manos no podía ser un arma sino un báculo. Me costó percibir lo que esperaba: el débil golpe contra la puerta. Miré, no sin nostalgia, mis manuscritos, el borrador a medio concluir y el tratado de Artemidoro sobre los sueños, libro un tanto anómalo ahí, ya que no sé griego. Otro día perdido, pensé. Tuve que forcejear con la llave. Temí que el hombre se desplomara, pero dio unos pasos inciertos, soltó el bastón, que no volví a ver, y cayó en mi cama, rendido. Mi ansiedad lo había imaginado muchas veces, pero sólo entonces noté que parecía, de un modo casi fraternal, al último retrato de Lincoln. Serían las cuatro de la tarde.

Me incliné sobre él para que me oyera.

–Uno cree que los años pasan para uno –le dije– pero pasan también para los demás. Aquí nos encontramos al fin y lo que antes ocurrió no tiene sentido.

Mientras yo hablaba, se había desabrochado el abrigo. La mano derecha estaba en el bolsillo del saco. Algo me señalaba y yo sentí que era un revólver.

Me dijo entonces con voz firme:

–Para entrar en su casa, he recurrido a la compasión. Lo tengo ahora a mi merced y no soy misericordioso.

Ensayé unas palabras. No soy un hombre fuerte y sólo las palabras podían salvarme. Atiné a decir:

–Es la verdad que hace tiempo maltraté a un niño, pero usted ya no es aquel niño ni yo aquel insensato. Además, la venganza no es menos vanidosa y ridícula que el perdón.

–Precisamente porque ya no soy aquel niño –me replicó– tengo que matarlo. No se trata de una venganza sino de un acto de justicia. Sus argumentos, Borges, son meras estratagemas de su terror para que no lo mate. Usted ya no puede hacer nada.

–Puedo hacer una cosa –le contesté.

–¿Cuál? –me preguntó.

–Despertarme.

Y así lo hice.

Jorge Luis Borges, “Episodio del enemigo” en *Libros de sueños*. México, SEP-Alianza, 2002.

119. ¿Qué se siente fumar?

El primer contacto con el tabaco es siempre desagradable. La persona siente que le pasa una lija por la garganta, comienza a toser y se puede llegar a marear de tal manera que en casos



extremos, remata su primer cigarrillo yendo a vomitar. Poco a poco, al repetir la experiencia una y otra vez, el fumador aprende a disfrutar del tabaco aunque parezca increíble y cae en las redes adictivas de la nicotina y sus amigas. Aunque también existen aquellas personitas que nunca gustan de fumar, por su olor, por su sabor o por su textura.

¿Qué les pasa a las personas que no fuman, pero conviven con fumadores?

Lo más injusto es que las personas que viven con un fumador se convierten automáticamente en fumadores secundarios o pasivos, y comparten todos los riesgos y trastornos anotados aquí. Por eso, para proteger los derechos de quienes no fuman, hoy día, las autoridades sanitarias están tomando medidas para lograr que cada vez menos gente fume y que la que fuma, fume menos.

¿Por qué la gente fuma a pesar de que sabe que hace daño?

Los fabricantes de cigarros son tramposos, como casi todos los comerciantes. Con tal de vender más, han añadido a la fórmula de los cigarrillos componentes químicos que incrementan el poder adictivo que ya de por sí tiene el tabaco. Su estrategia ha dado resultado, pues a pesar de costosas campañas en contra del hábito de fumar, en nuestros días, la cajetilla rojiblanca de la marca de cigarros líder del mercado mundial, es el producto de mayor venta en el mundo. O sea, una cajetilla de “Malburro” se vende más que las aspirinas, los kilos de azúcar, o las latas de refresco de cola. En otras palabras, la prohibición que pesa sobre otras drogas y que alguna vez sufrió el tabaco en varios lugares, difícilmente volverá a ocurrir, porque las grandes compañías

tabacaleras tienen un enorme poderío económico y político a nivel mundial, y no permitirán que esto suceda. Aparte de que, como hemos visto, el tabaco tiene lo suyo también.

Humberto Brocca, "Tabaco" en *De la ficción a la adicción*. México, SEP-Santillana, 2006.

120. Ajedrez

Le apasionaba jugar al ajedrez y llevaba siempre consigo un pequeño tablero de bolsillo con sus respectivas piezas.

En cuanto subió al tren, trabó conversación con el compañero de viaje que ocupaba el asiento situado frente al suyo y lo instó a jugar una partida. El invitado se negó.

–Conozco muy poco, casi nada, del juego–ciencia –le respondió cortésmente.

Entonces él insistió con tanta porfía que logró convencer al renuente viajero. Se inició la partida. Como su forzado contrincante jugara en forma inusitada, estrafalaria, perdió la serenidad, cayó en error y al cuarto movimiento dejó un caballo a merced de las piezas enemigas. Su adversario, tal vez distraído, iba a pasar por alto la jugada que le favorecía, pero él caballerosamente, le llamó la atención:

–Cómase usted el caballo –le dijo señalándole la pieza indefensa.

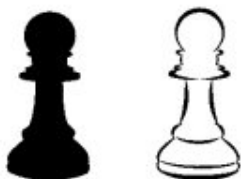
–¿El caballo? ¿Esa pieza es un caballo? ¿Quiere usted que yo me lo coma?

–Sí. Es imperativo que se lo coma. No quiero ventaja. Cómaselo. Por favor, cómaselo.

–Si usted lo pide tan fervientemente... –dijo con voz sumisa.

Y tomó la pieza que se le señalaba y la engulló de un bocado. Al segundo se levantó presuroso, aprovechó el paso lento del tren, que se acercaba a una estación, saltó a tierra y se alejó en ligero trote, relinchando, por una vereda que de seguro conducía a un potrero cercano.

José María Méndez, "Ajedrez" en Edmundo Valadés (comp.), *El libro de la imaginación*. México, FCE, 1999.



121. La ciudad “no sé dónde”

Hoy hace treinta mil años,
de la ciudad “No sé dónde”
me mandaron una carta
a las treinta de la noche.

Lo primero que me dicen
que la ciudad es muy grande,
que tiene treinta mil leguas,
fuera de los arrabales.

Las calles no son como éstas,
son de muy finos metales,
las muchachas que allá habitan

son aceitunas cordiales [*amables*].

Las pilas llenas de aceite,
llenas y sin derramarse,
vuelan los patos asados
en sal, pimienta y vinagre.

Los templos son de azúcar;
de caramelo, los frailes;
monaguillos, de panocha;
de miel, los colaterales;
el sacristán, de panocha,
y el cantor, de queso grande.

“La ciudad no sé dónde” en Vicente T. Mendoza (comp.), *Lírica infantil de México*. México, FCE, 1984.

122. ¿Por qué hay tantos coyotes?

Hace mucho tiempo, vivían en un pueblito seis hermanas muy, pero muy lindas. Los domingos iban a la plaza; en las trenzas llevaban listones de seda y se ponían tantito rojo en las mejillas y agua de flores en el cuello y detrás de las orejas. Todos los muchachos se les quedaban viendo.

Nadie andaba tras ellas tanto como Coyote. El muchacho se sentía guapo y siempre andaba molestándolas. Apenas las veía, les salía al paso y ya no se les separaba en toda la tarde. Les echaba flores, las invitaba al cine o a tomar nieve. Y si querían platicar con otros jóvenes, Coyote no se los permitía.

Una noche de feria, cansadas de aguantar a Coyote. Las seis hermanas aprovecharon el borlote para subir a los cielos sin que el muchacho se diera cuenta. El domingo siguiente Coyote no las



encontró. Las muchachas estaban muy divertidas, viendo desde el cielo cómo daba vueltas en la plaza y, para vacilarlo, lo llamaron.

Volteó Coyote para todas partes y no encontró nada de nada; hasta que ellas volvieron a llamarlo, y entonces el muchacho se dio cuenta de que estaban más allá de los tejados del pueblo, en el cielo. Las vio convertidas en seis estrellas que están siempre muy juntas, como van siempre las muchachas si es que andan vacilando con los muchachos.

Cuando las seis hermanas vieron que coyote se quedaba mirándolas, una de ellas se quitó de las trenzas un listón y lo dejó caer para que colgara hasta la Tierra y el joven pudiera subir.

Allí fue Coyote, agarrado de la cinta, sube que sube. Poco le faltaba para llegar al cielo, cuando una de ellas cortó el listón. Dando vueltas Coyote fue cayendo por el aire, hasta que quedó en los puros huesos. Puros huesos cayeron, y al chocar contra las piedras se desparramaron.

Cuando la abuela de Coyote escuchó el estrépito, salió a ver qué sucedía: en seguida se dio cuenta que eran los huesos de su nieto, así que se puso muy triste y comenzó a recogerlos. Los fue juntando, hasta que los tuvo todos.

Entonces los molió en un metate, y como estaba llorando, sus lágrimas se mezclaron con el polvo de los huesos. Con esa masa la abuela hizo muchas bolitas y las guardó en una olla. Luego la tapó, la dejó sobre las cenizas del brasero y se fue a llorar a su cama.

En la madrugada, la abuela escuchó que alrededor de la casa había muchos coyotes aullando. Corrió a la cocina, destapó la olla y vio que no quedaba ninguna bolita de lágrimas y huesos. En cambio, una manada de coyotes se había dispersado por la tierra.

Por eso, todavía hay coyotes en el mundo. Y dicen, que al alzar la cabeza ven en el cielo a las seis hermanas. Por eso cuando es de noche aúllan los coyotes, dolidos y enamorados.

Felipe Garrido, "¿Por qué hay tantos coyotes?" en *Cómo fue que hubo tantos coyotes*. México, SEP-Alfaguara, 1996.

I23. Balada del fondo del mar



No hay silencio profundo
en el fondo del mar.
Las criaturas marinas
parlotean sin cesar.

Imagina una selva
con su ruido animal,
imagínate el caos...
de una inmensa ciudad.

Las ballenas ensayan
sus canciones de amor,
sus lamentos profundos
van volando hasta el sol.

Y los peces pequeños
y el feroz tiburón
y los pulpos gigantes,
todos tienen su voz.



Hay medusas, cangrejos,
hay estrellas de mar,
y hay delfines rosados
que no paran de hablar.

Se oyen gritos, gemidos,
se oye el agua vibrar,
se oye el viento silbando
y la Tierra al girar.

Se oyen muchas historias
en el fondo del mar.

Las sirenas las cuentan
con un triste cantar.

Y los barcos hundidos,
con corazas de sal,
en fantasmas que arrullan
desde el fondo del mar.

Yolanda Reyes, "Balada del fondo del mar" en Martha Sastrías, *Lecto-juego-acertijos para motivar a los niños a leer el mundo natural*, México, Pax, 2003.

I24. Creación del mundo (cuento náhuatl)

Apenas había aparecido la vida. El Señor Tlalocan ordenó a la tierra que reverdeciera y pronto todo se cubrió de yerba, de bosque, de selva. Aparecieron los animales en el mundo. El Señor Tlalocan pensó:

—¿Y para quién será todo esto? Voy a hacer otro animal que lo usará todo.
Hizo un hombre y una mujer para que vivieran en el mundo y lo poblaran.
Pero no se hablaban, ni se veían siquiera. Y así, ¿pues cuándo?

–¿Cómo haré? –se preguntaba el Señor Tlalocan.

Juntó un buen tanto de piojos y tomándolos en los dos puños cerrados se los echó en la cabeza; un puñado al hombre y otro a la mujer: se rascaban y se rascaban. Y como nadie se puede espulgar solo, pues tuvieron que hablarse. Y como es un asunto tardado, comenzaron a quererse.

Y así empezó todo, así nacimos en la tierra, porque el señor Tlalocan usó a los piojos, para ayudar tantito a nuestros primeros padres.

¿Qué les parece? Ahora resulta que los seres humanos les debemos nuestra existencia a los piojos.

“Creación del mundo. Cuento Náhuatl” en Elisa Ramírez (comp.), *Tres enamorados miedosos. Cuentos y narraciones indígenas*. México, SEP, 1990.

125. Los números: esos antiquísimos enigmas

¿Quién fue el primer hombre que empezó a contar? ¡A saber! Probablemente uno que quería jactarse explicando a los demás a cuántos leones se había enfrentado o una mamá que estaba ya harta de responder “No lo sé” cuando alguien le preguntaba “¿Cuántos hijos tiene señora?”, o tal vez un niño que intentaba reivindicar, pugnando con su hermano, la propiedad de aquellos preciosos guijarros que había encontrado.

Cualquiera que sea la historia, sabemos con certeza que esto se produjo hace varios milenios.

Numeración en base 10

La numeración en base 10 es una de las más difundidas entre las culturas antiguas y modernas de todo el mundo, y el motivo es muy simple: nuestras manos tienen diez dedos, y por lo tanto, nada más fácil para contar que usarlos. ¡Supongo que estarás de acuerdo!

El bravo Afet, pastor egipcio, tenía un pequeño rebaño de veintitrés ovejas, y perder una sola de ellas le supondría un grave perjuicio.

De ahí que cada tarde, antes de conducir las de nuevo al redil, las contaba para estar seguro de que estaban todas.

Para contar 23 ovejas, agotaba los dedos de las manos una primera vez, luego una segunda vez, y por último usaba 3 dedos.

Bastaba recordar que había utilizado 2 veces todos los dedos (2 decenas) y luego había usado otros 3 (3 unidades). En total, 23. ¡Así de fácil!

De haber tenido 6 dedos (dos manos con tres dedos en cada una) y el mismo número de ovejas, habría agotado los dedos de las dos manos una primera vez, una segunda vez y una tercera, y aún le quedarían 5 dedos para completar la cuenta.

En cualquier caso, cada cual puede contar como más lo prefiera; basta conocer el resultado, es decir, basta concretar en qué base se cuenta.

Los egipcios contaban como nosotros, en base 10, pero su escritura era muy diferente de la nuestra.

Un problema de todos los siglos

Saber representar números muy grandes era útil en general para contar cuántos hombres habían desplegado en batalla, ¡pero no cuando, por ejemplo, tenían que repartirse una pieza de pan! Los problemas, y no sólo los matemáticos, se planteaban cuando había pocas cosas que contar, como en el caso de tener que repartir una sola pieza de pan entre muchas personas (¡desde luego, los generales no estaban dispuestos a renunciar a su porción!).

Anna Parisi, “Los números: esos antiquísimos enigmas” en *Números mágicos y estrellas fugaces: los primeros pasos de la ciencia*. México, SEP-Oniro, 2006.

126. La hormiga león

La verdad es que nunca se ha visto un león que quiera ser hormiga, no porque tenga miedo a ser tan chiquitito, sino porque el león es el rey de la selva y le quedaría muy grande la corona.

Ahora, lo contrario sí ha sucedido. Hubo una vez una hormiga que quiso ser león.

La cosa empezó cuando la hormiga se puso la peluca grandulona de su abuela y lanzó un rugido. En seguida corrió a meterle miedo a los demás.

Aquello era tremendo. Mientras las otras andaban acarreado hojas o pastoreando pulgones (que son las vacas de las hormigas) para que no faltara la leche en el hormiguero, ella se pasaba el día como si se tratara de un verdadero león.

Luego los rugidos se le fueron a la cabeza, quiso irle arriba a un mosquito chupaflor y terminó teniendo una reyerta con un gorgojo pendenciero.

Así anduvo la hormiga hasta el día en que se quedó sola en el monte. Sola con su peluca y sus rugidos.

Entonces se dio cuenta que, hasta el mismo león, solo, puede ser una hormiga.

Y aprendió otra cosa más: que a una hormiga cualquiera pueden aplastarla, aunque ruja como un león.

Pero, ¿verdad que un hormiguero, en cambio, es algo respetable?

Froilán Escobar, "La hormiga león" en *Secreto caracol*, Bs.As., Colihue, 1993.

127. Por amor al arte

¿Dónde hay arte?

Aparte de en los museos y galerías, y de los edificios y monumentos que podemos ver por la calle, el arte lo podemos encontrar también en la música, en la poesía, en los anuncios publicitarios..., y hasta en un centro de mesa. Eso, por no hablar del bello espectáculo de la naturaleza.

¿Son los artistas quienes hacen todo eso? Sí, pero no es su única misión: la función fundamental de un artista es enseñarnos a mirar la realidad con otros ojos. Para eso cuenta con una sensibilidad especial capaz de observar primero y, luego, de despertar nuestra imaginación. Así influye sobre nuestros sentimientos y pensamientos que van por la vida corriendo a todo correr, sin concederse descanso. Los artistas nos invitan a parar, a reflexionar, a detenernos ante las obras de arte.

También tú eres artista

Nosotros, sin ser artistas profesionales, muchas veces nos comportamos con auténtico arte: componemos y ordenamos la imagen cuando hacemos una foto; elegimos la pintura

y el color de una pared teniendo en cuenta la luz del cuarto o los muebles que hay en la habitación: decidimos peinarnos de una manera y ponernos determinado vestido...

Naturalmente, el arte va mucho más allá de eso. Es una aventura en la que podemos embarcarnos y en la que, poco a poco, buscaremos y hallaremos tesoros que nos descubrirán un mundo nuevo. Edificios, esculturas, tejidos, un frasco de perfume, un vaso... todo puede convertirse en una obra de arte.

¿Qué tengo que hacer para ser artista?

En principio, toda persona puede ser un artista; pero la realidad es que sólo unos pocos lo logran. El artista tiene que tener una sensibilidad especial, capacidad de creación, de dar forma a la inspiración..., y esto requiere dotes naturales, vocación, adiestramiento y trabajo.

La historia demuestra que, para un artista, conseguir un puesto importante en la sociedad es difícil y costoso.

Nosotros conocemos a los que han triunfado, pero ¿cuántos se han quedado en el camino? Incluso a los famosos les ha llevado mucho tiempo de trabajo, de escritos, de tareas...

Nada sin esfuerzo

Lo esencial para triunfar, en esta como en cualquier otra profesión, es la voluntad para el trabajo, la constancia, el estudio... En las artes plásticas, hay otra cosa esencial: la visita a los museos.

Ver, ver y más ver. Eso, además del dominio de la técnica, del uso de los materiales, sin descuidar el estudio paralelo de las ciencias y las humanidades.

En la actualidad la vía de acceso a la profesión de artista es la formación en las escuelas de Bellas Artes.

Son estudios superiores, universitarios. Generalmente se ingresa mediante un examen, que consiste en una prueba de dibujo a lápiz sobre una figura de yeso y una prueba de color ante una naturaleza muerta. Una vez adquiridos los conocimientos y las destrezas ¿eres ya un artista? Probablemente no: una cosa es tener esta formación y otra ser capaz de expresar tu inspiración utilizando los materiales.

María Villalba, *Por amor al arte*. México, SEP-SM, 2003.

128. Tres enamorados miedosos

Vivía en un pueblo una muchacha muy bonita; tan bonita, que tres hermanos comenzaron a enamorarla. Ella los oyó a los tres y no sabía cómo decirles que no sin que se pelearan. Esto fue lo que se le ocurrió al fin:

Llegó el mayor a declarar su amor.

–¿De veras me quieres tanto? –le preguntó la muchacha.

–Ay niña. Tanto te quiero, tanto, que haría cualquier cosa que pidieras.

–Bueno. ¿Irirías a cuidar a un muerto en el cementerio?

–Sí.

–Ven en la noche, el muerto estará listo, lo llevarás al camposanto.

–Bueno.

Al rato llegó a declararse el segundo hermano.

–Haría lo que me pidieras, para que supieras cuánto me gustas.

–¿De veras?

–Claro.

–Pues esta noche harás como si fueras muerto.

Aceptó y le tomó las medidas para hacerle su caja.

El tercer hermano llegó más tarde.

–Ay, niña, eres mi amor. Haría por ti lo que me ordenaras.

–¿Harías de diablito?

–De lo que pidas y mandes.

Lo citó para la noche.

Cuando llegó el que iba a hacer de muerto, lo amortajó y lo metió al ataúd.

Al rato llegó el que debía cuidarlo: le dio cuatro cirios y lo mandó al panteón con el difunto a velarlo.

Al más chico lo vistió con un traje cubierto de latas agujeradas. Cada lata llevaba una vela encendida dentro. Le puso cuernos. Salió lanzando destellos y chispas; tintineaba al caminar.

–¿Y qué debo hacer? –preguntó.

–Ve al panteón y te pones a dar de brincos.

Llegó al panteón y, aunque con miedo, comenzó a saltar.

–¡Ave María Santísima, qué es eso! –gritó el que estaba velando. Se echó a correr.

–¡Jam, un diablo! –gritó el muerto y escapó.

–¡Un muerto que corre! –gritaba el diablito al emprender la huida.

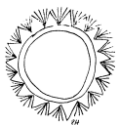
El primero volteaba y veía que lo perseguían. No paró hasta llegar a su casa. Se aventó a su hamaca.

El segundo, para escapar del diablo, se escondió en la misma hamaca.

El diablo, con el susto, ni vio que el muerto venía delante de él, se fue a encontrarlo en su mismísima hamaca.

Cuando se dieron cuenta de la broma y de su miedo, dejaron en paz a la muchacha: ni la volvieron a ver; ni adiós le dijeron.

Elisa Ramírez (comp.), *Tres enamorados miedosos. Cuentos y narraciones indígenas*. México, SEP, 1990.



129. Sol de Monterrey

No cabe duda: de niño,
a mí me seguía el sol.

Andaba detrás de mí
como perrito faldero;
despeinado y dulce,
claro y amarillo:
ese sol con sueño
que sigue a los niños.

Saltaba de patio en patio,
se revolcaba en mi alcoba.

Aun creo que algunas veces
lo espantaban con la escoba.

Y a la mañana siguiente,
ya estaba otra vez conmigo,
despeinado y dulce,
claro y amarillo:
ese sol con sueño
que sigue a los niños.

Todo el cielo era de añil;
toda la casa, de oro.

¡Cuánto sol se me metía
por los ojos!

Mar adentro de la frente,
a donde quiera que voy,
aunque haya nubes cerradas,
¡oh cuánto me pesa el sol!,
¡oh cuánto me duele, adentro,
que viaja conmigo!

Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.

Cada ventana era sol,
cada cuarto era ventanas.

Los corredores tendían
arcos de luz por la casa.

En los árboles ardían
las ascuas de las naranjas,
y la huerta en lumbre viva
se doraba.

Los pavos reales eran
parientes del sol. La garza
empezaba a llamear
a cada paso que daba.

Y a mí el sol me desvestía
para pegarse conmigo
despeinado y dulce,
claro y amarillo:
ese sol con sueño
que sigue a los niños.

Cuando salí de mi casa
con mi bastón y mi hato,
le dije a mi corazón:
—¡Ya llevas sol para rato!

Es tesoro —y no se acaba:
no se me acaba —y lo gasto.
Traigo tanto sol adentro
que ya tanto sol me cansa.

Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.

130. Los secretos de Margarita

Hoy vamos a leer la historia de una niña que comienza a llevar un diario. Un cuaderno donde anota todo lo que le sucede.

Dicen que hay que escribir todo... ¿Escribir todo? ¿Hasta esos sueños, secretos y fantasías que se me quieren salir de la cabeza? ¿Todo lo que inventemos y hagamos Griselda, Lupe, Cuca y yo? ¿Qué Héctor es el niño que me gusta? Voy a escribir mis secretos de hoy en adelante.

Miércoles 10 de abril

En la mañana traté de peinarme de otro modo para que Héctor se diera cuenta de que ya tengo 12 años, pero no fue fácil porque tenía el pelo tan enredado que le tuve que pedir ayuda a mi mamá y fijarme cómo lo desenredaba, para hacerlo yo sola otro día...

Resulta que me cepillo empezando por las puntas y subiendo poco a poco por mechones, con paciencia, hasta desenredarlo todo; así no me duele tanto.

–¿Por qué se me hacen nudos con el cabello? –le pregunté.

–Es que no te cepillas lo suficiente; sólo lo haces en las mañanas.

Me dijo que los dedos servían de peine, que con las yemas, no las uñas, me peinara y al mismo tiempo me diera un masaje en la cabeza. De esa manera entra el aire y circula mejor la sangre. Es más o menos así:

Sentí como si estuviera lavándome la cabeza, pero al final pude dejarme el pelo suelto, con un broche de lado. Mi cara luce diferente y el cabello se ve más suave y brillante, no como con la trenza de siempre.

Todo el día me sentí más ligera y contenta, pero por más que busqué a Héctor, no lo vi. No importa, mañana puede ser... espero.

Jueves 11 de abril

Hoy correteamos a Héctor... nunca imaginé que corriera tan rápido.

A la salida de clases les conté a mis amigas lo que mi mamá me había dicho acerca del cabello, y todos empezamos a sobarnos la cabeza.

Cuca tiene una forma de cabeza muy chistosa, como de signo de interrogación y el cabello como estropajo. Estoy segura de que podríamos barrer la escuela con su trenza...

En cambio, Griselda lo tiene muy suavcito, como de muñeca. Dice que es porque se lo lava todos los días con jabón de pasta y luego se lo enjuaga muy bien con una fórmula secreta de su mamá.

No me lo quiere decir porque es “secreto de familia”. Por más cosquillas que le hicimos para que nos lo dijera, ni pío... sólo se reía.

Entonces Héctor pasó por ahí, se quedó mirándonos como si estuviéramos locas y empezó a burlarse. Cuando nos dimos cuenta, todas salimos a atraparlo. Nos costó un poco de trabajo porque es muy rápido, pero lo capturamos para tocarle el pelo.

Gritaba pidiendo auxilio, pero nadie lo rescató.

Fue muy divertido. Tiene el cabello grueso, lacio y muy negro.

Nunca se me hubiera ocurrido que el jabón de pasta también sirve para el pelo. Voy a hacer la prueba.

Maite Ibargüengoitia, *Los secretos de Margarita*. México, SEP, 1992.

131. La mata de albahaca



Hace muchos años, en las inmediaciones de un pueblo cuyo nombre no recuerdo, vivían tres hermanas en una casita situada a la orilla del camino. Las hermanas tenían un jardincito, y una de las plantas más abundantes era la olorosa albahaca. Cuidaban el jardincito con mucho esmero y todas las tardes, ya una, ya la otra, se ocupaban de regar las plantas y arreglarlas.

El rey paseaba a caballo y todos los días pasaba frente a la casita de las tres hermanas. Al acercarse, las saludaba invariablemente, diciéndoles:

Adiós, señoritas de las albahacas,

¿Cuántas hojas tiene la mata?

Las niñas callaban por temor al soberano, pero un día la menor resolvió que la próxima contestaría al saludo del rey.

Una tarde, como de costumbre, pasó el rey mientras la menor regaba las plantas y dijo:

Adiós, señorita de la albahaca,

¿Cuántas hojas tiene la mata?

La niña se irguió y le contestó:

Su majestad, que es tan sabio,
¿Cuántas estrellas tiene el cielo?

Al oír esto las hermanas mayores la regañaron y se asustaron pensando en el castigo que les iba a caer por el atrevimiento de la pequeña.

Al rey, sin embargo, le hizo mucha gracia la respuesta de la niña y pensó en hacerle una broma.

Durante unos días, dejó de hacer su acostumbrado paseo a caballo cerca de la casa y, cuando menos lo esperaban las hermanas, las invitó al palacio.

Las niñas tuvieron que obedecer, pero estaban aterrorizadas con el castigo que las esperaba.

Cuando llegaron al palacio, fueron recibidas con grandes honores.

Ellas, como desconocían la etiqueta de la corte, estaban abochornadas y no sabían cómo debían actuar.



Fueron invitadas a dulces exquisitos, frutas que nunca habían visto y olorosos vinos.

La menor no quiso probar nada, y al ver esto el rey le preguntó el motivo. Ella respondió que allí no había nada que deseara comer, pero el rey insistió y le dijo que pidiera lo que quisiera, que por difícil que fuera se lo traería.

Entonces, ella dijo:

Quiero nieve tostada en la punta de un cuchillo.

El rey festejó tanto la ocurrencia de la niña que se casó con ella, y de esta manera la joven se convirtió en reina.

Y comieron felices unas cuantas perdices, y a mí no me dieron porque no quisieron.

De este cuento existen otras versiones, donde se titula “La maceta de albahaca”. El triunfo del ingenio sobre el poder es un tema muy apreciado en los relatos populares, sobre todo si el más pequeño vence, con su humor y sabiduría.

“La mata de albahaca” en Ana Garralón (selección y comentarios), *Cuentos y leyendas hispanoamericanas*. México, SEP-Larousse, 2007.

132. La cucaracha

La Costa Chica es una región comprendida entre Acapulco, Guerrero, y Puerto Ángel, Oaxaca; está limitada al sur por el Océano Pacífico y al norte por la Sierra Madre del Sur. Este espacio está compartido por población indígena, mestiza y afro-mestiza. En esta región se cuenta con una amplia variedad de tradiciones musicales. Éste es un ejemplo de una pieza que retoma los versos de la canción revolucionaria “La cucaracha” y que está integrada al repertorio de la comunidad desde hace muchos años.

La cucaracha no vino
porque le hace falta un pie,
se lo quitó la gallina
se metió adentro e´ la red.

*La cucaracha, la cucaracha
ya no puede caminar,
porque le faltan, porque le faltan,
alitas para volar.*

Ya se va la cucaracha,
ya se va para la estancia,
porque no se quiso dar
al partido de Carranza

*La cucaracha, la cucaracha
ya no puede caminar,
porque le faltan, porque le faltan
alitas para volar.*

Ya se va la cucaracha,
ya se va pa´la Vigía,
porque no se quiso dar
al partido de Chundía.

*La cucaracha, la cucaracha
ya no puede caminar,
porque le faltan, porque le faltan,
alitas para volar.*

Señora, yo no la traje,
usted se vino conmigo:
me dijo que iba a lavar
la ropa de su marido.

*La cucaracha, la cucaracha
ya no puede caminar,
porque le faltan, porque le faltan,
alitas para volar.*

Ayúdame buen Jesús
a pintar un ángel bello,
de la punta de los pies
hasta el último cabello.

*La cucaracha, la cucaracha
ya no puede caminar,
porque le faltan, porque le faltan,
alitas para volar.*

Donde mandan aguilillas
no gobiernan gavilanes,
ni en las nahuas amarillas
aunque las surtan de holanes.

*La cucaracha, la cucaracha
ya no puede caminar,
porque le faltan, porque le faltan,
alitas para volar.*

¡Ay, caramba!, mis frijoles
ya se me están quemando
lo que me vale y me vale
que apenas los estoy sembrando.

*La cucaracha, la cucaracha
ya no puede caminar,*

*porque le faltan, porque le faltan,
alitas para volar.*

Ya con esta me despido
de señoras y muchachas,
aquí se acaban los versos,
versos de “La cucaracha

“La cucaracha” en Carlos Ruíz Rodríguez (comp.), *Versos, música y baile de artesanía de la Costa Chica, San Nicolás, Guerrero y el Ciruelo, Oaxaca. México, SEP-COLMEX, 2005.*

133. Los abanicos hablan

Aunque te parezca mentira, hubo una época en la que tus bisabuelos eran jóvenes y estaban enamorados. Pero entonces no era tan fácil como ahora verse o simplemente escribirse cartas románticas entre los novios. El ingenioso sistema que se inventó para poder lanzarse mensajes sin levantar las sospechas de los padres o vigilantes fue utilizar un objeto que casi todas las señoritas de entonces llevaban a cualquier parte: el abanico. Según la posición o los movimientos del abanico, la mujer podía relacionarse con su enamorado, darle instrucciones o información y declararle sus emociones. Este sistema resulta divertidísimo y, aunque no tengas abanico, podría serte de utilidad si te fabricas uno de cartón o de papel y haces señales desde lejos, eso sí, todas serán señales de amor.

- “Te quiero” podía decirse de dos maneras: una escondiendo los ojos detrás de un abanico abierto, y la otra, moviendo el abanico junto a una mejilla, rozándola.
- Para una cita: tocar el ojo derecho con el abanico cerrado significa que se desea una cita, la hora se marca abriendo un número determinado de varillas.
- Para pedir disculpas: el abanico alrededor de los ojos quiere decir “lo siento”
- Hacer un reproche: para decir que están siendo crueles con nosotras y que queremos un cambio de actitud, cerrar y abrir el abanico varias veces.
- Para pedir prudencia: amenazar con el abanico cerrado.
- Para avisar de que nos siguen o alguien nos está viendo: girar el abanico con la mano izquierda.

- Para pedir que nos sigan: poner el abanico delante de la cara con la mano derecha.
- Para pedir que no nos olviden: se pone el abanico detrás de la cabeza.
- Para pedir discreción y que nuestros secretos no se sepan: abrir el abanico y tapar con él la oreja izquierda.
- Para decir que sí: apoyar el abanico en la mejilla derecha.
- Para preguntar si somos correspondidos en el amor: entregar el abanico cerrado.
- Para decir te odio: mover rápido el abanico entre ambas manos.
- Para explicar que se quiere a otra persona: girar el abanico con la mano derecha.
- Para pedir que se olviden de nosotros: sujetar el abanico abierto con las dos manos.
- Para decir que no: apoyar el abanico en la mejilla izquierda.
- Para pedir solamente amistad y no amor: bajar nuevamente el abanico.
- Para decir adiós: poner el abanico detrás de la cabeza manteniendo un dedo extendido.

Se pueden imaginar a las damas de esa época con sus elegantes abanicos moviéndolos con gracia cuando, en realidad estaban hablando con su amado. En este tiempo las cosas han cambiado con relación al noviazgo pero lo que no cambia es la necesidad de compartir un código secreto para comunicarnos cuando es necesario. ¿Ustedes tienen alguno?

María Mañeru, "Los abanicos hablan", en *El enigma de los códigos secretos*. México, SEP-Diana, 2007.



134. Coplas al viento

De tu boca quiero un beso,
de tu camisa un botón,
de tus manos un anillo
y de tu pecho el corazón.

Dices que no chupas miel
porque no eres abejita:
la noche en que te besé
tenías dulce en la boquita.

Dicen que lo negro es luto,
yo digo que no es verdad:
porque tus ojos son negros
y son mi felicidad.

Tú tienes gripa
yo tengo tos,
con un beso en la boquita
se nos quita a los dos.

Dices que me quieres,
dices que me adoras,
y a la vuelta de la esquina
de cualquiera te enamoras.

Corté la flor de limón
y me la quedé mirando:
tú me dices que sí,
pero no me dices cuando.

Cuando te digan chaparro,
chaparro por estatura,
recuerda que el perfume caro
siempre viene en miniatura.

Ya con ésta me despido
con una estrella de oriente:
no se les vaya a olvidar
lo que tenemos pendiente.

Luis de la Peña (selección), *Coplas al viento*. México, SEP-CONAFE, 2004.

135. El gato

Al día siguiente me moría de ganas de volver a espiar al viejito. Por todo lo que había visto el día anterior, algo me despertaba como nunca la curiosidad. Tanto que en la escuela no pude dejar de pensar en él durante la clase de biología. La maestra se dio cuenta de mi distracción y me pidió que me pusiera de pie.

–Martín, por lo que veo no estás muy interesado en la clase, ¿verdad? ¿Podrías decirme de qué estaba hablando?

A la señorita Lucy era difícil engañarla. No tuve de otra más que decirle la verdad: que no estaba poniendo atención en la clase. El resultado era de esperarse: a ella siempre se le ocurría lo mismo, mandarme al rincón.

Bueno, pero hablaba de que ese día, después de comer un horrible hígado encebollado, que se me antojaba menos que la sopa de ratones, lagartijas y caracoles, me fui a mi cuarto a armar cuanto antes el telescopio y a esperar a que sucediera algo en la calle o en el departamento del viejito. Esa vez llegó tarde, como a las siete de la noche. Se le veía contento. Primero se puso su bata, se comió un durazno y fue al cuarto al que mi telescopio no llegaba. Regresó con un gatito blanco. Lo acarició y lo dejó sobre la mesa, junto a un plato de leche. En esa ocasión no le echó gotas de su asquerosa pócima.

Traté entonces de explicarme todo lo sucedido:

1) Podría ser que el gato embrujado no fuera gato, sino gata, y que la fórmula le hubiera ayudado a tener rapidísimo un hijo.

2) El viejito podría ser un inventor que había descubierto un bálsamo para reducir a los animales de tamaño. Así, cualquier niño tendría en su casa, por ejemplo, un elefante o una jirafa del tamaño de un perrito.

3) Lo peor de todo: que en realidad no sucediera nada extraño, que el viejito no fuera ni brujo ni inventor, que las gotas fueran vitaminas, que el gatito fuera un simple gatito y el gato, un gato que estuviera dormido en esos momentos en algún lugar del departamento que yo no alcanzaba a ver.

El hecho es que el viejito estaba tan alegre que encendió el tocadiscos y se puso a bailar con el cuaderno entre las manos. Luego lo dejó sobre la mesa y se dedicó un rato a escribir en él. Con la otra mano apretaba, como si fuera un trofeo de futbol, el frasco que contenía el jugo de ratones, lagartijas y caracoles.

Otra cosa que recuerdo de ese día es que el gato grande no volvió a aparecer por allí.

Francisco Hinojosa, “El gato” en *La Fórmula del Doctor Funes*. México, SEP-FCE. 2001.

136. Instrucciones para llorar

Dejando de lado los motivos, atengámonos a la manera correcta de llorar, entendiendo por esto un llanto que no ingrese en el escándalo, ni que insulte a la sonrisa con su paralela y torpe semejanza. El llanto medio u ordinario consiste en una contracción general del rostro y un sonido espasmódico acompañado de lágrimas y mocos, estos últimos al final, pues el llanto se acaba en el momento en que uno se suena enérgicamente.

Para llorar, dirija la imaginación hacia usted mismo, y si esto le resulta imposible por haber contraído el hábito de creer en el mundo exterior, piense en un patio cubierto de hormigas o en esos golfos del Estrecho de Magallanes en los que no entra nadie, nunca.

Llegado el llanto se tapaná con decoro el rostro usando ambas manos con la palma hacia dentro. Los niños llorarán con la manga del saco contra la cara y de preferencia en un rincón del cuarto. Duración media del llanto, tres minutos.

Julio Cortázar, “Instrucciones para llorar” en *Historias de cronopios y famas*. México, SEP-Santillana, 2005.



137. El barzón

En algunas partes de México le llaman barzón al cuero que está amarrado al palo con el que el campesino dirige la yunta de animales para abrir surco y sembrar. Los hombres del campo, viendo lo necesario que es ese pedazo de cuero para sus labores y, de paso, para protestar contra el trato injusto, le compusieron esta canción

Esas tierras del Rincón
las sembré con un buey pando,
se me reventó el barzón
y sigue la yunta andando.

Cuando llegué a media tierra
el arado iba enterrado,
se enterró hasta la telera
el timón se iba doblando
el barzón se iba trozando,
el yugo se iba pandeando
el sembrador me iba hablando
y yo le dije al sembrador:
no me hable cuando ande arando.

Se me reventó el barzón
y sigue la yunta andando.

Cuando acabé de pizcar
vino el rico y lo partió,
todo mi maiz se llevó
ni pa comer me dejó,
me presenta aquí la cuenta:

Aquí debes veinte pesos
de la renta de unos bueyes,
cinco pesos de magueyes,
tres pesos de una coyunda,
cinco pesos de unas fundas,
tres pesos no sé de qué
pero todo está en la cuenta
a más de los veinte reales
que sacaste de la tienda.

Con todo el maiz que te toca
no le pagas a la hacienda.
Ahora vete a trabajar
pa que sigas abonando.

Nomás me quedé pensando
haciendo un cigarro de hoja
¡qué patrón tan sinvergüenza
todo mi maiz se llevó
para su maldita troje!

Se me reventó el barzón
y siempre la yunta andando.



“El barzón” en Esther Jacob (selección) *Costal de versos y cuentos*. México, SEP-CONAFE,

1997.

138. ¿Qué es una selva tropical húmeda?

Si te encuentras rodeado de abundantes plantas, sientes que no dejas de sudar y la copa de los árboles te parece inalcanzable, puedes decir que estás en una selva tropical húmeda.

Existen muchos tipos de selvas, pero no todas son tropicales ni húmedas. Se les llama tropicales porque se encuentran entre el Trópico de Capricornio y el Trópico de Cáncer.

Se conocen también como selvas altas perennifolias, o bosques tropicales perennifolios, pues sus plantas se caracterizan por tener hojas perennes; es decir, en ninguna época del año las pierden; por eso las selvas húmedas están siempre verdes.

Las selvas tropicales húmedas se distinguen de otros ecosistemas porque en ellas llueve la mayor parte del año, y por la enorme variedad de plantas y animales que las habitan. Los científicos dedicados al tema han contado de 50 a 300 especies de árboles en tan sólo una hectárea de selva –diez mil metros cuadrados.

Cuando un área presenta esta abundancia de especies animales y vegetales se dice que cuenta con una gran biodiversidad.

En México puedes visitar selvas húmedas tropicales desde el sur de San Luis Potosí, pasando por Veracruz, Oaxaca, Chiapas, Tabasco, hasta Campeche y Quintana Roo. Algunas están protegidas en zonas llamadas *áreas naturales protegidas*, como Los Tuxtlas en Veracruz, Calakmul en Campeche; El Triunfo, El Volcán de Tacaná, La Sepultura, El Ocote, Lacan-Tún y Montes Azules en Chiapas.

Martha Salazar García, “¿Qué es una selva tropical húmeda?” en *Entre monos y lianas. Un acercamiento a la selva húmeda*. México, SEP-Pluralia, 2005.



139. ¿Quién es el que anduvo aquí?

El nombre de Francisco Gabilondo Soler se asocia a la música y a las canciones para niños. Sin duda así es como mundialmente se conoce a ese ser humano que creó un personaje al que bautizó como Cri-Crí, expresión que alude al canto del grillo que se escucha apenas el Sol se va a dormir. Pero Francisco Gabilondo Soler tenía espíritu de aventurero y alma viajera. No se conformó con ser autor de hermosas, juguetonas, pegajosas sabias canciones para niños. Detrás de la rotunda y robusta figura de canta-cuentos, cuenta-cantos, se asomaba la del astrónomo, la del boxeador, la del torero, la del pianista autodidacto, la del marinero.

Este artista nació el 6 de octubre de 1907, en Orizaba, Veracruz y se fue de este mundo el 14 de diciembre de 1990. Su vida fue envidiable por diversa; fascinante por azarosa; inolvidable por multifacética y alejada de los convencionalismos. La suya, sin duda no fue una existencia plana ni fácil. Precisamente porque quería hacerlo todo, porque era un curioso innato, su cotidiano vivir estaba lejos de ser tranquilo y apacible.

Ese hombre que ocupaba largas horas en leer y escribir para continuar la tarea que inició el 15 de octubre de 1934, al crear a Cri-Crí, su personaje, gastaba también sus ojos y su mente en la observación del cielo durante las noches estrelladas. Esta fue quizá la mayor pasión de Gabilondo Soler. La fascinación por observar estrellas y nebulosas lo mantuvo emocionado hasta los últimos días de su vida.

Antes de convertirse en Grillito Cantor, Gabilondo Soler fue boxeador y torero. En los años cuarenta, robándole tiempo al tiempo (y a Cri-Crí), se dejó seducir por una pasión más: el mar. Pero no para irse a dar un chapuzón o a remojar los pies. El mar para surcarlo y hacer realidad las fantasías que luego puso en muchas letras de canciones para niños. Lo que quería era aprender a orientarse en el mar abierto y perderse de la realidad terrestre.

Ya en los años cincuenta, la fama lo alcanzaba a partir de éxitos como “La patita”, “El ratón vaquero”, “Lunada” y tantas más. A lo ancho y largo de cinco décadas compuso más de 170 canciones, de las cuales tal vez cincuenta siguen siendo cantadas por generaciones y generaciones de mexicanos.

Escondido en un rincón del Estado de México, fue hasta sus últimos años ese maravilloso señor que nunca supo estar quieto o dedicarse a una sola actividad. Gabilondo Soler debiera ser reconocido no sólo como el creador de Crí-Crí, sino como el autodidacto siempre dispuesto a aprender y saciar su curiosidad.

Elvira García, "¿Quién es el que anduvo aquí?" en *Tierra Adentro Días de radio*. Número 137, Diciembre 2005 y Número 138, Marzo 2006.

140. El origen del río Amazonas.

Hace mucho tiempo, cuando los hombres podían hablar con los animales, vivían en la selva dos hermanos mellizos con sus abuelos.

Sus padres habían sido atacados por gente de una tribu enemiga y murieron, dejando solos a los pequeños.

En aquel tiempo, el agua escaseaba en la selva, pues todavía no existían ríos ni arroyos, ni lagunas ni quebradas. Apenas llovía. Sólo el abuelo sabía de dónde extraer el agua y a nadie le decía el secreto.

Cada mañana, los dos hermanos mellizos acarreaban el agua hasta la casa. Un día, hartos de cargarla siempre, decidieron averiguar dónde estaba escondida la fuente y gastarles una broma al abuelo.

Uno de los hermanos se transformó en colibrí y voló cerca del abuelo cuando éste se fue a bañar. Descubrió entonces que un gran chorro de agua brotaba del interior de una lupuna, un gigantesco árbol muy frondoso.

Cuando supieron el secreto, los dos hermanos reunieron a los animales roedores, como ardillas, conejos, ratones y pacas, y a las aves pica-maderas, como el pájaro carpintero, para que les ayudaran a talar la lupuna.

Después de un día de trabajo, cuando ya faltaba poco para que la lupuna cayese, decidieron dejar la tarea para el día siguiente. Pero al regresar a la mañana siguiente, hallaron el árbol entero.

El segundo día sucedió lo mismo. Y el tercero también. El árbol casi talado aparecía siempre entero al amanecer, como si no le hubieran hecho nada.

Así que espieron de nuevo al abuelo y descubrieron que, por las noches, curaba a la lupuna y la dejaba como nueva. Entonces, otro día, cuando de nuevo la lupuna estaba casi talada, uno de los mellizos se convirtió en alacrán y picó al abuelo en el dedo gordo del pie. En ese momento, el gigantesco árbol cayó con gran estruendo y retumbó toda la selva.

Al desplomarse la lupuna, comenzó a brotar allí mismo una gran cantidad de agua. El tronco se convirtió en el río Amazonas y sus numerosas ramas se convirtieron en afluentes, riachuelos y quebradas.

Las hojas y las espinas del árbol se transforman en diferentes peces. Primero, nacieron los paiches, después las palometas y, más tarde, los motas, gamitanas, zúngaron, boquichicos y otros pescados que gustan mucho a los niños de hoy.

Y así es como lo cuentan.

El río Amazonas es el más caudaloso del mundo y se extiende desde las montañas de Perú hasta Brasil. Hasta hace pocos años, el mayor misterio del río era encontrar su nacimiento. Finalmente, una expedición de científicos determinó la cuenca en la montaña Nevado Mismi, al sur de Perú, en la cordillera de los Andes.

“El origen del río Amazonas” en Ana Garralón, (selección y comentarios) *Cuentos y leyendas hispanoamericanas*. México, SEP-Larousse, 2007.

141. La física de la naturaleza

Una rana es una saltadora muy potente. ¿Has tratado alguna vez de tocar una? La resbaladiza criatura probablemente saltó velozmente fuera de tu alcance. Algunas clases de ranas pueden saltar hasta veinte veces su tamaño.

Las musculosas patas traseras lanzan la rana por el aire. Una vez que está en el aire, la rana continúa lanzándose hacia arriba y hacia delante. Entonces la gravedad la jala hacia abajo lentamente mientras ella prosigue hacia delante. Si pudieras trazar la trayectoria del salto de la rana, trazarías una curva llena de gracia. Lanza cualquier objeto pesado que no pueda volar por sus propios medios y se deslizará hacia arriba, hacia delante y hacia debajo de la misma manera. (Un objeto muy ligero, como una pluma de ave, no seguirá

esta curva porque la resistencia ofrecida por el aire la alterará.) La curva típica descrita anteriormente se llama *arco parabólico*.

Lo mismo que la física puede predecir que la trayectoria del salto de una rana dibujará un arco parabólico, también puede la física predecir y explicar más o menos todo lo que pasa en el mundo de la naturaleza a tu alrededor: truenos, rayos, arcos iris, puestas de sol y hasta cómo encuentran su camino los murciélagos en la oscuridad.

Susan McGrath, “La física de la naturaleza” en *La Física es diversión*. México, SEP-Promociones Don d’ Escrito, 2002.

142. El barco negro

Hoy vamos a leer una vieja leyenda, vuelta a contar por un poeta moderno, el nicaragüense Pablo Antonio Cuadra.

Cuentan que hace mucho tiempo, ¡tiempales hace! cruzaba una lancha de Granada a San Carlos y cuando viraba de la Isla Redonda, le hicieron señas con una sábana.

Cuando los de la lancha bajaron a tierra, sólo ayes oyeron. Las dos familias que vivían en la isla, desde los viejos hasta las criaturas, se estaban muriendo envenenadas. Se habían comido una res muerta picada de *toboba*, una víbora amante de rondar el ganado moribundo.

–¡Llévennos a Granada! –les dijeron.

Y el capitán preguntó:

–¿Quién paga el viaje?

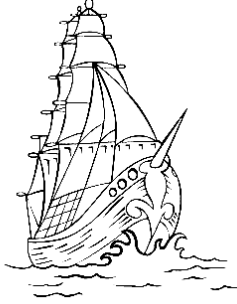
–No tenemos centavos –dijeron los envenenados–, pero pagamos con leña, pagamos con plátanos.

–¿Quién corta la leña? ¿Quién corta los plátanos? –dijeron los marineros.

–Llevo un viaje de cerdos a los Chiles y si me entretengo, se me mueren sofocados –dijo el capitán.

–Pero nosotros somos gentes –dijeron los moribundos.

–También nosotros –contestaron los lancheros–. Con esto nos ganamos la vida.



–¡Por diosito! –gritó entonces el más viejo de la isla–. ¿No ven que si nos dejan, nos dan la muerte?

–Tenemos compromiso –dijo el capitán. Y se volvió con los marineros y ni porque estaban retorciéndose tuvieron lástima. Ahí los dejaron. Pero la abuela se levantó del *tapesco* y a como le dio la voz les echó la maldición:

–¡A quienes se les cerró el corazón, se les cierre el lago!

La lancha se fue. Cogió altura buscando San Carlos y desde entonces perdió tierra. Eso cuentan. Ya no vieron nunca tierra. Ni los cerros ven, ni las estrellas. Tienen años, dicen que tienen siglos de andar perdidos. Ya el barco está negro, ya tiene las velas podridas y las jarcias rotas. Mucha gente del lago los ha visto. Se topan en las aguas altas con el barco negro, y los marinos barbudos y andrajosos les gritan:

–¿Dónde queda San Jorge?

–¿Dónde queda Granada?

Pero el viento se los lleva y no ven tierra. Están malditos.

“El barco negro” en Pablo Antonio Cuadra (comp.), *La piedra y el metal: cuentos, mitos y leyendas de América Latina*. México, SEP-CIDCLI, 2000.

143. Los tres héroes

Hoy vamos a leer a un gran poeta y patriota cubano, que vivió en México muchos años. Así describe a nuestros héroes libertadores.

Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre su patria.

Hay hombres que tienen en sí el decoro de muchos hombres... en ellos van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados.

Estos tres hombres son sagrados: Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de México.

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban y las palabras se le salían de los labios... el mérito de Bolívar fue que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba. Libertó a Venezuela. Libertó a la

Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos...

San Martín fue libertador del Sur, el padre de la República Argentina, el padre de Chile. San Martín hablaba poco, parecía de acero, miraba como un águila, nadie lo desobedecía. Su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire. Hay hombres así, que no pueden ver esclavitud. San Martín no podía; y se fue a libertar a Chile y al Perú. En 18 días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fríos: iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos; abajo, los árboles parecían yerba, los torrentes rugían como leones...

Desde niño fue el cura Hidalgo de la raza buena, de los que quieren saber. Leyó los libros de los filósofos del siglo XVIII, que explicaron el derecho del hombre a ser honrado y a pensar y hablar sin hipocresía. Vio a los negros esclavos y se llenó de horror. Vio maltratar a los indios que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles... el cura Hidalgo montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón. Dijo discursos que dan calor y echan chispas. Declaró libres a los negros. Les devolvió sus tierras a los indios. Ganó y perdió batallas hasta que lo apresaron y mataron.

Hay que querer a todos los hombres que pelearon porque la América fuese del hombre americano. A todos, al héroe famoso y al último soldado, que es un héroe desconocido.

Cristina Carbó et al. *501 maravillas del viejo Nuevo Mundo I*. México, SEP-Hachette Latinoamericana, 1994.

144. La iguana

Las sabanas veracruzanas son tierras húmedas, las aguas las verdean. Y verde, de tanto verde, está la iguana. Parece dinosaurio chaparrito y feroz, pero en realidad es bonachona e inofensiva. Come pura verdura y ni siquiera te muerde.

Tampoco siempre es verde. También hay iguanas negras, los garrobos o tilcampos. De iguanas hay más de trescientas especies ¡una familia muy numerosa! Y, sin embargo, como

a muchos otros animales, ya se le ve poquito en la sabana. A veces, una iguana mascota nos mira desconsolada desde una pecera.

Arriba de la tarima, el bailarín se transforma en iguana y obedece lo que el cantador manda. Flexible, se escurre con mil contorsiones, piesea y rodillea y ombliguea entre las risas de los asistentes.

Dicen que la iguana es verde
y el tilcampo es alazán,
yo agarré una por la cola,
allá por Minatitlán.

Dicen que la iguana muerde,
pero yo digo que no;
yo agarré una por la cola,
y hasta la lengua sacó.

El apompo se quedó
compadre, sin una iguana,
el arroyo se secó
y por eso la sabana
de sentimiento murió.

Iguana mía
para dónde vas,
voy para el puerto
de Soledad,
será mentir,
será verdad,



lo que anda diciendo
la gente allá,
que en ese pueblo
no hay novedad,
y si la hubiere
poco será,
Alaritangea qué iguana tan fea,
que se sube al palo y se zarandea.

Mueve el espinazo, cómo espinacea;
mueve la cabeza, cómo cabecea;
mueve los hombritos, como que le
hombrea;
mueve su pechito, como que pechea;
mueve la cinturita, cómo cinturea;
mueve la cadera, cómo caderea;
mueve su ombliguito, como que
ombliguea;
mueve la colita, cómo la menea, a la
gea, gea.

145. La lucha contra los gérmenes

Todo el mundo estornuda, pero nadie lo hace como Donna Griffiths de Worcester, Inglaterra. Ella empezó a estornudar el 13 de enero de 1981, cuando tenía 12 años, y nunca dejó de estornudar. Donna estornudó una vez cada minuto durante días y días. Un año más tarde, había estornudado cerca de un millón de veces.

Un día, los estornudos de Donna disminuyeron a uno cada cinco minutos, más o menos.

Finalmente, el 16 de septiembre de 1993, celebró su primer día sin estornudar. Para entonces había estornudado 978 días, casi tres años.

Por qué estornudó Donna tanto tiempo es un misterio que los doctores no han podido explicar. Generalmente, los estornudos son una señal de que hay algo en tu nariz, y tu cuerpo quiere deshacerse de eso. Sin siquiera pensarlo, tomas una fuerte inhalación que sale disparada por tu boca y tu nariz, esparciendo todos los gérmenes, polvo y otras partículas que hayan hecho cosquillas en tu nariz, para empezar.

Estornudar es sólo una parte del sistema de defensa de tu cuerpo, un sistema que trabaja para protegerte de los gérmenes que te pueden poner ligeramente malo o gravemente enfermo. Pero los estornudos no son la única forma que tiene el cuerpo para limpiarse. ¿Sabías que tienes todo un ejército de defensores que luchan contra los gérmenes? Sin ellos, tu vida sólo sería una enfermedad tras otra.

Ahora piensa en otra historia que tenemos para contarte: imagina vivir en una sola habitación toda la vida. Así fue para David Vetter. En 1971, David nació con algo que se llama Deficiencia de Inmunidad Severamente Combinada, o DISC. Su cuerpo no podía combatir los gérmenes ni la enfermedad.

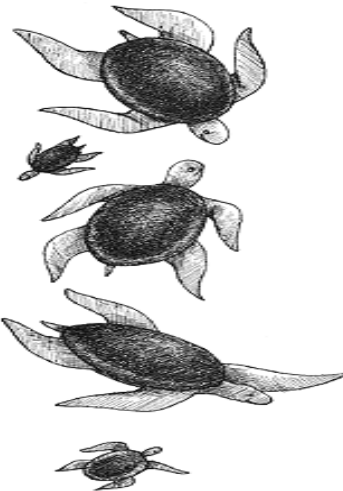
Para mantener todos los gérmenes lejos de él, los doctores colocaron a David en una incubadora libre de gérmenes, cuando sólo tenía unos minutos de nacido. Más tarde lo trasladaron a una habitación de plástico, libre de gérmenes: una “burbuja”, con paredes de plástico transparente. David estuvo bien durante 12 años. Cuando los doctores intentaron hacerle un trasplante de médula enfermaron a David, quien murió unos meses más tarde por las enfermedades que su cuerpo no pudo combatir.

Afortunadamente, la burbuja de David fue la primera y última de su clase. Ahora, cuando los doctores descubren el DISC en un bebé muy pequeño, pueden robustecer su sistema inmunológico, y darle al niño una vida mejor y más sana.

Los gérmenes son los seres vivos más viejos de la Tierra. Algunos tipos han existido desde hace más de 3,000 millones de años.

Trudee Romanek, "La lucha contra los gérmenes" en *¡Achuuuú!*. México, SEP-Planeta, 2007.

146. ¿Por qué vivimos las tortugas en el agua?



Hace mucho tiempo un hombre llegó hasta un matorral donde estaba durmiendo una tortuga.

“Tú serás algo bueno para comer”, dijo el hombre mientras agarraba a la tortuga. Cuando llegó con su gente, todos se agruparon alrededor del hombre, muy ansiosos de participar en el banquete.

“Oh, qué magnífica tortuga”, dijeron unos. “Qué tamaño”. Y luego se dijeron:

“¿Cómo mataremos a la tortuga?”

“Yo tengo una lanza con punta muy aguda”, gritó uno de los hombres. Como todos voltearon a mirarlo, el hombre agregó: “Seré feliz si puedo usar mi lanza”.

Mucho se asustó la tortuga. “Soy una tortuga muerta”, pensó. “Tengo que detenerlo”. Luego gritó para que todos la escucharan:

“¿Una lanza? ¿Con una lanza me van a matar? ¡Eso sí que es chistoso! No me hagan reír”.

Entonces uno de los hombres dijo: “No podrán matar a la tortuga con la lanza, pero la mataremos con piedras”.

“¿Piedras? ¿Con piedras piensan matarme?” y ahora sí estaba la tortuga riéndose de verdad. “¿Quién ha oído que hayan matado alguna tortuga con piedras?”

Otro hombre aseguró que el fuego lo haría: “Arrojemos a la tortuga al fuego”.

“¿Han visto mi caparazón? ¡Toquen, toquen hombrecitos! El fuego sólo podrá hacerme cosquillas.”

Entonces el hombre que la encontró en el matorral ya no se aguantó. Exasperado, sacó su cuchillo y el perverso filo relumbró: “Mi cuchillo nunca me ha fallado”, dijo muy orgulloso.

La tortuga pasó saliva y dos gotitas de sudor resbalaron por su frente.

“¿Cuchillo? ¿Puede tu cuchillo cortar una piedra? Yo soy más dura que las piedras”.

Descorazonados, los hombres se miraron entre sí.

“Una sola cosa nos queda”, dijo el jefe de la tribu.

Y tan hambrienta estaba la gente que estaba dispuesta a aceptar cualquier idea.

“¿Qué es lo que aún no hemos intentado?”, le preguntaban.

“¡El agua!” dijo el jefe. “Arrojemos a la tortuga en el río para que se ahogue”.

“Sí”, gritaron todos.

“No, no, no”, gritó la tortuga y su voz sonaba llena de terror y de pánico. “Por favor, el agua no.” Y acercándose al hombre que la encontró en el matorral, le imploraba: “Por favor, usa tu cuchillo, no dejes que me lancen al agua”.

Pero el jefe gritó:

“Llévenla al río”.

Cuatro hombres la levantaron, la llevaron al río y la lanzaron. La tortuga desapareció de los ojos de los hombres.

“Se está ahogando”, gritó el jefe y todos lo felicitaron por su idea. Pero de repente, la cabeza de la tortuga salió a la superficie y comenzó muy alegre a nadar para alejarse de allí.

“La tortuga nos engañó”, se dijeron los hombres y le gritaron: “¡Regresa!”

“Nunca”, dijo la tortuga.

Yo soy una tortuga y así me lo explicó mi abuelo cuando le pregunté por qué las tortugas vivimos en el agua.

¿Por qué vivimos las tortugas en el agua? México, SEP-Fernández Editores, 1988.

147. Ahí tienes



Ahí tienes que había una vez un muchacho más loco, que toda la vida se la había pasado sueño y sueño. Y sus sueños eran, como todos los sueños, puras cosas imaginarias. Primero soñó en que se encontraba de pronto con la bolsa llena de dinero y que compraba todos los dulces de todos los sabores que había en todas las tiendas del mundo. Así era de rico. Después soñó en tener una bicicleta y unos patines y una buena bolsa de canicas. Más tarde soñó en ser chofer o maquinista de un tren para recorrer lugares. Y se pasaba las tardes tirado de barriga en el suelo, soñando en las cosas interesantes que habría más allá de los cerros que tenía enfrente. En el pueblo de él había unos cerros muy altos. Y a veces soñaba con ser un zopilote y volar, muy suavemente como vuelan los zopilotes hasta dejar atrás aquel pueblo donde no sucedía nunca nada interesante.

Una vez vinieron los Reyes Magos y le trajeron un libro lleno de monitos donde se contaban historias de piratas que recorrían las tierras y los mares más raros que tú o yo hayamos visto. Desde entonces no tuvo otro quehacer que estarse leyendo aquella clase de libros donde él encontraba un relato parecido al de sus sueños.

Se volvió muy flojo. Porque a todos los que les gusta leer mucho, de tanto estar sentados, les da flojera hacer cualquier otra cosa. Y tú sabes que el estarse sentado y quieto le llena a uno la cabeza de pensamientos. Y esos pensamientos viven y toman formas extrañas y se enredan de tal modo que, al cabo del tiempo, a la gente que eso le ocurre se vuelve loca.

Aquí tienes un ejemplo: Yo.

Acuérdense que los escritores siempre andan fantaseando. Rulfo dice aquí que leer es peligroso. No se lo crean. Con los dos libros que escribió, Rulfo se convirtió en uno de los escritores más importantes del mundo.

148. ¿Por qué encanece el pelo?

Nuestro pelo y nuestra piel están coloreados por una sustancia química llamada *melanina*. El pelo gris es pelo que no está obteniendo su suministro habitual de melanina.

La melanina está compuesta por unas células especiales de la piel llamadas *melanocitos*. Una de cada diez células cutáneas es un melanocito. Los melanocitos tienen una forma muy divertida de pulpo.

Dentro del melanocito, los aminoácidos, procedentes de las proteínas que ingerimos, son transformados en melanina por una enzima. La melanina viaja hasta los –tentáculos– de la célula, los cuales están en contacto con las paredes de otras células cutáneas ordinarias. Usando los tentáculos como tubos alimenticios, las células de la piel absorben una parte de la melanina en la piel, más oscura en unos tubos cutáneos llamados folículos, que también se componen de células cutáneas. De este modo, la melanina llega hasta el pelo al igual que hasta la piel.

El pelo pierde su color cuando se interrumpe su suministro normal de melanina. Esto sucede de dos formas: los melanocitos pueden empezar a producir menos melanina, y sus tentáculos pueden acortarse, hasta el punto de no alcanzar las células del pelo.

La producción de melanocitos disminuye con la edad. Es entonces cuando algunos pelos, recibiendo sólo una minúscula fracción de sus pigmentos cromáticos, empiezan a encanecer. (La piel también pierde un poco de su pigmentación, pero esto pasa inadvertido.)

Pero cuando los melanocitos del pelo desaparecen, como suele ocurrir tarde o temprano, se torna completamente blanco. ¿Porqué éste es el color natural, sin teñir, de la queratina, la proteína que forma las hebras de pelo.

En ocasiones, lo que vemos como una cabeza recubierta de pelo gris es realmente una ilusión óptica: pelos oscuros y pelos blancos entremezclados en una aparente combinación gris de sal y pimienta.

La aparición del primer pelo blanco depende a menudo de cuándo empezaron a encanecer tus padres y tus abuelos. Algunas personas tienen sus primeras canas a los catorce años. Un estudio de varones en Australia demostró que, entre los 25 y los 34 años, el 22 por ciento tenía algún pelo gris, y a partir de los 55 años, ya era el 94 por

ciento. Sin embargo, algunos afortunados envejecen con el color natural de su pelo intacto. Curiosamente, las personas rubias son quienes más probabilidades tienen de encanecer por completo, si bien, por otro lado, las canas son más visibles en un pelo oscuro.

Pero los científicos saben que las enfermedades, incluyendo el paludismo, el tifo e incluso la gripe, pueden dañar los melanocitos, al igual que una glándula tiroidea hiperactiva, la diabetes y determinados tipos de radiación. Asimismo, una dieta pobre en vitamina B12 también puede decolorar el pelo. En ocasiones, los melanocitos vuelven a entrar en acción cuando la dieta mejora, y el pelo recupera de nuevo su color.

Kathy Wollard, “¿Por qué encanece el pelo?” en *El libro de los porqués 2*. México, SEP-Oniro, 2003.

149. Rogelio



Rogelio no se percataba de que ya estaba muerto o sencillamente se resistía a aceptarlo. Por ello una y otra vez, se salía de la fosa donde estaba enterrado y no era raro encontrárselo comiendo en algún restaurante cercano al cementerio. En algunas ocasiones nos iba a visitar al retorno y se pasaba largas horas platicando sobre los viejos tiempos. Sin duda, varios de nosotros tratábamos de convencerlo de que ya era un cadáver y que apestaba bastante. No nos hacía caso y con una desfachatez increíble se presentaba en cualquier lugar y a cualquier hora.

Una noche lo acompañé de vuelta al panteón. Charlamos un buen rato sobre todas aquellas experiencias que habíamos compartido cuando él aún vivía. Compramos una cuantas cervezas y nos emborrachamos. Nos divertimos. Nos reímos. Gozamos. Lloramos. Al amanecer se despidió con una sonrisa. Se acomodó en su ataúd y cerró la tapa. Nunca más volví a saber de él, porque esa madrugada morí atropellado y mi mujer...mi mujer, decidió incinerarme.

Guillermo Arriaga, “Rogelio” en *Retorno 201*. México, SEP-Norma, 2002.

150. La suegra y la nuera

Suegra: –M´hijo se casó,
ya tiene mujer,
mañana veremos
lo que sabe hacer.

Levántate, mi alma,
como es de costumbre,
lavar tu brasero
y poner la lumbre.

Nuera: –Yo no me casé
para trabajar,
si en mi casa tengo
criados que mandar.

Suegra: –¡Demonio de nuera!,
¿pues qué sabe hacer?
Coja usted la escoba,
póngase a barrer.

Nuera: –¡Demonio de vieja!,
¿por qué me regaña?

El diablo se pare en
sus sucias marañas.

Suegra: –¡Demonio de nuera!
¿pues qué sabe hacer?
Coja usted la aguja,
póngase a coser.

Nuera: –¡Demonio de vieja!
¿por qué me maldice?

El diablo se pare en
sus sucias narices.

Suegra:–Yo quise a mi nuera,
la quise y la adoro,
por verla sentada en
las llaves de un toro.

Nuera: –Yo quise a mi suegra,
la quise y la quiero,
por verla sentada
en un hormiguero.

Suegra: –Ay, ay, ay, ay, ay,
que me haces llorar,
con los malos ratos
que me haces pasar.

Nuera: –Ay, ay, ay, ay, ay,
que me haces llorar,
las ingraticudes
que me haces pasar.

Suegra: –¡Ay, hijo de mi alma,
mira a tu mujer!

Llévala al infierno,
no la puedo ver.

Hijo: –¡Ay, madre del alma,
cállese por Dios!
que yo ya me canso
de oír a las dos.

“La suegra y la nuera” en Vicente T. Mendoza (comp.), *Lírica infantil de México*, México, FCE, 1984.

151. Leyenda de las pieles rojas

Cuentan las pieles rojas que cuando la tierra fue creada era muy hermosa con sus montes, valles, ríos y mares. Lo único que faltaba en ella era quién la habitara.

Una mañana, el Dios de los antiguos pobladores de la región noroeste de la América del Norte, Manítú, se levantó de excelente humor y decidió crear al hombre. Tomó un poco de barro y modeló un hermoso muñeco con cabeza, tronco, brazos y piernas. ¡Era una maravilla! Después encendió un horno y lo metió allí para que se cociese. No quería a un hombre crudo y sin sabor.

Ese día hacía mucho calor. Cansado por el trabajo que le había dado hacer ese hombre de barro, Manítú se recostó un ratito a la sombra de un árbol mientras el horno hacía su trabajo. Pero estaba tan fatigado que se quedó dormido y no se despertó a tiempo para sacar su creación del horno.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que olía a quemado y corrió al horno. ¡Qué horror! Cuando sacó al muñeco estaba tan cocido que parecía hecho de carbón.

Manítú, a quien no le gustaba reconocer sus errores, dijo:

–Será la raza negra.

Y lo mandó a vivir al centro de África.

Preocupado por su descuido, al día siguiente decidió hacer otro muñeco y se dispuso a cocerlo con gran cuidado. Sin embargo, por temor a que volviera a quemarse, metió poca leña en el horno y se quedó esperando. Impaciente, sacó el muñeco antes de tiempo.

¡Otro desastre! Estaba mal cocido y era más pálido, todo blanco.

Manítú se rascó la cabeza y como nadie adivinaba sus propósitos dijo:

–Será la raza blanca –y se fue a descansar; no había sido un buen día.

Pero Manítú no suele darse por vencido. Como quería algo distinto, modeló un nuevo muñeco.

Para que no se quemara ni pareciera crudo, buscó una solución muy original:

–Voy a untarlo bien de aceite, así quedará a punto.

Sin embargo, otra vez fracasó. Al fin y al cabo solamente había cocido tres hombres, por lo tanto Manitú era todavía un cocinero inexperto. Puso demasiado aceite en la masa y el muñeco resultó amarillo.

Miró para los costados y, sin perder el ánimo, decidió:

–Será la raza amarilla.

Dicen que después le puso una pequeña coleta en la cabeza y lo mandó en barco a Asia.

Al cuarto día, Manitú se levantó muy decidido. Amasó bien el barro, le puso el aceite necesario, metió en el horno la leña conveniente, atizó bien el fuego y sacó el muñeco a tiempo.

El dios, ahora sí, quedó contento. En su mano tenía un hermoso hombre color bronceado... ¡Tal como lo había imaginado!

–Será la raza roja, mi raza preferida –decidió Manitú.

Y le puso sobre su cabeza un gran penacho de blancas plumas.

Así fue como nacieron los pieles rojas, que forman la raza más bella del mundo. Al menos eso dicen ellos y Manitú.

“Leyenda de los pieles rojas en Nerio Tello (comp.), *Antes de América: leyendas de los pueblos originarios*. México, SEP-Celestia, 2008.

152. Kikiri miau

Seguramente ustedes han visitado algún zoológico, ¿no es así? Los poetas también los visitan y algunos de sus poemas reflejan sus impresiones de esos encuentros con los animales. Aquí tienes algunos de sus poemas.

Luciérnagas

Luciérnagas de la noche,
mínimas y juguetonas
bajo las alas esconden
sus lámparas temblorosas
Y van bailando su baile
por entre el negro profundo,
como si estrellas llovieran
sobre la casa del mundo.

Claudia Lars

El tucán

El tucán
dijo herejías
de colores.
Por eso
su estuche
de laca taraceada,
hueso de mamey alado,
canoa amarilla
tapada con espejos.

Elisa Ramírez



¿Qué es el gato?

El gato
es una gota
de tigre.

Jairo Aníbal Niño

Un mono
El pequeño mono me mira...
¡Quisiera decirme
algo que se le olvida!

José Juan Tablada

Abejas

Como manchas amarillas en lo verde
van y vienen
eléctricas abejas,
luminosas abejas
como antorchas
van y vienen las abejas
como manchas amarillas en lo verde.

Armando Rubio Huidobro

153. La edad de la basura

La próxima vez que compres un alimento para llevar, piensa en el empaque. Se usa sólo una vez, pero puede durar tanto como tú o más. Basura como ésta se agrega a la gran montaña de desechos que generamos cada día. Hoy, la basura es un problema mundial. Tanto, que llega a los rincones más remotos del mundo.



Cambios en el recipiente

Los estilos de vida han cambiado mucho en el último siglo, y los desperdicios también. En 1900 había pocas cosas que se empacaban, y se compraban para que duraran. Ahora, los empaques están en todas partes y lo que compramos, desde ropa hasta celulares, pronto se vuelve obsoleto. En un mundo en el que comprar es el mayor pasatiempo, cada uno de nosotros genera hasta una tonelada de basura al año.

Los desechos actuales contienen grandes cantidades de plástico (material sintético muy resistente al deterioro). Los plásticos son muy útiles y es difícil imaginar la vida sin ellos. Pero como las bacterias y demás microbios no los destruyen, quizá no desaparezcan. A veces los objetos de plástico se trituran, pero sus fragmentos pueden durar cientos de años.

Además de los plásticos, los desechos domésticos y los industriales contienen muchos y diversos materiales, todos revueltos. No es fácil deshacerse de ellos con seguridad. La solución tradicional, enterrarlos, causa problemas porque los desechos descomponen el subsuelo. Expelen gases peligrosos y líquidos que pueden contaminar a los ríos. Una alternativa son los incineradores especiales; el calor generaría fuerza eléctrica. Pero son controvertidos porque liberan peligrosos contaminantes al aire.

Desechos en el mar

El mar siempre está en movimiento y esparce basura a lo largo y ancho. La basura puede cruzar océanos, e incluso islas remotas puede reunir desechos en sus playas. Hacia 1990, se investigó una playa deshabitada en Ducie Island. A pesar de ser un punto aislado del mundo a 4,500 kilómetros de la costa de Sudamérica, se encontraron cientos de piezas, desde juguetes de plástico hasta tanques de gas. La basura no sólo es fea, sino también

una amenaza para los animales marinos. Lazos y redes pueden atrapar focas y aves en el mar y en la playa. Tortugas y mariposas pueden tragarse bolsas de plástico al confundirlas con medusas.

David Burnie, "La edad de la basura" en *Planeta en Peligro*. México, SEP-Altea, 2006.

154. Juan Regaña

Había una vez un campesino que era muy bueno, pero muy protestón. Lo llamaban Juan Regaña.

Tenía una carreta. Con ella iba a todas partes, pero un día de tantos mientras viajaba al pueblo, al pasar al lado de un gran roble se le atascó la carreta. Juan Regaña gritó demasiadas maldiciones, sin embargo recordó a Atlas, un dios muy forzado y grandote que hace muchísimos millones de años dicen que llevó un mundo entero sobre sus hombros.

–¡Atlas! –gritaba Juan Regaña–. ¡Tú, que tienes tanta fuerza puedes ayudarme a salir de este atolladero!

–¿Qué te ocurre? –preguntó Atlas.

–¡Se me atascó la carreta! –contestó Juan.

–¿Has probado otra cosa que no sea gritar y maldecir? –preguntó Atlas. Pero Juan no lo oía porque solo saltaba y gritaba.

–¡Tú, Atlas, puedes ayudarme!

–¡Mira! –dijo Atlas– La rueda está llena de barro, límpiala, luego busca una piedra grande y pícala, con ella cubre el pozo donde cayó tu carreta y jálala con el látigo. Juan hizo todo lo que Atlas le indicó y cuando tomó el látigo, la carreta partió ligerito.

–¡Gracias, Atlas! ¡Cómo me has ayudado!–decía Juan, que ni cuenta se daba de que todo el trabajo lo había hecho él, sin quejarse y con la cabeza serena. ¡Te llamaré todas las veces que te necesite! –dijo Juan.

–¿Qué? –dijo Atlas–. ¿Hacerme venir volando por estas simplezas? Cuando se te ocurran esas cosas, mejor te llamas a ti mismo a la calma.

–¿La calma? ¡No la conozco! –dijo Juan.

–Te vendría bien conocerla, porque gritas y maldices como si fueras Juan Regaña.

–¿Juan Regaña? ¡Ese soy yo! –dijo boquiabierto Juan. Pero Atlas volaba tan alto, que no lo oyó y nunca supo que en verdad Juan era el verdadero Juan Regaña. Desde aquel día Juan recurrió a la calma, y entonces protestó cada vez menos. Hasta que ya no fue Juan Regana, sino Juan... ¡Juan a secas!

“Juan Regaña” en Beatriz Barnes (selección), *Fábulas. Para leer en voz alta*. México, SEP-Salvat, 1993.

155. Bombas yucatecas

La bomba es una copla de carácter festivo o de guasa que, además de tener buena rima, demuestra el agudo ingenio de los intérpretes de la jarana. Originalmente servía para halagar a la pareja, pero con el correr del tiempo abarcó diversos temas.

El sombrero en la jarana
es contraseña de gala,
a la mestiza engalana
y más donaire regala.



Tu lo quisiste, mi amor,
me alejo con alegría
porque tu dulce candor
para mí es hipocresía.

Tres arcos tienes preciosos
mi Mérida de Yucatán,
que lucen ¡bellos, garbosos!
¡Orgullo del Mayathan!

En mi alma hay un recuerdo
que a mi mente trae loca
es el afable regalo
de la miel que da tu boca.

Yucatán con su alegría
y Mérida siempre en domingo
invitan a algarabía
al yucateco y al gringo.

Si te miras al espejo
que no te asusten tus canas
déjalas yo te ¡aconsejo!
pues les gustan a las damas.



Como se habrán dado cuenta con estos versos se destaca, en el ámbito nacional, el arte popular de Yucatán.

Manuelita Pavía de Coronado, “Bombas Yucatecas” en *Fantasia yucateca. 100 bombas*. México, SEP-Casa Juan Pablo, 2006.



156. La revolución genética

En la actualidad, no dejan de aparecer noticias sobre la genética, los alimentos transgénicos y los bebés a la carta. ¿Qué son exactamente los genes y el ADN? ¿Dónde están? ¿Por qué son tan importantes?

Cambios genéticos

En un periodo de 50 años, se ha pasado del descubrimiento del ADN y los genes a saber modificarlos, lo que significa que es posible alterar el funcionamiento de los seres vivos y de inventar variedades nuevas de animales y plantas. Además, la genética es la base de muchos otros inventos y descubrimientos.

¿Qué son los genes?

Los genes se encuentran en las células que componen todos los organismos y proporcionan la información que necesitamos los humanos, las plantas y el resto de los seres vivos para funcionar. Los genes están formados por un compuesto químico llamado ADN. Los genes y el ADN son lo mismo.

Descubrimientos

Durante muchísimo tiempo, los científicos no supieron cómo funcionaban los seres vivos, ya que los genes y el ADN se descubrieron hace tan sólo cien años. Hoy en día, los genetistas saben mucho del funcionamiento de los genes y de cómo controlan las células y los organismos.

Preocupación

A mucha gente le preocupa el avance de la genética, porque piensa que puede ser peligroso alterar genes y provocar cambios en los seres vivos. Por eso se organizan campañas en contra de algunos de los usos de la genética.

Inventos asombrosos

Éstos son algunos de los descubrimientos e inventos que ha llevado a cabo la ciencia a partir del conocimiento de los genes y el ADN.

- *El mapa del genoma:* Los científicos han logrado obtener un mapa del genoma humano, es decir, toda la información almacenada en el material genético de una persona.

- *La clonación:* Gracias a la genética, se han conseguido clonar (realizar copias exactas) de muchas especies de animales y plantas.
- *Los bebés a la carta:* La medicina puede ayudar a las parejas a tener hijos sanos, ya que es posible analizar las primeras células del embrión para comprobar que no tenga enfermedades genéticas, las cuales se transmiten de padres a hijos por medio de los genes.
- *La manipulación genética:* Se puede cambiar a un ser vivo alterando previamente sus genes. Por ejemplo, se han creado ratones transgénicos (manipulados genéticamente) que brillan en la oscuridad.
- *Avances en medicina:* Los científicos han desarrollado bacterias transgénicas que fabrican proteínas beneficiosas para el cuerpo humano como la insulina, que se usa como tratamiento para la diabetes.
- *La huella del ADN:* Como el ADN de cada persona es único, se puede analizar una muestra de piel para averiguar, por ejemplo, quién ha cometido un delito.

Anna Claybourne, "La revolución genética" en *El gran libro de los genes y el ADN*. México, SEP-Océano, 2006.

157. Un joven de Vinci

Leonardo da Vinci nació en una aldea remota de Italia hace más de 500 años. Se conocen muchos detalles sobre su nacimiento gracias a su abuelo, Antonio da Vinci, quien escribió sobre el acontecimiento en un viejo cuaderno. No lo había utilizado durante 16 años y empleó el poco espacio que le quedaba al final de la última página para contar el nacimiento de su nieto.

Según su abuelo, Leonardo nació en Vinci el 15 de abril de mil cuatrocientos cincuenta y dos. La familia de Leonardo había vivido allí durante, al menos, 200 años antes de que él naciera. Habían adoptado el nombre de la aldea como apellido, una práctica muy común en la Italia de aquel tiempo.

Leonardo Da Vinci estudió para ser artista, pero en su larga trayectoria no pintó más que unos pocos cuadros, dejando muchos inacabados. Sin embargo, uno de ellos, la Mona

Lisa, es uno de los más famosos de la historia. Actualmente, el cuadro puede apreciarse en el museo del Louvre de París. Es una pintura revolucionaria en muchos aspectos. Leonardo utilizó la pose de tres cuartos en su sentido pleno: una mujer aparece retratada desde la cintura, incluidas las manos, y sus ojos miran directamente al espectador, en lugar de hacia la distancia, algo nunca visto hasta entonces.

Leonardo también tenía otros intereses, como las matemáticas y la ingeniería. Actualmente, se le considera un auténtico genio, pues en sus pinturas y cuadernos de notas podemos descubrir a un hombre único con una gran sed de conocimiento. Un hombre cuyos sueños y descubrimientos lo transportaron al futuro. Un hombre que se adelantó a su tiempo.

John Malam, "Un joven de Vinci" en *Leonardo Da Vinci: el genio que definió el Renacimiento*. México, SEP-Altea, 2007.

158. El Periquillo Sarniento



La primera novela que se publicó en América, en 1816, es El Periquillo Sarniento. Su autor es un mexicano, José Joaquín Fernández de Lizardi. Vamos a dedicar varios días a esta obra, que buscaba denunciar los abusos del gobierno virreinal y muchas malas costumbres de aquella sociedad. Por desgracia, casi todas las conservamos.

Los motivos del Periquillo para dejar a sus hijos estos cuadernos

Postrado en una cama hace muchos meses, entre médicos y enfermeras, esperando con resignación el día en que tengan que cerrarme los ojos, queridos hijos míos, he pensado dejarles escritos los sucesos de mi vida, para que sepan cuidarse de muchos de los peligros que amenazan y lastiman a los hombres en el curso de sus días. Les suplico que no se escandalicen con las locuras de mi juventud. Voy a contárselas sin ocultar nada, para que ustedes escarmienten en mis extravíos.

Nací en México, capital de la Nueva España, por los años de 1771 a 1773, de padres que no eran ricos pero tampoco vivían en la miseria. Ningunos elogios serían bastantes en mi boca para dedicarlos a mi cara [*querida*] patria. Me bautizaron, me pusieron por nombre Pedro y por apellido como se acostumbra; el de mi padre, Sarmiento.

Mi madre era bonita y mi padre la amaba mucho. Con esto, y con el convencimiento de mis tías, se decidió ponerme una chichihua, como acá decimos, para que me amamantara.

Tomasa tenía un genio del demonio; me daba de comer y, cuando estábamos solos, me maltrataba bien y bonito.

Mi padre era un hombre sensato y se oponía a todas las simplezas de mi madre, así que no permitió que me cubrieran de amuletos para protegerme del mal de ojo y otros peligros imaginarios.

Pero apenas comencé a crecer, bastante que yo manifestara el deseo de cualquier cosa para que mi madre hiciera lo imposible por dármele, aunque yo no tuviera razón. Otra candidez tuvo la inocente, que fue llenarme la fantasía de cocos y espantajos. Con eso, me fui haciendo de espíritu cobarde, así que todavía a los ocho o diez años no podía oír ningún ruidito en la noche sin que me espantara.

José Joaquín Fernández de Lizardi, *El periquillo Sarniento, Sus extraordinarias venturas y desventuras contadas por Felipe Garrido*. México, SEP, 2006.

159. El Periquillo Sarniento, II

Vamos a seguir con las andanzas del Periquillo. Vamos a ver cómo le fue en la escuela, y porqué sus compañeros le cambiaron el nombre de Sarniento a Sarniento

Periquillo va a de una escuela a otra

Llegado el día, hizo sus pucheritos mi madre, yo un montón de berrinches, pero nada valió para que mi padre cambiara su decisión: aunque no me gustara, me mandaron a la escuela.

El maestro era buena gente, pero no sabía dar clases. En esos días yo vestía saquito verde y pantalón amarillo. Esos colores hicieron que mis amigos me apodaran Periquillo. Pero como había otro Perico, una vez que me dio sarna quedé convertido en el Periquillo Sarniento.

Un día llegó un señor para inscribir a un niño en la escuela y, cuando vio la mala ortografía de mi maestro, le dijo:

–Me llevo a mi sobrino.

Después de eso, mi padre tuvo que buscarme un nuevo maestro. Cinco días después me llevó a su escuela y me dejó bajo su espantosa tiranía. Mi nuevo maestro era muy bilioso. Estaba convencido de que *la letra con sangre entra*, y raro era el día en que no nos azotara.

¡Qué no hizo mi madre, movida por mis quejas, para convencer a mi padre de que me cambiara de escuela! Pero él se mostró inflexible. Hasta que un día fue a la casa un religioso que ya sabía cómo era el famoso maestro, y contó tales cosas que mi padre decidió cambiarme de escuela.

¡Cuál fue mi sorpresa cuando la vi! Era muy amplia y limpia, llena de luz y bien ventilada. Dos años estuve allí, al cabo de los cuales medio sabía leer, escribir y contar.

Cuando terminé la escuela, mis padres comenzaron a ver qué sería de mi vida. Mi padre quería que yo tuviera un oficio. Mi madre protestaba:

–¿Qué dirá la gente –le decía– si ve que nuestro hijo está aprendiendo a ser sastre o algo por el estilo? ¿Te parece bien eso?

–Sí, mi alma –respondía mi padre–. Me parece muy bien que un niño aprenda un oficio, para que no ande mendigando. Lo que me parece malo es que tenga que andar de gorrón, o se dedique al juego.

Mi madre quería que yo siguiera estudiando. Y como ya no supo qué decir, comenzó a llorar. Con sus cuatro lágrimas echó por tierra la firmeza de mi padre. Como él la amaba, le dijo:

–No llores, hijita. Si es tu gusto que estudie, ¡pues que estudie!

Llegó el día en que me pusieron a estudiar, y fue con don Manuel Enríquez. Después de tres años terminé mis estudios con este maestro. Lo que mis padres no sabían era que, como en esa escuela había todo tipo de niños, yo había escogido por amigos a los peores y me había convertido en el más maldito de todos.

Tenemos que cuidar quiénes son nuestros amigos.

160. El Periquillo Sarniento, III

El Periquillo crece, y se hace un pícaro que cambia de oficio muchas veces, hace trampas, tiene tiempos buenos y tiempos malos. Como un ejemplo de sus aventuras, vamos a leer lo que le sucedió cuando trabajó por un tiempo con un médico y luego se hizo pasar por doctor.

Tanto observar los remedios que mi amo recetaba, me hizo creer que ya sabía medicina. Un día me quiso dar de palos. Esa misma noche, cuando la casa estaba en lo más pesado del sueño, ensillé la mula, hice un bulto con catorce libros, una capa, una peluca vieja y un formulario de recetas del doctor. Me llevé también una alcancía que era de la hermana.

Me hospedé en un mesón. Estaba pensando a dónde iría, cuando se acercó un muchacho a pedir un bocadito. Yo le hice creer que me acababa de examinar en medicina y que andaba buscando un pueblo donde hacer fortuna, porque en México había más médicos que enfermos. El pobre muchacho me rogó que nos fuéramos a Tula, donde no había médico.

A los dos días de llegar a Tula me informé de quiénes eran los vecinos principales. Les ofrecí mis servicios, y los visité vestido de ceremonia, con capa y peluca. Para que me viera el pueblo, el domingo me presenté en la iglesia. No cesaban de preguntar quiénes éramos. Y el muchacho les decía:

—Este señor es mi amo, el doctor don Pedro Sarmiento.

De todas partes iban a consultarme. Por fortuna, los primeros que me consultaron fueron de aquéllos que sanan aunque no se atiendan.

Me llamaron una noche a la casa del tendero más rico, quien sufría de cólico. Mandé cocer malvas con jabón y miel. El enfermo bebió la asquerosa poción y con eso tuvo para vomitar la mitad de las entrañas, e inmediatamente se alivió.

Con estas curaciones comenzó el vulgo a celebrarme. A medida que crecía mi fama se aumentaban mis monedas y mi soberbia.

A pesar de mi ignorancia, no se reducía mi crédito porque los que sanaban me alababan, y los que morían no podían quejarse.



Me llamaron de casa de un viejo reumático, a quien di seis o siete purgas, le estafé veinticinco pesos y lo dejé peor de lo que estaba. Lo mismo hice con otra vieja, a la que abrevié sus días con ruibarbo y cebollas.

Así pasé unos meses, hasta que acaeció en aquel pueblo una epidemia del diablo: acometía a los enfermos una fiebre, y en cuatro días tronaban.

Para colmo, me tocó atender a la gobernadora de los indios. Le di el tártaro, expiró, y a otro día, que fui a ver cómo se sentía, hallé la casa inundada de indios, indias e inditos que lloraban. Apenas me vieron, comenzaron a tirarme piedras con gran tino, diciéndome: “Maldito seas, médico endiablado.”

Yo apreté los talones a la mula y, con tanta carrera, a los dos días la mula cayó muerta. Vendí la silla en lo primero que me dieron, tiré la peluca en una zanja, y a pie, con la capa al hombro, llegué a México.

José Joaquín Fernández de Lizardi, *El periquillo Sarniento, Sus extraordinarias venturas y desventuras contadas por Felipe Garrido*. México, SEP, 2006

161. Primera consulta

Cuando mi primo Chucho terminó su carrera, el más feliz y orgulloso de todos era mi tío Tacho. Su mayor satisfacción era nuestros logros.

Inmediatamente le acondicionó un consultorio al lado del suyo.

–Mire, chuchito –le dijo–, este consultorio es para usted, pero no quiero que se sienta obligado a venirse a trabajar a San Miguel. Si usted desea quedarse en el pueblo, o irse a otro lugar, está bien; sólo quiero que tenga en cuenta que los aparatos y el mobiliario que están aquí son suyos y si quiere se los puede llevar... claro que en este caso usted pagaría la mudanza –agregó rápidamente–... aquí contaría con casa y comida, pero le advierto que en cuanto usted comenzara a ganar dinero tendría que pagarme la renta del consultorio. No me conteste ahorita, piénselo todo el tiempo que necesite.

Al día siguiente de que Chucho presentó su examen profesional para obtener el título de médico veterinario, se instaló en la casa y estrenó su consultorio.

Nerón y Celín, los perros de mi abuela, lo mismo que el Rorro, fueron sus primeros clientes. Ese día mi tío había ido muy temprano al pueblo a traer a los perros de mi abuela. Se quedó un buen rato afuera del consultorio de Chucho sujetando a los animales y batallando con ellos, platicándole a toda la gente que pasaba por ahí que había un nuevo veterinario en San Miguel y que era buenísimo.

Cuando Chucho terminó de revisar a los animales y les aseguró que estaban completamente sanos, mi tío le preguntó:

–¿Cuánto le debo?

–¿Cómo cree que le voy a cobrar, tío? –dijo mi primo.

–¡Y por qué no! –gritó disgustado– ¡Es su trabajo! A usted le costó mucho esfuerzo llegar a ser lo que es y no va a regalar sus servicios. ¿Cuánto le debo?

–Son veinte pesos, tío –respondió Chucho muy apenado.

–Muy bien, aquí están –le tendió un billete.

Chucho lo acompañó a la puerta. Antes de salir, mi tío se paró en seco y le dijo:

–¡Ah, se me olvidaba!, cuando termine su consulta vaya a pagarme el adelanto de la renta.

Claudia Celis, “Primera consulta” en *Donde habitan los ángeles*. México, SEP-SM, 2002.

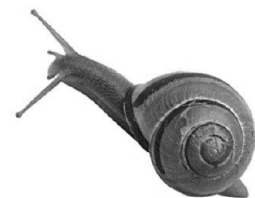
162. Caracol

Homenaje a Ramón López Velarde

Tú, como todos, eres lo que ocultas. Debajo del palacio tornasolado, flor calcárea del mar o ciudadela que en vano tratamos de fingir con nuestro arte, te escondes indefenso y abandonado.

Artífice o gusano: caracol para nosotros tus verdugos.

Ante el océano de las horas alzas



tu castillo de naipes, tu fortaleza erizada.

Vaso de la tormenta,
recinto de un murmullo que es nuevo siempre.

Círculo de la noche, eco, marea,
tempestad en que la arena se vuelve sangre.

Sin la coraza de lo que hiciste, el palacio real
nacido de tu genio de constructor,
eres tan pobre como yo,
como cualquiera de nosotros.

Y tú sin fuerzas puedes levantar
una estructura milagrosa, insondable.

Nunca terminará de resonar en mí
lo que preserva y esconde.

En principio te pareces a los demás: la babosa,
el caracol de cementerio.

Eres frágil como ellos y como todos.



Tu fuerza reside
en el privilegio de tu concha,
evidente y recóndita manera
de estar aquí en el planeta.

...

A vivir y a morir hemos venido.

Para eso estamos.

Pasaremos sin dejar huella.

El caracol es la excepción.

Que milenaria paciencia

irguió su laberinto irisado,
la torre horizontal en que la sangre del tiempo
pule los laberintos y los convierte en espejos,
mares de azogue opaco que eternamente
ven la fijeza de su propia cara.

Esplendor de tinieblas, lumbre en reposo,
la superficie es su esqueleto y su entraña.

...

Cuando termine su eco
 perdurará sólo el mar
 que está muriendo desde el principio del tiempo.
 Es plenitud su clamoroso silencio.
 Agua que vuelve al agua, arena en la arena,
 sangre que se hunde en el torrente sanguíneo,
 circulación de las palabras en el mar del idioma:
 la materia que te hizo único,
 pero también afín a nosotros,
 jamás volverá a unirse, nunca habrá nadie
 igual que tú, semejante a ti,
 siempre desconocido en tu soledad
 pues, como todos,
 eres lo que ocultas.

José Emilio Pacheco, *Álbum de zoología*. México, SEP-ERA, 2006.

163. Conócete a ti mismo

Que te cambie el cuerpo no está mal, pero el efecto que la pubertad tiene en tus emociones, no hace tanta gracia. Te sientes tímido, como si todo el mundo te observara esperando a que metas la pata. ¡Te quedas cortado por cualquier insignificancia! Quieres que la gente se dé cuenta de que estás ahí... ¡y a la vez no lo quieres!

En un instante pasas de estar feliz o emocionado a estar enfadado o a punto de llorar. Y sientes que nadie te entiende. Tienes razón, nadie lo entiende del todo. Pero a la vez, todo el mundo tiene o ha tenido sentimientos parecidos en algún momento de su vida, ¡hasta el profe!

Estos vaivenes emocionales se deben en parte a la marejada de hormonas que inunda tu cuerpo. Un cambio repentino en el nivel de hormonas puede tener un efecto enorme sobre cómo te sientes respecto a ti mismo y respecto al mundo, al menos hasta que te acostumbres.

Pero las hormonas no tienen la culpa de todo. La pubertad también es una época en la que te ves a ti mismo y a los demás de forma diferente.

Quieres que el mundo te vea como un individuo, como alguien distinto a tu familia, con tus propias ideas.

A la vez, sigues necesitando el apoyo y la seguridad que te da la familia.

Esto forma parte de estar en una etapa de transición, aunque es fácil sentirte confuso, angustiado o enfadado contigo mismo y con la gente que te rodea.

Cada vez que sientas que ya no puedes más, intenta tomarte una pausa. Respira hondo varias veces y piensa en lo que está sucediendo. Intenta verlo desde otro punto de vista, y te darás cuenta de que en realidad te estás ahogando en un vaso de agua.

A lo mejor es que estás cansado. El cansancio se acumula sin que lo notes, y nada como la falta de sueño para hacerte sentir que el mundo está en tu contra. Descansa y duérmete temprano. Ya verás cómo te sentirás mucho mejor.

Aunque no lo creas, el ejercicio rebaja las tensiones. Estar activo físicamente no sólo te distrae de lo que te molesta, sino que también tiene efecto en tu estado de ánimo, porque libera una hormona que te hace sentir bien.

Llevar un diario o anotar las cosas es una buena forma de aclarar lo que sientes. Y hablar de ello es lo mejor que puedes hacer.

Cuanto más te guardas algo, mayor parece, así que, si algo te hace sentir mal o te preocupa, háblalo con alguien de confianza, como tus padres o un buen amigo. Compartir tus problemas te hará sentir menos solo y, ¿quién sabe?, puede que hasta recibas un buen consejo.

Jacqui Bailey, "Conócete a ti mismo" en *De sexo también se habla: guía para adolescentes*. México, SEP-SM, 2006.

164. Ahí te van unas adivinanzas...

En una cajita amarilla
tengo un gusano sin hueso,
aquel que lo adivine
le doy un taco de queso. [El plátano]

En un cuarto muy oscuro
moradores vi entrar,
todos en grande apretura
y cada quien en su lugar. [La granada]

En agua puse mi nombre,
en agua se me quedó
para que cate no sepa
cómo me llamo yo. [El aguacate]

la adoran con verdes lazos,
lloro con ella de ver
que la hacen mil pedazos. [La cebolla]

Yo que te digo,
tú que no me entiendes:
tienes la panza
llena de liendres. [El higo]

Una niña estaba en el balcón,
pasó un perro, le dijo: "Gua gua"
y la niña le contestó "Allá va". [La
guayaba]

Blanca es desde pequeña,

"Ahí te van una adivinanzas" en Isabel Galaor, (comp.), *Así cuentan y juegan en los Altos de Jalisco*, México, SEP-CONAFE, 2005.

165. Cómo vuelan

¿Alguna vez has observado los pájaros en el cielo y pensado que volar parece muy fácil? Hace siglos que la humanidad sueña con emprender el vuelo como las aves. Algunos individuos llegaron al extremo de aletear inútilmente con alas de plumas. Sin embargo, el cuerpo humano es pesado y carece de los músculos necesarios para volar.

Los pioneros de la aviación no tardaron en comprender que para unirse a los pájaros tenían que saber cómo volaban éstos.

Descubrieron que las alas de las aves son superficies peculiarmente curvadas que reciben el nombre de superficies sustentadoras. Cuando el aire fluye sobre las alas de un ave, por arriba y por debajo de



éstas se produce una diferencia en la presión del aire. La diferencia de presiones crea la llamada “fuerza ascensorial”, capaz de superar el peso de un pájaro o de un avión. Es así como vuelan planeadores y aviones, que son más pesados que el aire.

Los globos y los dirigibles son vehículos más ligeros que el aire. Se los llena de aire caliente (que siempre se eleva) o de gases como el helio o el hidrógeno, más ligeros que el aire que los rodea.

Alzar el vuelo

Los cisnes son aves pesadas. Necesitan recorrer bastante distancia sobre el agua a fin de alcanzar la velocidad mínima para sustentar su peso en el aire. De manera semejante, los aviones que llevan muchos pasajeros o cargas pesadas también necesitan una larga pista para emprender el vuelo.

Volar en formación

En los trayectos largos, los gansos suelen volar formando una V. El ave que lleva la delantera realiza gran parte del trabajo necesario para vencer la resistencia del aire, del que el resto del grupo se beneficia. Cuando el ganso de avanzada se cansa, otro ocupa su sitio como jefe. Es como caminar por la nieve recién caída. Cuesta mucho, pero si puedes pisar huellas ya existentes resulta menos difícil andar en medio de una copiosa nevada.

¿Lo sabías?

De la misma forma que las superficies sustentadoras la generan en el aire, los esquís o patines producen fuerza ascensorial en el agua. Las embarcaciones más veloces poseen patines que las elevan y les permiten avanzar rozando el agua.

El secreto de la fuerza ascensorial

Sujeta una hoja de papel por sus extremos opuestos y colócala a la altura de tu boca. Sopla con fuerza sobre la superficie superior de la hoja y verás que el papel se eleva... como el ala de un avión.

166. Las lágrimas de Potira

En un lugar de Brasil existían muchas tribus indígenas, en paz o en guerra, según sus creencias y hábitos.

De una de esas tribus, desde mucho tiempo atrás en paz con sus vecinos, formaba parte Potira, una jovencita beneficiada por el dios *Tupá* con la hermosura de las flores, fuerte y valiente.

Cuando Potira llegó a la edad de casamiento, un joven llamado Itagibá adquirió la condición de guerrero; cuando se conocieron inmediatamente se enamoraron. Aunque otros jóvenes también querían el amor de Potira, ninguno estaba en condiciones para la boda. De modo que no hubo disputa y Potira e Itagibá se unieron en matrimonio con mucha fiesta.

Corría el tiempo en tranquilidad, sin que nada perturbase la vida del apasionado matrimonio. Sin embargo, llegó un día, en el cual el territorio de la tribu fue amenazado por vecinos codiciosos debido a su abundante caza, e Itagibá tuvo que partir con otros hombres para la guerra.

Potira no lloró como las mujeres más viejas porque nunca antes había visto o vivido lo que sucede en una guerra. Pero todas las tardes iba a sentarse a la vera del río, en una espera paciente, pero donde el dolor de la nostalgia aumentaba cada día. Hasta que el canto de la araponga retumbó en los árboles, esta vez no para anunciar lluvia, sino la noticia de que Itagibá no volvería, pues había muerto en la batalla.

Y por primera vez Potira lloró. Son decir palabras, como no habría de decir las nunca más. Allí mismo, a la vera del río para el resto de su vida, sollozó tristemente. Y las lágrimas que descendían por el rostro sin cesar, fueron quedando, sólidas y brillantes en el aire, antes de sumergirse en el agua e ir al fondo del río.

Dicen que Tupá, condolido con tanto sufrimiento, transformó esas lágrimas en diamantes, para perpetuar el recuerdo de aquel gran amor.

“Las lágrimas de Potira” en *Cuentos y leyendas de amor para niños*. México, SEP-CIDCLI, 1992.

167. La codorniz no aprendió a volar

La codorniz siempre ha presumido de señora y de que su hija sea una niña de su casa. Ni en el corral con sus parientas lejanas, las gallinas, ni en el jolgorio de los pájaros en el pino.

Una niña no puede andar con tanta juntera. Cuando viene a ver, hasta aprende a silbar como los varones.

Pero llegó el momento en que la niña debía empezar en la escuela. Y la madre, con su presunción de señorona, tampoco quiso que su hija fuera a la escuela para que no se juntara con nadie.

—A volar y a tejer nidos la enseño yo. Mi hija se cría sola.

Y la niña, loca por jugar con los hijos del sabanero (un pájaro cubano). Claro, no la dejaban ir a jugar. Seguía sola. Y lo peor: sin aprender nada.

Ya todas las aves del primer grado estaban aprendiendo a volar. Hasta el zonzuncito (variedad de colibrí) hacía la A en pleno vuelo.

La niña no. La niña seguía igual, sin saber. Su madre siempre estaba muy ocupada en buscar alguna semilla de cardosanto para la comida, o en ir a la peluquería para arreglarse el plumaje de la pechuga.

Cuando la niña le hablaba de volar, le contestaba que no tenía tiempo de enseñarle.

—Tú no tienes que preocuparte por volar. Tú lo que tiene que preocuparte únicamente es por lucir bonita. No hay que andar por el aire para ser feliz en la vida. Yo misma me casé andando por el suelo.

Bueno, para no cansarlos buscando el final de un cuento del que ustedes saben cuál es el final, les diré que la codorniz ya es una mujercita, y que sigue sola, metida entre los matorrales, sin saber aún ni las cinco vocales del vuelo.

168. El tiranosaurio



Paty disfrutaba como nadie los fines de semana, le gustaba ir al parque, al campo y a casa de sus primos; hacer papalotes, pasteles de tierra o, simplemente, inventar cualquier cosa emocionante que nada tuviera que ver con la escuela.

Y no era raro que el domingo por la noche, cuando ya toda la diversión se había terminado, Paty sintiera comezón en la nariz, se quedara pensativa, y tuviera la sospecha de un desastre.

–Creo que algo se me olvidó... pero no me acuerdo qué...

En ese momento se rascaba la cabeza, hacía tanta memoria que hasta las orejas se le calentaban, y al cabo de un rato lanzaba un grito.

–¡La tarea!

Corría hasta la mochila, sacaba los cuadernos, los lápices, los colores; y al final siempre descubría que le faltaba una cosa para hacerla.

Esta vez le habían dejado escribir una composición sobre los dinosaurios, y cuando abrió su mochila se dio cuenta de que había olvidado su libro de ciencias naturales en la escuela. Entonces hizo lo de siempre, marcó el número de Gelasio.

–Bueno –contestó él.

–Tengo un gran problema.

Y el niño inventor que conocía bastante bien a Paty, antes que le contara otra cosa le dijo:

–Ya sé, tu tarea ¿ahora qué pasa?

–Necesito escribir algo sobre los dinosaurios y olvidé mi libro de ciencias naturales...

–Vente corriendo a mi casa y a ver qué se nos ocurre.

Después de estudiar la situación en el laboratorio, decidieron que lo mejor era ir esa noche a la escuela para sacar el libro.

Gelasio tomó la patineta de propulsión a chorro, y ya se iban a montar en ella cuando descubrió que no tenía gasolina. “Ese no es problema”, dijo. Y de una puerta sacó su casco volador, le dio cuerda, se lo ajustó a la cabeza; corrió al jardín con Paty atrás de él,

la tomó de las manos, y salieron volando rumbo a la escuela. Esa noche estaba llena de estrellas.

El casco volador era una de las invenciones más originales y revolucionarias de Gelasio.

–Allá está –gritó Paty cuando descubrió la silueta de su escuela.

–Agárrate bien que ya vamos a bajar.

El aterrizaje fue todo un éxito, pero lo que parecía más fácil: entrar a la escuela, los detuvo.

–No sabía que por las noches hubiera un perro guardián –dijo Paty muy apenada. Y es que Gelasio sí quería mucho a los perros... pero no a los guardianes, con dientes filosos y puntiagudos.

Ese sí es un problema. ¿Qué harán para poder entrar? No hay más remedio que buscar el libro y averiguarlo.

Óscar Martínez Vélez, “El tiranosaurio” en *Los inventos de Gelasio*. México, SEP–Norma, 2006.



169. La muralla

Para hacer esta muralla,
 tráiganme todos las manos:
 los negros, sus manos negras,
 los blancos, sus blancas manos.
 Ay,
 una muralla que vaya
 desde la plaza hasta el monte,
 desde el monte hasta la playa, bien,
 allá sobre el horizonte.
 –¡Tun tun!
 –¿Quién es?
 –Una rosa y un clavel...
 –¡Abre la muralla!
 –¡Tun tun!
 –¿Quién es?
 – El sable del coronel...
 –¡Cierra la muralla!
 –¡Tun tun!

–¿Quién es?
 –La paloma y el laurel...
 –¡Abre la muralla
 –¡Tun tun!
 –¿Quién es?
 –El alacrán y el ciempiés...
 –¡Cierra la muralla!
 Al corazón del amigo,
 abre la muralla;
 al veneno y al puñal,
 cierra la muralla;
 al mirto y a la hierbabuena,
 abre la muralla;
 al diente de la serpiente,
 cierra la muralla;
 al ruiseñor en la flor,
 abre la muralla...

Nicolás Guillén, "La muralla" en *Obra poética*, la Habana, Editorial de Arte, 1974.

170. De cómo se instaló la gata en la choza

Mientras toda una serie de cuentos explican cómo se domesticó a los perros, en este cuento shona de Zimbaue se da cuenta de cómo los gatos se convirtieron en mimados habitantes de los hogares humanos.

Había una vez una Gata, una gata salvaje, que vivía en el matorral. Cuando al cabo del tiempo se cansó de la soledad, tomó por esposo a otro gato salvaje que, a sus ojos, era la criatura más espléndida de la selva.

Paseaban juntos cierto día por un sendero, cuando zas, salió de un brinco el Leopardo y pegó un revolcón al marido de la Gata, que quedó despanzurrado en el suelo.

–¡Vaya! –dijo la Gata–. Mi marido ha mordido el polvo; ahora comprendo que la criatura más espléndida de la selva no es él, sino el Leopardo –y la Gata se fue a vivir con el Leopardo.

Vivieron juntos muy felices hasta que un día, cuando cazaban en el matorral, de pronto, catapún, saltó el León, aterrizó en el lomo del leopardo y se lo zampó.

–¡Vaya! –dijo la Gata–. Ahora veo que la criatura más espléndida de la selva no es el Leopardo sino el León.

Vivieron juntos muy felices hasta que un día, cuando acechaban a sus presas en el bosque, una figura enorme se cernió sobre ellos y *fu–chu*, el Elefante plantó su pata sobre el León y lo dejó planchado.

–¡Vaya! –dijo la Gata–. Ahora veo que la criatura más espléndida de la selva no es el León, sino el Elefante.

Así pues, la Gata se fue a vivir con el Elefante. Trepaba a su lomo y se acomodaba ronroneando en su cuello, justo entre las orejas.

Vivieron juntos muy felices, hasta que un día, cuando paseaban por la margen del río, *pa–wa!* Se oyó una fuerte detonación y el Elefante se desplomó en tierra.

Al mirar a su alrededor, la Gata sólo alcanzó a ver a un hombrecillo con una escopeta...

–¡Vaya! –dijo la Gata–. Ahora veo que la criatura más espléndida de la selva no es el Elefante, sino el Hombre.

Y, así, la Gata echó a andar detrás del Hombre y, al llegar a su casa, se encaramó de un salto al techo de paja de la choza.

–Por fin he encontrado a la criatura más espléndida de toda la selva.

Vivió felizmente en el techado de la choza y comenzó a atrapar a los ratones y las ratas de la aldea. Hasta que un día, mientras se calentaba al sol sobre la choza, oyó ruidos procedentes del interior. Las voces del hombre y de su esposa fueron subiendo de volumen poco a poco hasta que *wara–wara–wara...yo–ui* Por la puerta salió despedido el hombre y aterrizó en el polvo.

–Con que sí, ¿eh? –dijo la Gata–. Ahora sé quién es de verdad la criatura más espléndida de la selva: la Mujer.

La Gata descendió del techo, entró en la choza y se arrellanó junto al fuego.

Y allí está instalada desde entonces.

“De cómo se instaló la gata en la choza” en Nelson Mandela (comp.), *Mis cuentos africanos*. México, SEP-Siruela, 2008.

171. Una familia numerosa y rica

Pequeñitas, de 5 a 10 centímetros, o gigantescas como la carroza que le regaló a Cenicienta su hada madrina; amarillas, verdes, anaranjadas, cafecitas rosas, casi blancas, rojas; alargadas, redondas, curvas, achatadas, rectas; de piel lisita y suave, o rugosa y áspera, o con rayas profundas, que les marcan gajos como si fueran mandarinas. Las calabazas pueden ser tan diferentes unas de otras porque pertenecen a una familia numerosa, con más de cien variedades.

Cuenta el cronista Diego de Landa que en América las calabazas se usaban “para comer asadas y cocidas, las pepitas para hacer guisados, y ya secas como recipientes o vasos”.

En efecto, de las calabazas se utiliza todo: pulpa, semillas y cáscara. Con esta última, los niños ahora hacen lámparas el Día de Muertos.

Las calabazas son cucurbitáceas de origen americano y sabor delicioso, entre cuyos parientes están el melón, la sandía y el pepino. En América del Sur tiene otros nombres: zapallitos, las calabacitas tiernas y zapallo la grande. *Zapallu* es una voz quechua.

Las calabazas son un alimento muy popular en toda América: pueden prepararse con crema; rellenas de carne o de queso; en budín o en sopa; en guisado, con alubias y maíz; capeadas; con papas en puré; en dulce, cociéndolas con piloncillo o en trozos; y en muchísimas otras formas, todas exquisitas.

¡Se me hace agua la boca!

Cristina Carbó et al., "Una familia numerosa y rica" en *501 maravillas del viejo Nuevo Mundo I*. México, SEP-Hachette Latinoamericana, 1994.

172. Doce hermanos



Somos doce, todos calvos. No porque se nos haya caído el pelo, que podría ser, sino porque somos calvos de nacimiento. Como la importancia de las cosas es siempre relativa, esto de la calvicie precisamente no nos quita el sueño. Quizá nos preocupe un poco el futuro, qué habrá más allá de estas paredes, si terminaremos juntos nuestros días o si finalmente acabará cada uno por su lado, sin acordarse de otros para nada. Pero no nos peleamos por eso.

Somos doce, y todos blancos. No existen razones para que entre nosotros se den las trifulcas y los altercados de las razas o las etnias. Sabemos que en otro lugar estarán reuniéndose ahora mismo los que tiene otro color, igual da más claro o más oscuro, y que también ellos tendrán sus preocupaciones, quizá de orden radicalmente distinto de las nuestras. Lástima no haber alterado los tamaños, los colores... habría sido todo mucho más divertido.

Leemos en una misma página de periódico noticias que hablan de felicidad junto a crónicas que relatan batallas y tristes sucesos, enjundiosos artículos que pretenden arreglar de una vez por todas los problemas del mundo junto a otros que se ocupan de pequeñas menudencias, apenas un guiño de humor que pasa inadvertido. Con todos ellos sin distinción no entretenemos ahora, a la espera de lo que tenga que llegar. El tiempo que a nosotros nos toca es de todas formas tan breve... Comparado con el tiempo total que lleva dando vueltas el universo, casi da un poco de vergüenza pensarlo. Apenas un

segundo estuvieron sobre la piel de este planeta algunas especias temibles y portentosas, cómo vamos a ser importantes nosotros, tan calvos además.

Así que esperamos muy juntos, como digo, leyendo las noticias de esta hoja sobre la mesa de la cocina, y teniendo claras tan sólo unas cuantas cosas esenciales. Saldremos del cartucho uno a uno o de dos en dos, unos para fritos, otros para cocidos o pasados por agua, quizá con suerte y con papas, dos o tres juntos y en tortilla. Y nada más.

“Doce hermanos” en Amalia Vilchis (selección), *Qué me cuentas. Antología de cuentos y guía de lectura para jóvenes, padres y profesores* Madrid, Páginas de Espuma, 2006.

173. Sol redondo y colorado (canción mexicana)

Sol redondo y colorado
como moneda de cobre,
de diario me estás mirando,
de diario me miras pobre.

Sol que tú eres tan parejo
para repartir tu luz,
habías de enseñar al amo
a hacer lo mismo que tú.

Me miras con el arado,
luego con la rozadera;
una vez en la llanura
y otra vez en la ladera.

Sol que tú eres tan parejo
para repartir tu luz,
habías de enseñar al amo
a hacer lo mismo que tú.



“Sol redondo y colorado” en María Luisa Valdivia (selección), *Cancionero mexicano*. México, SEP, 1988.

174. ¿A qué no puedes comer sólo una...caja?

Un parto feliz

La chica le aplicó calor y el calor llegó hasta lo más íntimo de su cuerpo. Un cuerpo en buena medida constituido de almidón con un poco de humedad. Un cuerpo duro rodeado de algo que uno podría llamar cáscara, pero que los que saben llaman pericarpio. Sí, llegó el calor, calentó su agua, se suavizó su almidón y aparecieron más signos de que se avecinaba el parto. Su almidón se hizo masa gelatinosa y su agua empezó a evaporarse, pero sin encontrar una salida por dónde escapar. Sus moléculas de agua, desesperadas por la fuerza que les daba la ininterrumpida llegada de calor, golpearon cada vez con más fuerza la pared (el pericarpio) para escapar de aquel infierno; aquellos instantes se le hicieron eternos. Hasta que al fin, se rompió la cáscara. Y con un gemido que la muchacha escuchó como un ¡pop! Nació volando expandiéndose a sus anchas en el aire que refrescó su recién adquirido cuerpo: había nacido una palomita.

La muchacha atendió al siguiente cliente, mientras más palomitas nacían y se acumulaban en el enorme recipiente en espera de la llegada de la sal y la mantequilla. Se dirigió al siguiente cliente en la fila y repitió la sugerencia que hacía a quien solicitaba el tamaño pequeño: “Por dos pesos más se lleva todo en tamaño grande: refresco, palomitas y le regalo un chocolate”.

Punto y coma

Éste es tan sólo uno de los múltiples ejemplos cotidianos en los que puedes constatar que pareciera existir una fuerza en el universo que nos lleva a comer más. Y así, la insistencia materna de antaño con su: “¡Ándale, hijo, otro poquito de sopa!” se ha transformado en ofertas y estímulos de muy diversa índole en supermercados, expendios de comida rápida, espacios públicos, etcétera.

La gran diferencia es que, en tanto las mamás ofrecían porciones adicionales de alimento como muestra de afecto y protección o las marchantes ofrecían un pequeño pilón para consentir a su cliente, ahora las ofertas de más comida son a cambio de tener más ganancias y mayor control del mercado de alimentos. ¿A quién le conviene que comamos más? ¿Haremos feliz a la muchacha de la dulcería llevando el tamaño jumbo?

¿Estará preocupada en realidad por complacer nuestro voraz apetito o por favorecer nuestro bolsillo?

Hoy, a diferencia de hace unas cuantas décadas, ya no existen las versiones pequeñas de los refrescos, y en cambio abundan las ofertas familiares, caguamas y jumbos. De acuerdo con el Programa de Salud del Adulto de la Secretaría de Salud,



cada mexicano consume al año cuatrocientos refrescos, tres mil seiscientos cincuenta tortillas, cincuenta kilos de azúcar (sobre todo en los refrescos) y seiscientos treinta cervezas.

El sobrepeso es el más común y costoso problema nutricional del siglo XX, una epidemia que no distingue raza, credo, nacionalidad ni clase social; se ubica entre las primeras causas de mortalidad.

Agustín López Munguía Canales, “¿A qué no puedes comer sólo una caja?” en *Alimentos*. México, SEP-Santillana, 2007.

175. El piojo

El lunes me picó un piojo
y hasta el martes lo agarré;
para poderlo lazar
cinco reatas reventé.

Para poderlo alcanzar
ocho caballos cansé;
para poderlo matar,
cuatro cuchillos quebré.

Para poderlo guisar
a todo el pueblo invité;
de los huesos que quedaron
un potrerito cerqué.

Yéndome yo para León
me encontré un zapatero,
y ya me daba el ingrato
veinte reales por el cuero.

El cuerito no lo vendo,
lo quiero para botines,
para hacerles su calzado
a toditos los catrines.

El cuerito no lo vendo,
lo quiero para tacones,
para hacerles su calzado
a toditos los m... mirones.

“El piojo” en Vicente T. Mendoza (recopilación), *Lírica infantil de México*. México, FCE, 1984.



176. La primera mujer negra que se sentó en un autobús de blancos

Traigo a mi memoria, en el silencio del tiempo, en la tragedia del existir y a la gloria de la existencia, la sombra de una mujer negra. Se llamaba Rosa Parks. Vivía en Montgomery, en el estado de Alabama, centro de ataques racistas que todavía sobrecogen.

Rosa Parks, un día cualquiera de su vida, hizo una revolución. Aquel día fue el 1° de diciembre de 1955. Aquel día Rosa Parks, agotada de una larga jornada de trabajo, entró en su autobús cotidiano y en vez de quedarse en la parte de atrás, como mandaba la ley, y de pie, parada y derecha, porque los asientos eran sólo para los blancos, cruzó la frontera invisible del odio racial y se sentó en un asiento libre. Entró un blanco y le pidió, imperativamente, que se levantara y fuera a la parte de atrás, de pie. Rosa Parks se negó.

Ese día transformó la historia de la discriminación. Al día siguiente hubo una huelga general y los negros recorrieron a pie las calles, en protesta. Decidieron no tomar los autobuses (eran sus más asiduos clientes, pero en la parte trasera y sin derecho a sentarse) por lo cual colocaron a las compañías, que vendían “espacios”, pero no “asientos” para ellos, contra la pared. Con ese gesto, comenzó una epopeya moral: la lucha por los derechos humanos de los negros que, en todos los espacios, tenían sus lugares aparte. Rosa Parks, una trabajadora desconocida, se convirtió en una heroína y logró lo que parecía imposible: la igualdad en los medios de transporte y en otros ámbitos sociales. En 1999, el Congreso de los Estados Unidos, a 44 años de aquel día memorable, concedió a Rosa Parks, de 85 años, la Medalla de Oro del Congreso.

Un sobrecogimiento profundo, un insólito y hermoso sobresalto de conciencia me invita a contarles a ustedes esta memorable historia. Miro su rostro, el rostro de Rosa Parks. Sonríe distante, muda en la admirable sonrisa de sus ojos. Tal vez recuerda el día en que ella, una trabajadora desconocida, negra y digna, se plantó sobre su alma para decir: “No y no y no me levanto”.

177. El corazón de Copil

En el centro del Escudo Nacional de México, un águila, posada en un nopal, lucha con una serpiente.

Cuentan que el belicoso y fiero Huitzilopochtli, el dios mexica de la guerra, dirigió a su pueblo en su peregrinación hasta el lago donde debían encontrar esa águila. En el camino, una hermana del dios, que había peleado con él, quedó abandonada en una región montañosa y boscosa. Acompañada de sus seguidores, Malinalli logró fundar el reino de Malinalco.

Malinalli tuvo un hijo, Copil, que creció oyendo cómo la había maltratado su hermano, Huitzilopochtli. En su pecho, día a día, aumentaba el deseo de encontrarse alguna vez con ese dios cruel que era su tío. Pasaban los años y Copil se convirtió en un valiente muchacho de negra cabellera y cuerpo atlético, diestro en todos los lances de la caza y de la guerra. Su corazón ardía en deseos de venganza. Fuerte y resuelto, estaba decidido a cumplir con sus propósitos.

Un día Copil tomó su arma preferida, la macana, una maza con puntas, y su escudo, el *chimalli*, y partió en busca de este dios cruel.

Huitzilopochtli (cuyo nombre significa colibrí zurdo o colibrí siniestro, terrible) era un dios cruel que se complacía en la guerra, la sangre y la muerte.

Huitzilopochtli era el Sol que cada mañana debía combatir con la Luna y las estrellas, a fin de ganar un nuevo día para los hombres.

Cuando Copil salió tras sus pasos no imaginaba a quien se enfrentaría.

El fiero dios de la guerra, lleno de ira, no mandó guerreros al encuentro de Copil, sino a los sacerdotes, a quienes les dio esta orden:

–Que le saquen el corazón y lo traigan como ofrenda.

Los sacerdotes deliberaron sobre lo que les convenía hacer y aguardaron la noche. Cuando Copil y sus guerreros dormían, se acercaron a él en silencio y de una cuchillada le extrajeron el corazón.

Los sacerdotes llegaron con el corazón de Copil en un recipiente y se lo entregaron a Huitzilopochtli, quien ordenó que lo enterraran en un islote que había en medio de un lago.

Por la noche, los sacerdotes enterraron el corazón en el lugar indicado. Con eso creyeron que la historia de Copil había terminado. Pero al otro día vieron con asombro que en el lugar había brotado una hermosa planta, donde antes había solo rocas desnudas y ramas sin vida. El corazón de Copil se había convertido en el vigoroso nopal de ovaladas hojas y flores encarnadas.

“El corazón de Copil” en Nerio Tello (comp.), *Antes de América: leyendas de los pueblos originarios*. México, SEP-Celística, 2008.

178. Oaxaca. Noche de Paz, Noche de Rábanos

De las festividades navideñas que se llevan a cabo en Oaxaca, la noche de Rábanos es la que goza de mayor tradición. Se realiza el 23 de diciembre, un día antes de Noche Buena y consiste en crear y exhibir figuras realizadas con rábanos. Esta celebración tiene sus raíces en la época de la conquista española, cuando los frailes dominicos enseñaron a los zapotecos y mixtecos el cultivo de flores y hortalizas, traídas de España. Así se fundó el pueblo de Trinidad de las Huertas o de las Naborías, cuyos habitantes se dedicaron a cultivar flores y hortalizas.

En aquella época se organizaba en Antequera (así se llamaba entonces lo que hoy es Oaxaca) un día de plaza en la Vigilia de Navidad, el 23 de diciembre, en donde los comerciantes llevaban a vender pescado seco salado y las verduras necesarias para el menú navideño. La gente de Trinidad de las Huertas llevaba sus verduras, con las cuales hacían figuras curiosas para captar la atención de la clientela. Adornaban los rábanos con hojitas de coliflor y florecitas hechas de cebollas tiernas. Todas las verduras se colocan en los puestos de manera artística, sin olvidar los canastos de flores, que eran cultivados con esmero.

Esta práctica se fue arraigando con los años, hasta llegar al punto en que las amas de casa buscaban las figuras de verduras no para cocinarlas, sino para decorar sus mesas.



Con el tiempo, los horticultores salieron del mercado para presentar sus ingeniosas creaciones en forma de representaciones navideñas, personas, animales, danzas y otro tipo de artesanías, exposiciones que se realizaban en importantes recintos como la Plaza del Marqués o la Plaza de las Armas, hoy jardín de la Constitución.

Se tiene registro que la primera exposición de este tipo se realizó en 1897, bajo el mandato del entonces presidente municipal, don Francisco Vasconcelos Flores. Es así como, desde el siglo XIX, año con año se celebra la tradicional Noche de los Rábanos. Los artesanos que participan en ella empiezan a prepararse por lo menos con dos meses de anticipación. Cuando faltan tres días para la festividad, se inicia el proceso de manufactura de cada figura. En la actualidad es un concurso donde se premian los diseños más hermosos y creativos. Se dan cita decenas de hortelanos y millares de curiosos que disfrutan las figuras, que se inspiraron en motivos navideños como el Nacimiento o la llegada de los Reyes Magos, y en las tradiciones oaxaqueñas.

Paola Núñez, “Oaxaca: Noche de Paz, Noche de Rábanos” en *México desconocido*. Núm. 346. México, 2005.

179. Recetas de cocina

Aquí está el mejor fogón,
ese que los cocineros
llaman imaginación.

Cocina de las palabras
que se comen por los ojos
sin tenedor ni cuchara.

Se aliñan en un momento
estrellas con adjetivos
y corcheas con pimientos.

¡Al mercado por palabras!
Hay millones de recetas
para poder cocinarlas.

Renglones al roquefort

Se toma un cuaderno de hojas rayadas
y se le arrancan, por lo menos,
los renglones de cinco páginas.

Se ponen a hervir durante diez minutos
con un poco de aceite,
y se les quita el agua en un escurridor.

Quien los prefiera con chorizo,
sólo tiene que escribir la palabra *chorizo*
en cada renglón.

Remover de vez en cuando
con un lápiz HB.

José Antonio Ramírez Lozano, “Recetas de cocina” en *Sopa de sueño y otras recetas de cocina*. México, SEP-Océano, 2005.



180. ¿Por qué no me deshago?

Las moléculas que forman un cuerpo sólido (una hoja de papel, por ejemplo) se mueven. Pero, entonces, ¿por qué no se desarma la hoja de papel? Y ¿por qué no me desarmo yo, ya que las moléculas que forman mi piel, mis uñas, mis cabellos, también se mueven?

¡¡Claro!! Lo que ocurre es que las moléculas se atraen unas a otras. Entre las partículas que constituyen un cuerpo existen *fuerzas de atracción*. Y en los sólidos moleculares las fuerzas de atracción entre las moléculas son mayores que la “tendencia a desarmarse” que tiene a producir el movimiento de las partículas.

En un sólido molecular, sólo se producen *movimientos de vibración*. Pero las moléculas no cambian de posición y por eso el sólido mantiene su forma y volumen propios.

En un líquido, en cambio, las moléculas tienen un movimiento de traslación y van cambiando permanentemente de moléculas vecinas. La “tendencia a escaparse” no es suficiente para vencer la atracción entre ellas, pero sí las obliga a ir cambiando permanentemente de moléculas vecinas.

¿Y qué pasa en los gases? En los gases, las moléculas están comparativamente mucho más separadas que en los sólidos o en los líquidos. La energía que genera la velocidad de las moléculas es suficiente para vencer la fuerza de atracción entre ellas. Por lo tanto, las moléculas se mueven en todas direcciones. Chocan entre sí y contra las paredes del recipiente que las contiene. Por eso el gas tiende a ocupar todo el recipiente. Y por eso no tiene forma ni volumen propios.

Faustino Beltrán, “¿Por qué no me desarmo?” en *¡La culpa es de las moléculas!* México, SEP-Lumen, 2006.



181. Sombra general

Ahí está frente a mí el temible delantero, dispuesto a ejecutar el tiro libre señalado por el árbitro. Ya se coloca la barrera de jugadores frente a la portería, tratando de obstaculizar la visión del tirador o de desviar la trayectoria del balón. Lo malo es que, a esa distancia, casi nunca falla el tiro, a pesar de todo el esfuerzo que pueda hacer un portero. Me siento desamparado. ¿Qué tal si la pelota rebasa la barrera, pasa de largo por arriba haciendo un arco y...? ¡Uf!, qué situación la mía, aquí frente el peligroso goleador. Lo malo es que también le pega con mucha fuerza. ¿Y si no logro pararla cuando venga hacia mí? Ya levanta el brazo el árbitro y toca el silbato para que se realice la acción. La cuenta regresiva ha comenzado. Me pongo tenso y muy atento a lo que suceda desde ahora. El dinamitero se prepara tomando mucha distancia y encarrerándose para dar el zapatazo. Y yo aquí, enfrente, angustiado. ¡Líbrame del trallazo, Señor! Se acerca al esférico. El público guarda silencio total. Llega velozmente y le pega durísimo al balón que, gracias a Dios, sale desviado a la izquierda de la valla humana para saque de meta. Qué susto. Mis músculos se distienden. Mi respiración vuelve a ser normal. Es lo malo de sentarse a ver el partido aquí, en las gradas que quedan exactamente atrás de la portería.

Abelardo Hernández Millán, "Sombra general" en *Cuentos breves*. México, SEP-Centro Toluqueño de Escritores, 2007.



182. Dos poemas nahuas

Vengo aquí

Vengo aquí: soy Yoyotzin.

Quiero cortar las bellas
flores de la amistad.

Sólo un instante
mi corazón se alegra
aquí sobre la tierra.

He venido a buscar
los cantos más hermosos.

Dichoso canto y bailo,
mi corazón lo goza.

Soy Yoyotzin: disfruto
las más fragantes
flores de la amistad.



Gocemos

Gocemos con las flores
que están en nuestras manos.

Pongámonos collares
de flores aromáticas:
flores de la estación de lluvias
que abren ya sus corolas.

Entre ellas cantan aves,
de plumas como el sol.

Sólo con nuestras flores
logramos alegrarnos,
sólo con nuestros cantos
vencemos la tristeza.

Pétalos perfumados
disipan la amargura.

Los inventa
el Dador de la Vida,
los hace descender
aquel que se inventa a sí mismo.

Capullos placenteros
disipan el pesar.

183. La extraña esfera de la vida

Echemos un vistazo a nuestro hogar planetario. Todo comenzó con la condensación por agregación de polvo procedente de antiguas estrellas que murieron. ¿Alguna vez te has puesto a pensar que también nosotros estamos formados por el polvo de lejanas estrellas? El resultado es esta extraordinaria esfera de roca en la que vivimos.

Pero cuando decimos que vivimos en la Tierra, en realidad debemos especificar que vivimos en la superficie de la Tierra. Encima de ella jugamos, estudiamos, realizamos nuestros trabajos y nos alimentamos. Somos una de las muchísimas criaturas que hemos evolucionado dentro de un sistema llamado *biosfera* –lo que significa *esfera de la vida*–. Esta denominación se justifica porque señala esa parte del planeta donde puede encontrarse por lo menos una forma de vida.

Como tú sabes, en las capas superficiales del suelo podemos hallar muchas especies animales y vegetales; otras solamente pueden vivir en las aguas de los mares y ríos; muchas se desplazan sobre el suelo como nosotros y también las hay en el aire. El proceso de evolución supo hallar soluciones genéticas para la adaptación de los seres vivos a condiciones ambientales muy diferentes. ¡Es parte de la maravilla de la vida!

Pero, si pudiéramos observar nuestro planeta desde una nave espacial nos resultaría más fácil comprender que el frágil milagro de la vida se da sólo en el delgado sector ubicado entre la corteza terrestre y el espacio exterior. Eso equivale apenas a la cáscara de una manzana. Eso es la biosfera. Allí sucede todo el milagro de la vida que hace tan exclusivo a nuestro planeta, dentro del universo conocido.

Hernán Sorhuet, “La extraña esfera de la vida” en *Cambio climático*. México, SEP-Panda, 2005.



184. Una araña en busca del Sol

Vamos a leer un mito cheroqui. Los cheroquis han vivido desde tiempos inmemoriales en un rincón de lo que actualmente son los Estados Unidos.

En el principio de los tiempos no había luz de ningún tipo y por consiguiente todos los seres se hallaban sumidos en la más impenetrable de las noches. “¡Lo que necesitamos en este mundo es luz!” decían todos, así que un día se reunieron en consejo para tratar el tema. El Pájaro Carpintero realizó una propuesta: “La gente del otro lado del mundo tiene luz, así que si vamos allá para ver si nos dan un poco”.

Tras discutir, la Zarigüeya dijo: “Yo iré en busca de la luz hasta dar con ella. Tengo una cola muy gruesa y puedo esconderla en ella.” Así que se encaminó hacia el este, escudriñando la oscuridad con sus ojos. Cuando llegó al otro lado del mundo, se encontró con el Sol, del que tomó un trocito y se lo escondió en la cola. Pero como estaba demasiado caliente, acabó quemando la cola de la zarigüeya, de modo que cuando llegó de regreso la luz se había consumido ya del todo.

La siguiente en lanzarse fue el Águila Ratonera, quien tan pronto como hubo llegado al Sol se sumergió en él y se llevó un trocito entre las garras. Tras colocarlo encima de la cabeza, emprendió el viaje de regreso, pero el Sol quemó las plumas de la cabeza del Águila, que se quedó completamente calva y regresó sin el ansiado botín.

De repente escucharon una tímida voccecita que procedía de entre la hierba.

–Han actuado del mejor modo en que son capaces de hacerlo los animales grandes, pero tal vez una criatura pequeñita lo pueda hacer mejor.

–¿Quién dijo eso? –exclamaron los animales.

–Soy su abuela, la Araña –replicó la voccecita–. “Quién sabe si el objeto de mi vida es traerles la luz”.

Entonces la Araña recogió un poco de barro en un recipiente y se dirigió hacia el Sol dejando detrás de ella un hilo.

Cuando por fin llegó al Sol, era tan pequeña que éste ni la vio, así que se acercó hasta él y le arrancó un trocito diminuto que introdujo en el recipiente. Acto seguido regresó

de inmediato al oeste, siguiendo el hilo que había dejado, con la particularidad de que a medida que avanzaba los rayos de Sol se iban haciendo cada vez más y más grandes.

Por ello las telarañas tienen la forma de un Sol radiante y las arañas las tejen por la mañana, en recuerdo de su divina antepasada

“Una araña en busca del sol” en *Mitología: antología ilustrada de mitos y leyendas del mundo*. México, SEP–Naturart: Blume 2007.

185. Frutas mexicanas

[Conviene que las palabras en náhuatl se escriban en el pizarrón.]

De las frutas, la sandía debería ser la más mexicana –por tener los colores de la bandera–, pero su nombre es árabe y significa “melón del Sid”, una región paquistaná; aunque podría interpretarse también como “del río Indo”. La tuna tampoco tiene nombre nacional, pues aunque se refiere al fruto del nopal, proviene de un idioma caribeño, el taíno: *tuna*, y significa simplemente el nombre de dicha fruta.

Si son de México, en cambio, hasta en el nombre: la jícama, el capulín, el zapote, el tejocote, el cacahuate, la pingüica y el camote.

La jícama procede del náhuatl xi–camac: “cometela”, de camatl: boca. El capulín es una “cereza a la mexicana”, y su nombre procede del náhuatl. El zapote, ya sea el negro, tlizapote o el chicozapote, del cual se extrae el chicle, debe su nombre al hecho de tener sabor dulce: tzapotl. En cambio, por ser agrio, el tejocote lleva ese nombre, del náhuatl xocotl: ácido.

El cacahuate –llamado en países antillanos maní– tiene raíces nahuas. Es una palabra recortada, porque originalmente era tlalcacahuatl: de tlalli tierra, suelo (el fruto queda bajo el suelo) y cacahuatl: “granos de cacao”.

La pingüica, por su parte, procede del purépecha. El camote, finalmente, tiene una raíz nahua, camotli, nombre que le daban los aztecas a esta “raíz comestible”, que en otras regiones se conoce como batata.

Héctor Anaya, “Frutas mexicanas” en *¿De dónde vienen las Palabras? Etimologías para Niños*. México, SEP–XXI, 2008.

186. La fiesta de los insectos



Algunos insectos brillan en la oscuridad; otros hacen curiosos sonidos y otros más sufren una metamorfosis para dejar de ser larvas y convertirse en hermosos animales. Esta bella poesía huasteca habla de un mundo que, a pesar de ser diminuto es muy hermoso.

En un rinconcito fresco
con sombrillas color verde,
espero que bien se acuerden
de aquel fandango de insectos,
en donde grupos selectos
se divertían a cuál más.

Los había con buen disfraz,
parecidos a las flores,
con sus mismitos colores
por delante y por detrás.

La catarina elegante
figuraba entre edecanes,
mientras buscaba galanes;
una acinturada avispa
al parecer fue más lista
para esos sencillos planes.

La chicharra mitotera,
queriendo poner desorden,
ya andaba buscando donde
iniciar su escandalera

Un mayate bien brillante
fue fungiendo de anfitrión;
el grillo y el zacatón
se ofrecieron de ayudantes

Eduardo Bustos, *La fiesta de los insectos. Poema huasteco*. México, SEP-Artes de México, 2007.

187. No tengas miedo

A los doce años yo vivía en una calle donde había muchos niños. Todos nos llevábamos bien, pero mi mejor amigo era Rodrigo. Teníamos la misma edad y compartíamos muchos intereses.

Una noche, cuando acababa de oscurecer, Rodrigo me llamó por teléfono. Quería que lo acompañara a la casa de su novia, que se había quedado sola y estaba oyendo

ruidos extraños. Ella tenía mucho miedo y le había llamado a Rodrigo para que revisara la casa. Mi amigo me llamó a mí, supongo que para ayudarlo a pelear en caso de que hubiera ladrones. Cómo no le teníamos miedo a nada cuando estábamos juntos, fuimos sin demora a socorrer a la dama en peligro.

La casa estaba muy oscura.

Nos paramos a escuchar en medio de la sala. Ruidos.

Cric–crac.

¡Crrraaac!

El susto nos hizo dar un salto.

No sé qué pensaron Rodrigo y su novia. Yo, después del brinco, no tardé en entender lo que estaba pasando: eran los ruidos de la casa al empezar a enfriarse.

Todas las cosas cambian de tamaño con la temperatura. Se hacen más grandes cuando están calientes y se encogen cuando se enfrían. Al ponerse el sol, la estructura de una casa se asienta, se acomoda como si le dolieran las articulaciones.

Ésta era la explicación más sencilla y creíble de los ruidos. Era la explicación más científica. En cuanto entendí, dejé de tener miedo. Mis amigos también. Por si acaso, Rodrigo y yo revisamos la casa. Todo en orden. No había nada que temer.

Las cosas que no entendemos nos dan miedo. Tal vez por eso los seres humanos tratamos de entenderlo todo. La ciencia es una forma de entender lo que pasa en la naturaleza, que es la fuente de muchos de nuestros temores. Pero la ciencia sirve para mucho más: cada vez que da una respuesta, abre al mismo tiempo nuevas preguntas y revela secretos ocultos. Los ruidos de aquella casa no se debían a ladrones; muy bien, ya no tenemos miedo. ¿A qué se deben? Pues bien, los ruidos, desde el punto de vista científico, cuentan la historia de las entrañas de una casa. Tal vez escuchándolos con atención se podrá saber cómo está construida, con qué materiales, dónde tiene fallas la estructura...

El miedo puede ser un buen estímulo para el cerebro. Quién lo diría...

Sergio de Régules, "No tengas miedo" en *Después del miedo, la ciencia*. México, SEP-Castillo, 2007.

188. Entonaciones

[Vale la pena ensayar esta lectura para darle a cada palabra la pronunciación que corresponde a cada una de las situaciones que se presentan, y repetirla si hace falta, para que los alumnos sientan las diferencias.]

Decir “mamá”, “vieja”, “jefa”, como cuando llegamos a casa y queremos saber si está. “Mamá”, dicho como cuando le pedimos un vaso de agua, por la noche. “Mamá”, como cuando queremos decirle: “Basta: no insistas con eso”. “Mamá”, cuando se nos escapa en un grito ante una situación de peligro. “Mamá”, dicho como cuando le presentamos a nuestra persona amada. “Mamá”, mordiendo los dientes con enojo. “Mamá”, cuando cierro los ojos. “Mamá”, como cuando lo balbuceamos por primera vez. Dicho como cuando no nos conceden algo deseado y se reemplaza a: “Por favor”. Como cuando antecede a: “¿Me preparas algo de comer?” “Mamá”, como cuando contestamos el teléfono y la llamada es para ella. “Mamá”, dicho como cuando nos sorprende con un cambio: peinado, ropa, baile, un curso. “Mamá”, como cuando lo que sigue es una mala noticia. “Mamá”, respondiendo al padre que nos pregunta quién tiene la razón. Y ahora “Mamá”, también a nuestro padre, que nos pregunta quién cometió un error. Pidiéndole que se apure pues perderemos el autobús. Pero también: “Mamá”, como cuando nos apura. “Mamá”, cuando abre los ojos, recuperada de la anestesia de una operación. “Mamá...”, como cuando le preguntamos si se acuerda de un nombre que no podemos recordar. También como cuando le pedimos que nos disculpe. Decir “Mamá”, como cuando no vivimos en la misma ciudad y llega a visitarnos. “Mamá”, en la misma situación, pero cuando nos despedimos. “Mamá”, como cuando nos da una alegría muy grande. “Mamá”, cuando reemplaza a “No hace falta”. “Mamá”, entre otras personas, y cuando queremos decirle que no siga, que luego nosotros le explicaremos todo. Como cuando recordamos que es nuestra madre, y que no haga como si fuera nuestra amiga. “Mamá”, cuando reemplaza a “Te tenemos una sorpresa”. También como cuando reemplaza a: “¿Cómo se te puede ocurrir eso?” También cuando hablamos con una persona amiga y le contamos que “mamá” tiene la culpa. “Mamá”, en uno de esos poemas que les hacen memorizar a los niños para el acto del día de la madre. “Mamá”, en un anuncio publicitario. “Mamá”, cuando somos hijos adoptivos y conocemos a nuestra madre

biológica. Y también “Mamá dicho por primera vez, luego de haber conocido a nuestra madre biológica, a nuestra madre adoptiva. “Mamá”, pero sin mirarla a ella, sino con la vista hacia arriba. “Mamá”, inclinando la cabeza.

Luis María Pescetti, *Nadie te creería*. México, SEP-Santillana, 2005.

189. La rebelión de las vocales

Había una vez una ciudad habitada por 28 tranquilas ciudadanas, que eran las letras. Ellas estaban muy orgullosas porque solitas armaban el idioma, con ellas se formaban las palabras, las habidas y las por haber. Pero un buen día la **e**, la **i**, la **o** y la **u** se fueron de pinta; lo que quiere decir que se fueron, sin más, de vacaciones.

La **a** no se fue porque era muy responsable, con un gran sentido del deber. Y además, la pobrecita, se empeñaba en hacer el trabajo de sus hermanas, pero era un verdadero lío: todo salía con **a**. Si queríamos decir “mercado”, salía... **marcada**. Y si queríamos decir “diputados” decíamos... **dapatadas**.

Total, ¡un verdadero lío!

Las letras estaban a punto de declarar la guerra y la **b** y la **p** eran las armas porque ellas son muy explosivas.

Ante la confusión, se decidió enviar una comisión para buscar a las vocales, Al frente, naturalmente, iba la **a**.

Y cuando las encontraron, descubrieron que la **e** estaba subida en un... **e**lefante; la **i** en un **hi**popótamo, que aunque es con **h**, como la hache no suena, pues... ¡no importa!

La **o** estaba en un... **O**so. Y, ¿a qué no adivinan dónde estaba la **u**?

Pues... en un **U**nicornio.

Se estaban dando la gran vida.

He aquí el discurso que les hizo la **a**.

-astamas dasapadas. Na padamas antandarnas. Ragraan pranta.

Lo que quiere decir: “Estamos desesperadas. No podemos entendernos. Regresen pronto”. Total, que las convenció para que regresaran y la gente volviera a hablar como es debido.

Marinés Medero, “La rebelión de las vocales” en *Volvamos a la palabra*. México: SEP-CONAFE, 1989.

190. Alimentos crudos



¿Cuál crees tú que sea el evento más trascendente en la historia de la especie humana? Hay muchas y muy buenas respuestas, pero si le preguntas a un cocinero como yo, te dirá que ese momento fue cuando aprendimos a cocinar y dejamos de comer alimentos crudos (con algunas excepciones).

¿Cuántas especies con las que cohabitamos en el planeta cocinan sus alimentos? Ninguna, y eso nos diferencia del resto de los animales. Estarás de acuerdo en que hacerse una sopita de verduras o freírse un filete de mamut debió haberle dado una nueva dimensión al descubrimiento del fuego: ¿para qué usarlo si no para cocinar? Yo supongo que al probar carne cocida fue cuando aprendimos a sonreír.

Imagina lo que sucede cuando no hay gas o se va la luz. Para llorar, ¿no? Podrás entonces comprender la repercusión que debe haber tenido el hecho de cocinar, pues hay alimentos que no podemos ingerir en su forma natural. O ¿has intentado comer frijoles o maíz sin cocerlos?

Parece ser que hace un millón y medio de años descubrimos el fuego, pero no está claro cuándo empezamos a cocinar. Sin embargo, hoy podemos afirmar que los seres humanos somos animales que cocinamos. Y la costumbre de cocinar provocó cambios:

Se nos redujo el tamaño de los dientes y del estómago, debido a la suavidad de lo cocido, y a que se digieren mejor los alimentos cocidos. También nos afectó el hecho de que no sea posible cocinar y caminar al mismo tiempo, sino que hay que detenerse, hacer fuego y sentarse a esperar a que los alimentos estén cocinados. Qué triste manera de regresar al pasado, cuando ahora detenemos el auto frente a la ventanilla de un expendio

de comida rápida, “recolectamos” una hamburguesa, sin conversar con nadie ni esperar a que se cocine, pues ya está lista, y la consumimos mientras el coche se desplaza entre cientos de vehículos con un destino tan incierto como el de quienes se alimentan con este tipo de comida.

Cocinar los alimentos tuvo también una repercusión social, pues había que acumularlos y no faltó quien estuviese dispuesto a robar la comida del vecino: se requería entonces preparar la defensa de los alimentos de la comunidad o de la familia.

En la medida en que había mujeres dispuestas a recolectar y cocinar alimentos, y hombres dispuestos a robarlos, debió de haberse suscitado una alianza con otros hombres, para que protegiesen los alimentos producidos. De esta forma, el origen y la evolución de la sociedad moderna, del desempeño de las funciones masculinas y femeninas, de la necesidad de autoridades y reglas para la solución de conflictos, tiene mucho que ver con el almacenamiento de nuestros alimentos.

Valdría la pena respondamos a preguntas como: ¿Quién adquiere los alimentos que consumimos?, ¿cómo están cocinados?, ¿quién los cocina?, ¿quién decide lo que vamos a comer hoy?

Agustín López Munguía Canales, “Alimentos Crudos” en *Alimentos*. México, SEP-Santillana, 2007.

191. El alacrán (cuento popular)

Pues cuentan que había una vez un hombre bondadoso y sencillo que tenía una gran fortuna, pero un día la mala suerte lo alcanzó y perdió hasta la última moneda que había ahorrado. El hijo, que estaba de viaje, tuvo un accidente y murió, y la mujer, que no pudo soportar tanto dolor, falleció al poco tiempo. Así que tuvo este hombre una ruina completa, y hasta los amigos dejaron de visitarlo. El hombre vendió hasta su casa y se quedó en la miseria total.

Un día se dirigió a una cueva donde vivía un ermitaño, que decían era sabio y ayudaba a todo el mundo.

El hombre le contó sus penas y le preguntó si sabría de alguien que le prestara un poco de dinero, pues con él podría pagar algunas deudas



y comenzar de nuevo. El ermitaño estaba muy apenado por la historia, pero era evidente que poco podría hacer. En esto un alacrán comenzó a subir por la pared, y el ermitaño lo recogió con cuidado, lo envolvió en un trapo y le dijo:

–Es lo único que tengo, hermano. Llévalo al prestamista, a ver cuánto te dan por esto.

El hombre, que estaba muy desesperado, lo aceptó y fue a la casa del prestamista. Allí, temeroso de que le echaran inmediatamente por llevar un alacrán, le sorprendió la exclamación que hizo el prestamista al abrir el envoltorio. Pues en el interior había un alacrán de fino oro, con filigranas y adornos de esmeraldas, rubíes y diamantes.

Esto bastó para cancelar sus deudas y reanudar su vida. Incluso volvió a tener una considerable fortuna. Pero no olvidaba al solitario ermitaño, ni siquiera ahora que volvía a tener muchos amigos. Así que un día fue a la casa del prestamista, recuperó la joya y llegó hasta la cueva del ermitaño para devolverle el regalo.

El ermitaño abrió con cuidado el envoltorio, cogió al alacrán y, depositándolo en el mismo sitio de donde lo había cogido, dijo:

–Sigue tu camino, criaturita de Dios.

Y el precioso animal, convertido de nuevo en un vulgar alacrán, comenzó a caminar lentamente.

En el norte de México existen muchos alacranes cuya picadura es mortal. Por eso se encuentran en numerosos cuentos populares alacranes “buenos” e incluso con poderes. En Guatemala existe una versión en la que el “tesoro” es una lagartija.

“El alacrán” en Ana Garralón (selección y comentarios), *Cuentos y leyendas hispanoamericanas*. México, SEP-Larousse, 2007.

192. La isla de las muñecas

Había una vez un señor de Xochimilco que coleccionaba las muñecas que se encontraba tiradas y las colgaba de los árboles de su chinampa. Por la gran cantidad de muñecas que llegó a tener le puso a su chinampa “La isla de las muñecas”.

Gracias a que las muñecas le ayudaban a regar sus árboles y flores en las noches, este señor llegó a tener un verdadero paraíso. Su chinampa parecía una selva por la gran

variedad de plantas, flores y verduras que tenía; por eso la gente que iba a pasear por el canal de Apatlaco le compraba mucho y visitaba su extraña isla.

También se cuenta que cada noche, después de regar su chinampa, las muñecas bailaban, cantaban e iban a recostarse a su lado.

Mucho tiempo pasó así, pero un día la cosecha de este señor se secó porque las muñecas ya no quisieron regar su chinampa. Entonces el señor se enojó muchísimo con ellas; las descolgó a todas de los árboles, las metió a un cuarto oscuro y ahí las dejó encerradas.

Días después el señor murió y lo más extraño fue que las muñecas no estaban en el cuarto donde las había encerrado; asombrosamente estaban colgadas otra vez.

Esta isla todavía existe y los dueños actuales de esta linda chinampa del canal de Apatlaco siguen contando la leyenda.

¿Ustedes conocen Xochimilco? ¿Han tenido la oportunidad de visitar la isla de las muñecas? Bueno, ya conocen la leyenda y la próxima vez que visiten este bonito lugar seguro querrán recorrer la isla y recordarán esta leyenda.

Norma A. León del Monte, “La isla de las muñecas” en *Historias del Agua en el Valle de México*. México, SEP-Etnobiología para la Conservación A.C., 2007.

193. El burro flautista

Cerca de unos prados
que hay en mi lugar
pasaba un borrico
por *casualidad*.

Una flauta en ellos
halló que un zagal
se dejó olvidada
por casualidad.

Acercóse a olerla
el dicho animal,
y dio un resoplido
por casualidad.

En la flauta el aire
se hubo de colar,
y sonó la flauta
por casualidad.

“¡Oh!, dijo el borrico,
¡qué bien sé tocar!
¿Y dirán que es mala
La música asnal?”

sin reglas del arte
borriquitos hay
que una vez aciertan
por casualidad.

Tomás Iriarte, “El burro flautista” en José Luis Almeida (selección), *Sinfonola de cantares*, México, SEP, 1991

194. La llorona

Consumada la conquista y poco más o menos a mediados del siglo XVI, los vecinos de la ciudad de México que se recogían en sus casas a la hora de la queda, tocada por las campanas de la primera Catedral; a media noche y principalmente cuando había luna, despertaban espantados el oír en la calle, tristes y prolongadísimos gemidos, lanzados por una mujer a quien afligía, sin duda, honda pena moral o tremendo dolor físico.

Las primeras noches, los vecinos contentábanse con persignarse o santiguarse, que aquellos lúgubres gemidos eran, según ellas, de ánima del otro mundo, pero fueron tantos y repetidos y se prolongaron por tanto tiempo, que algunos osados y despreocupados, quisieron cerciorarse con sus propios ojos qué era aquello; y primero desde las puertas entornadas, de las ventanas o balcones, y enseguida atreviéndose a salir por las calles, lograron ver a la que, en el silencio de las oscuras noches o en aquéllas en que la luz

pálida y transparente de la luna caía como un manto vaporoso sobre las altas torres, los techos y tejados y las calles, lanzaba agudos y tristísimos gemidos.

Vestía la mujer traje blanquísimo, y blanco y espeso velo cubría su rostro. Con lentos y callados pasos recorría muchas calles de la ciudad dormida, cada noche distinta, aunque sin faltar una sola, a la Plaza Mayor, donde vuelto el velado rostro hacia el oriente, hincada de rodillas, daba el último angustioso y languidísimo lamento, puesta en pie, continuaba con el paso lento y pausado hacia el mismo rumbo, al llegar a orillas del salobre lago, que en este tiempo penetraba dentro de algunos barrios, como una sombra se desvanecía.

Luis González Obregón, *Las calles de México: Leyendas y sucesos*. Porrúa, México, 1997.

195. ¿Cómo se empezó a contar?

Cuando la gente empezó a contar, seguramente usó las manos. Como la mayoría tiene diez dedos, era lógico contar de diez en diez, y fue así como empezó nuestro sistema moderno (decimal).

¿Por qué usamos las manos?

Los dedos era el medio más accesible de contar para la gente, incluso antes de que los números tuvieran un nombre. Tocar los dedos al contar te ayuda a no perderte y al mostrar los dedos, puedes comunicar cantidades sin usar palabras. La relación entre los dedos y los números es muy antigua, e incluso hoy usamos la palabra en latín (dígito) para referirnos a los números.

¿Qué es la base decimal?

Los matemáticos dicen que contamos en base decimal, es decir, lo hacemos en grupos de diez. No hay una razón matemática para hacerlo, sólo fue un azar biológico. Si existen extraterrestres con sólo ocho dedos, seguramente contarán en base ocho.

¿Los cavernícolas contaban?

Durante la mayor parte de la historia, la gente requería poco los números. Antes de inventar la agricultura, el ser humano vivía de la caza y la recolección. Recolectaba sólo lo que necesitaba y la quedaba poco para comerciar o almacenar, por ello no hacía falta

contar las cosas. Sin embargo, quizás hayan tenido un sentido del tiempo al observar el Sol, la Luna y las estrellas.

¿Todos pueden contar?

En algunos lugares, la gente aún vive de la caza y la recolección. La mayoría puede contar, pero algunos no les preocupa. La tribu priaha, en la selva del Amazonas, sólo cuenta hasta dos; lo demás son “muchos”. En Tanzania, la tribu hadza cuenta hasta tres. Ambas viven bien sin los números mayores, que al parecer nunca necesitan.

¿Entonces para qué complicarse?

Si las personas pueden vivir sin los números, ¿por qué empezaron a contar? La razón principal fue evitar trampas. Imagina que hayas pescado diez peces y le pidieras a un amigo que los llevara a tu casa. Si no supieras contar, tu amigo podría robarte alguno sin que te diera cuenta

Algunas culturas antiguas usaban las manos para contar en base cinco.

¿Qué vale la pena contar?

Incluso después de inventar y acostumbrarse a la idea de contar, puede que la gente solamente contara las cosas valiosas. Algunas tribus aún lo hacen. Los yupnos en Papúa–Nueva Guinea cuentan las bolsas de red, las faldas de hierba, los cerdos y el dinero, ¡pero no los días, la gente, las papas, ni las nueces!

Johnny Ball, “¿Cómo se empezó a contar?” en *Piensa un número*. México, SEP-SM, 2007.

196. La sal

Ya hemos leído por lo menos otro poema de José Emilio Pacheco, que es el autor de lo que vamos a leer hoy.

Si quieres analizar su ser, su función,
su utilidad en este mundo,
tienes que verla en su conjunto.

La sal

no son los individuos que la componen
sino la tribu solidaria.

Sin ella

cada partícula sería como un fragmento de nada,
disuelta en algún hoyo negreo impensable.

La sal sale del mar.

Es su espuma
petrificada.

Es mar que seca el sol,
y al final, ya rendido,
ya despojado de su gran fuerza de agua,
muere en la playa y se hace piedra en la arena.

La sal es el desierto en donde hubo mar.

Agua y tierra

reconciliadas,

la materia de nadie.

Por ella sabe el mundo a lo que sabe estar vivo.



José Emilio Pacheco, *Celebración de la palabra: Eduardo Lizalde y José Emilio Pacheco para niños*. México, CONACULTA, 2009.

197. El insomnio de la Bella Durmiente

La Bella Durmiente tenía insomnio.

¡Qué tragedia!

Tú recordarás el cuento de la Bella Durmiente: la maldición del hada mala y cómo la princesa se pincha el dedo con un huso de hilar y cae como muerta. Recordarás que interviene el hada buena y modifica el hechizo:

–La princesa no morirá. Dormirá por cien años y entonces vendrá un príncipe a despertarla.

También te acordarás que todo el palacio se duerme y crece un espeso bosque a su alrededor.

Todo había salido bien hasta ese momento. Dormían ya el rey y la reina, los perros y los canarios, las damas y los caballeros, los guardias y los lacayos. Dormían el fuego en la chimenea y el agua de la fuente, pero la protagonista del cuento, la mismísima Bella Durmiente, ¿tenía insomnio y no se podía dormir!

El hada madrina no sabía qué hacer. En todo aquel palacio dormido sólo velaba el aya anciana que había criado a la princesa y había venido a vigilar su sueño. ¡Pero no había tal sueño! La Bella Durmiente padecía insomnio.

El hada agitaba en vano su varita mágica: la princesa no se dormía. Se paseaba con el aya por los salones dormidos, pero no le llegaba el sueño.

–¡Esto no es posible! –se quejó la anciana, fatigada de caminar–. ¡La Bella Durmiente no puede pasar cien años despierta!

–¡Estaré hecha una ruina cuando aparezca el príncipe! –clamó la pobre princesa–. Hada madrina, ¿tienes que hacer algo!

El hada se quedó pensativa un momento. Luego exclamó:

–¡Ya sé! Pediré prestada la manzana de Blancanieves. La morderás y caerás como dormida. Contrataremos a los siete enanos: ellos te fabricarán un precioso ataúd de cristal para que te encuentre el príncipe.

–¡Nooo! –protestó la princesa–. ¡Yo no quiero al príncipe de Blancanieves, ella se pondría celosa! Yo quiero a mi propio príncipe. ¡Este es MI cuento! –sollozaba.

–Podríamos cambiarle el nombre... –meditó el hada–. Ponerle... "La Bella Insomne del Bosque"... Pero significaría mucho trabajo extra –recapacitó–. Habría que irse al siglo dieciocho y cambiar el texto original, contratar otras seis hadas madrinas, una bruja especial, ¡el sindicato de brujas protestaría por las horas extras! Y con la inflación – terminó diciendo el hada– el costo sería prohibitivo.

–¡Además –clamó la princesa– los niños me conocen como la Bella Durmiente y no es justo que me cambies el nombre! ¡Ay, madrina! ¿Qué voy a hacer durante cien años despierta y sola?

–Podrías escribir un libro de soledad... –sugirió el aya.

–¡Ya está escrito! –exclamó la pobre Bella Despierta, y se echó a llorar.

Los niños escucharon su llanto.

Los niños solos oyeron los sollozos de aquella pobre muchacha y decidieron ayudarla.

Vinieron de todas partes y le contaron cuentos para entretener su vigilia.

Cada niño y cada niña inventó un cuento sobre el insomnio de la Bella Durmiente. ¡Hay tanto que hacer en cien años!: cosas útiles y bellas, juegos y viajes, libros, fantasías y realidades.

La Bella Durmiente jugó con los niños y los cien años se le pasaron en un suspiro.

Cuando, al fin, llegó el príncipe, se sorprendió de encontrarla despierta y fresca como una niña. ¡Hasta el aya se había conservado fresca!

El palacio despertó, como en el cuento original, y las bodas del príncipe y la princesa se celebraron con gran pompa y alegría. Ninguno de los dormidos supo nunca del insomnio de la Bella Durmiente.

Pero tú sí sabes el secreto y, cuando quieras, puedes inventar un cuento para consolar a la Bella Durmiente cuando no pueda dormir.

Rocío Sanz. http://redescolar.ilce.edu.mx/educontinua/lengua_comunicacion/cuentos_viajeros/index.htm

198. De la A a la Z por un poeta

La A

La A sabe que es un reto
—no se le puede negar—
hallarse en primer lugar
de todito el alfabeto.

Al mismo tiempo, la A,
inveterada viajera,
se aparece dondequiera:
aquí, acá y acullá.

La B

Soñaba, sí, ser un día
buena, bella y bondadosa,
pero también otra cosa
—y no era una bobería—:
Deseaba, yo bien lo sé,
ser de grande muy delgada,
alta, larga y estirada,
la B cuando era bebé.

La C

La C estará en la comida
de quien la coma con coles,
coliflor o caracoles,
cruda, con caldo, o cocida.

Y mejor, si se cocina
—con un poco de buen tino—
con un clavo, con comino,
cilantro y canela fina.

La Ch

Con la Ch, lo que sucede,
es que no siendo chismosa,
o chocarrera o chistosa,
quiere ser seria, y no puede.

Pues por más que se le busca,
en palabras como “chasco”,
“chisgarabís” o “chubasco”,
no dejará de ser chusca.

La E

Sin la E, ¿cómo decir
“excluír”, si se la excluye?
¿Cómo, si no se la incluye,
cómo “escribir”?

Y tú me dirás: sin ella,
¿cómo hablar con elocuencia?
Y si brilla por su ausencia
¿cómo llamar a una estrella?

La **Z**

Con la Z me despido
–y con todo mi respeto–
de este locuaz alfabeto,
y les quedo agradecido.

Me despido con la Z
y también se va conmigo
este servidor, amigo
y afectísimo poeta.

De la E a la Z faltaron algunas letras, para no hacer esta lectura demasiado larga. Pero hay que buscar el libro para saber lo que este poeta dice de ellas.

Fernando del Paso, *De la A a la Z por un poeta*. México, SEP-CONACULTA, 2000.

199. El murciélago

Cuando era el tiempo muy niño todavía, no había en el mundo bicho más feo que el murciélago.

El murciélago subió al cielo en busca de Dios. Le dijo:

–Estoy harto de ser horroroso. Dame plumas de colores.

–No –le dijo Dios.

–Dame plumas, por favor, que me muero de frío.

A Dios no le había sobrado ninguna pluma.

–Cada ave te dará una pluma –decidió.

Así obtuvo el murciélago la pluma blanca de la paloma y la verde del papagayo, la tornasolada pluma del colibrí y la rosada del flamenco, la roja del penacho del cardenal y la pluma azul de la espalda del martín pescador, la pluma de arcilla del ala del águila y la pluma del sol que arde en el pecho del tucán.

El murciélago, frondoso de colores y suavidades, paseaba entre la tierra y las nubes. Por donde iba, quedaba alegre el aire y las aves mudas de admiración. Dicen los pueblos zapotecas que el arcoíris nació del eco de su vuelo.

La vanidad le hinchó el pecho. Miraba con desdén y comentaba ofendiendo.

Se reunieron las aves. Juntas volaron hacia Dios.

–El murciélago se burla de nosotros –se quejaron–. Y además, sentimos frío por las plumas que nos faltan.

Al día siguiente, cuando el murciélago agitó las alas en pleno vuelo, quedó súbitamente desnudo. Una lluvia de plumas cayó sobre la tierra.

Él anda buscándolas todavía. Ciego y feo, enemigo de la luz, vive escondido en las cuevas. Sale a perseguir las plumas perdidas cuando ha caído la noche; y vuela muy veloz, sin detenerse nunca, porque le da vergüenza que lo vean.

Eduardo Galeano, “El murciélago” en *Mitos de memoria y fuego*. México, SEP-Anaya, 2003.



200. Corrido del descarrilado

Aquí hemos venido
 porque hemos llegado
 los dos por distinto lado;
 cantando canciones
 pasamos la vida
 un poco más divertida.

Era en el año 40
 antes del 54
 cuando murió tanta gente
 entre Puebla y Apizaco.

El tren que corría
 sobre el Ancha vía
 de pronto se fue a estrellar
 contra un aeroplano
 que andaba en el llano
 volando sin descansar.

Quedó el maquinista
 con las tripas fuera
 mirando al aviador
 que ya sin cabeza
 buscaba el sombrero
 para librarse del sol.

Todo esto nos sucedía
 sin saber cómo ni cuando
 y la máquina seguía
 pita...pita...y caminando,
 con las tripas fuera
 debajo del chapopote,
 y hasta el garrotero.

Quedó el fogonero
 sin brazos y tuerto
 para que mi alma no pene

seguía dando garrote.

Buscando al agente
 de publicaciones
 lo encontramos moribundo
 y el pobre gritando:
 “¡Cervezas heladas!”
 se fue para el otro mundo.

Los zopilotes estaban
 sobre los muertos volando
 y la máquina seguía
 pita...pita...y caminando.

Llegó la Cruz Roja
 llegó la Cruz Blanca
 pa auxiliar a los heridos
 y allí se encontraron
 que todos los muertos
 de miedo ya habían corrido.

Don Maximiliano
 que era entonces gobernante
 y vio entre los muertos
 a un pobre gendarme
 gritando: “¡Alto y adelante!”

Y yo ya no quiero
 seguir esta historia
 pa no cansar a ustedes,
 rueguen por el alma
 de los que murieron:
 hombres, niños y mujeres.

Al recordar tanto muerto
 nos retiramos llorando
 mientras la máquina sigue
 pita...pita...y caminando.

“Corrido del descarrilado” en José Buil (selección) *Estampida de rieles*. México, SEP, 1991.

201. La invención de los caníbales

La palabra caníbal fue inventada por Cristóbal Colón en mil cuatrocientos noventa y dos, cuando llegó a América (aunque él pensaba que había llegado a Asia). Mientras recorría varias islas del Mar Caribe, la gente que habitaba en ellas le contó que existían unos hombres que comían la carne de sus semejantes. Al principio Colón pensó que eso era mentira, pero finalmente se convenció de que esos hombres comedores de carne humana sí existían y eran horribles, agresivos y peligrosos.

Desde entonces, cuando oímos la palabra *caníbal* pensamos que en verdad los comedores de carne humana son salvajes, temibles e inhumanos.

Sin embargo, lo que Colón y otros europeos de su época se imaginaron sobre los pueblos que llamaron caníbales tenía más que ver con sus propias ideas, miedos y prejuicios. Las razones que realmente tenían los pueblos americanos para comerse a sus semejantes eran muy diferentes a lo imaginado por los europeos.

La historia de cómo Colón y los otros europeos del siglo XVI vieron a los caníbales nos enseña que no debemos juzgar a un grupo de hombres que son distintos a nosotros sin antes tratar de comprenderlos, aun si las cosas que hacen nos parecen extrañas e incluso terribles, como comer carne humana. De esta manera es posible comprender que la antropofagia, es decir, la práctica de comer personas, no es precisamente una costumbre salvaje e inhumana. Esto quiere decir que debemos procurar entender las razones que impulsan sus actos y también lo que estos actos significan para ellos. Sólo después de comprender estas razones podemos realmente decidir si lo que hacen es bueno o malo y cómo comportarnos ante ellos.

Si no actuamos de esta manera corremos el riesgo de repetir el error de los españoles, que condenaron el canibalismo, pero en su lugar impusieron el esclavismo, que era incluso más cruel en ciertos aspectos.

202. Consumo compulsivo

El alimento, vestido y habitación son los satisfactores básicos de todo ser humano; sin embargo, hay personas para quienes esos satisfactores se vuelven una obsesión; sólo obtiene placer comiendo o comprando, aunque no sea indispensable. De estas personas se dice que tienen una conducta de consumo compulsivo.

Comer o comprar compulsivamente es un problema psicológico

Estas conductas obsesivas aparecen desde la infancia y la pubertad, pero se acentúan en la edad adulta, cuando los hábitos y costumbres ya están arraigados. Generalmente, las personas con una autoestima baja, es decir, cuyo estado emocional les provoca fuertes necesidades afectivas, al grado de sentir que no son merecedoras de cariño, afecto o confianza, son quienes tienen mayor riesgo de desarrollar este tipo de comportamiento.

Buscan suplir el cariño que les falta y sentirse bien a través del consumo de comida o realizando compras de forma compulsiva, por ejemplo. Sin embargo, al no conseguirlo por estos medios, caen en un círculo vicioso donde la sombra de la adicción o dependencia se acentúa, y repiten este tipo de conducta una y otra vez, cayendo en estados depresivos cada vez más profundos.

Frecuentemente, quienes padecen este problema sienten frustración y culpa sin una razón aparente, y ocasionan trastornos a quienes los rodean.

La falta de confianza y la inseguridad son las principales causas de la pérdida de control sobre sí mismo, así como de esta clase de conductas compulsivas. Se puede tener la mejor disposición y voluntad para seguir una dieta o dejar de comprar obsesivamente, pero sin un propósito firme para abandonar estos hábitos perjudiciales todos los buenos deseos no nos servirán de nada: si la comida ocupa todo nuestro pensamiento o vivimos pensando, aunque sea ligeramente, en la próxima temporada de ofertas, entonces no estaremos solucionando nada.

María Luisa López Esquer, "Consumo compulsivo" en *El placer de cuidarme*. México, SEP-Santillana, 2002.

203. El señor de los siete colores

Cuentan los que lo vieron, que hace mucho tiempo el arcoíris era un señor muy pobre. Tan pobre que no tenía ni ropa para ponerse.

Su desnudez le apenaba mucho y decidió un día buscar una solución. Pero no se le ocurría nada y decía: –¿De dónde voy a sacar yo ropa? –y se ponía aún más triste.

Un día brilló en el cielo un gran relámpago, y el señor decidió ir a visitarlo.

–Tal vez él pueda ayudarme.

Así que se puso en camino y, después de varios días de viaje, llegó ante él.

Mientras le contaba sus penas, el relámpago le miraba con tristeza y parecía estar muy pensativo.

Hasta que habló:

–Grande es mi poder, pero no tanto como para darle ropa. Sin embargo, tu historia me ha conmovido y por eso te voy a hacer un regalo.

Y siguió hablando:

–Te voy a dar estos siete colores. Con ellos podrás pintarte el cuerpo y te vestirán para siempre.

El hombre pobre sonrió.

–Además– siguió el relámpago–, aparecerás ante la gente después de las tempestades y anunciarás la llegada del Sol. La gente te querrá y te mirará con asombro.

Y así fue como, a partir de ese momento, al arco iris se le llamó el Señor de los Siete Colores.

“El señor de los siete colores” en Ana Garralón (selección y comentarios), *Cuentos y leyendas hispanoamericanos*. México, SEP-Larousse, 2007.

204. Tener una familia

La familia es la gente que nos quiere
y vive con nosotros;
o la que, desde lejos,
nos piensa y nos protege;
la que nos da calor, comida, besos,
aunque nos diga, a veces:
“¡No puedes hacer eso!”

La familia
es como un gran paraguas
abierto ante la lluvia;
es leño y chimenea en el invierno
y en el verano pozo de agua fresca;
es un sofá,
un refugio,
una sonrisa,
una canción,
un hombro
y un pañuelo;
es una mano abierta,
es un abrazo fuerte,
es un regazo tibio...

Papá, mamá y hermanos

forman una familia, pero a veces
alguno de ellos falta
porque quizá se fue
o acaso nunca vino.

El abuelo o la abuela
también pueden ser jefes de familia
cuando papá y mamá se han ido
por una temporada o para siempre.
Hay que verlos entonces:
¡a pesar de sus años sacan fuerzas
y son, otra vez, soles
que alumbran y que abrigan!

Puede ser que a papá, mamá y abuelos
se sumen unas tías,
un primo y hasta el perro,
la gata y el canario.

Grandotota,
pequeña
o diminuta:
lo que en verdad importa
¡es que tengamos siempre una familia!

Bien, la familia está conformada por el grupo de personas con las que compartimos la casa y nuestra vida. El poema nos hace pensar en lo valioso de vivir en familia. ¿Cómo es la familia de ustedes?

Francisco Delgado Santos, “Tener una familia” en *El mundo que amo: antología de poesía iberoamericana para niños*. México, SEP-EUROMÉXICO, 2006.

205. La planta Paulino

El campesino Pietro quedó maravillado cuando le nació un niño con cabellos verdes. Pietro había visto gente con el cabello negro, rubio o rojo. Incluso había oído hablar de cierta hada de cabello turquesa, pero nunca había visto cabellos verdes. Las mujeres que iban a ver al niño decían:

–Parece que tiene una ensalada en la cabeza.

El niño fue bautizado. Se llamó Paulino por deseo de su padre. Paulino Ensalada lo llamaron las mujeres. Mandaron llamar a los doctores para que vieran aquellos cabellos. Dijeron que no era nada. Cuando el niño tenía dos años fue con su abuela al prado para pastorear una cabrita. Y ocurrió que, de repente, la cabrita se le acercó y, ante los ojos del abuelo, se zampó todo el cabello en un abrir y cerrar de ojos, dejándole la cabeza pelada.

Así se supo que los cabellos de Paulino no eran tales cabellos, sino hierba, una hermosa hierbecita fresca y blanda que crecía muy deprisa.

–Podrías mantener a una cabra incluso en medio del mar –rió el padre de Paulino.

En primavera, entre la verde hierbecita apareció una hermosa margarita. La gente acudía desde muy lejos para ver al niño al que le crecían margaritas en la cabeza.

Paulino ya era un jovencito y una vez cometió una mala acción. Inmediatamente, en lugar de la hierbecita, le apuntó en la cabeza un mechón de cardos tupidos y espinosos.

Paulino sentía mucha vergüenza de ir por el mundo con aquellos hierbajos que le caían sobre los ojos. Por eso procuró no volver a cometer nunca malas acciones.

Con el paso del tiempo comenzó a crecer una plantita en medio de la hierba. Se dieron cuenta de que era una encina y que, a medida que Paulino envejecía, se iba haciendo cada vez más robusta. A los cincuenta años ya era una hermosa encinita. Paulino no necesitaba un árbol para estar a la sombra en verano. Le bastaba con el que le crecía en la cabeza.

Cuando Paulino cumplió ochenta años, la encina se había hecho tan grande que los pájaros anidaban en ella, los niños trepaban sus ramas, los mendigos que entraban en el patio, para pedir un huevo o un poco de agua reposaban un rato a la sombra de Paulino y no acababan nunca de alabarlo por su bondad. Cuando murió, Paulino fue sepultado de pie, de modo que la planta pudiese continuar viviendo y creciendo al aire libre. Ahora es una encina viejísima y

frondosa a la que llaman la “planta Paulino”. A su alrededor pusieron un banco pintado de verde y allí se sientan las mujeres a tejer, los campesino a comer y a fumar.

Los viejos permanecen allí sentados hasta que oscurece y se ven las brasitas de sus pipas.

Antes de irse a dormir, saludan a su amigo Paulino:

–Buenas noches, Paulino. La verdad es que eres un buen muchacho.

Gianni Rodari, *Cuentos Largos como una sonrisa*. Barcelona, La Galera, 2000.



CONTENIDO

- Presentación
1. Nueces
 2. *No hay un alma, mi general*
 3. *Bajo un cielo extraño*
 4. *¿Está bien enamorarse?*
 5. *Los Héctores*
 6. *Me alquilo para soñar*
 7. *Lucha libre*
 8. *Los nombres de los astros*
 9. *Amores del toma y dame*
 10. *Soy el cero*
 11. *Refranes pareados*
 12. *Diario de Clara*
 13. *Los inventos*
 14. *Emiliano Zapata, un soñador con bigotes*
 15. *Mi tía Chabela*
 16. *Intercambios*
 17. *Mi primer amor*
 18. *México, tierra de agaves*
 19. *La paz se construye*
 20. *Hipopótamo*
 21. *Un poeta con muchos dientes*
 22. *¿Por qué somos tan feos por dentro?*
 23. *El portero*
 24. *El hombre que no quería trabajar*
 25. *Tiburones*
 26. *Paloma blanca*
 27. *El avestruz enamorado*
 28. *La Legión de la tarántula*
 29. *Hormigas al ataque*
 30. *Cuento otomí*
 31. *Los valientes no asesinan*
 32. *Los asteroides*
 33. *El baile de las brujas*
 34. *Entrevista a Juana, niña hñä-hñu*
 35. *El sol y la luna*
 36. *Virus y besos*
 37. *Konrad o el niño que salió de una lata de conservas*
 38. *El bistec de la esquina*
 39. *Tu risa*
 40. *Un pozo: la historia del agua en la tierra*
 41. *Duendecillos traviosos*
 42. *Grandes niños. Tutankamón*
 43. *El toro que ganó una apuesta*
 44. *Comunicación animal*
 45. *Voy en el metro*
 46. *Traspaso de sueños*
 47. *Perfumes*
 48. *Gran baile de calaveras*
 49. *Adiós a las trampas*
 50. *El zoológico decimal. Poesía huasteca*
 51. *¿Cómo sabes que existe el Universo?*
 52. *Familias familiares*
 53. *El caracol púrpura*
 54. *El asno y el buey*
 55. *Píntame toreros gordos*
 56. *Sobre piratas*
 57. *Ven conmigo*
 58. *La doncella guerrera*
 59. *Eolo*
 60. *Vivir en sociedad*

- | | |
|---|--|
| 61. <i>El aburrimiento ¿padre de la civilización?</i> | 95. <i>Los fascinantes habitantes de las cuevas</i> |
| 62. <i>Papalotes, planeadores y globos</i> | 96. <i>De cómo le crecieron las orejas al conejo</i> |
| 63. <i>¿Por qué el topo vive bajo la tierra?</i> | 97. <i>El brazo de oro</i> |
| 64. <i>El cascabel (canción popular)</i> | 98. <i>Fósiles y cuentos de hadas</i> |
| 65. <i>La Cenicienta</i> | 99. <i>Mi ciudad</i> |
| 66. <i>Vida y fortuna de un muchacho inquieto</i> | 100. <i>Miau, dijo el gato</i> |
| 67. <i>Tres historias de circo</i> | 101. <i>El hipo de Inés</i> |
| 68. <i>El diario de un gato asesino</i> | 102. <i>Incansables viajeras</i> |
| 69. <i>Las constelaciones</i> | 103. <i>¿Cómo se puede comprar el cielo?</i> |
| 70. <i>La rana y el príncipe</i> | 104. <i>La carta de la señora González</i> |
| 71. <i>La mosca</i> | 105. <i>Ajolote</i> |
| 72. <i>La visita del médico</i> | 106. <i>La luna</i> |
| 73. <i>Historia de vampiros</i> | 107. <i>El cuervo y sus hijos</i> |
| 74. <i>Máquinas pensantes</i> | 108. <i>Cántico esdrújulo</i> |
| 75. <i>El fantasma tras la pared</i> | 109. <i>Poema 20</i> |
| 76. <i>Las piedritas de Chicomexóchtli</i> | 110. <i>¿Por qué los rechinidos son tan desagradables?</i> |
| 77. <i>Las entrañas de la Tierra</i> | 111. <i>Una mirada desde las alturas</i> |
| 78. <i>Cosa de ángeles</i> | 112. <i>La yerba mate</i> |
| 79. <i>Discurso sobre los cangrejos</i> | 113. <i>Madona</i> |
| 80. <i>Energía renovable</i> | 114. <i>Las señas del esposo</i> |
| 81. <i>País de la fantasía</i> | 115. <i>Carta a un amigo</i> |
| 82. <i>Las dudas de Xíhuítli</i> | 116. <i>Copo de nieve</i> |
| 83. <i>Mente en blanco</i> | 117. <i>¿Por qué dan comezón los piquetes de mosquito?</i> |
| 84. <i>La vida en los palacios novohispanos</i> | 118. <i>Episodio del enemigo</i> |
| 85. <i>Aquí no se sientan los indios</i> | 119. <i>¿Qué se siente fumar?</i> |
| 86. <i>Un beso de despedida</i> | 120. <i>Ajedrez</i> |
| 87. <i>La varita mágica</i> | 121. <i>La ciudad "no sé dónde"</i> |
| 88. <i>Entre periódicos y zapatos</i> | 122. <i>¿Por qué hay tantos coyotes?</i> |
| 89. <i>Sobre la escritura y los libros</i> | 123. <i>Balada del fondo del mar</i> |
| 90. <i>¿Por qué te peleas con la gente que quieres?</i> | 124. <i>Creación del mundo. Cuento náhuatl</i> |
| 91. <i>Érase una niña</i> | 125. <i>Los números: esos antiquísimos enigmas</i> |
| 92. <i>El nacional</i> | 126. <i>La hormiga león</i> |
| 93. <i>La rosa parlante</i> | |
| 94. <i>Los primeros pasos</i> | |

127. *Por amor al arte*
128. *Tres enamorados miedosos*
129. *Sol de Monterrey*
130. *Los secretos de Margarita*
131. *La mata de albahaca*
132. *La cucaracha*
133. *Los abanicos hablan*
134. *Coplas al viento*
135. *El gato*
136. *Instrucciones para llorar*
137. *El barzón*
138. *¿Qué es una selva tropical húmeda?*
139. *¿Quién es el que anduvo aquí?*
140. *El origen del río Amazonas*
141. *La física de la naturaleza*
142. *El barco negro*
143. *Los tres héroes*
144. *La iguana*
145. *La lucha contra los gérmenes*
146. *¿Por qué vivimos las tortugas en el agua?*
147. *Ahí tienes*
148. *Por qué encanece el pelo*
149. *Rogelio*
150. *La suegra y la nuera*
151. *Leyenda de los pieles rojas*
152. *Kikiri miau*
153. *La edad de la basura*
154. *Juan Regaña*
155. *Bombas yucatecas*
156. *La revolución genética*
157. *Un joven de Vinci*
158. *El periquillo Sarniento*
159. *El periquillo Sarniento, II*
160. *El periquillo Sarniento, III*
161. *Primera consulta*
162. *Caracol*
163. *Conócete a ti mismo*
164. *Ahí te van unas adivinanzas*
165. *Cómo vuelan*
166. *Las lágrimas de Potira*
167. *La codorniz no aprendió a volar*
168. *El tiranosaurio*
169. *La muralla*
170. *De cómo se instaló la gata en la choza*
171. *Una familia numerosa y rica*
172. *Doce hermanos*
173. *Sol redondo y colorado*
174. *¿A qué no puedes comer sólo una... caja?*
175. *El piojo*
176. *La primera mujer negra que se sentó en un autobús de blancos*
177. *El corazón de Copil*
178. *Oaxaca. Noche de Paz, Noche de Rábanos*
179. *Recetas de cocina*
180. *¿Por qué no me deshago?*
181. *Sombra general*
182. *Dos poemas nahuas*
183. *La extraña esfera de la vida*
184. *Una araña en busca del sol*
185. *Frutas mexicanas*
186. *La fiesta de los insectos*
187. *No tengas miedo*
188. *Entonaciones*
189. *La rebelión de las vocales*
190. *Alimentos crudos*
191. *El alacrán*
192. *La isla de las muñecas*
193. *El burro flautista*

- | | |
|---|---|
| 194. <i>La llorona</i> | 201. <i>La invención de los caníbales</i> |
| 195. <i>¿Cómo se empezó a contar?</i> | 202. <i>Consumo compulsivo</i> |
| 196. <i>La sal</i> | 203. <i>El señor de los siete colores</i> |
| 197. <i>El insomnio de la bella durmiente</i> | 204. <i>Tener una familia</i> |
| 198. <i>De la A a la Z por un poeta</i> | 205. <i>La planta Paulino</i> |
| 199. <i>El murciélago</i> | |
| 200. <i>Corrido del descarrilado</i> | |